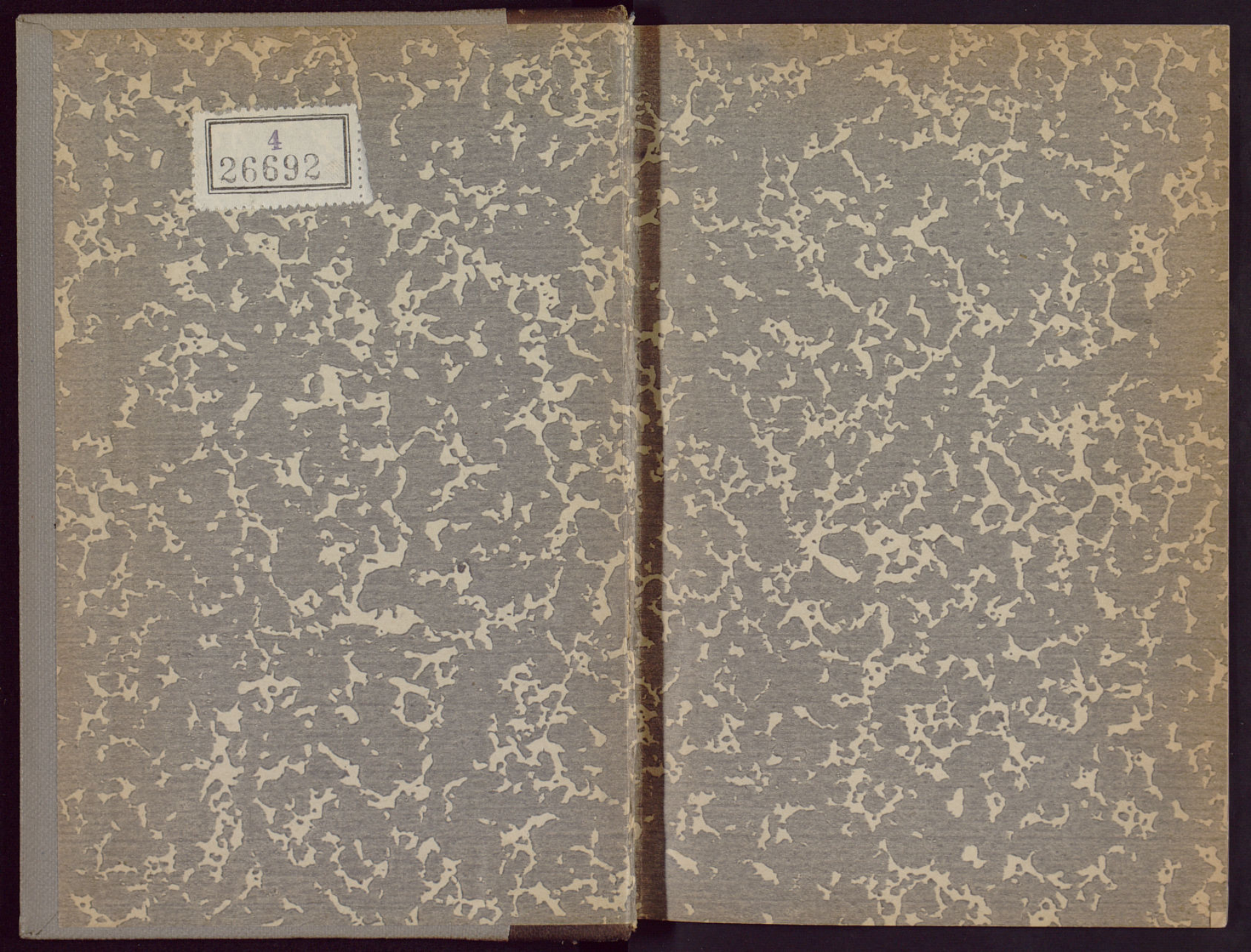


INB

TENREIRO
—
LA LEY
DEL PECADO

4
26692

The image shows the front cover and spine of a book. The cover is decorated with a marbled pattern in shades of brown and tan. A small, rectangular library sticker is affixed to the upper left corner of the cover. The sticker has a decorative border and contains the number '4' on the top line and '26692' on the bottom line. The spine of the book is visible in the center, showing the binding structure.

4
26692



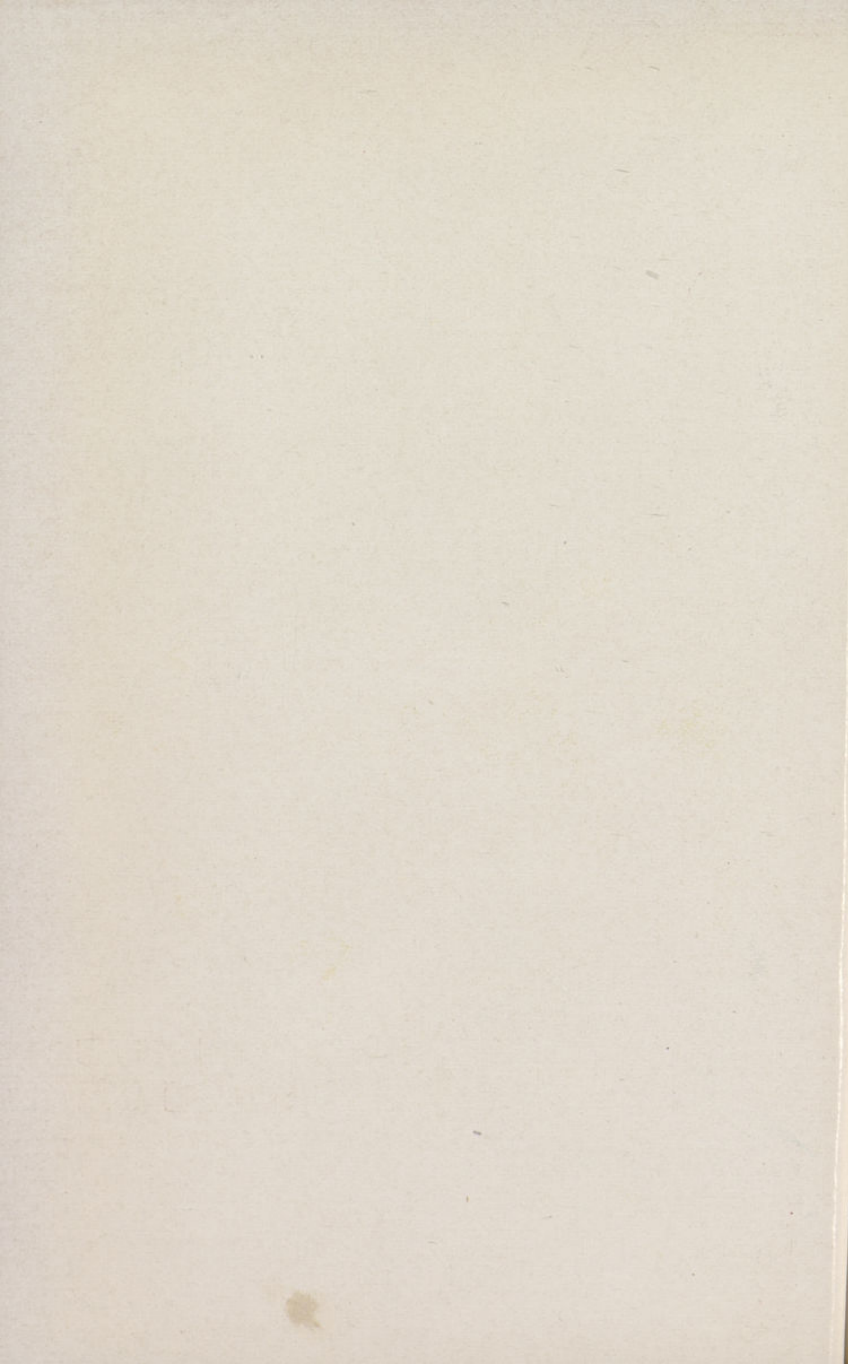
19/133

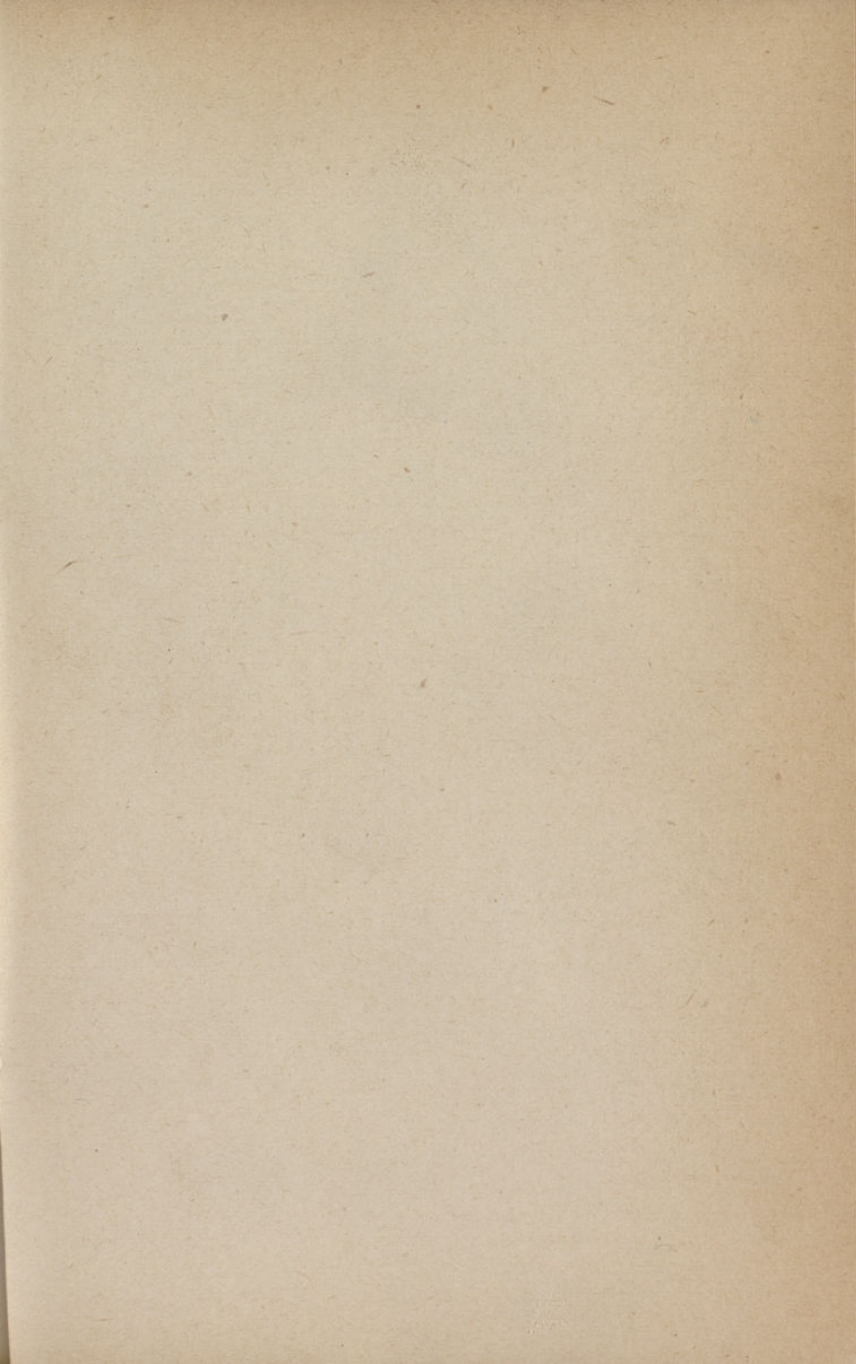
RAMON MARIA TENREIRO



**LA LEY
DEL
PECADO**

NOVELA





LA LEY DEL PECADO

221

OBRAS DEL AUTOR

LUNES ANTES DEL ALBA. (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid.)

EL LOCO AMOR. (Ediciones de La Pluma. Madrid.)

NUEVAS FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO. (Espasa-Calpe. Madrid.)

LA ESCLAVA DEL SEÑOR. (Segunda edición. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid.)

EN PREPARACION

LA FRUTA TEMPRANA. (Novela.)

EL MAL QUE NO QUIERO. (Novela.)

EL LIBRO DE LAS BALADAS. (Relatos breves.)

TRADUCCIONES DE OBRAS DEL AUTOR

(De LA ESCLAVA DEL SEÑOR)

DIE SKLAVIN DES HERRN. (Ostdeutsche Verlagsanstalt. Breslau.)

THE HANDMAID OF THE LORD. (Martin Secker's. London.)

(De EL LOCO AMOR)

O LOUCO AMOR. (Colecção Ressurgimento. Lisboa, 1927.)

R 104997

RAMON MARIA TENREIRO

P

LA LEY DEL PECADO



COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

RENACIMIENTO

Puerta del Sol, 15
MADRID

Ronda Universidad, 1
BARCELONA

Florida, 251
BUENOS AIRES

Es propiedad.
Copyright by Ramón María Tenreiro, 1930.
Primera edición.

COMPAÑÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS.—MADRID

22. *Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios;*

23. *mas veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.*

24. *¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de esta muerte?*

(SAN PABLO. "Romanos". VII.)

Oimè, se quest'è amor, com'ei travaglia!

(LEOPARDI, "Il primo amore".)

A DON MANUEL B. COSSÍO

Siempre fué mi propósito, desde que por primera vez tuve la desgracia de soñar con entregarme a esta superflua tarea de escritor, el de ir poniendo al frente de cada uno de mis libros, como amparo y defensa, el nombre de una de las personas a quienes más debo en la formación de mi espíritu, en todos los órdenes de su actividad, reconociendo así, lealmente, una bendita deuda inextinguible.

En esta letanía de rectores, consejeros y amigos no existe nadie que tan honda y trascendentalmente haya actuado sobre mi alma como usted, desde la hora, dichosa entre todas, en que, con trémulo corazón y ánimo vibrante, asistí por primera vez a una de aquellas personalísimas lecciones de Historia del Arte, prodigio de emocionada sencillez, que, para un grupo de estudiantes, daba usted en el Museo de Reproducciones. En tal momento, abrióse ante mi adolescencia un universo nuevo, todo cuajado de espiritualidad y hermosuras, y después, en las más elevadas horas de mi vida, no he hecho otra cosa sino

procurar acercarme a las inefables impresiones de entonces. Hábiame enviado a su clase aquel excelso maestro de todos, cuya figura contemplo, como viva, en mi interior, mientras voy trazando esta página, y cuyo nombre iría también en este lugar si no temiera con ello profanarlo.

Por lo arriba dicho, le suplico que no tome a mala parte el que me atreva a dedicarle un relato que acaso a no pocos pueda parecer inmoral e indigno de su limpia persona. Bien sé que usted no ha de escandalizarse (Omnia munda munda), y que sabrá ver, tras la crudeza de ciertas escenas, la íntima preocupación, que corre a lo largo de todo el volumen, por los acongojadores problemas que atormentan la primera juventud del hombre, en horas que deberían ser santas y bellas como el pórtico de un templo. Ya que ha consagrado usted noblemente la parte central de su actividad a ser guía y plasmador de espíritus juveniles, ¿no será también lícito que su nombre ampare y defienda a mi desdichado personaje? Otro habría sido el curso de su vida si hubiera tenido la fortuna de topar con usted. Protéjalo, siquiera, en este amortiguado vivir del arte.

Este libro nace tardíamente, como todos los míos. Concebido hace más de veinte años, en tiempos en que aun podía haber, en el alma del autor, calor y simpatía para las emociones que martirizan a su héroe, sólo alcanza su realización en años de madurez, cuando ya al escri-

tor quizá no le restan bríos imaginativos ni cordiales para representarse eficazmente las cuitas que refiere.

Por otro lado, el tema moral que aquí se plantea va ya siendo cosa trasnochada. Ya no va por ahí la juventud, como ya no recorren las mujeres de hoy el camino de mi Esclava, otro escrito que vió la luz pasada su sazón. En esta edad de deportes, la mocedad parece más sana y libre de impulsos sexuales que en otros corrompidos tiempos; y, de otra parte, la nueva organización que se vislumbra para la sociedad al emanciparse económicamente la mujer, abre paso a una normal satisfacción de los instintos sin caer en infamias ni vilezas. Todo lleva a pensar que estamos en el alba de una ética más humana, con la cual la existencia se desenvolverá por cauces menos despiadados, y no sufrirán tanto, por motivos ficticios, estos pobres hijos de Adán, derrocados reyes de un paraíso de delicias, a quien ya da sobrados motivos de tormento la nada maternal Naturaleza. Castíganos ésta en la vejez con achaques y debilidades. La sociedad aflige rencorosamente nuestra breve juventud con leyes y con normas.

Si esa nueva edad llegara, libros como éste serían testimonio de las angustias y torturas que hicieron desgraciada a la mocedad en un doloroso pasado.

R. M. T.

LA LEY DEL PECADO

PANORAMA SINTETICO

Allá arriba, en la penitente haz de la meseta, cilicio de tojos, hábito de brezos, rudamente castigada por el azote del viento bajo los nublados cielos, la fuentecilla mana temblorosa de una de las grietas del roquedo. Amedrentadas de la austera soledad cumbreña, sus puras aguas se alejan en silencio, al pie de las retamas y zarzales, con giros y cautela de reptil. Por instantes, osan manifestar su naturaleza juguetona, y, con risas de espumas, brincan y se persiguen entre las guijas de su arroyada; mas presto se acobardan y tornan a su furtiva carrera.

A fuerza de rodar labran surco en la llanura inmensa; el surco, aguas abajo, conviértese en quebrada, por cuyo fondo, sembrado de peñascos, galopan, bramadoras e hirvientes, las antes pacíficas ondas. Abrese en cañada la quiebra, y en valle la cañada. Valle montañés, estrecho, lúgubre, sombrío, profundo como pozo, por cuyas abruptas y fragosas laderas trepan valientemen-

te robles y castaños. En su fondo, aquieta y adormece su furia el arroyo que ya ha conquistado título de río. Escoltado de alisos, serpentea suavemente entre las brañas y mantiene en ellas siempre renovada verdura.

De afluyente en afluyente va acreciéndose el caudal de sus aguas; a veces se remansan en claros estanques de dorado fondo, cuyo alinde gózase en copiar la hermosura de cielos y de cumbres; tornan después a combatir corajudamente, cubiertas de espumas, para fugarse de la cárcel en que pretenden encerrarlas los montes; ruedan con fragor por angostas hoces, despéñanse por cascadas vertiginosas...

Las montañas han perdido ya su fosca fiera; ahora son redondeadas, dulces, pacíficas, cubiertas hasta sus cumbres de pinos y de robles. Entre sus abiertos brazos, acogen amorosas dilatados valles, cuyo fértil suelo, levemente ondulado, recorrido en armoniosos meandros por el sosegado río, rinde copiosamente todas las bendiciones de la tierra. Campos de mieses, ya amarillecidas, ondulan suavemente al alentar blando de la brisa; lustrosas matas de maíz comienzan a alzar con soberbia el airoso penacho de su virilidad; ostentan los parrales la presada pompa de su pampanaje, y entre la fronda de guindos y cerezos brillan, tentadoramente, golosas arracadas de corales. El húmedo ambiente funde todos los términos del paisaje, envolviéndolos en

gasas opalinas, en medio de las cuales se diluyen las azules humaredas que, como de incensario, ascienden lentamente de cada tejado de aldea.

En el punto más interior hasta donde alcanza el aliento salobre de la marina y el nivel de las pleamares; en el centro de aquel paraíso de fertilidad, sin otra sierpe que la del río, que se abraza lascivo a sus ubérrimas márgenes como por retrasar el instante de su perecimiento en la tumba del mar, álzase una redonda colina, cuya cima señorea el imperio de aquellas pingües tierras: labrantíos, pastizales, huertas, viñedos, en medio del anfiteatro de arboladas montañas. Este altozano, fuerte posición militar en otros tiempos, llave que cerraba el paso del interior de la comarca a todo invasor que llegara del Océano, habrá estado poblado de hombres desde que los haya habido en aquellas postrimeras regiones del Ocaso; castro poderoso en la Edad Antigua, ciudad torreada en la Media, cubierta de palacios y de iglesias, habitada, como toda su zona, por una fecunda raza, rubia, sonrosada, exuberante, optimista, de septentrionales lozanías, dotada de esa sensual vitalidad y alegría que las tierras ópimas dan a sus afortunados hijos.

Al pie de la breve ciudad cuyos muros lame, conviértese el río en ancho estero, cubierto de una dilatada marquetería de juncuales, piezas revueltas de un rompecabezas gigantesco, sobre las cuales, dos veces cada día, derrama el mar la

plata de sus mareas. Aguas afuera, allí donde más angostan el cauce los verdes cerros de las dos orillas, son los hervideros de la barra; bético campo donde lidian eternamente aguas dulces y saladas, amontonando, unas contra otras, fango y arenas, a golpe de oleaje y de avenidas.

Después, la ría: un brazo de mar, manso y ceruleo, que llena los dulces senos de la tierra, adormeciéndose blandamente en el regazo rubio de las playas; turquesa marina engarzada entre las rocosas montañas de la costa, que avanzan valientemente mar afuera, oponiendo inescalables cantiles al sempiterno furor del Océano. Los reflejos del sol centellean deslumbradores en las cabrilleantes ondas, sobre las que se columpian, casi invisibles, las barcas pescadoras. En la boca de la bahía gigantesca, entre el sinuoso trazo violeta de los lejanos montes, mar y cielo funden en idéntico desmayo sus pálidos azules. Y ciertas tardes estivales, para envolver en sudario de cenizas la pecaminosa suntuosidad del agua y de la tierra, penetran calladamente por ella los mansos rebaños de las brumas del mar.

PANORAMA ANALITICO

Es en la orilla izquierda del estero, cerca ya de la barra, al pie de alta colina, con un castro en su cumbre, revestida hasta lo alto de rotundos castaños, donde los eucaliptos del pazo de la Gándara bañan sus raíces en las dormidas aguas de la ría. Los vetustos muros negruzcos de la posesión, coronados de yedras, tiéndense largamente a par de la ribera. Al pie de una ancha puerta despintada que se abre en medio de ellos hay una larga rampa que hunde sus sillares en el fango morado de la ría. Viejas embarcaciones abandonadas, que muestran sus costillas como osamentas de cetáceo, acaban de deshacerse lentamente, bajo soles y lluvias, semienterradas al lado de la rampa.

El vasto perímetro de la amurallada finca encierra en sí cuanto puede estar comprendido en posesión de su clase: tierras de labor en que crecen trigos y maizales, huertos de hortalizas, campos de frutales, largas carreras entoldadas de parras, una robleda, prados... Los jardines, en terrazas sucesivas, bajan desde el palacio hasta

el borde de la ría. Son antiguos pensiles, húmedos y sombríos, con recortada tracería de mirtos y de bojés, entre los cuales unos viejos rosales deshojan lentamente el llanto de sus pétalos; las hortensias abren en la penumbra las melancólicas estrellitas celestes de sus corimbos hinchados; albean azucenas y daturas; luce apagadamente, en medio de la charolada fronda de los camelios, alguna mustia flor tardía, perdonada por los primeros ardores estivales; encienden las adelfas sus luminarias purpúreas entre las lanzas de su follaje, y las magnolias despliegan regiamente la exuberancia carnal de sus flores gigantes. Por encima de todo ello, añosas coníferas, de ramazón fosca e intrincada, alzan al cielo sus zumbadoras pirámides, y una solitaria palmera mece lánguidamente, en aquellos horizontes extraños, el flábelo oriental de su copa, con nostalgia de desterrado. Aquí y allí, por las largas avenidas y plazoletas cubiertas de hierba, hay amplias escalinatas de piedra; bancos de granito, revestidos de líquenes y musgos; estanques y pilones, secos en su mayor parte, pero en alguno de los cuales la voz de las aguas, única cosa que parece viva en aquel ambiente hechizado, aun barbotea sin descanso su parlería confusa e inacabable.

El viejo palacio se alza en lo más alto de la posesión. Espacioso edificio de sillares y mampostería, con innumerables ventanas. La irregularidad de su traza indica que no ha sido forma-

do de una sola vez, según plan previamente concertado, sino que, en épocas diversas, diferentes necesidades y antojos han ido haciéndolo crecer al azar del instante. Tiene una torre que domina la parda masa general de los tejados. En lo alto de sus muros, bajo su breve alero, ábrense las diminutas troneras por donde entran y salen las inquietas bandadas de palomas, que revolotean encima del caserón; juegan y se persiguen sobre las tejas, con ardientes arrullos, arrastrando la cola; juntan amorosamente sus picos en un apasionado batir de alas...

Hacia los jardines, las puertas y ventanas del pazo dan a una extensa terraza de cantería, que corre todo a lo largo de su fachada a la altura del piso principal. Desde ella, por encima de su barroco balconaje de piedra y sobre las copas de los árboles del parque, ataláyase el dulce panorama de la ría entre las colinas que la cercan y aprisionan. Doble escalinata, que arranca del centro de la terraza, desciende a los jardines, cruzando y enlazando sus opuestos tramos y mesetas con una complicación muy siglo XVIII. Peldaños, balaustres, barandales, pilastras, perinolas, todo ello es de granito, finamente labrado, ennoblecido por mano de la vetustez, que lo ha salpicado, al azar, con una ornamentación de líquenes de oro y plata.

En la fachada opuesta, que mira al camino, sobre la gran puerta cochera, ingreso del espacio-

so portal, ostenta el palacio un gran escudo de armas esculpido en sus sillares, sobre el cual despliega el abanico de sus perlas una corona condal. En el ángulo de la pared de la torre, a considerable altura, vese un gran reloj solar.

Ante el palacio, hacia la carretera, hay un extenso patio, pavimentado con losas de granito, bordeadas de hierba; está rodeado de terreras edificaciones de servicio: cuadras, cocheras, almacenes, graneros, sobre las que sobresale señorialmente la casa principal. Ingrébase, desde el camino, por una portalada soberbia, con maciza puerta de castaño, cuyas robustas jambas berroqueñas, que interrumpen el muro de cierre de la finca, se buscan y enlazan en lo alto mediante el sabio artificio de un labrado arco.

Patio, edificios, jardines, huerta, todo tiene un lamentable aspecto de decrepitud y abandono... Si perece en la batalla el caudillo cuya cabeza y corazón lo eran de todo un ejército, hasta formar de él una persona única, con una sola alma y cien mil cuerpos, en las dispersas huestes vencidas cada soldado recobra su individualidad, antes dominada, y conforme a los impulsos de su temperamento, huye o se defiende, se acobarda o se enardece, maldice o implora, socorre o saquea. De este modo, en el pazo de la Gándara, ya a las primeras miradas se advierte que ha dejado de actuar aquel continuado esfuerzo secular que en otro tiempo trazó los jardines, plantó el arbola-

do, abrió calles y sendas, encauzó las aguas, hizo surgir del suelo muros de cerramiento y edificaciones. En suspenso la perseverante acción que crea y conserva, según un inteligente plan humano, las cosas, como tropa sin jefe, se lanzan libremente por el cauce de sus tendencias espontáneas. Lo inanimado marcha, paso a paso, por el camino de su perecimiento; concávase la superficie de los tejados y trastórnanse en ellos las ringlas de tejas; las murallas olvidan su veterana verticalidad e inclinan a tierra su faz surcada de grietas; desencájanse y alabéanse las maderas de puertas y ventanas; carcómense las vigas; desnívelanse los pisos; deja de cantar el agua en los caños de las fuentes... Pero las cosas vivas crecen y se expanden, borrachas de egoísmo, como si sólo para cada una de ellas hubiera sido creado el universo; los abetos del jardín usurpan el aire y el sol en tales términos que, bajo el fosco andamiaje de sus ramas, donde antes hubo encendidos arriates de rosas, sólo se ve ahora la tierra desnuda y negra. Las yedras tienden su lozanía dondequiera que haya algo capaz de sostenerlas, y sus lindas randas traidoras arruinan paredes, trastórnan tejados, ahogan los árboles del bosque y de la huerta. Musgos, helechos, hinojos y balsaminas convierten en jardines suspendidos la región de las tejas. Toda casta de hierba perniciosa establece su residencia en los mal labrados cuarteles. Astutas sierpes de

zarza asoman sus aguijones entre las fragantes hojillas de los cortesanos arrayanes. Hierbajos y malezas borran la traza de los jardines; truecan en prados las calles de la huerta.

Al sol y al aire libre, entre frondas y flores, revoloteos y cantos de avecillas, no hay agonía que acierte a sollozar: el pazo perece, piérdese el elemento humano que imprimió su voluntad y carácter en aquel trozo de Naturaleza; pero ¡qué indómita vitalidad en las plantas vencedoras! ¡Con qué valentía tienden por los aires las gigantes coníferas su ramazón fúnebre y sonora! ¡Qué carnaval de ardientes colores en las flores viciosas que esquilman praderas y sembrados! ¡Qué maravilla de tesón y astucia en la lenta conquista que las hiedras van haciendo de su presa! ¡Con qué soberbia la coronan con las amarillas umbelas de sus flores y plantan sobre ellas sus frutos de azabache, como bandera de victoria!

Mas dentro del palacio, en el callado corazón de la vivienda, todas las cosas hablan de acabamiento en su monólogo sin término; el tétrico ambiente aprisionado en su recinto, denso con el aliento secular de hombres y cosas, escalofría como un aire de panteón; el silencio melancólico que impera en sus ámbitos es acentuado por el sutil carcomer de la carcoma. Abajo, en el espacioso zaguán, regio y desnudo, las losas del pavimento resuenan huecamente, al pisar sobre

ellas, como lápidas de sepultura. En el piso superior de la casa, una vez subida la palaciana escalera, de anchos peldaños y labrado pasamano de granito, hay una interminable serie de espaciosas estancias, salones, gabinetes, dormitorios, en cuyos bruñidos pisos de castaño refléjase muertamente la luz de las ventanas. No hay una habitación, entre todas ellas, que no sea triste, fría, inhóspita, solemne. En los bien alineados estrados de las salas míranse de hito en hito sofás y sillones, envueltos en el blanco sudario de sus fundas. Las talladas consolas sostienen invariablemente un dorado reloj que no anda (¿qué instrumento sería capaz de medir las horas de aquel mundo sin tiempo?), custodiado por una pareja de candelabros de bronce o un par de jarroncillos de porcelana, bajo fanal, sobre cuyas bocas se alza la arquitectura deleznable de unos descoloridos ramilletes de flores de trapo. En las paredes reluce gravemente el oro de los marcos de ennegrecidos óleos o de grabados borrosos; brillan las tallas de las cornucopias, cuyo espejo convierte en fantasma a quien tenga la osadía de mirarse en él. En las profundas alcobas hay lechos altos y solemnes como catafalcos, con grandes cabeceras talladas y doradas como el retablo de un altar. Imposible parece hallar reposo en ellos, ni casi vivir en aquella morada que no semeja ya mansión de seres vivos, sino yerta caparazón de desaparecidas existencias.

INCIDENCIA

¡Uf! El lector, fatigado, preguntará ahora que a qué viene tanta descripción y se sentirá dispuesto a cerrar el libro con un gesto desdeñoso y dar por terminada la lectura. ¡Descripciones! ¡Como en las novelas de hace cincuenta años! Puesta la mano sobre su corazón, el autor tiene que reconocer que también a él le ha causado mucho enojo escribir todo esto y da su palabra de honor de no volver a hacerlo. Ni siquiera sospecha por qué se metió en tal berenjenal. Salió así y no sabe por qué. Ahora van a surgir los personajes y ellos dirán si era o no preciso situarlos en su ambiente de modo tan nimio.

Por lo demás, puesto ya en un terreno de sinceridades, el autor se ve forzado a confesar también que ignora si estará escribiendo una novela de las de hace cincuenta años.

LA LLEGADA

En la dormida tarde de cristal y oro, toda chiriir de grillos y chicharras, el carricoche rueda con estrépito por las revueltas de la carretera, al cascabelero trotecillo de sus jacas.

Delante del pazo, a lo largo del muro que cierra la finca, la carretera, como por un túnel, se desliza bajo una tupida arboleda de centenarios olmos, plátanos y álamos.

Al llegar a la puerta principal, una alegre voz, que brota de entre las recogidas cortinas de hule del deteriorado carruaje, ordena impetuosa, dominando el repiqueteo de las colleras y el fragor de las ruedas:

—¡Para!

El zagalón del pescante detiene a los caballos, tirando bruscamente de las riendas de cuerda. Un muchacho, aun no de veinte años, moreno, ágil y esbelto, salta del interior del coche y se acerca corriendo a la solemne portalada de la posesión. Su mano ansiosa agarra el herrumbroso picaporte y llama con golpes recios, que hacen

retemblar las despintadas hojas de la puerta. Allá dentro ladra furioso un perro.

—¡Muley! ¡Muley! ¡Muleíño!—grita el recién llegado.

Al ladrar hostil sucédense ahora unos latidos, alegres e impacientes, llenos del afán de acercarse a la voz amiga. Nuevas aldabadas. Al otro lado de la puerta, sobre el suelo empedrado, en medio de los gozosos ladridos del can, acércanse unos pasos, lentos, graves, cansados.

—¿Quién?—pregunta foscamente una voz áspera.

—Abre, Colás; soy yo—responde animadamente el de fuera.

Y la voz de dentro, rota de emoción:

—¡Ave María! ¡Si es nuestro señorito!

Unas manos torpes van recorriendo trabajosamente los oxidados cerrojos; pero a pesar del agrio estruendo de vieja ferretería, la puerta no se abre.

—Aguárdese un momento, señorito; que se me *esquenció* el llavín.

Y las mismas pisadas, ahora presurosas, sueñan otra vez, al alejarse, sobre las losas del patio.

El muchacho espera sonriente. ¡Aquel Colás! ¡Cuanto más viejo, peor cabeza!

El rojo sol poniente, por debajo de las copas de los árboles, lanza, en la alameda, las sesgas saetas de sus rayos y convierte en ascuas follajes

y troncos antes de que comiencen a sumergirse en las cenizas del crepúsculo.

Nueva lucha con los herrajes de la puerta. Por último, tras largo rechinar de enmohecidas cerraduras y pestillos y áspero ludir de goznes con orín, ábrese una de las pesadas hojas.

—Dispense que tanto le hayamos hecho aguardar, señorito. Pero desde que usted se fué no había vuelto a ser usada esta puerta. Todos entramos y salimos por la de la aldea...

La que habla es una mujer alta, fornida, cincuentona, con alegre sonrisa en su curtido semblante campesino, apenas marchito por los años. Sin ser dueña de dominar su impulso aprisiona entre sus fuertes brazos al mancebo, lo apretuja contra la exuberante rotundidad de su pecho matronal, plántale en las mejillas un par de besos crepitantes...

—Perdone, señorito; pero así, de pronto, al verlo llegar sin esperarlo, no me hice de cargo de que ya no es nuestro neniño y lo recibí como cuando volvía del Colegio Católico... Pero ¿cómo vino sin avisar? La señora condesa no lo esperaba aún en varios días. Don Juanito había de ir a buscarlo a la Coruña. Ya se ve... ¡Como a su mamá no le gusta que ande usted solo por esos mundos! ¡Y eso que está hecho todo un buen mozo, Virgen Santísima! ¡Qué alto y guapo viene! Mucho le presta Santiago.

Al lado de la oronda mujerona, un vejete encor-

vado, de diminutos ojillos, casi perdidos entre los párdados de bordes sangrientos, boca sumida en medio de los hondos surcos del rostro afeitado, afánase vanamente por colocar un saludo. Sesenta años de ininterrumpida labranza inclinan hacia la madre tierra su cuerpo sarmentoso: los brazos combos, las manazas agarrotadas, parecen manejar siempre un invisible azadón en sus gestos descompasados. Por fin logra interpolar media docena de rudas palabras entre el alud de exclamaciones de su compañera:

—Sé que le fué bien por aquella montaña.

—Sí, sí; muy bien, muy bien—responde gozosamente el muchacho, repartiendo entre sus interlocutores sendos abrazos, en la dicha de encontrarse de nuevo en su ambiente familiar y entre los servidores que cuidaron de su infancia.

Tampoco faltan caricias para el perro, que ladra locamente, y, en su ansia de precipitarse hacia el recién llegado, lucha frenético, aun a riesgo de ahogarse, contra la cadena que lo mantiene sujeto por el cuello.

—¡Muley! ¡Muley! ¡Pobrecito mío!—murmura tiernamente el mancebo halagando la negra cabeza del animal.

Pero el perrazo se levanta con violencia sobre sus patas traseras y le planta en el pecho las de delante.

—¡Quieto, bruto! A poco más me haces caer.

¡Buena me has puesto la americana!—exclama risueño.

La matrona acude solícita a borrar con su delantal de cocina las huellas de las patatas del can.

—Deje, deje, señorito. Yo lo limpiaré. No va a presentarse así, todo manchado, delante de la señora condesa. ¡Qué sorpresa para su mamá! ¡Y la pobre Marianiña, que tanto suspiraba por su llegada!

—¿Cómo se encuentra?—interroga el mancebo con voz velada por crespones de duelo.

—Mal va la pobriña—suspira lastimeramente la criada—. ¡Lo que es como Dios Nuestro Señor no haga un milagro!...

Pero sus últimas palabras no llegan ya a oídos del mancebo. Cruza a la carrera el lóbrego portal, sube como en un vuelo la gran escalera de piedra, recorre vertiginosamente el laberinto de pasillos y salones y cae sobre el seno de su madre, que ya sale a su encuentro. El abrazo es largo, silencioso, lleno de emoción reconcentrada.

Viste de negro la condesa, con casi monjiles vestiduras: alta, noble, enjuta, su figura hubiera servido a un escultor neoclásico para encarnar alguna de las cardinales virtudes; cubre su cabeza un canoso casco de tirantes cabellos, recogidos en la nuca, y en su marchito rostro señorial, trágico y austero, macerado por prolongadas congojas, resplandece severamente la majestad de la resignación.

Aun tiene abrazado a su hijo, cuando desde la estancia inmediata una vocecilla pía con impaciencia:

—Mamá, mamá, ¿es Miguel? ¡Que venga Miguel!

Y ambos penetran en el cuarto de la niña.

Es un salón casi sin muebles, limpio, blanco, alegre, dorado por la suntuosidad del sol poniente. Dos abiertas puertas de cristales, encuadradas con nevados cortinajes de muselina, comunican con la gran terraza que señorea los jardines. En otro de los muros, ábrese una ventana desde la cual se columbra la boca de la ría, en indecisos lejos. Junto a uno de los ángulos de la habitación, en un albo altarcillo cobijado por azul baldaquín, álzase una efigie, charolada y vulgar, de la Purísima. A sus plantas, un fresco ramillete de azucenas derrama morosamente la ofrenda turbadora de su fragancia. Hay macetas de claveles de fuego en el antepecho de la ventana. Jazmines, madreselvas y rosales encarámanse desde fuera, por las paredes de la casa, hasta verter sus aromas dentro del cuarto. Todo huele a flores en el ambiente de la tarde, áureo, sensual, reposado y melancólico.

Y la niña languidece lentamente en la pureza de su lecho. Su cuerpo enflaquecido apenas abulta bajo la blanca colcha. Los ojos negros, luminosos, cargados de precoz madurez, arden febrilmente en medio del consumido semblante; un revuelto nimbo de cabellos, oscuros y rizados, sirve de

marco al macilento rostro sobre la albura de los cabezales. Las afiladas manos de cristal, surcadas del azul veteado de sus venas, se desmayan sobre la nieve de las sábanas.

Tres años lleva ya sin levantarse. Al principio, hacia los doce años, fué una coxalgia a la cadera izquierda, pero recientemente se le ha declarado algo pulmonar.

El hermano, al entrar, precipítase hacia el lecho queriendo besarla; pero Marianiña rechaza la caricia fraternal cubriéndose la cara con el brazo.

—No, no, Miguel; no me beses—chilla con vehemencia—; a mí nadie puede ya besarme.

Y corrige la brusquedad de aquel movimiento con la sonrisa tierna y dolorosa de sus labios exangües.

Miguel está desconcertado. Desde las vacaciones de Semana Santa, la enfermedad de la niña ha debido avanzar tremendamente. ¡Si no parece ya la misma persona! ¡Si hasta cuesta trabajo descubrir en aquel rostro dolorido sus antiguos rasgos!

Sentado en la camita de la enferma, estrecha entre las suyas las manos de la niña, húmedas y ardorosas.

—La nena se nos muere—piensa de pronto. Y apenas logra reprimir un sollozo que quiere brotar de su garganta.

Marianiña percibe su emoción:

—Me encuentras muy malita, ¿verdad, Miguel?—musita, casi sin mover los labios.

El hermano no puede responderle; pero la madre acude con rapidez:

—¡Quia! Si estás muy mejorada... Bien te lo dijo, don Ramón cuando vino a verte. No sé por qué te empeñas en no creerlo.

Y entonces Miguel, algo más dueño de sí, logra contribuir a la mentira piadosa:

—Estás mucho mejor. ¿Qué duda cabe?... Más gruesa... Más colorada...

La niña sonríe apagadamente, fingiendo creer cuanto le dicen. El mozo le acaricia las manos:

—Ahora, en cuanto me suban el baúl, verás lo que te he traído de Santiago: un estuche de costura, de terciopelo granate, con una vista de la catedral encima de la tapa. Ya lo verás... Precioso. ¡Y no creas! Tan útil como bonito. Contiene una infinidad de agujas de todas clases y tamaños, punzones, tijeras, ganchillos, pasacintas, ojaladores... Cuanto puede necesitar una dama para toda clase de labores, según decía el dependiente que me lo vendió.

La enfermita se siente confortada con la aturrida charla de su hermano. Como si hablara consigo misma, murmura con voz opaca:

—¡Ay, Miguel! ¡Cuánto deseé que vinieras!... ¡Cuánto le pedí a la Virgen que me dejara volver a verte!

Los resplandores del ocaso se ahogan lentamente

te en la verdosa laguna del crepúsculo. El cuarto de la enfermita va siendo invadido por las nocturnas sombras. En ellas, cargado de secretas lágrimas, cuaja un silencio que ni la madre ni los hijos consiguen romper.

LAS HOGUERAS DE SAN JUAN

Anunciado por los recios crujidos de sus botas, el capellán entró en el comedor momentos antes de la cena.

—Pero, hombre—bramó estrechando a Miguel contra el torreón de su pecho—, ¿a quién se le ocurre venir así, sin poner un parte? Tuve que rezar el rosario en la parroquia y no supe nada hasta ahora mismo. En todo pensaba menos en que el estudiante fuera a llegar de este modo... ¡Y que viene hecho un mozo que hay que verlo!... ¡Y con sus tres sobresalientes!... ¿Cómo no te quedaste para hacer oposición al premio? Ese era el debido remate: tres sobresalientes y tres premios.

Hablaba broncamente y con áspero acento. Su corpachón gigante, tan tosco y rudo como su voz, por la seca reciedumbre y el requemado color de manos y rostro bajo los canosos cabellos, parecía tallado a hachazos en un tronco mal desbastado. Pero—oveja con piel de lobo—bajo la maraña de las cejas, siempre contraídas, brillaban unos ojos llenos de candor, y los rugidos de su voz casi sólo se empleaban en pronunciar palabras bonda-

dosas. Llevaba veinte años de capellán y administrador de la casa, había compartido todas sus penas, y su pecho era altar donde ardía fanática llama de adoración por la condesa y sus hijos, criaturas de elección que para él resumían todas las humanas perfecciones. Gracias a este acrisolado afecto iba logrando realizar sus funciones administrativas sin grave daño para los intereses que le estaban confiados, porque su corazón era de tal calidad que, a la menor lástima que le refirieran, ya estaba dando todo lo suyo, y sabe Dios cómo habría andado la cobranza de rentas aldeanas, tarea que muy contra su voluntad desempeñaba, si su veneración por los señores no amortiguara los arrebatos de su generosidad. Pero, sin que nadie lo supiera, más de una vez suplía de su magro peculio las cantidades que la compasión le impedía reclamar. Gran cazador, amigo y consejero de toda la aldea; campesino hasta los tuétanos, según lo había heredado de sus progenitores; bonachón, bromista, humano, tolerante, era el primero en acudir al socorro de todas las calamidades y no el último que se presentaba en las fiestas. En toda la parroquia y en varias de las vecinas no había viejo más querido que don Juanito, el capellán del pazo.

Durante la cena, bajo la lámpara de petróleo que vertía sobre el mantel la blanda lluvia de su luz y dejaba en penumbra el resto de la dilatada estancia, estuvo, como de costumbre, predicándo-

le a la señora para que alguna vez siquiera se apartara de la camita de la enferma y bajara a la huerta a respirar el aire libre.

—Vamos, señora—barbotaba—; ya que tenemos aquí al estudiante, que sabe entretener a su hermana mejor de lo que podríamos hacerlo Micaela o yo, es preciso que la señora condesa se imponga la obligación de salir a tomar el sol todos los días. Si sigue tan encerrada como hasta aquí, va a ponerse enferma y luego le es peor.

—Ha de ser lo que Dios quiera, don Juan—murmuraba severamente la dama, que apenas probaba bocado.

—No, no, señora condesa—protestaba con fuego el capellán—. Perdóneme que le diga que eso no es de cristianos. Dios nos dice: “Ayúdate y yo te ayudaré.” Y la señora condesa se ayuda comiendo menos que un jilguero y no saliendo en todo el día del cuarto de Marianiña... Mira, Miguel: tú que eres el hombre de la casa, tienes que tomar cartas en el asunto. Ruégale a tu madre que, siquiera por ti y por tu hermana, coma lo preciso y dé todos los días una vueltecita por la huerta. Así verá las parras. Este año es mucho cuento con ellas. Misimo da gozo pasear a su sombra: una bendición del Señor. Como no llovió en todo este mes, las uvas cuajaron como nunca. Ave María de gracia, ¡sí hay más piñas que hojas, señora condesa!

Recogía los manteles la oronda Micaela, cuando don Juan rugió nuevamente:

—¿Y qué? Supongo que el estudiante no dejará de venir a la lumerada de San Juan.

Con la pena de encontrar tan enferma a la niña, Miguel lo había olvidado. Y, sin embargo, el afán de no faltar de su aldea en aquella mística noche era lo que había precipitado su salida de Santiago: ¡tan preciosos eran los recuerdos que de ella guardaba desde la infancia! Quería asociarse religiosamente a la gente de su tierra y de su raza en los oscuros ritos, de olvidado sentido, de la fiesta del fin de la primavera; con ánimo reverente quería purificarse de toda bajeza y miseria, atravesando por medio del rugiente frenesí de las llamas; ver la ría ornada con el centelleante collar de rubíes de las fogatas campesinas, que se copian en el soñoliento espejo nocturno de las aguas; lavarse, a la mañana siguiente, con la fragante agua de San Juan, impregnada de esencias de toda suerte de hierbas y flores, puestas a macerar en aquella noche sin par bajo el maravilloso sereno y la protectora mirada de los astros.

Dos noches, en la vida aldeana, guardan profundo sentido religioso, sabe Dios desde qué remotas edades, acaso desde el primer vagido de la conciencia del hombre. La una es en el propio corazón del invierno: cuando más largas y temerosas son las horas de tinieblas, más cruel el temporal, cuando más dormida se halla la naturaleza, en lo íntimo de cada casa celébrase bulliciosamente el Nadal, la fiesta de la esperanza. El divino infante,

rosado y desnudo, simboliza la renovación de la vida sobre la tierra. En el fosco seno de la muerte invernal, el pecho del hombre palpita lleno de confianza en el resurgir de las fuerzas naturales y lo festeja dentro del refugio de cada hogar con alegrías que no trascienden al lúgubre ambiente exterior, así como la Naturaleza rehace sus energías, a aquella misma hora, en recónditos laboratorios cuya misteriosa actividad escapa a todo pesquisidor. Y grandes y chicos, en torno al tizón de Navidad, dan alborozado curso a su alegría al son de los panderos, con estrepitosas coplas y danzas.

Pero después han llegado los fecundos días de la primavera. A la hora presente, el pan, ya cierto, acaba de madurar en el sutil estuche de oro de la espiga; el vino en cierne sueña locuras en su lecho de pámpanos; cuájanse de granates los cerezos; en los demás frutales hínchanse y redondéanse los frutos que serán de miel en el otoño; los campos todos ostentan la suntuosidad de sus cosechas con orgullo materno, y desde el pulido cristal de los cielos la animadora voz de la alondra lanza sobre la tierra florida su cántico de alabanzas. En los corazones, lo que fué tímida esperanza en la remota noche invernal, truécase ahora en torrente de ardorosas alegrías; la existencia es fácil, seguro el sustento, benigna la temperie, propicio el porvenir, y las fuerzas naturales, que ya no son precisas para conservar en el presente la vida individual, se abrasan lo-

camente en ansias de perpetuidad para el individuo y para la especie. Y llega así la milagrosa noche de los amores, de los augurios, de los sueños proféticos. Cuantas potencias amigas de la vida contiene en sí el Universo ejercen en ella, con mayor intensidad, su bendita influencia; el rocío, las ondas del mar, el agua de las fuentes, poseen inefables virtudes capaces de producir y conservar perenne salud, hermosura, fecundidad, dicha, y no hay moza aldeana que no se desvele por dejar su lecho antes del día, coger la flor del agua en el manantial de que surte su casa y pulir con ella su rostro a la hora en que baila el sol en aquella alborada más riente que todas las del año. La centella de la alegría no es ya lumbre interna que arda y dé calor en lo escondido de los hogares; lánzase al aire libre, bajo la suavidad de la dulce noche casi estival, y se convierte en deslumbradora fogata que desafía el fulgor de los astros. Sus llamas, rugientes y convulsas, iluminan los enardecidos grupos de mozos y mozas, ebrios de la íntima savia que muge en sus arterias, los cuales, con fuego a su alrededor y fuego en sus pechos, cantan y bailan bulliciosamente; se persiguen en torno a la hoguera, riendo y chillando; saltan ritualmente sobre el incendio purificador para librarse de todo mal y daño.

Sálvoche, lumerada de San Xuan,
que non me trabe cobra nin can...

En otros tiempos era en el propio patio del pazo donde ardía la sacra fogata, en presencia de todos los caseros y servidores de la casa. El señor, antes que nadie, practicaba el rito de cruzar entre las llamas. Vino de los toneles del palacio sumaba su fuerza embriagadora a las de la juventud, la primavera, la noche y la alegría. Pero desde que la desgracia se había aposentado en el pazo como huésped perenne, la fiesta celebrábase en la aldea, si bien la señora no dejaba nunca de enviar leña y vino.

Miguel, el capellán y el criado viejo llegaron cuando ya las rojas volutas de la hoguera enturbiaban la limpidez del cielo. En la plazuela irregular del lugarejo, entre míseras casucas de las más diversas formas, con alpendes, cobertizos y toda suerte de añadidos, sólo coincidentes en su pobreza y negrura, ardía, con llamas bramadoras, un buen montón de leña. En su torno hallábase congregada toda la aldea. Las figuras de detrás de la fogata aparecían iluminadas en oro por las palpitantes llamas. Las de delante eran sólo negras siluetas. Aguafuerte de violentos contrastes, con sombras densísimas y crudos reflejos de incendio. En el centro de la plaza, con estrepitosa algazara, utilizando un largo y fuerte palo para prolongar el salto, los mozos más intrépidos brincaban por encima de las llamas: parecía que iban a caer en medio del brasero, pero surgían sin novedad al otro lado, a través de la humareda, arrancando de mu-

chos pechos un alarido de espanto. Los menos valientes se limitaban a dar una zancada sobre las ascuas, aprovechando el momento en que más escasa fuera la cólera de las llamas. Las rapazas, con grandes chillidos, eran arrastradas por los mozos hasta el propio borde de la hoguera, y alguno había que levantaba en brazos a su compañera y la hacía dar rápida vuelta por encima de aquel breve volcán, a riesgo de que se le inflamaran las enrolladas sayas y refajos.

Al aparecer los señores fueron recibidos con muestras de respeto; pero no faltó alguna arriscada voz de moza que invitara burlesca:

—Vaya, don Juanito; venga conmigo a *salvar* la lumerada.

Miguel iba resuelto a saltar sobre la hoguera; pero tan altas y enfurecidas eran las llamas, tan ridículo el papel de los que se quedaban a medio andar, que, por no verse en compromiso, no se apartó del capellán. No sin íntima envidia contemplaba los ruidosos retozos de la mocedad: también él habría querido triscar en torno a la fogata con aquellas ardorosas mozonas, sanas y turgentes, de centelleantes ojos en que se espejaba el brillo de las brasas, reidoras bocas de fuego, mejillas de lumbre, caldeadas por las llamas y la sofocación de luchas y carreras: delirantes figuras de aquella rre, vestidas de gayos colorines y doradas por los ígneos resplandores, que a la trémula y cálida luz de la fogata cobraban diabólica apariencia de sa-

lamandras. Pero su afán de participar en aquella alegría era paralizado, de una parte, por la idea de que, siendo él el amo, no era bien que se abandonara a aquellas groseras expansiones, y de otra, por una invencible timidez nativa, por el miedo a hacer papel ridículo y exponerse a maliciosas bromas.

En medio del grupo de las gentes reposadas, mientras, sin poderlo evitar, los ojos se le iban anhelosos tras las rústicas gracias de las mozas, oía vagamente una sentenciosa conversación sobre los precios del ganado en las ferias. Pero llegó un momento en que le dió vergüenza y rabia regodearse secretamente con aquellos bajos impulsos de reprimida sensualidad. La noche estaba llena de mística limpieza. Sobre los tejados, por el transparente espejo azul de los cielos, navegaba serenamente una luna redonda, luciente, inmaculada hostia de castidad. De la dormida tierra ascendían suavemente fragantes hálitos de pureza. Y entretanto él, en vez de gozar noblemente de las armonías de aquella hora augusta, entregábase a envidiar las viles alegrías de cualquier mozalbete aldeano. Repugnáronle aquellos vulgares sentimientos que le emporcaban el alma, quiso librarse de la ramplojería de las palabras que sonaban a su alrededor, y por gozar a solas de los líricos hechizos de la noche salió, sin ser notado, de la plaza, pero no sin lanzar antes una última mirada codiciosa hacia el ardiente espectáculo de la hoguera.

DRÍADE

Dos minutos de marcha por un hondo y sombrío camino de carro, reptante y costanero, de pedregoso suelo lleno de rodadas y altibajos (lecho de arroyo para las lluvias del invierno) lleváronlo bien lejos de todo aquel plebeyo estruendo. A espaldas de la colina que dominaba la aldea hallóse en la linde de un soto lleno de tinieblas, rumores y misterio. A sus pies, en suaves gradaciones, bajaban hasta la ría los labrantíos, nevados de luna. La humilde vegetación del término más próximo, maíces y trigales, trocábase en maciza y deslumbrante labor de argentería por obra del resplandor selenio; en cambio, al otro lado del brumoso este-ro, la cadena de montes, constelados de hogueras sanjuanistas, perdían toda apariencia de realidad, evaporábanse y desvanecíanse en el flúido opalino que derramaba de sí la luna llena. Paz. Blando alentar de la noche entre la fronda de los árboles. Tierra y plantas, en la dulce intimidad del sueño, exhalaban calladamente sus vahos más suaves, entrañables y secretos.

Paso a paso, iba sintiendo Miguel cómo se le anegaba el alma en aquel mar de nocturnas delicias: borrábase su individualidad, purificábanse sus afanes, olvidábansele sus preocupaciones; todo su ser no era más que retina para empaparse en el lechoso vapor lunar, olfato para embriagarse con los sutiles efluvios que trasminaba toda la naturaleza, epidermis para estremecerse con la tenue caricia de la brisa, oído para recoger los leves murmurios que sonaban de modo apenas perceptible entre la hierba y el follaje: abríanse en toda su amplitud los poros de sus sentidos para absorber los inefables encantos de la noche, y tanto más gozaba de ellos, ya que la larga etapa de existencia universitaria y sobre todo las últimas semanas de forzada preparación de los exámenes, habían quebrantado su hábito de respirar en el ambiente de su aldea, haciéndole sentir dolorosamente la nostalgia de aquellas tiernas impresiones campesinas, en medio de las cuales su espíritu se había abierto a la vida.

—Quede usted muy dichoso, señorito—canturreó dulcemente a sus espaldas una voz cadenciosa.

Miguel se volvió casi espantado. Llegada con todo silencio, como pagana deidad que surgiera del tenebroso bosque, descubrió a pocos pasos una garrida moza, con alegres vestiduras plateadas por la luna.

—¡Ah, Carmiña! ¿Eres tú?

—¡Se asustó! ¡Sabe Dios en lo que estaría pensando!

Con sonriente confianza llegóse al escolar. En su fresco semblante juvenil, los destellos lunares encendían fulgores de luciérnaga en los claros ojos, a sombra de las pestañas, y arrancaban azules reflejos de los húmedos labios, risueños y carnosos. Rubios rizos rebeldes, fugados de la cárcel del pañuelo de seda que le cubría la cabeza, arrojaban su sombra sobre la delicada máscara de pálido tafetán con que velaba la luna los rosados colores de su rostro. Era costurera. En equilibrio sobre la airosa cabeza, traía su máquina de coser envuelta en un gran pañuelo blanco. Trabajaba en el pazo con frecuencia. Tendría muy poco más de veinte años.

—No sabía que hubiera llegado usted, señorito—secreteó casi sin voz.

—Llegué ahora por la tarde—repuso él con acento cortado.

—¿Y ya la primera noche tiene que venir a tomar el fresco al soto? Bueno debe traer ese corazón cuando no le deja parar dentro de casa. ¡Ya se ve! Deja la novia en Santiago...

—¡Si no la tengo!—musitó él ahogadamente.

El inesperado encuentro con aquella rozagante muchacha en la propicia soledad del soto alzaba en su pecho oleadas de tímidos anhelos y dejaba sin voz su garganta.

—¿No la tiene, pobriño?—fisgó la otra con

fingida lástima—. Claro que la tendrá... Y bien guapa... Por un señorito como usted, nada menos que conde, andará revuelto todo Santiago—. Y acercándosele más, añadió en tono más bajo, con susurro de intimidad: —Dígame cómo es su novia... ¿Morenita como usted?

Pero él tornó a decir cada vez más turbado:

—¡Si no la tengo!

—Vamos... Sea bueno... Me lo tiene que decir...—imploraba ella con mimosa insistencia.

Allí, junto a su rostro, veía surgir Miguel la risueña albura de los dientes de la moza entre el cáliz de brasa de los labios; cosquilleábale en las mejillas el cálido aliento de su boca; los brazos querían irsele solos para estrechar contra su pecho el tibio busto pulposo de la florida rapaza, reciamente modelado por la luna bajo la pulcra chambrea blanca. Pálido, grave, ceñudo, mordíase los resecos labios para que no brotara de ellos un vendaval de ternezas; centelleábanle los ojos, temblábanle las manos, y a punto estaba de abandonarse a los fieros impulsos que lidiaban contra la timidez en su pecho, cuando la moza, que observaba su agitación con pícara sonrisa, preguntóle inesperadamente, no sin interés sincero, pero también por cambiar el peligroso rumbo de la entrevista:

—Y a Marianiña, ¿cómo la encontró?

Ante la imagen de la blanca camita de su hermana, con la inocente criatura que penaba y se

consumía en ella, abochornóse Miguel de las impuras ansias que bramaban en su entraña. Con voz aun entrecortada, refirió sus tristes impresiones.

—¡Pobriña! ¡Pobriña!—comentaba repetidamente la otra, con acento de auténtica piedad—. Dios sabrá por qué hace tales cosas—añadió después—; pero ¡mire que reservar esa negra suerte para la señorita mejor y más bonita de toda la Mariña! Tiene todo cuanto se puede poseer en este mundo: es buena, simpática y cariñosa como no la hay igual, y ¡llevar no sé cuántos años metidiña en la cama, padeciendo sabe Dios qué dolores, sin otra esperanza que la de salir de ella para descansar en el camposanto!...

También ante el espíritu de la costurera, sinceramente conmovido, flotaba el lastimero recuerdo del lecho de la enferma. Pero el pletórico caudal de sus energías vitales hizo que se rehiciera prestamente.

—Vaya... Adiós, señorito—dijo con zumba e ironía—. Es ya muy de noche y si me ven con usted en el soto van a sacarme la conducta. Malas lenguas no le faltan... ¡Mire que si le fueran con el cuento a la señora condesa!...

Y, al tiempo de partir, prorrumpió en una carcajada fresca, sonora, cristalina, que varias veces pareció apagarse en sus labios para recomenzar otra vez con renovadas fuerzas y cuyos ecos vibraron largamente, robustos y gozosos, en las tenebrosas frondas del castañar.

Miguel se quedó inmóvil, viendo cómo se borraba, entre las azuladas sombras del camino, la clara silueta de la moza. Un salvaje tropel de carnales deseos bramaba nuevamente en su pecho, suscitado por los acariciadores arrullos de aquella risa gigantesca. Anhelaba correr tras la rapaza, estrecharla entre los brazos, hartarse de besos en las ascuas de su boca reidora...

Pero, como si estuviera clavado al suelo, no dió ni un solo paso. La noche se deslizaba, tierna y ardiente, bajo la quimérica vigilancia de la luna. El perezoso susurrar de la brisa era como caricia entre las hojas de los árboles; los sutiles soplos del aire de la noche sonaban como apasionados suspiros y sollozos bajo la densa oscuridad del soto. En los matorrales derramaban pródigamente las madreselvas las turbadoras oleadas de su aroma. Las luciérnagas, en la penumbra de los vallados, encendían sus amorosos faros fosfóricos. Por todas partes se adivinaba el frenético palpitar de la Naturaleza entera, inflamada en embriagadoras ansias de perpetuarse...

Miguel, con remiso caminar, fué regresando al pazo. Las hogueras rituales lanzaban hacia los serenos cielos las mugientes espirales rojas de su humo; resonaban ardorosamente gritos, risas y canciones... Llegó a la finca, penetró en el portal del palacio, subió lentamente la resonadora escalera. Arriba, recorrió de puntillas el largo laberinto de salas y pasillos, lúgubres y sombríos, que

conducían hasta la nueva estancia que le había destinado su madre, situada lo más lejos posible del cuarto de la enferma. Y, de pronto, al doblar un recodo del negro corredor, tuvo que detenerse, cuajado de angustia y espanto. Hasta él llegaba, débilmente, no sabía desde dónde, en el funesto ambiente del palacio, el eco de un llanto acongojado, tan amargo, lastimero y luctuoso, que parecía imposible que, sin hacerlo estallar, pudiera brotar de corazón humano. Nadie habitaba en aquel lado de la casa, y aquella confusa queja, ahogada en el misterio de la noche, era como si la propia alma de la vieja mansión gimiera por todos los dolores que, a través de los siglos, habían martirizado a sus sucesivos habitantes y presagiara nuevas inminentes desgracias.

RETRATO

Si hubiera modo de estampar aquí la fotografía, ya amarillenta, que, mientras escribe esta cuartilla, tiene sobre su mesa el autor de este relato, ahorrarse el vano esfuerzo de pretender traducir en palabras lo que sólo es expresable con trazos y manchas, y el lector adquiriría, sin molestia alguna, aquella evidencia que jamás podrá ser suplida, fatigosamente, por la descripción más extensa y detallada.

¿Cómo es este Miguel de nuestra historia? Los datos que ha sido dado allegar muéstrannos un mancebo de unos diecisiete años de edad, de tipo radicalmente opuesto al que se canta en cierto poema francés que, no sé por qué, resuena en nuestro oído en este instante: *Jeune homme sans mélancolie*—comienza diciendo el poeta galo—. Joven con melancolía—tenemos que exclamar nosotros al contemplar este viejo retrato—. Joven todo melancolía. Melancolía que arde gravemente en las profundas miradas de sus ojos de azabache; melancolía que danza con dulce blandura en la indecisa sonrisa de sus labios, tímida-

mente sensuales; melancolía en los sutiles surcos de amargura que apenas se adivinan a ambos lados de la boca, en la recatada plenitud frutal de las juveniles mejillas; melancolía en la fina nariz, de aletas vivas y palpitantes; melancolía en la dilatada frente pulida, a sombra de los densos racimos de la rizada cabellera negra. Esta faz, de bellas líneas, que va poco a poco borrándose en la fotografía, hálbanos de tristeza, dulzura, cordedad, sensualismo, ánimo reconcentrado, carácter irresoluto, en cada uno de sus rasgos delicados...

Ardientes arrullos y menudas pisadas de finas patitas, bien armadas de uñas, lo despertaron, apenas amanecido, a la otra mañana. Las señoras palomas, bajo el alero de la torre, eran las vecinas que habitaban sobre el nuevo aposento destinado para Miguel por su madre. Aquella habitación había permanecido cerrada desde la muerte del abuelo; era un amplio salón con oscuras vigas de castaño entre los sombríos cuadros del tablaje del techo. En su vastedad, quedaban casi perdidos los severos muebles que lo ornaban: un sofá y sillas Imperio, tapizadas de negro; diversos arcones y bargueños, largos armarios repletos de libros, una gran mesa de escribir, delante del balcón de mediodía, con su sillón de cuero. Al fondo, en una profunda alcoba, había un vetusto lecho barroco, con doradas tallas de cornucopia en su alta cabecera, sirviendo de

marco a la semiborrada imagen de un San José entre guirnaldas de flores. Todo tenía un aire lúgubre, muerto y abandonado, en la semivacía estancia, aunque a raudales irrumpiera por sus ventanas la vivificante luz de la alborada. En un rincón había un alto reloj inglés, de caja, con metálica esfera y gótica crestería de bronce dorado, y Miguel, no bien se levantó, pretendió echarlo a andar, por romper con el concertado latir de su pulso el aspecto de cámara mortuoria que le hallaba a su cuarto. Logrólo sin la menor dificultad, y desde entonces el viejo mecanismo volvió a escandir fatigosamente los instantes de la existencia de aquel recinto hechizado. Cada cuarto de hora, un increíble soplo de juventud animaba al valetudinario artilugio, y, tras largo rechinar de ruedas y de muelles, sonaban gozosamente en sus entrañas, con ritmo de danza, unas campanadas claras, agudas, cándidas, juveniles, cuya ingenua gracia chocaba intensamente con la ceñuda vetustez de la estancia.

No sin emoción, establecióse Miguel en el cuarto del abuelo. Aunque tan distinta del viejo en ideas y sentimientos, la condesa había sabido mantener siempre despierta en el alma de los niños gran veneración por la memoria de aquel ilustre conde de la Gándara, figura prócer de la política y las ciencias económicas y sociales en los tiempos isabelinos. Miguel conservaba vagamente la visión de un anciano risueño, menudo, ca-

noso, ágil e inquieto, que había jugado con él en aquella misma estancia donde ahora él habitaba.

El conde había sido un liberal de los tiempos heroicos. Educado en Inglaterra, de donde había vuelto con grandes conocimientos en Economía Política, su carácter emprendedor, entusiasta y generoso llevóle a luchar ardientemente por todo proyecto de libertad y progreso. Empezó en difundidor de las teorías de los economistas ingleses, y acabó en conspirador y revolucionario. De este modo, reinando Isabel II, había sido altamente perseguido por sus ideas y acciones políticas; había andado huído muchas veces, había emigrado a Portugal e Inglaterra, y hasta una vez había sido condenado, en rebeldía, a cadena perpetua, cuando el fracaso de una de sus intentonas. Después de la Gloriosa, había figurado con toda brillantez en las Cortes Constituyentes, ocupó puestos de mucha importancia durante el Gobierno provisional y el reinado de don Amadeo, y estaba a punto de ser nombrado ministro de Hacienda cuando se vino a tierra aquella deleznable monarquía. En los agitados tiempos siguientes, una tremenda desgracia familiar, que dejó destrozado el curso de su vida, apartóle para siempre del ejercicio de toda pública actividad: su único hijo varón, talentado mozo en quien cifraba las más gratas esperanzas, fué encontrado muerto en las afueras de Madrid, en circunstancias tan singulares que nunca pudo ponerse en claro

si se había tratado de un crimen o un suicidio. Aquella inesperada desdicha fué para el padre un cataclismo moral. Quebrantado en lo más entrañable de su ser, retiróse con su mujer y su hija a su casa solariega de las Mariñas, buscando lenificación para sus dolores en la blanda paz de las rías. Meses después, no pudiendo resistir el peso de su materna pena, también la condesa bajaba al sepulcro, y, en adelante, el noble prócer apenas por breves meses volvió a salir de la soledad de su pazo, donde consagró todo su tiempo a la educación de su hija, a administrar sus bienes, comprometidos con los dispendios insensatos de los años de emigración y lucha política, y a redactar pacientemente una serie de estudios sobre economía rural gallega, trazados con tanto saber y sagacidad, en una forma tan brillante y pura, que desde la hora de su aparición alcanzaron categoría de clásicos.

Todo ello, tantas veces oído, iba recordándolo Miguel mientras instalaba sus libros y papeles en la mesa de escribir de su abuelo, y le parecía de buen augurio, en sus planes de porvenir, el hecho de que, sin haberlo él procurado, viniera a encontrarse establecido, para realizar sus primeros ensayos de labor espiritual, en aquel mismo aposento hecho ilustre por tantas jornadas de trabajo y meditación de su progenitor famoso. Porque también a él le atormentaba la vana quimera de la gloria; también él ansiaba llegar a tener un

nombre que, como el de su ascendiente, fuera pronunciado por todos con admiración y respeto; pero no se sentía atraído por las severas tareas científicas: las amables diosas de la poesía y de las artes trezaban en torno a su frente sus dulces guirnaldas de sueños.

Quería escribir un drama. Aquella primavera, en Santiago, mientras se tupía la cabeza con las farragosas nociones necesarias para los exámenes, los personajes de su futura obra habían solido presentarse ante su fantasía murmurando apasionadamente las grandilocuentes tiradas de la fábula trágica, y sólo con gran esfuerzo lograba Miguel arrancarse a los encantos de aquel mundo de sueños, para volver a sumergirse en las secas ramplonerías de los libros de texto. Ahora, en el perezoso fluir de los días aldeanos, compondría las escenas del drama: había llegado, por fin, el ansiado instante de dar caza a las tornasoladas mariposas que, caprichosamente, revoloteaban, cuando y como querían, por los ámbitos de su imaginación, y dejarlas para siempre fijas en el papel, procurando que no perdieran nada del maravilloso polvillo de sus alas de oro. Fácil tarea, según juzgaba su esperanza, ya que para llevarla a feliz término sólo necesitaba recoger pacientemente las palabras que casi sin cesar sonaban en su oído, como eco de los inacabables coloquios que sustentaban sus personas dramáticas.

Miguel quería simbolizar en su obra la peren-

ne tarea destructora del pecado carnal. Durante aquel curso, más que con el Derecho Canónico y la Historia de la Legislación, había entablado relaciones con las más famosas obras literarias de aquel tiempo, y como fruto de apasionadas lecturas de Flaubert y de Zola; de *Los espectros*, de Ibsen; *La sonata a Kreutzer* y *Resurrección*, de Tolstoy, y, sobre todo, de *El placer* y *El triunfo de la muerte*, de D'Annunzio, había germinado en su espíritu la idea de su tragedia.

Había en ella un pintor casi adolescente que, en el amor impuro de una mujer corrompida, había encontrado inspiración para una obra extraña, ardiente y briosa, que le ganaba celebridad sólo con ser expuesta: *La flor del pantano*. Sobre un palúdico fondo de aguas muertas y lúgubre vegetación de ciénaga, surgía una figura de mujer, pálida y ondulante, semioculta por la maraña de plantas trepadoras, largas y viscosas, que se anudaban como sierpes a sus miembros exangües. En el rostro febril, en los labios de brasa, en la pedrería deslumbradora de los ojos acuosos, se iniciaba una turbadora sonrisa de pecado. Y allá arriba, en el lívido cielo crepuscular, brillaba apagadamente un lucero. Con aquella obra era repentino el triunfo del artista, pero nada más volvía a pintar. Unido con las abrumadoras cadenas de un amor implacable a aquella criatura, a un tiempo despreciada y adorada, sentía cómo se agostaban en su interior todos los tesoros de su vida. Y en

un instante de rebelión, al sentirse incapaz de toda noble existencia, al saberse para siempre esclavizado a las vilezas de aquella pasión depravadora, buscaba libertad y descanso entre las aguas cenagosas de un lago.

En semejante trama ponía Miguel sus ansias y su horror por los goces de la carne. Puro de todo contacto de mujer a los diecisiete años, al tiempo que le abrasaba el pecho una extenuante sed de placeres, sentía ante ellos aquel mismo espanto y vergüenza que había experimentado en la niñez cuando las palabras torpes de una criada habían entreabierto ante sus escandalizados oídos las puertas misteriosas de aquel orbe fangoso de turbadoras sombras. Desde tiempos atrás, el demonio de la lascivia venía a buscarlo astutamente en sus horas de soledad, y, ante sus novicios sentidos, desarrollaba la antigua máquina de tentaciones que en otros tiempos atormentaron a los santos del yermo. Y para el mancebo moderno, como para los eremitas añejos, los brutales atractivos de la carne centuplicaban el poder de sus promesas, ya que actuaban a través de irisados velos de ignorancia e inexperiencia. Cuando el viento del pecado lanzaba sus abrasadoras ráfagas, la sangre restallaba fieramente en las arterias del mozo; todo era fuego en su rostro, temblor en sus miembros, y su cerebro quedaba embotado para toda representación que no fuera salaz. Al retirarse la furiosa marea de solitaria

carnalidad, cuando dejaba de ser combatido por sus bárbaros impulsos, quedaba confuso, triste, sin ánimos, mustio el semblante, hundidos los ojos, fija en tierra la mirada, temblando que alguien supiera leer en ella los viles extremos hasta donde lo habían arrebatado sus rebeldes sentidos. En su arrepentimiento y bochorno, jurábase no perder nunca más el señorío de sí mismo; sentíase en una íntima situación de inferioridad respecto a todos sus compañeros; encerrábase cada vez más en su melancólico aislamiento, hasta que otra vez mugía la sangre de sus venas y lo hacía rodar, ciego y desesperado, por idéntico despeñadero de vergüenzas.

Las rebeliones de sus sentidos, lo mismo que cualquier otro orden de contrariedad, hacíanle a veces añorar el reposo de la muerte. Ya de niño había anhelado, frecuentemente, la suprema paz, y aquel místico anhelo acentuábase en las crisis de la adolescencia. “¡Oh, si tuviera valor para matarme!”, decíase a veces ante cualquier disgusto leve. Y pensaba, con voluptuoso regodeo, en el tiempo en que quedara sustraído a todas las amarguras y trabajos de la vida para dormir eternamente.

En medio del bullicio estudiantil, su alma vivía sola, sin otra intimidad que la de su propia conciencia. No conocía ningún varón de consejo, eclesiástico o seglar, de la Universidad, o ajeno a

ella, a quien pudiera revelar las nobles aspiraciones de su espíritu y las tormentas que lo combatían en el campo de la impureza, demandando, para todo ello, parecer y socorro. Tampoco tenía un solo amigo de su edad cuyo pecho latiera fraternalmente por los problemas que a él le atormentaban, y que, con la vibración cordial de su afecto, le diera ánimos y consuelo. Privado de padre y hermano espirituales, su alma encerraba en sí foscamente las realidades de todo orden que actuaban en su fondo secreto: igual pudor sentía de sus sueños más altos que de sus caídas más abyectas.

Su propia timidez, recato y reserva habíanlo apartado de la plebeya vida sexual que llevaban muchos de aquellos escolares. Con todo, una noche, con unos mozos que se mofaban de sus monjiles miramientos, se había dejado conducir a una casa de malas mujeres. Allí había estado, en un rincón, hosco, ceñudo, inmóvil, silencioso, mientras los otros, ya borrachos, entonaban destempladamente ruines cancioncillas, jugaban al escondite por todos los rincones de la casa con aquellas mujeronas que reían y chillaban como endemoniadas, destrozaban las sillas, bailaban sobre la mesa de comer...

—¿Qué tienes tú, que estás triste, morenito salado? Anda, dame un beso—díjole a Miguel, con pegajosa dulzura, queriendo sentársele en las ro-

dillas, una mozuela flaca, de aspecto menos zafio que las otras.

Pero Miguel, poseído de súbito e irreflexivo espanto, en medio de universal chacota, la había rechazado rudamente y había salido a todo correr de la casa.

INCIPIT VITA NUOVA

Ahora iba a romper radicalmente con las vilezas de todo aquel pasado. Podría mirar cara a cara al mundo y a los hombres. Otras varias veces, sin conseguirlo, se había propuesto quebrantar sus cadenas, pero no había tenido, como entonces, por asociado poderoso el afán de realizar una noble obra cuyo amor le caldeara las entrañas.

Una mañana, a los dos o tres días de su llegada, levantóse con el alba. La víspera había resuelto que en aquella fecha había de comenzar a escribir su drama. Pero antes de entregarse a la tarea, quiso empapar su alma en las puras delicias del amanecer y salió al jardín, envuelto aún en los húmedos cendales de la madrugada bajo la penumbra de los árboles. En el ambiente matinal, todo candidez, las cosas adquirían edénico prestigio de recién creadas; ostentaban matices de una ternura y suavidad que sólo a aquella hora alcanzaban; vertían de sí fragancias sutiles no perceptibles en ningún otro momento; los gozosos cantos de las aves, entre las frondas rosadas de sol

naciente, vibraban con repiqueteos de cristal y plata; hasta el uniforme barbotar del chorro de la fuente cobraba en aquellos instantes regocijados acentos de aleluya.

Bajó corriendo por las largas carreras empujadas. Era gran deleite poner en rauda acción la elasticidad de sus músculos, posando apenas los pies en el duro suelo que resonaba bajo sus plantas, y cortar velozmente con rostro y cabellos—la cabeza hacia adelante, los codos atrás—el fresco aire de la mañana. Parecíale haberse librado de su propio peso; sentía una levedad como si le hubieran nacido alas. No se detuvo hasta llegar a lo hondo de la finca; abrió la ancha puerta de los muelles. Frente a él, doradas por el sol en la inmaculada transparencia del ambiente, las colinas de la otra orilla de la ría eran deslumbradoras láminas de esmalte, en las que cada cosa, labradíos, prados, robledas, sotos, aldeas, pinares, con máxima riqueza lucía su color propio. Sólo era turbada la nitidez del cuadro por las azules humaredas que comenzaban a ascender sobre los tejados. A los pies de Miguel, en aquella hora de suprema calma, el inmóvil espejo de las aguas reflejaba, tono a tono, el áureo y risueño paisaje. Y eran tan parejos el cristal de la atmósfera y el de la ría, que, en la encantada esfera de fulgores dorados abierta ante su vista, no había modo de determinar dónde acababa lo real y se iniciaba

la copia. Una y otra cosa tenían igual química apariencia de sueño.

Miguel, en la margen del agua, recibía absorbto las dulces sensaciones que caían sobre sus sentidos y con todo embeleso eran absorbidas por su alma. En lo profundo de su pecho brotaba cálida esperanza. ¡Las divinas hermosuras del hermoso mundo hermanaban hasta tal punto con las profundas aspiraciones de su alma!... ¡Los sueños iban a ser realidades! El arrobo provocado en su espíritu por aquellas impresiones de la naturaleza era una promesa y un presagio. En un universo colmado de tamañas bellezas, ¿no iba a ser también bellísima la vida del hombre? Y en su entusiasmo, columbraba un porvenir de gloria: una existencia noble, feliz, amorosa, consagrada a la admiración y disfrute de las maravillas de la vida y a la creación de obras bellas que llevaran a todos un reflejo de la hoguera de emociones en que su alma se abrasaba.

Pero quiso aspirar por todos los poros de su cuerpo las acariciadoras sensaciones del instante, quiso hacerse uno con el hechizado ambiente; desnudóse con toda rapidez en la rampa de piedra, descendióla en una carrera y se arrojó al dorado lecho de las adormecidas ondas. ¡Delicia de delicias! Ahora sí que quedaban rotas todas las servidumbres de la tierra: flotaba libremente y sin esfuerzo por aquel puro, frío, tonificante y luminoso elemento, siendo sólo una partícula viva

perdida entre la irisada magnificencia del conjunto, cuya quietud de espejo rompía en mil cristales, verdes, azules y dorados, que se enlazaban y chocaban en caleidoscópicas combinaciones, según batía el agua con sus brazos...

Una hora después, cuando desde la terraza del jardín entró al cuarto de la enfermita, su alma palpitaba todavía con las místicas impresiones de la alborada. Sin detenerse a reflexionar, en un violento arrebató de ternura, llevado de la necesidad de dar salida a su emoción, precipitóse sobre la camita de la niña, estrechó sus flacos hombros y fué haciendo restallar sobre aquel pobre rostro marchito un alegre chaparrón de besos. La criatura se asustó de aquella acometida inesperada; procuró esconderse entre las sábanas.

—No me beses, Miguel, no me beses...—piaba acongojada.

Pero él la acariciaba más y más.

—Tienen que levantarte de esta cama, nenita mía querida. He de llevarte por el jardín, en tu cochecillo, como cuando éramos niños. Cogeré para ti las rosas que mejor huelan; subiré a lo alto de los cerezos y te echaré la fruta más dulce y madura, esa que por estar tan en las puntas sólo de los mirlos suele ser disfrutada. Ya verás cómo así te pones buena. Lo poco que te queda de enfermedad, yo, con mi cariño, he de curártelo.

No era aquello lo que el médico le había dado

á entender la víspera a la pobre madre. El mal avanzaba... Apenas había ya esperanzas... Aquel anciano doctor, que solía ir una vez por semana, desde la Coruña, a ver a la enfermita, era en el pazo como de la familia. Había sido amigo y compañero de luchas políticas del viejo conde de la Gándara. Su hija sentía hacia él un afecto casi filial, gracias al cual le permitía libertades de lenguaje y bromas irreverentes que a nadie, fuera de él, habría tolerado. Estaba ya muy viejo, pero aun mantenía erguida, con un resto de su antigua arrogancia, la soberbia cabeza envuelta por la nevada maraña de barbas y cabellos. Los ojos negros, lucientes, penetrantes, todavía guardaban una chispa de aquel fuego con que habían inflamado el alma de las multitudes en sus arengas revolucionarias y encendido tormentosas pasiones en muchos pechos de mujer. Con su palabra de fuego, de la cual, a veces, todavía resonaba un eco en sus labios, siempre había llevado a las enloquecidas turbas adonde se le había antojado; más de una vez se había jugado virilmente la vida al frente de los suyos, en las revueltas populares; disfrazado de sacerdote, había huído de la cárcel; condenado a muerte por Narváez, sólo había vuelto del extranjero para ser huracanado tribuno de las Cortes Constituyentes y ministro republicano. Y en medio de aquella frenética existencia, agitada por vehementes pasiones y aventuras de todo orden, había encontrado tiempo para hacerse un

gran médico. Jamás en la Coruña había habido ninguno semejante.

—Vamos a ver este sobresaliente mozo—había dicho en su larga visita de la víspera—. No tiene mal aspecto. Un poco melancólico, pero eso va bien en un joven piadoso de los que se usan en estos mojigatos tiempos. A ver los párpados. Bueno. Algo de anemia. ¿Qué tal comes? ¿Y duermes? ¿Y te gustan las rapazas?

—¡Don Ramón!—interrumpía la condesa en tono de reproche.

—¡Ay!, perdona. Olvidaba que estabas tú delante, beatísima madre. Pasea mucho, diviértete... Poco rezar y mucho comer: esa es mi receta. ¡Ah! Has de estar lo menos posible con tu pobrecita hermana. Vete por ahí... por el campo. Y si te encuentras una pastorcilla bonita pastando sus vacas y que preste oído a palabritas de miel, no desaproveches la ocasión... sin que se entere tu madre. La ocasión es la santa patrona de todo lo bueno que puede gozar el hombre.

Y la condesa:

—¡Por Dios, don Ramón! ¡Si el chico no comprendiera que todo eso son bromas!...

Pero ahora Miguel se encuentra solo en su cuarto, en el sillón frailuno, ante la mesa de trabajo de su abuelo. En una cuartilla de las que trajo de Santiago escribe lentamente, con su mejor letra: *La flor del pantano. Drama. Acto primero. Escena primera...* Y se queda después inmóvil, con

la pluma en la mano, sobre la hoja en blanco, sin saber por dónde comenzar. De repente se le han borrado todas sus ideas. Parece infundirle temor la solemnidad del momento y la virginidad de aquel papel en el cual, como en la vida, nada de lo que se ponga puede ser ya totalmente anulado. Vacila largo tiempo; escribe unas palabras; se arrepiente; torna a borrarlas. No es así como había esperado que compondría su drama. Quería escribirlo arrebatado de entusiasmo, en un solo vuelo frenético de la imaginación y de la pluma. Y en vez de ello, mientras en vano busca una frase digna de ser estampada como comienzo, su mano va trazando maquinalmente toda suerte de enrevesados jeroglíficos sobre la hoja de papel hasta que tiene que tirarla y coger otra. Por fin, tras larga brega, le parece haber hallado lo que deseaba y lo pone en la nueva cuartilla. Y como si con aquel acto se hubiera roto algún dique en su interior, su pluma va deslizándose con toda facilidad sobre el papel. A veces se detiene para recitarse a sí mismo, en voz baja, no sin íntimo orgullo, las frases que acaba de trazar. Otras se para en busca de palabras que expresen con exactitud su pensamiento, pero en aquella hora feliz no tarda en dar con ellas. Y el sentimiento que en general domina en su espíritu es el asombro de que escribir no sea más que aquello. Nada de lucha, fatiga ni arrebató: con toda sencillez, en un alegre y sano ímpetu,

como si brotaran por sí mismas, van cubriendo el papel las palabras...

Había llegado al final de la primera escena, cuando se alzó del sillón y se asomó a la ventana para refrescar su frente y esparcir su satisfacción de creador por todo el ámbito de las cosas creadas.

Era casi mediodía. En el cálido ambiente neblinoso las adelfas del jardín esfumaban la llama de sus flores. Más allá se columbraban campos y labradíos, sofocados y sedientos bajo la caricia terca del sol. La frescura de sotos y pinares palidecía en la general calígene. Ni un hálito de viento estremecía las hojas de los árboles. Sobre el fatigado paisaje reinaba un silencio de siesta, y el aire denso, cálido y enervante saturábase del acre aroma de los vahos de la tierra.

LOS ORÍGENES

a) El pazo de Eirobre

Al casarse la hija única del conde de la Gándara con el mayorazgo de los Suárez de Moscoso, cuyos ascendientes habían ganado perennal gloria en la conquista de Sevilla al lado del santo rey Don Fernando, habíanse fundido las dos familias más linajudas de la comarca y habían llegado a recaer en una sola mano, amén de importantes propiedades, rentas y foros en una y otra banda del estero, los dos soberbios pazos que figuraban entre los mejores de que podía enorgullecerse la provincia entera: el de la Gándara, en la orilla occidental de la ría, y el de Eirobre, no lejos de su borde de naciente, encaramado sobre una colina, en el antiguo asiento de un castro.

Mientras vivió el esposo habían repartido entre ambas posesiones sus largas temporadas campesinas, desde mayo a diciembre; pero al verse viuda al cabo de pocos años de matrimonio, cuando su hijo mayor apenas contaba ocho, y encontrarse por sorpresa casi en la pobreza a

causa de malos negocios en que había entrado su marido, la condesa, para reducir gastos, había cerrado las casas de la Coruña y Eirobre y se había recluso en su vieja mansión de la Gándara, donde había vivido y muerto su nunca olvidado padre. Y aunque estaban tan cerca las dos fincas que desde la terraza de su residencia columbraba en lo alto del monte, envueltos en azul neblina, los copudos castaños de la otra posesión, desde la muerte de su esposo, por motivos que siempre se había negado a explicar, no había vuelto a poner los pies allá arriba. Don Juanito era quien iba una vez cada quince días para disponer trabajos, vigilar las labores, pagar jornales y cobrar rentas.

Miguel siempre estaba deseoso de visitar el otro pazo, pero muy de tarde en tarde le había permitido su madre que acompañara al capellán. No obstante, aquella vez, una semana después de su llegada, por hallarse don Juan algo delicado, con una indisposición que no le permitía montar a caballo y realizar su visita quincenal, Miguel logró triunfar de la incomprensible repugnancia de su madre y alcanzar licencia para ser él quien se trasladara a la otra finca. Parecióle de perlas al capellán. El estudiante era ya todo un hombre y era hora de que aprendiera a administrar los bienes de que Dios había querido hacerle propietario. El iba estando ya muy viejo; cualquier día tendría que pedir a la señora que lo dejara des-

cansar de aquellos trabajos, y querría que para entonces el hijo de la casa supiera regirlo todo por sus manos.

Antes de las seis de la mañana, Miguel estaba ya a lomos de la yegua del eclesiástico, impaciente de emprender la expedición. Pero don Juan repetíale una y otra vez, machaconamente, los encargos e instrucciones que le había dado ya la víspera.

—Mira que te fijes bien en cómo están de cargados los frutales de temprano; después saldrán diciendo que el viento tiró toda la fruta, pero la habrán vendido y se guardarán los cuartos. Averigua si está “monteado” el maíz y sachadas las patatas. Es ya más que tiempo. Cuenta los pollitos nuevos que tengan las cluecas, y a ver si llevan a la feria del día 3 alguna cesta de huevos. Es casualidad. Las gallinas de aquí siempre ponen tanto que hay huevos para comer y para vender; las de allí es como si estuvieran en huelga permanente. Lo mismo ocurre con las vacas, que nunca quieren dar leche. ¡Ah! Sube al fayado y mira si han “matado” bien las goteras. Ya que otra cosa no se pueda hacer en ella, siquiera que no llueva dentro de la casa.

Por fin logró Miguel verse libre de las advertencias de su mentor, picó la yegua y se alejó trotando bajo los árboles de la carretera, al tiempo que gozosamente se llenaba los pulmones con el tonificante aire matinal.

El camino es largo y ameno. Parece como si los

más lindos paisajes que pueden combinarse con agua azul y colinas cubiertas de árboles, playas, promontorios, peñascos, ensenadas, se hubieran puesto de acuerdo para sorprender al viajero en cada revuelta de la tortuosa vía: cada cien pasos ha variado por completo el panorama. Llegase así hasta el Pasaje; crúzase en la barca sobre las rompientes de la barra; trépase después, monte arriba, por sendas y atajos, guiado siempre desde lo alto por los castaños del castro. Miguel iba encantado: por primera vez recorría solo aquel camino; era como si lo hubieran declarado mayor de edad. Parábase a cada instante y se volvía en su cabalgadura para contemplar el extenso paisaje que se iba desarrollando a sus espaldas: la turquesa de la ría recortada entre los montes en que estaba engarzada, por el lado del mar, y por el de la tierra, suaves términos de valles y montañas, revestidos de sotos y pinares.

Echó pie a tierra junto a las grises murallas de la finca y entró sin llamar por la puerta del patio. A los ladridos del can, la vieja Garula asomó la cabeza por la puerta de la cocina, y con grandes voces y aspavientos salió corriendo al encuentro del recién llegado. Era una mujer flaca y enlutada, de ojos astutos, vivos y penetrantes, que ardían en medio de un ganchudo rostro, todo arrugas, que al hablar avanzaba ansiosamente hacia su interlocutor, como ave de presa que se arro-

jara sobre su rapiña. Estrechó a Miguel entre sus huesudos brazos.

—¡Virgen de los Remedios! ¡Madre de los Desamparados! Pero ¿eres tú, de veras eres tú, condesito salado, el que acaba de entrar por esa puerta? ¡Y yo que creía que, como la señora condesa, tampoco tú querías nada con la casa de tu padre! El otro verano ni siquiera viniste a vernos. La señora, ya se sabe: de aquí no quiere más que los cuartiños que esto pueda darle. A ésos no les hace ascos. Pero fuera de ello, todo lo de aquí es como si estuviera gafado... ¡Qué buen mozo estás hecho! Y todo nuestro, todo de esta casa, aunque la señora condesa no lo quiera. Verte la cara es como ver la de tu difunto padre, que santa gloria haya. Aun no tenía él tu edad cuando ya estaba yo aquí de criada. Y luego quieren los de allá abajo que no os tengamos ley los apestados de la montaña, si hace cuarenta años que no come una otro pan sino el de esta familia. ¡Ave María! Mías fueron todas sus penas y goces, y hasta tu abuelo lanzó el último suspiro entre mis brazos.

Casi sin palabras, Miguel, que siempre la había temido como a una bruja, procuraba zafarse de la compañía de la vieja y sobre todo huir de sus caricias, que le espantaban.

—¡Ay, Jesús! ¡Qué despegado eres! ¡Ni un beso me dejas que te dé! No harías lo mismo si tuviera yo los diecisiete años que tenía cuando

vine a servir a tu familia. Entonces serías tú quien anduviera detrás de mí, como todos ellos andaban. Tanto el padre como los hijos; ¡buenos eran los hombres de esta casa! En cinco leguas a la redonda no había moza segura con ellos. Y lo que es tú, debes salir a los tuyos. Más finito, más aseñoritado, pero tienes la misma mirada pícara, los mismos *olliños de vente â cama*.

A Miguel le llenaba de secreta rabia cuanto decía la arpía, pero su timidez no le permitía manifestarlo. Guardaba terco silencio para ver si así lo dejaba solo; pero la vieja se creía en el deber de ir acompañándolo por todo el caserón, de sala en sala, para abrir las ventanas y mostrar cómo estaba todo limpio y cuidado, aunque sus dueños no quisieran disfrutar de las riquezas allí encerradas.

Lo que a él le habría gustado habría sido atravesar sin compañía aquellas estancias tenebrosas, respirando el vaho de vejez y humedad que de todas las cosas se exhalaba, y antes de abrir a tientas la ventana, tropezando en los muebles, interrogar largo tiempo el fatigado ambiente allí prisionero, para descubrir, con febril curiosidad, algo de la turbia y pecaminosa existencia que debía haberse allí desarrollado. Casa sin señora desde la temprana viudez del abuelo, con cuatro hijos varones entregados a sí mismos y que nunca habían hecho otra cosa sino su santa voluntad, en aquel nido de cazadores, según Miguel había

ido descubriendo por palabras sueltas y trozos de conversaciones, había reinado la más zafia bacanal. La Garula venía a ser el último resto de aquellas épocas de libertinaje.

Sin embargo, aquellas groserías y torpezas, aunque hubieran manchado paredes y deshecho muebles, habían pasado por el pazo sin arrebatarse su carácter de delicada melancolía. Ahora, a los veinte años, nada quedaba que hablara de ello, y, en cambio, lo que se había salvado del fino mobiliario Imperio de tiempos anteriores a aquella rudeza: cuadros, espejos, consolas, sillones, seguía derramando su tristeza exquisita por el abandonado ambiente. En un liso marco de caoba con cuatro grandes clavos de bronce en los ángulos, había un grabado francés, en colores, que representaba un atildado joven de 1830, con frac azul, barba rizada y escarolados cabellos, en cuyo rótulo vino a encarnarse de repente para Miguel el anhelo sentimental que lo invadía al verse por fin solo en los destartados salones de sus antepasados: *La prendre dans mes bras et la presser sur mon cœur*. Miguel no sabía quién era aquel romántico *Eugène* de la estampa; pero de los lindos muebles valetudinarios que parecían languidecer allí como desterrados; de los vagos olores añejos, adormecidos en el silencioso caserón, brotaba hacia él un incierto deseo que se definía con el suspiro del personaje del cuadro.

Curiosidades más groseras lo agitaron al reco-

rrer las guardillas, metiéndose por los cuartos de trastos olvidados y las alcobas de la servidumbre. ¡Qué zambras se habrían armado en aquellos tugurios que aun parecían contener los vahos de cuerpos no lavados! Pero sin saber al pronto por qué, la impresión más brutal le aguardaba en las dilatadas bodegas de la casa. Había allí una atmósfera húmeda y compacta, cuyo aliento abrumaba; una agonizante luz de ceniza que penetraba por los telarañosos tragaluces vecinos al techo y que apenas arrancaba de la universal tiniebla caótica la sucia panza de un tonel, la negra viga del lagar, escalofriante máquina de añejos martirios, alguna arista o superficie aislada en cualquier montón de cosas indefinibles. Miguel fué recorriendo el penumbroso laberinto, preso de sabrosa expectación y temor, como si de en medio de las filas de pipotes fuera a surgir algún desconocido ser, atractivo y espantoso, que sin que pudiera él defenderse se apoderara de su persona y le diera despiadada muerte, poco a poco, entre terribles y deliciosas sensaciones sin nombre. Y sin que lograra explicarse el motivo, el corazón le saltaba hasta la boca.

Salió de allí casi huyendo. Después, bajo los castaños del castro, oteando a sus pies entre el oscuro ramaje todo el luciente panorama de la ría, hízosele presente de pronto la olvidada causa de aquel incomprensible espanto. Había sido en la última temporada que había vivido allí la fami-

lia, poco antes de la muerte de su padre. Miguel tendría entonces unos siete años. La hija de la Garula, mocetona de más de veinte, servía de niñera a Marianiña. Todas las noches dormía a la criatura, paseándola en brazos por la alcoba de los dos hermanitos, a la trémula luz de una mariposa, y cantándole unas inacabables canciones, lentas y lúgubres, en que se hablaba de muertes y dolores. Aquellos sones llenaban de sabor de lágrimas la garganta de Miguel. Con silencioso llanto, que iba rodando por la almohada, pensaba el niño en el tiempo en que se murieran sus padres, en que no gozara ya más de su presencia, en que se quedara solo en una vida que adivinaba espantosa; deseaba morirse también él, y su angustia llegaba a ser tan grande que tenía que hacerse violencia para no prorrumpir en sollozos.

Pero cuando la niña quedaba ya dormida en su camita, la zagalona acercábase con misterio al lecho del hermano.

—¿Y tú? ¿No duermes?—musitaba—. ¿Quieres que también te coja en brazos y te haga ro ro?

Y con todo silencio, tapándole la boca para que no gritara, comenzaba a darle besos y a hacerle cosquillas, de que él se defendía, entre risueño e indignado, con pies y con manos.

Pero no era aquello lo que motivaba su emoción de la bodega. Un domingo por la tarde, en

que sus padres habían salido en el coche a una visita de cumplido, mientras su hermanita se entretenía con los pequeños de la casera, las criadas se habían puesto a jugar ruidosamente al escondite por cuadras, bodegas, pajar, cocheras y almacenes. Todo era confusión, carreras y chillidos. La niñera había cogido a Miguel de la mano, diciéndole que donde ellos se escondieran no los encontraría nadie, y lo había llevado hasta el más tenebroso rincón de la bodega, detrás de una montaña de cajas y barriles. Miguel avanzaba por aquella oscuridad lleno de temor; le parecía descubrir un espantable monstruo en cada uno de los desconocidos objetos, embalajes, muebles de desecho, armazones para andamios, máquinas agrícolas, que se alzaban en las tinieblas. La moza se había sentado en un madero, atraído a sí calladamente al niño y lo tomó en las rodillas, diciéndole al oído:

—Ven aquí, neniño bonito. Ven aquí, al colo de tu mamáña.

Y estrechándolo contra las pingües lozanías de su pecho, había pretendido besarle en la boca. Miguel se había defendido como siempre; habían luchado, arduosamente y en silencio, como enemigos encarnizados. Por fin Miguel había acabado por caer al suelo junto a la negra y sucia pared de la bodega. De pronto lanzó un grito.

—¿Qué te pasa? ¿Te lastimaste?—había pre-

guntado la otra, llena de alarma, suspendiendo sus ataques.

—No, no. Pero ¡ay, Dios mío! ¿qué es lo que hay aquí?—había respondido el chiquillo, más horrorizado a cada instante.

—¡A ver! ¡a ver!—clamaba la mozona, ardiendo en curiosidad, postrada junto a su compañerito.

Al pie del muro, entre la extremidad de dos maderos, de en medio de un informe y negruzco montón de polvo y trapos, surgía algo redondo como un cráneo de niño. La rapaza, sin sombra de asco, había introducido la mano en aquel hueco, y, envuelto en oscuros harapos que se caían de podridos, había sacado un esqueletillo de recién nacido, cuyos diminutos huesos aun estaban enlazados en parte por ennegrecidos tegumentos.

—Pero ¿qué es? ¿qué es?—preguntaba Miguel con creciente espanto.

—¿Qué ha de ser? Algún pariente tuyo que se desgració aquí al nacer—había respondido la moza con gran tranquilidad, manoseando siempre el cadáver.

Pero después, al ver que el niño iba a romper a llorar, había envuelto lo mejor posible aquellos restos en los negros guñapos que los habían contenido sabe Dios desde cuándo, y había arrojado el envoltorio a una de las viejas cubas gigantes. Había chocado contra el fondo con un ruido hueco que aun ahora volvía a estremecer a Mi-

guel al recordarlo. Después se había limpiado las manos chocando las palmas una contra otra, habíase acercado al niño, lo había cogido en brazos.

—¡Boh! No seas bobino, no te asustes y no le cuentes lo que vimos a nadie. ¡Sabe Dios cuántas cosas como ésta habrán pasado en el pazo! ¡Con lo que eran los amos de esta casa!

Al salir de nuevo al aire libre, parecióle como si la luz del sol se hubiera tornado lívida y hubiera perdido el mundo entero su esplendor y frescura.

Ahora, al recordar a lo largo de las abandonadas carreras de la huerta, presentábasele trémulo de vida aquel remoto episodio y se maravillaba de que ni una sola vez lo hubiera recordado en todos aquellos años. ¿Y la rapazota? ¿Qué habría sido de la hija de la tía Garula? Le parecía haber oído que se había ido a América.

—¿Y su hija?—inquirió de la vieja mientras le servía la comida.

—Creí que ibas a ser tan descastado que ni por ella preguntarás después de tanto como te quería. Muy bien; hecha una señorona en Buenos Aires. Cuartos no los manda, pero mira en cambio qué precioso retrato.

Y le trajo una gran fotografía de cuerpo entero, en la que la antigua zagala, ya marchita, fofa y obesa, pero conservando su tosquedad de siempre, aparecía con vestido de baile de gran cola, escotado y sin mangas. En medio del semblante

pintarrajeado, los ojos miraban cínicamente, con expresión idéntica a la de las mujeronas de quienes había huído en Santiago.

—¿Qué te parece? ¿Quién podría haberme dicho a mí que iba a tener una hija que vistiera de este modo?—exclamaba la vieja, contemplando la imagen por encima del hombro de Miguel y cayéndosele casi la baba de entusiasmo—. ¡Mírala, mírala bien, que hasta creo que se te parece! ¡Como que si no es prima tuya tiene que ser tu hermana!

LOS ORÍGENES

b) El primo Bernardo

Aun no había terminado Miguel su comida, cuando la Garula se le plantó delante, preguntándole, roja de curiosidad, si no le habían también encargado que le mandara su mesada a Bernardo. —Si no le traes cuartos, van a morir de hambre tanto él como ella. Ya se sabe: lo que manda la señora condesa acaba tu primo de beberselo antes del 20 de cada mes, y desde entonces no queda otra cosa de sustancia en la casa sino las palizas que casi a diario le pega a su mujer. A falta de “cuncas” de caldiño, entran así en calor.

La vieja tenía ganas de hablar de aquella cuestión, y Miguel, lejos de guardar hostil silencio, como había hecho al iniciarse otros temas, tiróle un poco de la lengua, pues, entre las cosas que ignoraba en los anales de su estirpe, la crónica de la vida de Bernardo era la que más le importaba poner en claro. Creía adivinar en él un espíritu hermano del suyo. En aquella ruda progenie de hidalgos de aldea, cazadores y mujeriegos por no

poder realizar hazañas de más fuste, Bernardo había venido a significar el primer fermento intelectual: con gran brillantez había estudiado leyes en Santiago, se había graduado de doctor en Madrid, había informado elocuentemente en estrados, había sido diputado provincial y periodista, augurábasele una rápida carrera política, y, sin que Miguel supiera cómo, había parado en ser un abyecto borrachín de aldea, casado con una rapaza campesina, sostenido casi exclusivamente con la módica pensión que la condesa le pasaba ¿Cómo explicarse tal transformación? No sin terror tenía que decirse a veces Miguel que aquel Bernardo debía ser víctima de las mismas brutales pasiones que aullaban a veces en su propio pecho, afanosas de destrucción; Bernardo no habría sabido dirigir la desbocada cuadriga de sus impulsos y había rodado a tierra, donde yacía deshecho por la furia espumeante de los bridones. La íntima semejanza que temía llegar a descubrir entre aquella alma y la suya, hacía que Miguel ardiera secretamente en el ansia de conocer su historia.

La vieja bruja no se hizo rogar para referirla, luego de hacer grandes aspavientos de que el condesito desconociera aquellas cosas.

—¿Dónde te has criado? ¿El pazo de la Gándara es acaso el portal de Belén? ¿Cómo no sabes una historia escandalosa que durante muchos años tuvo horrorizada a media provincia? ¿Es

posible que nadie haya dicho nunca delante de ti que tu primo Bernardo era el mozo de la tía Pan-chita?

Y la vieja se hopaba y engreía, lucían los azabaches de sus ojos con reflejos de lumbre, llamadas de sangre le quemaban el apergaminado semblante. Sentóse frente a Miguel, quien la escuchaba con el alma entera y un recóndito temblor en las entrañas.

—Pues verás. Aunque por desprecio nada se hable en el pazo de la Gándara de la familia de esta casa, sabrás siquiera que el hermano segundo de tu padre, Bernardo, el más formal y pacífico de toda la prole de tu abuelo, se casó muy joven con una señoritiña de Betanzos, hija de un escribano. El señor de este pazo hizo cuanto le fué posible para impedir la boda: la rapaza no tenía pergaminos para poder meterse aquí por la puerta grande y con la bendición del párroco, aunque con las que el padre y los hijos hacían entrar por detrás de la iglesia no se reparaba en más que en la cariña fresca y bonita y el cuerpo saleroso. El nuevo matrimonio se quedó a vivir en Betanzos con los papás de la dama, y como el infeliz Bernardo no había llevado un cuarto al matrimonio, nada sabía hacer ni servía para nada, todo eran desprecios para él en aquella casa. No sé si de la tristeza de tal vida enfermó del pecho y se fué al otro mundo cuando su único hijo no tenía aún dos años. Su pobre mujer no tardó

en seguirlo. Entonces tu abuelo, que aunque fuera violento y orgulloso tenía dentro del pecho un corazón de rey, acordóse de que el pobre huerfano era su único nieto habido como Dios manda, trájolo aquí consigo, encargóse de su crianza y educación, mandólo a los jesuítas de La Guardia en cuanto tuvo años para ello, y después a Santiago y a Madrid: el mozo salió listísimo; escribía en los periódicos, hacía discursos de los que hablaba todo el mundo con gran entusiasmo. Tu padre y sus hermanos estaban llenos de orgullo con aquel sobrino. Poco antes había vuelto de la Habana, rico, achacoso y hecho un viejo antes de tiempo, el tercer hermano de tu padre, tu tío Domingo. Venía casado con una cubana soberbia. Yo no sabría decirte cómo era de guapa aquella mujer: para mandar un cura a los infiernos no se encontraría otra como ella. Una morena lánguida, desmayada, melosa, con una voz que era un arrullo de palomas y una mirada lenta, grave, dormida, en sus negros ojos, que arrancaba lumbre hasta de los peñascos. Y luego una boca... Vamos... En su cara lo que más se veía era aquella boca, con unos labios gruesos que vertían sangre y unos dientes que cegaban de blancura: una boca como para devorar y sorberse al mundo todo. Pasó aquí un verano. El día entero se estaba tumbada en una mecedora al pie de los magnolios, sin hacer otra cosa más que abanicarse y enseñar sus carnes morenas, frescas y

apretadas, por entre los encajes de sus batas y peinadores. ¡Qué pecho! ¡Qué brazos! Esas mujeres que parecen de hielo y son de brasa, son las que pierden a los hombres. Así estaba el marido todo derretido por ella. No sabía qué hacer ni cómo obsequiarla. Cuando la llevaba del brazo por las calles de la Coruña, yendo él muy paquete de levita y chistera, y arrastrando ella terciopelos y encajes, para que en nada se molestara la señora, hasta la sombrilla se la llevaba él en la mano. Pero era poco hombre para ella. A la legua se les notaba. Entonces el sobrinito guapo, simpático y talentudo fué a vivir en la Coruña con sus tíos habaneros y al punto fué como si hubiera entrado la felicidad en aquella casa. Tu tío Domingo, que estaba ya hecho un guiñapo, volvió a aletear un poco, y la Panchita andaba entonces toda rozagante y oronda como rosal bien cuidado y con buen jardinero. Pero no sé qué se empezó a murmurar por la Coruña: cosa de malas lenguas y peores intenciones. Y la murmuración fué tan grande que debió llegar a oídos de tu padre, que en paz descanse. Según refirió todo el mundo, tuvo éste una escena terrible con el tal Bernardito; que si tal, que si cual, que si esto, que si lo otro, y a fuerza de amenazas y súplicas, por el honor de la familia y la tranquilidad de los últimos años de su hermano, logró que el mozo consintiera en irse a Filipinas en un puesto magnífico, de esos de hacerse rico en cinco

años, que le había proporcionado no sé qué ministro o personaje. El galán iba triste como noche con nubes. Se embarcó para Manila. Tu padre y los demás parientes respiraron. Pero meses después tu tío Domingo tuvo un ataque de no sé qué cosa y se quedó baldado, sin mover pie ni mano. Y de allí a poco se dijo que el bueno de Bernardo había abandonado su magnífico destino de Filipinas y había desaparecido sin dejar de sí rastro. Hubo quien aseguró que se había fugado con la esposa de no sé qué príncipe ruso que viajaba en un barco suyo por aquellos mares, y quien creía que lo había hecho matar por celos el capitán general que mandaba en todas las islas. Pero de pronto comenzaron a susurrarse en la Coruña unas cosas muy raras. Una criada despedida de casa de la Panchita contaba a quien quería oírsele que la señora, antes de que llevaran las fuentes a la mesa, apartaba en una cazuela los mejores bocados y se los llevaba a las guardillas, asegurando que eran para los gatos; también se decía que echaba a la lavandera una ropa de hombre que no era como la que su marido había usado hasta entonces; con la excusa de que le gustaba ver los barcos en la bahía, se pasaba las horas muertas en los desvanes del caserón de la Ciudad Vieja, dejando a su enfermo abandonado. Hasta subía de noche para contemplar el mar a la luz de la luna... "Había gato encerrado", decía toda la Coruña. Y no faltó quien hiciera

los imposibles por ver a la alimaña; pero de positivo no lograba descubrirse nada. Por fin, el sereno, bien untado por los curiosos, acabó por confesar que algunas noches, a las altas horas, salía un señor de la casa y volvía a entrar en ella antes de la mañana. Acecharon desde una ventana de enfrente a la hora que decía el vigilante, lo vieron y lo reconocieron. Vivía allí como prisionero, lejos del mundo, cautivo en la guardilla, esclavo de aquella mujer y de su amor por ella, sin ocuparse en nada, ni ver criatura humana, habiendo renunciado a todo lo que podría haber llegado a ser. Y pasaron los años, muchos, quizá diez o doce. Nadie lo vió en ese tiempo, salvo de lejos, cuando salía como malhechor, hacia la madrugada, para tomar el aire y estirar las piernas; tampoco él vió de cerca a nadie ni, fuera de su coima, habló con ningún viviente. Ermitaño del demonio, todo lo había sacrificado por aquella mujer, que era para él la gloria y el infierno. Y la Panchita, de mucha más edad que él, iba poniéndose pachucha y ajada. No parecía la misma. Pasó tanto tiempo, que hasta la gente, que al pronto había criticado con escándalo y horror aquella historia, se iba olvidando de ella. Ya nadie pensaba en la cubana que tenía encerrado en el desván de su casa al sobrino de su marido. Pero la prójima, que venía desmoronándose rápidamente, cayó una vez en cama para no levantarse más. Bernardo, fuera de sí, rompió con

todo disimulo; salió de su encierro y se puso a la cabecera de la moribunda, no consintiendo que nadie, sino él, la cuidara, con un cariño desesperado. Trabajo le costó a tu tío Antonio—pues tu padre hacía ya años que había muerto cuando pasaron estas últimas cosas—apartarlo de junto al cadáver y evitar que todo el mundo lo viera al lado de la difunta como lo había visto el paralítico, que falleció pocos días después, y los criados de la casa. Estaba como loco. Quiso pegarse un tiro. Anduvo huído no se sabe por dónde, hasta que vino a aparecer aquí, en la aldea, en una casita que le había tocado de la herencia de su padre. Meses y meses estuvo encerrado en ella; nadie entraba allí, salvo una vieja que le hacía cuatro guisotes. Yo fuí a verle y ni siquiera consintió en dejarme entrar. Pero, poco a poco, empezó a encontrársele al anochecer, como alma del otro mundo, con ojos de loco, por los caminos más solitarios. Las mujeres huían al verlo. Llamábanle “O Manchado”. Después, roto, sucio, mal amañado, lúgubre y fosco, había ido apareciendo por algunas tabernas, donde quedaba cortada toda conversación no bien él entraba, pues era como si llevara consigo no sé qué soplos de muerte. La vieja le había metido poco a poco en casa una rapaciña, hija suya, con la que acabó por casarlo. ¡Pobriña! ¡Bien caro le cuesta el señorío! Es una infelizota, medio pasmada, muerta por él a palos y condenada a hambre

perpetua, a la que más habría valido tirarse a la ría, con una piedra atada al pescuezo, que entrar jamás por las puertas de aquella casa. El no hace más que andar de taberna en taberna, medio borracho, cuando no lo está del todo, predicando contra la religión y los que mandan, con palabras soberbias y destempladas. A creerle, no habría Dios en los Cielos ni nada en la tierra que se debiera respetar; todos deberíamos vivir mismamente como los canes.

Con trémulo pecho y descolorido semblante, oyó Miguel el relato de la vieja bruja. Asombrábase de haber adivinado con tanta precisión la clase de motivos que habían producido el fracaso de la existencia de su pariente, y se espantaba del relato como de oír algo fatídico que se refiriera a su propia existencia. En el fondo del corazón, dolíale como suyo aquel destino humano. Y tal era su emoción, que ni una palabra pronunció como comentario al terminar la vieja su historia.

Habíasele ordenado que enviara por el jardinero la pensión de su primo. Pero, de pronto, sintió febril impulso de llevársela él personalmente; afán de conocerlo y de verse ante aquel espejo de lo que podría llegar a ser él, dentro de veinte años, si daba rienda a sus secretos monstruos interiores. Temblaba ante la idea de descubrir en el semblante del fracasado alguna semejanza física con su propia figura, y, no obstante, deseaba hallarse ante él, pues confiaba en

que la dolorosa vista de aquel naufrago sería de provecho para mantenerse a flote.

Por tanto, en vez de bajar directamente al Pasaje por los atajos que había recorrido por la mañana, dió un largo rodeo para pasar por la aldea de Bernardo. Al punto conoció la vivienda por las explicaciones que la Garula le había dado: una casuca de planta baja con puerta y dos ventanas, sucia, sin vidrios, despintada, lleno de hierbajos el tejado.

Acercóse tímidamente, luego de atar la yegua a un árbol. Llamó con los nudillos a la puerta, abierta en su hoja superior, y casi se espantó de haberse atrevido a tanto.

—Entre quien sea—rugió allá dentro un bronco vozarrón.

—¿Vive aquí don Bernardo?...—comenzó a balbucear Miguel.

—Ya he dicho que entre el que sea—bramó de nuevo la profunda voz.

Miguel estuvo a punto de salir huyendo a todo el galope de la yegua; pero, contra su voluntad, hubo algo que le forzó a alzar el picaporte de la parte de abajo de la puerta y a penetrar en un portaluco miserable, al fondo del cual se descubría una cocina ahumada y cochambrosa.

—Por la izquierda—mugió otra vez la voz.

Los pies llevaron a Miguel hacia una sala diminuta, llena de un repelente vaho de suciedad y tabaço, en la cual, al pronto, encandila-

dos sus ojos por los oros gloriosos del ocaso que triunfaba allá fuera, no logró descubrir cosa ninguna. Después fueron brotando de su deslumbramiento una mesa cubierta de mil revueltas cosas, maltratados libros, periódicos viejos, un tintero pringoso, platos con restos de comida, montones de colillas en otros; tres o cuatro desvencijadas sillas de paja; en las pringosas paredes, cromos con apopléticos frailotes que confeaban manolas desenvueltas, o se extasiaban contemplando sus barrocas pantorrillas, en día de lluvia, por la calle. Ni alma viviente en la estancia.

—¿Qué quiere el visitante?—tronó la voz de siempre desde el fondo de una alcoba que hasta entonces no había sido vista por Miguel por estar oculta con unas mugrientas cortinas de percal.

—Soy Miguel Suárez de Moscoso, y vengo...

Pero el otro no le dejó terminar. Tiróse de un salto de la infecta yacija donde estaba echado a medio vestir y salió corriendo a la salita.

—¡Ah! ¿Conque eres tú mi primo Miguel? Celebro conocerte, hombre; me alegro de que una vez, por lo menos, nos veamos las caras. Hasta ahora yo para ti era como si no existiera. Soy tu único primo. Estoy pobre, viejo, enfermo, arruinado, fracasado, más por la fatalidad que por mis culpas, y, sin embargo, tú, que ya no eres un niño, que tienes que haber sabido mis desgracias, nunca tuviste el arranque de acercarte

a mi choza para conocerme y ver si podía necesitar de ti para algo.

Era un hombretón esquelético, sucio y mal rapado, con profundos ojos de fiebre en su lívido y huesudo semblante. Llegóse a la entornada ventana y la abrió de golpe. Los rojos destellos de la tarde se difundieron por la corrompida atmósfera del cuarto. El de la casa contempló calladamente al recién llegado, el cual, todo azorado, sacó de su bolsillo el paquete del dinero y lo puso sobre la mesa con ánimo de marcharse cuanto antes.

El primo Bernardo fué quien rompió el silencio, diciendo desdeñosamente, como si hablara consigo mismo:

—Lo que yo me figuraba: un señoritingo vulgar sin un átomo de alma.

Después cogió de encima de la mesa el sobre con los cuartos y se lo echó rápidamente al bolsillo.

—No te doy las gracias—prosiguió—. Nada tengo que agradecerte. No hacéis otra cosa sino darme una parte de lo que es mío. Porque, vamos a ver, hombre: por muy niño de los jesuítas que tú seas, aún eres joven y no se habrá borrado por completo en tu pecho el natural instinto de justicia; vamos a ver: digan lo que quieran las leyes, ¿te parece justo que, siendo yo tan nieto como tú de la casa Eirobre, todos sus bienes los poseáis vosotros, que ni siquiera usáis

para nada de ellos, que los dejáis para ratas y gorriones, mientras yo tengo que morirme de asco y de miseria en este indecente tabuco?

Miguel no sabía qué responder. El tono agrio y dominante de aquel hombre secaba en él toda palabra. Habría esperado cualquier cosa menos encontrarse un tipo así, lleno de imperio y orgullo en el fondo de su desdicha. Hallábase frente a él todo confuso, como reo ante un juez, buscando ansiosamente en su interior una forma de retirarse que no pareciera una huída.

El silencio entre ellos era cada vez más hueco, más amplio, más hostil; parecía a Miguel que no habría ya palabra humana que lograra llenar aquel vacío. Bernardo fué quien dominó la situación. Lió lentamente un cigarro, encendiólo con su eslabón y su mecha. Aquellos ruidillos, humildes y vulgares, privaron de su fosca solemnidad al silencio.

—No te ofrezco, porque no fumarás—dijo, por fin, el primo, tras lanzar al dorado y puro ambiente de la tarde una primer bocanada de humo denso—, ni aunque fumaras querrías de esta basura de tabaco con que tengo yo que regalarme... Bueno—añadió al cabo de nueva pausa—; y ahora que me has visto y has disfrutado del espectáculo de mi miseria, no te detengas, que estás muy lejos de tu casa. No vaya a decir tu madre que te corrompo con mi mal ejemplo. ¡Ah!, y puedes hacerle saber que me has encontrado muy

enfermo y deshecho, y que por poco tiempo tendrá ya que seguir dándome la porquería de dinero con que impide que me muera de hambre. Para todo tenéis suerte. Hasta esos cuatro cuartos voy a ahorraros. Puedes retirarte.

—Adiós—balbuceó Miguel con ademán de dirigirse hacia la puerta.

—¿Y eres capaz de marcharte sin ni siquiera un apretón de manos?—clamó Bernardo de repente con muy cambiado acento.

Miguel tendió su diestra, y el otro se la cogió, lo atrajo a sí, lo estrechó contra su grasiento y mal oliente chaleco.

—Después de todo, eres de mi sangre—dijo con quebrada entonación, dándole palmadas en el hombro—, casi mi único pariente. Si nuestro nombre, que fué ilustre, no ha de extinguirse por completo, sólo tú serás quien lo conserve. Bien creí que también yo le daría nueva vida, pero no pudo ser—. Y después, con voz empapada en lágrimas: —Y gracias por haber venido tú mismo y no haberme enviado la limosna con un criado.

Miguel salió de allí casi enfermo.

LOS ORIGENES

c) El tío Antonio

A primera hora de la tarde, al pasar por la calle Real—había ido aquella mañana a la Coruña, en vez del capellán, para cobrar rentas de casas y cupones, y debía quedarse allí hasta el día siguiente—, descubrió Miguel a su tío Antonio, como pez en un acuario, detrás de la vasta luna que cubría la fachada del Casino. Hundido en ancho butacón, con la taza de café y la copita de licor delante de sí, contemplaba, con sabia pereza, como astrónomo en su observatorio, el paso de las modistillas que regresaban a sus talleres después de la hora de comer.

Aunque fuera el solo sobreviviente de los hermanos de su padre, Miguel no sentía el menor afecto hacia aquel viejo, teñido y quizá pintado, siempre a la última en sus llamativos trajes, que arrastraba los pies por los paseos de la Coruña, alardeando de ficticia juventud. Quería pasar de largo haciéndose el distraído; pero el otro lo vió, lo llamó pegando en el cristal, y no tuvo Miguel otro remedio sino detenerse y pene-

trar en el salón y dejarse abrazar y besuquear por el anciano, cuyas fofas mejillas rubicundas, babosos labios y fríos bigotes empapados en cosmético, le repugnaban como el tropezar con un batracio.

Derritióse en ternezas el viejo; lo presentó a dos ò tres militares, retirados como él, con quien tenía allí tertulia; casi vertió lágrimas al decir que aquel guapo muchacho era el único que había de perpetuar el apellido de los Suárez de Moscoso. Después exigió que aquella noche fuera a cenar en su compañía. Nunca había tenido la satisfacción de que su sobrino entrara por las puertas de su casa, ya que su modo de vivir, algo despreocupado, no era muy del gusto de su cuñada; pero ahora el mozo no vivía ya cosido a las faldas maternas, estudiaba en la Universidad, venía a la Coruña para arreglar asuntos de familia, era ya todo un hombre, y nada tan natural como que su único tío quisiera tener trato con él, conocerlo de cerca.

Miguel se puso a la defensiva, alegando toda suerte de pretextos: tenía mucho que hacer; ¡eran tantas las cosas que el capellán le había encargado!; pero el viejo repuso que a las nueve de la noche no estaría ya ocupado. En alguna parte había de comer, ya que un mocetón como él no podía alimentarse del aire, y era más propio que cenara con su más próximo pariente que no con aquellas brujas de las de Guitián,

que cuidaban la casa de su madre; bocado que tomara con las repugnantes viejas, no podría menos de quedársele como tarugo en la garganta. No hubo modo de zafarse; el tío amenazaba con tomar su negativa a ofensa. El retirado lo tornó a abrazar y besar efusivamente, con su viscosa boca de sapo. Al despedirlo en la puerta de cristales, aun repitió machaconamente:

—No te olvides ni retrases. A las nueve te espero, Fíjate bien: Payo Gómez, sesenta y cuatro.

A las nueve menos cinco ya subía Miguel las escaleras: una casa vulgar e insulsa en una calle sin carácter del ensanche. Segundo piso. Aldabéó tímidamente y sin ganas. A cada instante le hacía menos gracia aquella cena de familia. ¡Él que había contado con pasarse solo la velada, en las dilatadas estancias de la casa natal, reavivando en su memoria las suaves sensaciones de su infancia!

—¿Quién?—canturrió dulcemente, al otro lado de la puerta, una voz bien timbrada.

Y aquella única palabra traía no sé qué blanduras de caricia que hizo nacer un hálito de angustia en el pecho de Miguel.

Anunció su nombre. Sin dilación se abrió la puerta, y a la palpitante luz de una vela, que traía en la mano la que le franqueaba la entrada, descubrió unos brillantes ojos oscuros, encendidos en curiosidad, en medio de una morena

cara, tersa y sonriente, a sombra de alborotados bucles negros.

—¿Conque usted es el sobrinito del señor coronel? Séalo por muchos años. Pase, pase adelante—entonó, entre sonrisas, la arrulladora voz—. Buena alegría le da usted con su visita. Vino como loco, con la lengua fuera, para mandarme que preparara todo para la cena. ¡Yo qué sé la de cosas que trajo! Si fuera usted el rey niño no le trataría con mayores agasajos. Pase por aquí. Su tío no le está, pero no ha de tardar en venir. Andará haciendo las últimas compras.

La criadita, riente y confianzuda, toda suavidad de escaroladas ondulaciones en su menudo cuerpecillo, desde los rizos a los regordetes brazos desnudos, desde su halagador acento al mórbito contoneo de su pasos, derramaba en torno a sí un mimoso halo de voluptuosidad. Guiólo hacia la sala con la luz en alto. La trémula llama lo dejaba todo en tinieblas menos la mareante personilla de la portadora; arrancaba reflejos de metal de sus cabellos, espejábese en la inquieta brasa de sus ojos. Miguel sentíase cortado, y creció su turbación cuando la otra, con manifiesto afán de tardar, entre sonrisas y palabras pronunciadas en voz baja, como si se tratara de secretos, fué encendiendo lentamente la lámpara de petróleo de la mesa de la sala. En torno a ellos tendíase la desconocida vivienda, oscura, solitaria y silenciosa. En la débil esfera de luz en que

estaban envueltos, contemplaba Miguel las manos carnosas, llenas de hoyuelos en los artejos, que manejaban hábilmente el tubo y la pantalla; el redondo pecho, que rebosaba de la rosada blusa entreabierta; la nieve de los dientes entre la madura pulpa reidora de los labios. El mancebo no sabía ya qué hacer ni adónde mirar, cuando la otra, cortando las cristalinas escalas de sus risas, dijo con mucha guasa:

—Bueno, pues aquí se queda solito mi niño. Excusa tener miedo, que no hay coco en la casa. Yo soy lo más horroroso que hay en ella, y ya ve que, por fea que sea, no me como a nadie. Voy por allá adentro a acabar los preparativos, que si llega el ogro y no está todo como a él le gusta, de fijo que hasta en la Torre de Hércules se van a oír los gritos.

Miguel prefirió quedarse solo. Respiró hondamente. Sentóse primero en el sofá, pero después no pudo estarse quieto y se puso a curiosear por la salita. Para no haber señora en la casa, no dejaba de estar todo limpio y cuidado. No faltaban macetas de begonias, sobre pedestales, en los ángulos de la estancia, y blancos paños de crochet en los respaldos de las butacas. Pero después comenzó a descubrir cosas que le extrañaron. A los lados del espejo que pendía sobre el sofá había dos litografías con mujeres desnudas, odaliscas o cosa así, tendidas sobre tapices, en un terrado, entre flores y palomas. En una ana-

quelería, obras de Paul de Kock y López Bago, *El gabinete secreto del Museo de Nápoles*, los *Diálogos* del Aretino, junto a colecciones de inmundos papeluchos, con un incitador grabado en la portada: la *Biblioteca Púdica*, la *Biblioteca Inocente*, basuras que había visto alguna vez en Santiago en manos de compañeros de clase.

Alzó la tapa de un cajón de tabacos que había sobre la mesa, y, con gran asombro suyo, la figura de una mozuela, totalmente sin ropa, sonrióle procazmente desde la penumbra del estuche. Era una colección de fotografías obscenas. Miguel pretendió apartarse; pero, contra su voluntad, tomó con mano temblorosa un montón de cartones y fué contemplando sus imágenes. Copiaban escenas que Miguel, en sus horas de más desenfadada lubricidad, no había llegado ni a soñar: todo un museo de lascivias, cuyos cuadros se iban llevando, angustiadoramente, los últimos restos del candor del joven. ¿Cómo era posible que se fotografiaran tales cosas? ¿Cómo había quien las vendiera y las comprara? Y, temblando como púdica hoja de álamo, hundía más y más los glaciales dedos en el fondo de la infame caja, para descubrir a cada instante abominaciones más grandes. Zumbábale la sangre en los oídos; casi no sabía ya dónde se encontraba.

Una flemosa carcajada, que sonó a sus espaldas, al tiempo que una blanda mano se posaba en su hombro, trájole de golpe a la realidad.



—¡Vaya con el sobrinito! ¡Qué pronto fué a dar con el nido de las curiosidades! ¿Conque esas tenemos? ¿Te gustan estas cosas? Pues síguelas mirando; por mí no te preocupes, que bien sé que tú también eres hombre. Mucho más hombre que yo, que ya no puedo hacer otra cosa que envidiar los bríos de tus diecisiete años.

Pero el mozo, sofocado y aturdido, cerró de golpe la caja. Apenas oía las silbantes palabras con que su tío, con ojos que ardían en brillos que le espantaban, y una vil sonrisa en su descolorido y terroso semblante, le iba preguntando detalles de su secreta vida santiaguesa: ¿Frecuentaba las casas de mujeres? ¿Tenía algún apaño? ¿Acaso la hija de la patrona? ¿La criada?... Miguel, pálido y agitado, sólo con algún tartamudeante monosílabo, procuraba eludir tales cuestiones. Repugnábale aquel viejo que, por inmunda curiosidad, pretendía revolver, con sus manos temblonas, toda la íntima miseria que pudiera haber en su alma, para gozarse en aspirar sus pútridos miasmas.

Fué gran alivio para él que sonara en el pasillo la suave voz de la sirvienta invitándoles a pasar al comedor. Bajo el resplandor de la lámpara colgante ostentábanse en la mesa cuantos regalos puede inventar la gula más refinada: en fuentecillas y platitos, entre láminas de gelatina y nubes de huevo hilado, encendidos rosicleres de jamón y mortadela, livideces de pavo trufado,

plateadas sardinas en aceite, langostinos de coral armados de todas armas, muchedumbre de manjares, sin nombre para Miguel, que jamás los había probado y sólo alguna vez los había visto en los escaparates de las tiendas de comestibles de todo lujo.

El retirado, luego de servirse un gran montón de ostras, dióse codiciosamente a las voluptuosidades de la mesa. Las luces de sus pupilas, los ávidos gestos de su boca, el rumor con que sorbía el contenido de las conchas, avergonzaban al sobrino como si le viera realizar algún acto indecoroso. En aquel hombre, todo ademán, todo movimiento, toda palabra, refiriérase a lo que quisiera, parecía contener un secreto sentido lúbrico.

—Come ostras, Miguelito, come ostras. Nada hay mejor para dar ánimos con las damas.

Después hízole tomar *foie gras*, pringosos huevecillos de caviar, lonchas de embutidos como mosaicos de colores con negros azabaches de trufas, regado todo ello por un vinillo blanco del que nunca le dejaba vacío el vaso.

De cuando en cuando el anfitrión apartaba los gozosos ojos de su plato y del de su convidado y los volvía hacia la servidora, que pajareaba en torno a la mesa.

—¿Eh? ¿Qué te parece?—decíale al sobrino, agarrándola por un brazo mientras ella le presentaba una fuente—. Aunque esté ya caduco no me falta buena moza en casa. Claro que soy tan vie-

jo que no le sirvo para nada. Apenas, de tarde en tarde, puedo obsequiarla con algún sabroso bocadito como este que, con permiso tuyo, voy a darle.

Clavado en su tenedor, tendíale un trozo de fiambre y huevo hilado.

La moza forcejeaba por desprenderse de la mano de su amo. Echaba atrás la cabeza, apretaba la boca.

—Lo has de comer, aunque no quieras. Aquí soy yo el que manda—repetía él tercamente, frotándole el manjar por los cerrados labios.

—No haga locuras, viejo chocho—refunfuñaba ella al defenderse—. ¿Qué va a pensar el señorito?

—El señorito no hace más que envidiarme. Vaya, no seas pesada. Abre la boca. No te pondrías así si fuera él quien te diera una tajadita de su plato.

Miguel no hacía más que bajar la vista y fingirse distraído. En la vida habría imaginado escena más inconveniente. Pero el cascado milite, según iba entrando en calor por la envasación y el embaulamiento, abotagado su flácido semblante y centelleantes las miradas, abandonábase obstinadamente a su natural libertinaje. Clavaba en uno y otro mozo sus pupilas, ya medio ebrias.

—La verdad es que haríais magnífica pareja. Morenitos los dos, los dos preciosos y con el fuego de la juventud en las venas. Como que suman-

do las edades de uno y otro no resultarían ni cuarenta años. ¿No es cierto que con él no tendrías los remilgos que haces conmigo? Vaya, Miguel, ¿la quieres? Te la presto por una noche. No dirás que no soy un tío cariñoso.

—Cállese, loco—gritaba la criada, queriendo taparle la boca—. ¡Jesús! ¡Qué cosas se le ocurren cuando ha bebido! ¿Qué irá diciendo el señorito?

—¿El señorito? Si no hace más que comerte con los ojos. Vamos, déjate de gazmoñerías y dale un beso como tú sabes darlos. Se lo tienes que dar.

Se había puesto en pie, agarrotando fuertemente el brazo de la chica, y, con tozudez de borracho, la arrastraba junto a Miguel, que también se había levantado, lleno de alarma. Los acercó uno a otro, echando sus brazos por los hombros de ambos; hizo que se rozaran sus cuerpos, que casi se tocaran sus rostros. Los dos luchaban por soltarse.

—Vaya un par de necios—dijo al fin el viejo, fatigado, dejándolos en libertad—. No sé lo que querréis. Tú, sobrino, a ver si alguna vez has besado una cara más fresca y suave que la que yo te ofrecía. El terciopelo es áspero al lado de estas mejillas. Y tú, sozona, no sé si cuando andabas por ahí tirada, antes de que yo te recogiera, habrás tenido ocasión de que te acariciara una boca

más limpia y sana que ésta, hasta con una sombra de bigotito.

La sirvienta se retiró hurañamente a la cocina, rezongando imprecaciones, y cerró la puerta de golpe.

Miguel abrevió cuanto pudo la sobremesa. Rechazó el puro que quería hacerle fumar su tío, negóse a tomar una copita de coñac y, con el pretexto de que había madrugado mucho y eran ya más de las diez y media, se levantó para despedirse. El otro no quería dejarlo partir. ¡Tantas cosas como tenía aún que enseñarle! Una colección de estampas que había traído de París, que no tenían igual en España; fotografías tan subidas de tono que las tenía bajo llave para que no las viera nadie; figuritas, caprichos, juguetes, curiosidades: un armario entero lleno de maravillas de que el sobrinito ni siquiera habría oído hablar. Pero el garzón, todo asqueado, tanto más insistía en retirarse cuanto más pretendía detenerlo el anciano. Por fin rindióse éste y, con la promesa de que pronto volvería para admirar sus tesoros, consintió en la marcha del mozo. Llamó a la criada y le ordenó que acompañara al invitado, con una luz, para abrir la puerta de la calle.

Iban los dos sin mirarse, abochornados y en silencio, a lo largo de la escalera, como si sobre ellos pesara la culpa de un delito. Puesta ya la llave en la cerradura, alzó ella sus ojos al galán y murmuró con dolido acento:

—¿Qué pensará usted de mí, señorito? Ni figurarse puede lo que soporto al lado de este viejo asqueroso. Claro que como me sacó de donde me sacó... ¡Uf, los hombres! No son buenos ni para ahorcados... ¡Lo que le hacen sufrir a una! ¡Si todos fueran como usted, con esa mirada de bueno! ¿Verdad que ninguna mujer se perderá por su culpa?

—Líbreme Dios.

—No necesita decirlo. Basta ver su noble cara. Pero los otros... ¡Si yo le contara cómo llegué a ser lo que soy! Y en medio de todo, aun tengo que dar gracias a Dios por haber venido a parar junto a su tío.

Su voz era un íntimo murmullo en el solitario recinto del portal, alumbrados por la bujía, que sólo destacaba sus figuras de las generales tinieblas. Insensiblemente se acercaban uno a otro como si sus centros de gravedad coincidieran. Miguel sentía en su rostro el tenue soplo de las palabras de la moza, y en toda su piel, a través de las ropas, el tibio vaho que de aquel amoroso cuerpo se exhalaba.

—¡Besaos, chicos, besaos! Acabad de una vez, que los dos estáis deseándolo—gruñó al pie de la escalera, entre grandes carcajadas, la horrible voz del viejo.

Apartáronse espantados; la moza abrió la puerta. Miguel salió a todo correr, sin decir palabra.

La fresca bocanada del aire de la noche comen-

zó a limpiar su alma de aquellas turbaciones. Detúvose en la esquina y respiró profundamente. La luna, en menguante, mostraba su lívido fantasma al fondo de la calle. Miguel salió a la plaza del Instituto, a aquellas horas desierta, tantas veces cruzada con ansioso pecho los días de exámenes. A intervalos, tras el edificio, oíase retumbar gravemente el dormido aliento del mar. Deseó contemplar su solemne inmensidad para que el noble espectáculo lo redimiera de tanta vileza y lavarán de impurezas su pecho las salobres brisas marinas; por el costado del Instituto dirigióse al andén sobre la playa. Entre brumas de plata, como monstruosas bestias agazapadas, guardadoras infatigables de la ciudad, columbrábanse los gigantescos lomos desnudos de los montes de San Pedro y de la Torre, avanzando, olas afuera, a ambos lados de la ensenada inhospitalaria. Desde la redonda cima del último, el faro, siempre vigilante, derramaba sus cambiantes resplandores. A los pies de Miguel, por la borrosa albura del arenal, tendíanse las ondas con ahogado bramar. En la oscura masa general de las aguas que asaltaban la costa, lucían apagadamente, por instantes, nevados airones de espuma.

Largo tiempo, sin pensar en nada, contempló Miguel la eterna lucha del mar y de la tierra, apenas escaramuza a aquella hora, e iba sintiendo cómo en el casto ambiente de aquel mundo elemental, anterior a la vida y a las pasiones de

los seres que bullen en ella, se apagaban los malignos ardores de sus venas y renacía en su corazón un bendito reposo. Mas, finalmente, infundióle recelo la soledad de la playa, y regresó a la ciudad tras una última ojeada al nocturno paisaje, como para recoger en sí todos sus influjos saludables.

No obstante, sin reflexionar en ello, sus pies no lo condujeron hacia las honestas y urbanas calles del centro, por las cuales habría alcanzado con toda tranquilidad su casa y su lecho, sino que se enhebraron por una maraña de sórdidos callejones, más próximos a las mugidoras olas del Orzán, donde, según referencias de compañeros de bachillerato, sabía Miguel que abundaban los antros pecadores. En las calladas sombras cruzóse con parejas que cuchicheaban en alguna esquina o caminaban juntas, ellos sabrían adónde. De algunas casas salían ruidos de zambra o de disputa. Desde un tenebroso portal, llamáronle unas mujeronas vestidas de colorines claros. Siguió adelante sin siquiera mirarlas, pero poco después casi se arrepintió de no haberse detenido y estuvo a punto de desandar lo andado. Impelido por un repentino afán de aventura, con la boca seca y pulso palpitante, no sabía ya por qué calles era llevado. Jamás había pisado tales barrios. Al llegar a cada esquina, escogía para continuar su camino la revuelta más sombría y miserable. Parecíale que iban en su persona dos diferentes suje-

tos: uno que lo arrastraba tercamente por aquellas callejuelas desconocidas, con oscuro y torpe impulso; otro que, como desde fuera, contemplaba curioso y asombrado las correrías de su compañero.

—Después de todo—razonaba una voz en su interior, sobreponiéndose al guirigay de contrapuestos deseos que era en aquella hora su conciencia—, después de todo, acaso la vida que tú llevas sea todavía peor que la de tus discípulos de Santiago. Reprimes tus instintos, pero quedan todos vivos dentro de ti, como el pus de un tumor, envenenándote el alma. El mundo entero llega a ser impuro para ti; de ninguno de sus encantos logras gozar rectamente a fuerza de ahogar lo que requiere la naturaleza.

Con tal imperio actuaban sobre él las palabras de aquella voz, que casi le parecía que llegaban a su oído como dichas desde fuera; tanto temía verse a solas en su casa con la fiebre de carnalidad, un instante reprimida a orillas del mar, provocada en él, como por un veneno, por la visita a casa de su tío, que cuando en una plazoleta, con un par de raquíuticos arbolillos, semianegada en cándidos resplandores de luna, vióse inesperadamente detenido por una mozuela que murmuró a su oído, cogiéndole de un brazo: —Ven conmigo, rico; ya verás cómo te quiero—, no encontró en sí defensa alguna; abandonó su mano a las caricias de las de la mujer, prestó oído a sus arrullos, y,

sin conseguir arrancar ni una palabra de su abra-
sada garganta, se dejó internar por un negro por-
tal y conducir por unas penumbrosas escaleras,
como ternerillo llevado al matadero. Entonces sí
que fué claro para él el desdoblamiento de su per-
sona: había otro Miguel que, sin reprobación ni
aprobación, observaba, con todo interés, el cuadro.
Parecíale imposible que fuera él quien se había
dejado meter en tal casa, de aquel modo inespera-
do y sencillo. Por más que se esforzara por con-
vencerse de la realidad de lo que le aportaban sus
sentidos, semejábale todo cosa de delirio: era tes-
tigo incrédulo de sus actos propios.

A mitad de escalera, bajo la apesosa luz que
la alumbraba, la moza lo detuvo para ver su rostro.

— ¡Huy, qué suerte he tenido! Dame un beso,
precioso, que nunca me visitó galán tan nuevo y
bonitiño como tú.

Entonces también Miguel, que hasta el momen-
to sólo había sentido la tibia suavidad de unas
manos y la húmeda caricia de un aliento, salió de
su pasmo y alzó los ojos para mirar por quién
era conducido. En medio de un rostro pintado, ya
marchito, brillaban con ingenua picardía unos
limpios ojos de aldeana.

Guiólo a una saluca, baja de techo, sólo ilumi-
nada por los latidos de una mariposa de aceite.
La lucecilla ardía, sobre la cómoda, ante un altar-
cete con imágenes y cuadritos piadosos: una Vir-

gen del Carmen, una Dolorosa, un San Roque. En un rincón había una camita de niño.

—¿Y esto qué es?—preguntó Miguel lleno de asombro.

—Una criatura que tenemos aquí con nosotras. Mírala qué hermosa.

Y acercando la lamparilla a la cuna, hízole admirar el pacífico sueño de una niñita, rosada y mofletuda, bajo la blonda maraña de sus crenchas.

—¿Cómo la tenéis aquí?—tornó a preguntar Miguel con espanto.

—La recogió el ama, ¿sabes? El ama es muy buena y la quiere como propia. Todas la queremos. Nació en esta casa. Es hija de una compañera que estaba aquí con nosotras y se marchó con un "che" a Buenos Aires, dejándola abandonada.

La caterva de impulsos libidinosos borrábase del ánimo de Miguel ante el inesperado espectáculo del altar y la cuna. ¿Quién habría imaginado allí tales cosas?

Pero ya la moza, que había encendido una vela en la lamparilla, lo arrastraba blandamente hacia una alcoba oculta por cortinas. Sentóse en un gran lecho, atrajó a sí al mancebo, posando un largo beso en sus labios.

—¿Cómo te llamas, gloria?—inquirió ella en un suspiro.

—Yo, Miguel. ¿Y tú?

—Yo, Encarnación...

Al dispersarse la embriaguez fugitiva, el condesito no tuvo otra ansia sino la de partir a todo escape. Tiróse de la cama; el tiempo de vestirse se le antojaba inacabable.

—Pero ¿te vas así, Migueliño? ¿No quieres descansar un ratito a mi lado? ¿Es que no te gusto? Aun tengo para ti un mundo de besos—susurraba la moza, ciñéndolo con sus brazos desnudos.

Pero Miguel estaba como loco con el afán de verse en la calle. No podía respirar allí dentro; dábale náuseas el ambiente de añejos sudores, polvos de arroz y perfumes baratos que llenaba la cámara; espantábase de haber puesto su cabeza en aquella almohada en que sabe Dios qué viles sienes se habrían reclinado. Ni siquiera quiso dar tiempo para que también ella se vistiera y lo acompañara. Con la camisa cayéndosele de los hombros, fué con él hasta la puerta de la sala. Aun allí lo besó y abrazó repetidas veces; no había medio de desprenderse de aquella enredadera de halagos.

—Vuelve a verme, Migueliño, rico; vuelve a verme y no como hoy, sólo un momento, sino con toda calma. Ni soñado había nunca que pudiera llegar a tener conmigo un chico tan guapo como tú. Ya verás cómo voy a quererte. Como nunca quise a nadie. ¿Cuándo vas a venir? ¿Mañana? ¡Ay!, ¿por qué no quieres quedarte a dormir conmigo toda la noche, entre mis brazos?

Bajó las escaleras a trompicones, salió corriendo a la plaza, cruzó diversas calles, la Rua Nueva, el Relleno, y no se detuvo hasta el borde del muelle, junto a las mansas ondas de la bahía. Ante él, bajo la luna argentada, los negros fantasmas de los barcos cabeceaban levemente, como en sueños, sobre las vaporosas aguas, en cuyo roto cristal quebrábanse en mil reflejos, verdes y rojos, las luces de las naves. Ahora recobró Miguel toda su calma. Ya estaba hecho. Había sido capaz de dar aquel paso. Pero la desilusión era lo único que quedaba en su alma.

¿Conque las dichas del amor, tan alabadas, por las cuales soportan los hombres males y trabajos, sufren tantas penas, cometen tantos crímenes y realizan tantos actos heroicos, quedan, en último término, reducidas a aquella rápida sensación ambigua, más que placentera, bochornosa?

Pero Miguel se sentía virilmente feliz con su desengaño, como si ante él se hubiera descorrido un telón de embelecos y comenzara a ver el mundo verdadero. Al desvanecerse la fantasmagoría de la sensualidad, cobraba nuevos prestigios la existencia. Sus ojos se habían hecho ojos de hombre y sabían apreciar con madurez el valor de la vida. Ante aquel fantástico panorama de neblinas y luna, en el que no había cosa que pareciera verdadera, sino sólo irisadas creaciones de un sueño dichoso, en el pecho de Miguel manó de repente un venero de sabiduría, equilibrio y cordura. Todo

lo que le había agitado hasta entonces era pura vileza que tenía que raer de sí un alma noble. Ya estaba redimido. Con la primer caída quedaba libre de toda liviandad. Viviría para el espíritu, para conocer y sentir las inefables bellezas y bienes de la vida. Estudiaría cuanto pudiera, escribiría libros que llevaran a todos sus puras sensaciones.

Y con paso resuelto, con un firme taconeo con el cual nunca había osado hasta entonces pisar la superficie del planeta, encaminóse hacia su casa, por el borde de la bahía, borroso espejo de plata.

LOS ORÍGENES

d) La muerte del padre

Durmió con sueño denso, pero despertó temprano; antes de las seis de la mañana, después de haberse chapuzado con agua fría en un baño redondo, tal como desde niño venía acostumbrado, ya estaba revolviendo papeles en la mesa de escribir de su padre. Las de Guitián, únicos habitantes de la vasta morada, dormían en otro piso y no lo habían sentido entrar por la noche, ni menos levantarse. Eran tres hermanas, solteronas, viejas, flacas y arrugadas, unidas a la familia con una amistad que databa de varias generaciones, a quienes ya el viejo conde había dado alojamiento en la casa al quedar las infelices casi en la miseria a la muerte de su padre. Cosían para fuera, cuidaban y limpiaban las inhabitadas estancias y consagraban a la iglesia todo el tiempo que de una y otra obligación les sobraba.

Miguel, sentado ante la mesa, aspiraba con delicia la fresca brisa marina que, desde la bahía, penetraba por la abierta ventana. En el dilatado techo del despacho, con movibles cambiantes, fu-

gitivos y vertiginosos juegos de luces y sombras, copiábanse menudamente los rayos del sol, espejados por el tremolante cabrilleo de las ondas.

Abiertos los cajones de la mesa, Miguel hojeaba antiguos legajos de cartas y documentos. No era que le hubieran encargado de buscar cosa alguna: era él quien se había impuesto aquel trabajo. De entre aquellos papeles amarillentos, que olían a cerrado, quería evocar en su memoria la imagen de su padre. Por más que se esforzara, nunca lograba verla con claridad. La de su abuelo, sí, aunque su muerte fuera bastante más lejana; a su abuelo lo contemplaba como si estuviera vivo: un viejecillo menudo, sonriente y afaible, de recortada barba blanca, siempre en perpetuo movimiento por la casa. Es que del abuelo se hablaba constantemente; apenas pasaba día sin que la condesa mencionara su nombre ante los nietos para decir lo que el anciano habría aconsejado en tal caso, lo que le habría parecido tal acción, cómo habría resuelto tal problema de vida doméstica: su noble memoria era perenne piedra de toque con la cual eran sin cesar contrastados los actos de toda la familia. En cambio, al padre jamás se le nombraba; su recuerdo hallábase alojado en una zona de tupido silencio; salvo en el padrenuestro que todas las noches era dedicado por su alma, al rezar en común el rosario amos y criados, su nombre nunca vibraba en labios de los habitantes del pazo.

De esta manera, en los archivos de recuerdos de Miguel, su figura se había esfumado: no lograba evocar su rostro, ni sus gestos, ni palabras. Era en vano que luchara consigo mismo para rememorar alguna frase que le hubiera dicho su padre. Parecía como si nunca le hubiera hablado ni acariciado. Ciertamente estaba poco con los niños: a las horas de comer, y gracias. Y tampoco debía hablar a la mesa; creía recordar Miguel que ya entonces las comidas de su casa eran tan tristes y silenciosas como siempre lo habían sido después de la viudez de su madre. Ni papá ni mamá debían desplegar los labios, y el niño miraba con cortedad a su plato. ¿Qué no miraría él con cortedad, sobre todo en su infancia? Con su madre jamás había tenido esas expansiones de gozoso cariño que tienen otras criaturas con las suyas. La condesa, siempre rígida y grave, había detenido glacialmente en el hijo todo impulso de jugueteos y caricias. El niño, para satisfacer innatas ansias de ternura, sólo había podido dirigirse a su hermanita o a alguno de los servidores de la casa. Años enteros había andado cosido a las faldas de Micaela, como perrito nuevo a las piernas de su amo, en busca de halagos y mimos que le negaba la estoica severidad de su madre. Su amor filial estaba fundamentalmente constituido de temor.

Tampoco papá debía de haber tenido nunca para él ni una sonrisa tierna. De haberla tenido, el hijo

no la habría olvidado. Pero lo que no lograba saber era si la frialdad paterna sería cosa natural de su carácter o máscara impuesta para adaptarse a la austeridad de la condesa. Acaso también él, aun queriéndola como el hijo amaba a la madre, sentiríase ante su esposa confuso y disminuído, reconociendo en ella virtudes y noblezas ante las cuales procuraban escabullirse y pasar inadvertidas las usuales flaquezas humanas. Lo que es Miguel, aun ahora, a la última persona a quien se le ocurriría dirigirse para tomarla por confidente de sus penas y ansias sería a su propia madre. Separado de ella por infranqueables espacios de veneración y respeto, si nada sabía de la humanidad que pudiera palpitar en su materno pecho, también, como sensitiva, encerraba en sí, instintivamente, al hallarse ante ella, todo aquello en que hubiera podido traslucirse lo bueno y lo malo de su naturaleza. La condesa no sospechaba las batallas morales que se reñían en el ánimo del mancebo, ni qué clase de aspiraciones ideales acariciaba su alma...

Sí; siempre habían sido tristes las comidas de su casa, ya por el fondo sombrío del carácter de su madre, ya por cualquier otra causa. Pero cuando Miguel era niño, en la de mediodía, en invierno, poco antes de llegar el instante de los postres, ocurría un hecho maravilloso, esperado por la criatura con corazón palpitante, y que siempre lo dejaba boquiabierto y encantado. El sol, que antes

había bañado el suelo de la habitación, iba ascendiendo por un aparador vecino a la ventana, y cuando daba en un candelabro de plata, que estaba sobre el mueble, de cuyas arandelas pendían unos prismas de cristal tallado, en todo el comedor producíase una asombrosa fantasmagoría. Las paredes y el techo cuajábanse de los más brillantes reflejos de arco iris; deslumbradoras luces rojas, naranja, verdes, violadas, de una pureza y esplendor incomparables; al ir de un lado a otro por la vasta habitación el criado de guante blanco que servía la mesa, retemblaba el viejo pavimento, se estremecían los prismas con débil tintineo, y las manchas luminosas bailaban sobre techo y paredes desenfrenadas danzas. Miguel, que había aguardado con ansia aquel instante, temiendo siempre que no se presentara, olvidábase de comer por contemplarlo, hasta que le reñían porque siempre se quedaba como abobado con el tenedor en alto. Volvía a comer, íntimamente ofendido por la reprensión, y, allá en su conciencia, sentíase vagamente superior a todos los otros, que no prestaban interés alguno a la divina aparición de aquellas incomparables luminarias...

Miguel quería reconstruir en su memoria el recuerdo de su padre; parecíale que estaba siendo injusto con él al tenerlo tan olvidado. Y así, aquella mañana iba abriendo cajones y desatando carpetacios en busca de datos que le permitieran rehacer la desconocida imagen espiritual del caba-

llero. Pero nada encontraba: antiguas cartas comerciales, escrituras, recibos, cuentas. Cuando más enfrascado estaba en su tarea, inclinado sobre la mesa para registrar un cajón, interrumpióle un ahogado grito a su espalda.

Volvióse rápidamente, todo azorado, como si le hubieran sorprendido en la comisión de un delito.

Era la “niña” de las de Guitián quien había gritado: una niña de más de sesenta años, flaca, menuda, reseca y arrugada, con el canoso pelo lleno de papillotes de periódico. Estaba inmóvil en el hueco de la puerta recién abierta, agarrada a una de las jambas, respirando trabajosamente.

Miguel corrió a su encuentro, la hizo entrar en la habitación, la sentó en el sofá.

—¡Ay, Miguelito! ¡Qué susto, qué susto me has dado!—articuló ella, casi sin voz, no bien pudo comenzar a hablar.

—¿Susto? ¿Por qué? ¿Qué hacía yo de malo?—preguntaba él, cada vez más alarmado al verla tan descompuesta.

—Nada, hijito mío—respondía ella, abocetando una sonrisa, y acariciándole la frente con sus menudas manos de esqueleto—. ¿Qué habías de hacer tú, si eres tan bueno como los ángeles? Tú no tuviste culpa.

—¿Qué fué, qué fué entonces? Vamos, serena-

te. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? ¿Quieres que avise a tus hermanas?

—No, no; no necesito nada. Ya se va pasando.

—Pero ¿de qué te asustaste?—inquiría Miguel, lleno de perplejidad.

—De nada, de nada. Tonterías. Me tendrías por boba si te lo contara. Necedades que le andan a una por la cabeza... Claro que la impresión fué tan terrible que no se me borró a pesar de los años que han pasado... Ocho días estuve como a la muerte... Y desde entonces me quedó este ahogo que me da cada vez que sufro alguna conmoción inesperada... Además, siempre experimento no sé qué recelo cuando tengo que entrar sola en este cuarto... Y como no te había sentido levantar ni habías pedido el desayuno, creía que aún estarías descansando...

—Pero ¿de qué impresión hablas?—interrogó Miguel, sintiendo un extraño temblor en un desconocido fondo del alma, como si por instinto barruntara la proximidad de algo tremendo.

La vieja niña contemplólo un momento con amor y piedad.

—Entonces, ¿nunca oíste decir que fuí yo quien lo encontró?—preguntóle a su vez, con voz que era un suspiro—. A estas horas de la mañana... Echado sobre la mesa, tal como tú ahora estabas.

—¡Ah! ¿Fuiste tú?—pronunció Miguel vagamente, sin saber de lo que se trataba, pero presa de gran congoja. —¿Qué era aquello, Dios mío?

—preguntábase anhelante—. ¿Qué horror iba a descubrir?— Y, sin poderlo remediar, poníase tan lívido y agitado como la niña eterna.

—Sí. Yo misma—decíale entretanto ella, en quien la emoción tendía a disolverse en un flujo de palabras—. Como todos los veranos, tu madre y vosotros estabais en la aldea. Él iba y venía constantemente. Tenía su cama siempre dispuesta en un cuarto de este piso, por si acababa tarde sus ocupaciones y no le era posible ir a descansar junto a los suyos. Nosotras no lo veíamos casi nunca. A veces sólo nos enterábamos de que había pasado aquí la noche al encontrar por la mañana deshecha su cama. Tampoco le sentimos entrar aquella noche. Hacia las ocho bajé, como todas las mañanas, para abrir los balcones del despacho. Mis hermanas, como hoy, estaban en misa. Y no bien abrí la puerta...

—¿Estaba muerto?—interrogó febrilmente Miguel, en un sollozo, ya que su repentina ansiedad no le permitía seguir la lenta marcha con que iba devanando sus recuerdos la narradora.

—¿Muerto? Desde hacía varias horas. Muerte instantánea dijeron los médicos al hacer la autopsia. La bala le había entrado por la sien derecha. Ya estaba seca la sangre, brotada de la herida, que había empapado la manga de la chaqueta al caer sobre el hombro la cabeza y el cuerpo sobre la mesa.

Miguel temblaba en todos sus miembros. Ha-

bíase quedado sin voz. ¿Una bala? Pero ¿se había matado? ¡Qué extraño! Nunca había pensado en las circunstancias del fallecimiento de su padre. Sólo recordaba que había muerto en la Coruña, estando ellos en el campo; durante unos días, los niños se habían quedado con el capellán y los criados; su madre había vuelto después toda enlutada, con lutos que jamás había vuelto a quitarse.

La “niña”, convertida su nerviosidad en elocuencia, refería menudamente el caso. Miguel, desde lo hondo de su aturdimiento, la oía como si hablara en un mundo lejano.

—Yo salí gritando como loca por la calle abajo. Hasta el Derribo no hubo quien me detuviera... Nada más vi, porque fué forzoso que me metieran medio muerta en la cama. Pero mis hermanas me refirieron después que había dejado escritas dos cartas: una para el juez; otra para tu madre... Leer ésta partía el alma... Pedía perdón por todas sus faltas, por haberla conducido a la ruina con sus negocios descabellados... Y de esto, el infeliz no era muy culpable. Claro que nunca debió meterse en asuntos que ignoraba, pero el inglés, aquel maldito herejote, fué quien lo hizo entrar en danzas. Todos creíamos que con quien no es de nuestra religión no debe uno ni tratarse. ¡Pero cualquiera le daba un consejo a tu pobre padre, tan orgulloso y tan de pocas palabras!... Que si unas minas de carbón en Monfero, que si sondeos, que si análisis... La mina era para los que

iban engañándolo y robándole poco a poco los cuartos. Un día el inglés desapareció como si la mina se lo hubiera tragado. La gente empezó a murmurar, pero tu padre dijo a todo el mundo que estaba en Londres adquiriendo maquinaria... Parece que después jugó a la Bolsa, queriendo tapar aquella primera brecha abierta en el capital de tu madre... Hubo la quiebra de un agente...

Miguel, caído en un sillón, deshecho en sollozos, había dejado de oír tales palabras.

INCIDENCIA

UNA CARTA DEL AUTOR AL HÉROE

Tutor, 18. Madrid (8), 27 de febrero de 1930.

Sr. D. Miguel Suárez de Moscoso.—En el limbo, el purgatorio, el paraíso o donde estuviere.

Prière de faire suivre.

Muy señor mío: ¿Le parece a usted decoroso haberme puesto en el compromiso en que me encuentro? Por toda suerte de medios, astuta e infatigablemente empleados, visitas, promesas, halagos, súplicas, presentes, ¡hasta recomendaciones!, logró usted inclinar mi ánimo a que lo sacara de las insípidas sombras del no ser y procurara infundirle una precaria vida de muñeco novelesco. Para cumplir con usted tuve que desoír las demandas de toda una abigarrada caterva de personajes épicos que se agolpan en los tenebrosos desvanes de mi

sesera, clamando impacientes por surgir fuera de ella. Acaso muchos, por haberme mostrado débil con usted, están ya desde ahora condenados a perecer dentro de mí, cuando yo fallezca, sin haber gozado un instante de las dulzuras del vivir, y por los siglos de los siglos habrán de perseguirme, sin piedad, con sus aullidos, por los ásperos y tenebrosos yermos del país de la muerte.

Mientras solicitaba mi favor, ofrecíame usted bienes sin cuento; jamás había yo soñado historia tan colmada de encantos y poéticas fragancias como la que usted iba a inspirarme: hasta me prometía que, en no sé qué sentido, la crónica de sus andanzas vendría a ser trágica imagen de las amargas jornadas de la adolescencia en tantos pobres seres abandonados a sí mismos como vagan, sin norte ni consejo, por la enmarañada selva de sus propios instintos, sin saber adónde dirigir sus pasos ni cómo librarse de las bestias, astutas o crueles, que allí les acechan.

Pero ahora, habiéndole dejado que se moviera por las cuartillas a su antojo, descubro en usted un pobre chico tímido, enfermizamente aquejado de manías eróticas, que, por toda hazaña, una noche, medio borracho, hace la hombrada de irse por ahí a picos pardos. ¿Le parece a usted que para narrar un episodio tan adocenado y poco digno de pasar a la posteridad es cosa de que un escritor, ya calvo y canoso como yo, haya embozonado más de doscientas cuartillas y obligue al

paciente lector a consumir pesetas y tiempo en averiguar proezas tan dignas de olvido? ¡No, amigo mío! Cierto que las pesetas valen poco, sobre todo después de haber estado sometidas a la sabia curatela del señor Calvo Sotelo; pero ¿y el tiempo? ¿Piensa usted que, siendo tan breve la suma de las horas que los cielos envidiosos han concedido al hombre, hay derecho a sustraer máñosamente ninguna de ellas para llenarlas con lances tan ramplones como los que a usted le acaecen? En modo alguno, y por primera vez le apercibo y llamo al orden.

Si quiere usted gozar de la engañosa existencia de héroe fabuloso y que, en un arrebató de mal humor, no vuelva a sumirlo en los yertos senos de la nada, cambie de modo de ser y de conducta: déjese de timideces fuera de moda (nunca como hoy ayudó a los audaces la Fortuna) y láncese corajudo en pos de la aventura. El mundo es de los jóvenes; usted lo es, y ante su rostro se abren todos los caminos del bien y del mal. Emule, si le apetece, las sergas de Casanova; gane batallas como Napoleón; sea dictador y jefe de muchedumbres a la italiana o a la rusa; derroche su caudal en el juego; hágase capitán de bandoleros, falsificador, alquimista, asesino o monje. Lo que le dé la gana, pero que le ocurran cosas. El público (nuestro muy amado señor, de quien usted y yo dependemos) es en ello donde pone la meta de sus

deseos. Diréselo en alemán, con palabras de Goethe, para que le resulte más claro:

Besonders aber lasst genug geschehn!

Man kommt zu schau'n, man will am liebsten sehn.

En la confianza de que ha de atender mis indicaciones, y en la seguridad de que, si no se atiene a ellas, habré de zamparle en las calderas donde se funden y alquitaran todas las imaginarias criaturas fracasadas, soy su atto. s. s.

q. l. e. l. m.,

RAMÓN MARÍA TENREIRO

A R I D E Z

Acabado el primer acto de su drama, iba avanzando Miguel por las escenas con que se iniciaba el segundo, cuando una mañana, a los cinco o seis días de haber estado en la Coruña, al comenzar la jornada de trabajo advirtió que su fantasía, tan ágil hasta entonces, se hallaba como paralítica, inmovilizada por la desilusión; era como si una potencia traidora hubiera venido durante la noche a secar las fuentes de su fecundidad y su entusiasmo. ¡El arrebató con que había escrito todo el día anterior, viendo tenderse ante sus ojos, como llanas y amenas avenidas, el panorama de su drama! Y ahora, sin ningún motivo para ello, caído sobre el respaldo del sillón, contemplando, con incierta mirada, las borrosas colinas enharinadas de niebla al otro lado de la ría y oyendo el son confuso que los marinos dedos del nordeste arrancaban del arpa de los abetos del jardín, se dejaba perder en un dédalo de tristes reflexiones. ¿Qué valor podía tener lo que había compuesto hasta entonces? ¿Sería algo más que vano calco

de cosas mal asimiladas en sus lecturas literarias?

Y su desesperanza lo llevó a realizar lo que jamás debería haber hecho en el estado en que había caído su ánimo: abrió el cajón donde guardaba lo escrito y se puso a leerlo atentamente. Fué nutrir su desencanto. Todo el acto era vulgar, declamatorio, sin vida. ¿Qué tenían de común aquellas hinchadas frases con lo que él había soñado la anterior primavera en horas de bendita embriaguez? Al mustio resplandor de su desengaño fué desechando escenas enteras; el mismo asunto de su drama llegó a parecerle falso y trivial. En Santiago, en una hora de máximo entusiasmo, aunque nunca hablaba de sus cosas, le había referido a un compañero el argumento de aquella obra que le llenaba el alma. Y el otro, en vez de admirarse, había comentado fríamente, casi con burla:

—Si quieres evitarte la molestia de escribir todo eso, léete *Sapho*, de Daudet, y ya tendrás hecho tu drama.

La tal zumba, que apenas le había afectado al escucharla, dolíale ahora como lлага que hubiera cerrado en falso. En su creciente amargura, no sólo perdía la fe en aquella obra, sino que desconfiaba de sí y de sus posibles talentos. Quien, en pleno brío juvenil, sólo sabía inventar asuntos tan manidos, ¿sería nunca otra cosa que un mal aficionado a las letras? Ciertamente que amaba el arte,

que creía sentir en su pecho fuerzas capaces de producir obras bellas, pero ¿habría algún artista fracasado que no imaginara lo propio de sí mismo? ¿Cómo distinguir la verdadera capacidad? ¿Poseeríala él? Y mientras, hoja por hoja, iba rompiendo rencorosamente lo escrito, la voz del desencanto murmuraba con amargura en su pecho que por más que hiciera nunca había de ser él de los que triunfan.

—¿Por qué lo que producimos no es tal como lo habíamos soñado? Nuestras obras son nuestras, sólo nuestras, engendradas y nacidas en el cálido misterio de nuestras entrañas; en ellas, a diferencia de lo que ocurre con los hijos de la carne, no actúan más influjos que los que a través de nosotros mismos les llegan. Y sin embargo, estas criaturas, al igual de las físicas, nunca son como nosotros las quisiéramos. Ya desde su primer germen tienen, también ellas, una personalidad que se opone a nuestra acción y no nos deja modelarlas según nuestro albedrío. Desde el propio instante en que las concebimos, ya son ellas lo que siempre han de ser. Nosotros, por reflejo del gozoso vértigo de su concepción, vémoslas como áureas promesas, mientras no han salido de la esfera de los sueños; no descubrimos sus incorregibles imperfecciones hasta que intentamos volcarlas a lo externo; pero sus faltas estaban siempre en ellas, como las de los seres vivos insiden ya en el feto desde el propio claustro materno. Pero si

las imperfecciones de los hijos materiales son herencia de sus ascendientes, también las creaciones de la mente reciben de nosotros, y a nuestro pesar, sus defectos. Según nuestra sensibilidad, nuestra agudeza, nuestra inteligencia y nuestras energías, así nacerán ellas más o menos dispuestas para vivir. Un padre fuerte engendra robusta prole, y ¿qué bríos no se necesitan, en lo espiritual, para triunfar de la resistencia que opone el mundo todo y trocar en obra de arte lo que pertenecía al orden vital? Las cosas materiales e in-materiales, tanto las sensaciones de nuestra alma, que pretendemos convertir en tema artístico, como los medios físicos en que deben encarnarse, defiéndense cuanto pueden antes de consentir que las llevemos a profesar en el frío monasterio de la estética: la misma cazurra hostilidad que opone al escultor el bloque de mármol, por lo cual cada estatua es fruto de larga contienda, preséntanla todos los objetos de la creación, externos e internos, a quien aspira a extraer de ellos esencia de belleza. Y ¡cómo ponen en ridículo a quien, en esta lucha, no ha sabido vencerlos! ¿Habrán mofa más cruel y sin entrañas que la que hacen de su pobre autor las obras frustradas? El arte, como los cielos, padece fuerza. Su gloria sólo la alcanza el ungido por la gracia; aquí, como allí, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Entre los millares de mancebos que imaginan poseer una centella creadora, acaso sólo uno acierte

a infundir a su obra vida verdadera. Y ¿cuál será la condición del triunfo? ¿Un terco esfuerzo, prolongado y paciente, que corteje respetuoso a la musa hasta que ella, compadecida, se deje una vez prender, por la orla de su manto, o sorprenderla descuidada, con dichosa intuición, y domarla plenamente, en un febril arrebató, antes de que ella acierte a defenderse? Pero ¿quién puede lograrlo si no es un genio? Al correr de la pluma, Cervantes o Shakespeare dejaban trazadas frases en que la vida palpita como en un sangriento corazón recién arrancado del pecho. Empleando en buscarlas todos los años de su existencia, ¿quién será capaz de tropezar con análogas palabras? Y ¿qué vale la obra de quien no las encuentra?...

De sobra conocía Miguel a la desilusión; siempre había venido pisándole los talones a sus entusiasmos. ¡Dios mío, cuántas veces, así, por nada, se le había venido a tierra, de pronto, todo un castillo de sueños que parecía llegar al propio cielo! Porque aunque él, mientras rompía lo escrito, se decía que era para comenzarlo de nuevo, y ya sin defectos, aquella misma tarde, harto comprendía que no tendría ánimos para ello. Otra cosa, quizás..., pero ¡aquella obra tan largamente acariciada en dulces meditaciones de tantos meses!

Hundido en su sillón, mientras el desengaño iba derramando gota a gota en su alma su tóxico

enervante, entre las arboledas del jardín, un invisible pájaro repetía incansable una nota única, áspera y zumbona, como si, con su voz, todo el mundo ambiente se burlara del malogro de aquellas esperanzas.

MANOS PULIDAS—MANS FIDALGUEIRAS
TEÑEN TODIÑAS—AS COSTUREIRAS

A las doce vinieron a llamarlo para comer. Iba por el pasillo, cuando recordó que aquel día no había entrado aún en el cuarto de su hermana.

—¿Te parece que son horitas para venir a verme?... Estoy muy enfadada...—quejóse mimosamente la niña.

Con almohadones la habían incorporado en su camita. Parecía animada y contenta. Relucían como brasa sus oscuras pupilas, y en las mejillas de cera se pintaban dos encendidas rosas. Proseguía quejándose con fingido enojo:

—No me vengas ahora con pamplinas... Estoy furiosa contigo... Furiosa... No te ocupas para nada de mí... Como si no fuera tu hermana...

—¡Ay, señorita! si no fuera usted su hermana querría estar aquí a todas horas y no se sabría cómo echarlo del cuarto.

Era Carmiña, la costurera, que entraba calladamente con una bandeja de platos, cubiertos y vasos.

Miguel, que ignoraba su presencia en el pazo, volvióse hacia la puerta algo aturdido. Caldeado en rubores el semblante, recordó su turbación en el encuentro de la noche de San Juan. También ella debía pensar en aquel episodio, porque, al pronunciar, como de carretilla, su respetuosa fórmula de servil saludo, reíanse con pícaros fulgores las verdosas gemas de sus ojos. Todo confuso balbució el señorito:

—¡Ay, Carmiña! no sabía que estuvieras aquí...

—¡Qué iba a saber! ¡Si le fuera alguna de aquellas señoritas de Santiago!...

Pero ya la condesa llegaba gravemente con la sopa de la niña. Venía revolviendo con la cuchara el humeante líquido, para que se enfriara más de prisa, y mezclado con el rasear de sus atentos pasos, oíase el retañir de la cuchara al chocar con la porcelana del plato.

—Anda al comedor, Miguel. Don Juan está esperando—dijo secamente al entrar. Pero añadió después, acercándose a la enferma, con halagos y suavidades en su acento que casi parecían incompatibles con la austeridad de su figura: —Hoy no tienes más remedio que comer muy bien, Marianiña; tienes una comida riquísima... Verás que puré de “chícharos” te hice yo misma... Así no podrás decir que está engrasado... Y después una pepitoria de gallina como para que te chupes los dedos... Ponle la servilleta, Carmiña. Coloca las almohadas de modo que quede más derecha.

Garbosa y diligente, realizó la moza lo que la señora le ordenaba, moviendo con cuidado y ternura el dolorido cuerpecillo de la niña. Prendióle la servilleta al cuello, sobre los albos encajes de la camisa de dormir. Interrogaba ansiosa a cada instante:

—¿Está bien así mi señorita? ¿No le hacen mal mis manos?

Y la otra, con dichosa sonrisa:

—No, no... Al contrario. Gracias, Carmiña.

Y después, dirigiéndose a la condesa, musitó débilmente:

—Mamá...

—¿Qué quieres, hija?... Anda, toma la sopa... Ya no está caliente; está buena para tomar.

—Mamá...—segundó la niña, sin atreverse a descubrir su pensamiento.

—¿Qué quieres? Dilo, hijiña.

—Mamá..., yo querría que Carmiña me diera hoy de comer.

—¡Ave María, nenita! Lo que tú quieras... Con tal de que lo comas todo...

—Sí, sí, señora condesa—intervino presurosa la costurera—; hoy le va a ser muy buena... Ya verá cómo no deja nada.

Tomó el plato de sopa de manos de la dama, e inclinado su rotundo busto, rico de vida, sobre aquel cuerpecillo miserable, presentóle el alimento.

—¿Quiere que se la dé yo, señoritiña?

—No, no. Yo la tomo... Dame la cuchara.

La condesa y Miguel se retrasaron todavía unos instantes viendo comer a la niña...

Y a la hora de la siesta, mientras su madre descansaba, Miguel estuvo mucho tiempo junto a su hermana, sentado en una silla, sin pensar en cosa alguna, atento a la caricia, grave y cálida, de la voz de Carmiña, que recitaba romances aldeanos. La enfermita estaba encantada; nunca se había divertido como aquella tarde.

Cierto que, al entrar el señorito, terminada la comida, la costurera había interrumpido su relato, bajando ruborosa sobre la labor el rostro, pero la niña había implorado con caprichosa insistencia:

—Sigue, sigue, Carmiña...

—Ahora no necesita de mí para divertirse; tiene aquí a su hermano... Mejor lo hará que yo.

—No, no, que es un soso. Sigue, sigue...

La otra, avergonzada, no quería.

—Si va a hacer mofa de mí... Son cosas que decimos por la aldea los que no sabemos..., los que no tenemos estudios...

—Anda, Carmiña, di los versos...—exigía pesadamente la enfermita.

Accedió por fin. Comenzó en voz baja, toda sofocada, clavados los ojos en la costura que tenía en las rodillas, moviendo rítmicamente sus ágiles dedos sobre la labor de nieve. En el burlesco romancillo que recitaba, el cura de la aldea,

hablando con el ama, examinaba el estado no muy floreciente de su vestuario. Explicábale el origen de un desgarrón de su capote:

—Vindo eu de casa do enfermo
 que morreu a outra semana,
 por ali, po-l-a congostra,
 non sei qué de min tiraba:
 escambrábanseme os pelos,
 a sangue se alborotaba,
 non puiden mirar atrás
 de medo como eu levaba.
 Arrinquee a voz do corpo,
 dixen: “¡Abarreto, Sátana!”,
 fixen a señal da cruz,
 e fortalecido da alma,
 mirei atras e non vin
 cousa algunha boa nin mala.
 Votei a man a o capote,
 po-l-a parte que tiraba:
 sentin un dolor na man,
 tal como si m'a cortaran.
 Volvin a decir “¡Xesús!”,
 e agarro con toda gana,
 cando vexo que unha silva
 se me liara nas bandas...
 Voteille más maldiciós
 que despois non me cansaba;
 por cousa d'unha vil cousa
 que eu tal medo pasara.

Verso tras verso, iba afirmándose la voz de la recitadora, la cual acabó por pronunciarlos con perfecta seguridad y tono grotescamente decla-

matorio. Ahora imitaba el asombrado acento de la criada:

*¡Avo María, señor,
si lle fora eu pasmaba!*

Y replicaba el clérigo, lleno de despreciativo orgullo varonil:

—Si vosoutras as mulleres
non valedes para nada.

Mariana se moría de risa. Su hermano, inmóvil en su asiento, tenía los ojos como cautivos de la figura de la costurera. Veíala de perfil. Por las anchas espaldas, sobre las alburas de la limpia blusa, descendía una trenza, gruesa y apretada, de rubios cabellos. Ricillos de oro, fugados de la cárcel del tirante peinado campesino, llameaban luminosamente en torno a la menuda cabeza. El mórbido cuello, con cálidos reflejos de marfil, era asiento de un lunar solitario, que negreaba casi al pie de la oreja. Y no era el único. En la rosada redondez frutal de la mejilla izquierda había todo un pícaro cielo de lunares. Una constelación... ¿Cuál podría ser? Miguel sabía perfectamente que en el nocturno firmamento existía una igual a la de aquel paraíso de rosas, pero no acertaba con su nombre. Un triángulo de negros astros diminutos con un rabito formado por otros dos que bajaba hasta cerca de la barbilla. Y mientras la voz profunda y arrulladora de la moza—voz

de morena en labios de rubia—seguía desarrollando las asonancias del romance, Miguel, sumido en la observación del sistema estelar de aquel semblante alunarado, sentía un hervor de versos en su entraña.

—Los lunares de tu cara
son estrellitas del cielo...,

murmuraba una y otra vez sin saber cómo continuar.

Hallábase en pleno embeleso, cuando entró la condesa.

—Por Dios, Miguel, ¿qué haces aquí? ¿Cómo no te has ido a dar un paseo?

—¡Déjalo, mamá!—suplicó la enfermita.

—No, no. Don Ramón dice que necesita mucho aire libre. No le conviene quedarse en este cuarto.

Sin replicar, Miguel se levantó para marcharse. Desde la puerta lanzó una rápida ojeada hacia la costurerilla, y le pareció que una recatada sonrisa de burla se traslucía detrás de los balcones de sus ojos.

Con un libro en la mano fué por la dilatada huerta. Pretendiendo leer, sentóse en los rincones más escondidos, pero no se enteraba de lo escrito. Como el remoto eco de las marejadas en la hélice de una caracola, resonaba en sus oídos la ardiente salmodia de los recitados de Carmiña. Las palabras habíanse borrado de su memoria; acaso nunca las había percibido. Pero sin inte-

rrupción oía embelesado la armoniosa cantoria de su voz.

Poníase ya el sol, cuando se le ocurrió componer un poema con sus emociones de aquella tarde: *La voz de Sheherazada*. En *Las mil y una noches*, lo que impedía al sultán que ordenara la muerte de su esposa no era el vano interés por las infantiles historias que ella le refería, mil veces oídas antes, sino el hechizo de su voz, dulce y cálida, que vibraba con ternuras de arrullo, levedad de suspiros, música de canciones, blanduras de queja... Sólo brizadas por aquel son adormecíanse sus cóleras tremendas en el pecho del tirano. ¿Cómo lograría encontrar ya reposo si privaba su oído de aquel perenne halago?

Era ya casi noche cuando volvió hacia el pazo. Entre las sombras del jardín vibraba con fuerza el inagotable e intraducible parloteo del chorro del estanque. ¡Oh!, la voz de la sultana... La voz de la sultana, que alejaba a la muerte...

TARDE DE LLUVIA

Llovizna mansa, densa, tenaz, desde por la mañana. El mundo, más allá de los fantasmales abetos del jardín, queda perdido entre cortinajes de bruma. El agua, en finas gotas, cae lentamente, con suave cuchicheo de rezos en iglesia aldeana. La tierra humedecida y las chorreantes plantas diluyen en el neblinoso ambiente sus más sutiles fragancias.

Miguel, en su ventana, goza, como los campos, de la blanda caricia de la lluvia. A veces, una gota que desciende del tejado cáele sobre la frente o entre el pelo, y el mozo se estremece con delicia ante su frío contacto. Con toda el alma en la piel, espera, voluptuosamente, cerrando los ojos, el escalofriante halago del agua de las nubes.

Lleva más de ocho días en lucha con su desencanto. Procura recomenzar su drama y no le es dado conseguirlo. Invencible repugnancia impídele tomar otra vez la pluma. Muchas veces, en sus paseos, logra recitarse con renovado entusiasmo las escenas de su drama, pero no pretende es-

cribirlas. Bien sabe ahora las largas jornadas que van de lo imaginado a lo escrito y cómo se mustia y decae, lamentablemente, al ser iluminado por las luces de la tierra, lo que deslumbraba con áureos resplandores en el mundo de la fantasía.

—Y esa decadencia—piensa—, ¿no será fatal portazgo que tienen que pagar los hijos de la quimera al entrar por las puertas de lo real? El más alto ingenio ¿será capaz de capturar, con los medios groseros de que el hombre dispone, las matizadas mariposas de sus delirios sin que lo más puro y brillante del polvillo de sus alas se le quede como suciedad entre los dedos? Cada obra de arte, por perfecta que sea, ¿no significa la derrota de un sueño?...

No siempre triunfan en Miguel la desilusión y la melancolía. Hay algo, en el pazo, que suele hacer que todas las juveniles esperanzas que anidan en el alma del mancebo prorrumpán en encendidos cánticos de alondra: unos ojos. El tropezar con aquella mirada, regalado instante de eternidad, es como anuncio del divino valor de la existencia; ilumina ante él un porvenir de gloria y amores, y, por hacerse digno de gozarlo, Miguel quiere trabajar sin descanso en su perfeccionamiento, mantener siempre encendida la lámpara de sus afanes ideales, no vaya a pasar impensadamente, en la noche, el señor de los espíritus y para siempre lo deje apartado de los más nobles festines de la vida. ¡Si supiera tradu-

cir en palabras el hervor de su pecho cuando se clavan en él aquellas pupilas! ¿No sería gran arte conseguirlo? Acerca de la voz de la muchacha había escrito unos alejandrinos que no le sueñan mal siempre que, en voz baja, se los recita a sí mismo. Pero su mirada... su mirada... Cuando topa con ella, grave o burlona, tierna o retadora, una mirada que se posa en la suya hasta hacerle bajar los ojos, no son poemas lo que querría que le brotara de sus labios; no son poemas, sino besos...

La costurera viene ahora todos los días al pazo. Marianiña no sabe pasarse ya sin sus cuidados, sus mimos y cantares, sus cuentos, sus risas y sus charlas. Es el esplendor de la madura mocedad aportando piadosamente algo del calor de su interior incendio para entibiar la arrecida personilla de la enferma. Para la condesa, Carmiña significa también un gran auxilio. La niña pasa malas noches; la madre tiene que alzarse varias veces del lecho de levante en que descansa junto a su enfermita e incorporarla en los golpes de tos, mudarle las almohadas empapadas en sudor, darle de beber, cambiar de postura el dolorido cuerpecillo, cada vez más leve. En cambio, de día, viendo a su hijita divertida con la compañía de la costurera, puede descansar unas cuantas horas, reservando sus fuerzas para la angustiada brega nocturna.

A Miguel, la presencia de la rapaza le sumi-

nistra un puro manantial de goces. Va más que nunca al cuarto de su hermana; se demora allí tardes enteras sin apenas pronunciar palabra. Pero jamás le atormentan los pecaminosos afanes del encuentro en el soto. Mientras las dos muchachas se ríen a carcajadas de su taciturnidad, él, sin desear otra cosa que prolongar eternamente cada uno de aquellos minutos, va haciendo los descubrimientos más estupendos. ¡Jamás lo hubiera pensado! ¿Es posible, Señor, es posible que un cuerpo humano, formado con esta pobre carne mortal, atesore en sí tal cúmulo de encantos? Maravilla si permanece encorvadā en su sillita baja, caída la pulida frente, mientras la luz arranca reflejos cegadores de las madejas de oro de sus crenchas; maravilla cuando en la ventana se inclina para regar las macetas, o puesta de puntillas, en alto los brazos y prominente el generoso pecho, descuelga la jaula del canario. Maravilla si se dejan ver de frente sus ojos, que dan vértigo, o si, bajos los párpados, cae sobre las mejillas la dulce sombra de las largas pestañas. Maravilla el clavel de su boca, que se dilata en risas y chachareo, descubriendo en su interior el cándido tesoro de apretados dientes; maravilla su voz, cuajada de los registros más abemolados y dulces; maravilla sus carcajadas cristalinas; maravilla su movimiento y su reposo, su hablar y su silencio. Todos los sentidos súmense ante ella en inexplicable arrobó. Su sola presencia transforma

las cosas, infundiéndoles desusado esplendor; el ambiente que la envuelve, el aire que queda entre el suelo y el borde de su falda parecen adquirir prestigios inexpresables: es como si en su torno se vertieran, no se sabe de dónde, resplandores, auras, perfumes, que prestan nuevos hechizos al hechicero mundo, provocando en los corazones irreprimible afán de suspirar. De todas las dulces músicas que Miguel ha escuchado, no hay ninguna comparable a la del revuelo de sus sayas cuando pajarea por la habitación y al rumor de sus pasos, que, con todas las puertas cerradas, oye constantemente de un extremo al otro de la casa.

Pero una vez, al arreglar el cabezal de la enfermita, las manos de Miguel tropiezan, entre los almohadones, con las de la costurera, y hace un turbador descubrimiento. En el sitio donde le roza la mano de la muchacha, quédale, durante mucho tiempo, un sabroso ardor, como de quemadura. Mírase Miguel el sitio del contacto, asombrado de no encontrar en su piel huella visible.

Sin embargo, no es que esté enamorado de Carmita. Sin cesar se lo repite. Bien claro es para él que las impresiones que provoca en su corazón aquella moza no tienen gran cosa que ver con las divinas angustias del amor. Lo que siente en presencia de la costurera lo habría experimentado igualmente ante cualquier otra mujer

joven, sana y hermosa. No son emociones nacidas de lo que es individual en la rapaza, de lo personal y característico suyo, sino de lo que tiene de común con todas las otras mujeres: lo que le hechiza, lo que le llena de suspiros el pecho y de doradas esperanzas el alma es la feminidad. A él se le revela encarnada en la figura de Carmiña y lo asombra y emociona, pero eso no quiere decir que todo le parezca por igual perfecto en la personilla de la costurera; muy lejos de ello, si su cuerpo, recio y saludable, es una maravilla, hay gestos y palabras en sus conversaciones que casi le hieren.

No; aquello no es el amor. El amor, en toda su exquisitez, siendo Miguel todavía un niño, revelósele una vez en sueños. Despertóle inefable congoja, y desde entonces, cada noche, antes de dormirse, poseído de espíritu trovadoresco, solía evocar a la heroína de su celestial quimera, fantaseaba mil bizarras aventuras, realizaba innúmeras hazañas por llegar hasta ella, la salvaba de peligros sin cuento y acababan por casarse en el oratorio del pazo. Aquella novia imaginaria poblaba de ensueños los días y las noches del niño. Llevábala siempre a su lado en sus paseos solitarios por las carreras de la huerta; por ella besaba las rosas del jardín, sin arrancarlas de la nativa mata para no privarlas de vida, y con los ojos cerrados rozaba levemente su rostro contra la fresca corola de la flor, gozando del suave contac-

to, como de la caricia de las inexistentes manos amadas. Ya llegaría el amor...

A los quince años creyó que había llegado. Era una madrileñita de una familia rica que veraneaba en una aldea inmediata. Miguel se quedaba embelesado al verla pasar alegremente en un coche tirado por juguetonas jaquillas, entre claro cascabeleo y danzar frenético de los chillones caireles de los atalajes. Siempre pensaba en ella, murmuraba madrigales para que el viento los llevara a sus oídos de nácar, y diariamente, a la puesta del sol, subía a una colina para contemplar en la lejanía los vidrios de sus ventanas, inflamados por los resplandores de poniente. Pero un día vinieron a visitar el pazo. ¡Qué delicia guiar a la niña para mostrarle el jardín, la huerta, los muelles y el bosque!... ¡Y qué desengaño luego! Aquella criatura no se parecía en nada a la que él había fabricado en sueños, y cuando partió, el mozuelo tuvo que lamentar la primera desilusión de su vida. ¡Si era vulgar, tontuela, vanidosa!...

¡Cuántas otras le han producido después análogo efecto! Así, ahora, en esta larga tarde de lluvia, mientras aspira, estremecido, desde su ventana, las húmedas fragancias del jardín, al pensar que está perdiendo su mocedad, ya que a los diecisiete años no ha encontrado aún persona alguna que suscite en él las puras emociones de sus sueños, no puede menos de reconocer

que acaso no existan mujeres tal como él las ha imaginado. En vez de ser como las etéreas princesas que a él le enamoran, cuantas mujeres ha ido hallando en el mundo son criaturas más próximas a la realidad, más resignadas con las impuras necesidades que trae consigo la existencia, de lo que él querría serlo. Y algunas, Carmiña entre ellas, no es que se resignen con el fondo bestial de su naturaleza: es que sienten orgullo del esplendor de su carne, vanidad por los íntimos anhelos que suscitan en pechos varoniles, soberbia por la fuente de goces y de vida que guardan en su seno. En la costurera no hay más poesía que la de su cuerpo. Pero ¡qué poderoso hechizo el que fluye de ella! ¡Qué boca madura para devorada a besos! ¡Qué candelas de ojos para encender anhelos! ¡Qué pecho y qué talle para estrechados hasta la asfixia en un abrazo frenético!

Y Miguel, en la gris pereza de la tarde lluviosa, llega a decirse en algún momento:

—Pero ¿es que en la mujer habrá más que eso? ¿Es que el amor será más que eso?

Aquella mañana, registrando los armarios de la librería de su abuelo, entre centenares de obras jurídicas y económicas por las que no le era dado sentir interés alguno, había hallado milenaria respuesta a su pregunta al tropezar con un viejo volumen, encuadernado en piel oscura, impreso en un áspero papel mohoso, procedente, sin duda, de la biblioteca de un monasterio, que contenía

el *Cantar de Salomón*, traducido y declarado por el maestro Fray Luis de León. Aunque no sintiera la menor afición hacia los viejos libros, apolillados y polvorientos, el título y el nombre del autor hízole que lo apartara para más tarde leerlo, y ahora, a última hora de la tarde, ábrelo al azar y comienza a hojearlo, casi maquinalmente.

Pero de pronto, de aquellos arcaicos tipos de imprenta y del añejo papel amarillento asciende a él una impresión turbadora que le conmueve el pecho. ¿Han leído bien sus distraídos ojos? Acércase a la ventana para aprovechar el último pálido reflejo de la tarde. Trémulos de emoción y sorpresa, los labios de Miguel van balbuciendo las añejas frases del libro:

“¡Ay qué hermosa eres, amiga mía; ay cuán hermosa! Tus ojos de paloma entre tus guedejas. Tus dientes como un rebaño de ovejas trasquiladas que salen de bañarse. Como hilo de carmesí tus labios y el tu hablar pulido. Como cacho de granada tus sienas. Como torre de David tu cuello, fundada en los collados. Tus dos pechos como dos cabritos mellizos, paciendo entre azucenas.”

Y comenta después el buen fraile: “No se puede decir cosa más bella ni más al propósito que comparar los pechos de la Esposa a dos cabritos mellizos, los cuales, de más de la ternura que tienen por ser cabritos, y de la igualdad por ser mellizos, y demás de ser cosa tan linda y apacible, llena de regocijo y alegría, tienen consigo un

no sé qué de travesura y buen donaire con que llevan tras sí y roban los ojos de los que los miran, poniéndoles afición de llegarse a ellos, y de tratarlos entre las manos; que todas son cosas muy convenientes y que se hallan así en los pechos hermosos a quien se comparan. Dice que “pacen entre azucenas”, porque con ser ellos de sí lindos, así lo parecen más y queda así más encajada y más loada la belleza de la Esposa en esta parte.”

Miguel se encuentra fuera de sí. Los ardorosos conceptos del venerable poema amorio, vertidos al juvenil y jugoso castellano del siglo xvi por el tonsurado poeta, actúan sobre él como bebida embriagadora; despliegan ante su espíritu dulces y fogosas promesas. La pasión erótica, en aquellas nobles páginas caldeadas de humano ardor, no es ya vergonzoso impulso que hay que combatir y recatar, sino gloriosa cima de toda la existencia, supremo destino de las facultades que de Dios ha recibido el hombre, a cuya realización cooperan con generosidad cielos y tierra. El universo sólo parece creado para sustentáculo de aquellos simples e ingenuos arrebatos: astros y paisajes, animales y plantas, en su alta belleza, existen para recreo de los que bien se quieren y pretexto de las metáforas de sus requiebros ardientes. En los versículos del santo poema, el amor, en su pureza originaria, presta vida otra vez al paraíso terrenal, y por sus divinos ámbitos de-

ambula con inefable hechizo la primigenia pareja.

Cuanto más va leyendo más crecen los ardores de Miguel. Apenas puede pasar bocado, lleno de sabrosa agitación, cautivo de inquietantes cavilaciones, cuando lo llaman para cenar, y, pretextando que no se encuentra bien, vuelve a encerrarse en su cuarto y se sume de nuevo en la maravillosa esfera del libro hasta que se agota por completo la bujía de su palmatoria.

“Manojito de mirra mi amado para mí—murmura dulcemente al perderse en el sueño—, morará entre mis pechos.”

ENSUEÑOS

Las noches de Marianiña solían estar llenas de molestias: golpes de tos, ahogos, sudores, impaciencias, angustias, congojas; pero al quebrar el alba, no bien la primera repiqueteada “muiñeira” de los mirlos saludaba un vago vislumbre de aurora, relajábase la tensión de sus nervios, apaciguábase su ánimo, iba sumiéndose en un sopor suavísimo, en el que dejaba de percibir toda incomodidad; su pobre cuerpo no le atormentaba ya con ninguna sensación ingrata; libre de todo peso, le parecía flotar por deleitosos ámbitos inciertos donde todo era reposo y dulcedumbre. ¿Dormía? Ella creía que no. Desde allá lejos, delicadamente amortiguados, llegaban hasta ella todos los rumores de la vida. Por la carretera iban las gentes camino del mercado: gritos, charlas, risas, cantares, pasos humanos, trote de caballos, rodar de carros. Después eran familiares ruidos de la casa: el señor Colás abría la puerta de los establos, hablaba con las vacas, ansiosas del primer brazado de hierba, ponía en libertad a la careante volatería. Luego percibía retiñir de pu-

cheros en la cocina, rasear de la escoba y golpes de los zorros por salas y pasillos... Varias veces la madre se acercaba de puntillas al lecho de la enferma, inclinándose con todo cuidado sobre su almohada para ver si duraba todavía su sueño; pero Marianiña, aunque todo lo sintiera, no salía de su inmovilidad: quería prolongar su feliz alejamiento, mantenerse aislada de aquel mundo que sólo le había procurado dolor y desventuras. Allí era libre, en aquel delicioso orbe de reposo; allí no había para ella pena ni daño: vagaba mansamente por indecisos espacios, como vilano por el cielo azul en alas de la brisa, sin saber hacia dónde era llevada, pero segura de que iba hacia algún asilo dichoso.

¿Dónde se encontraba en aquellas felices horas de descanso y sueños? ¿Qué nombre dar a aquel dulce paraíso? Descubriólo una mañana. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes de entonces? Era el camino del Cielo donde gozaba de tan blanda quietud; aquella paz era un anticipo de los goces celestes. Porque ella se moría. Bien lo tenía averiguado, aunque su madre y todos hicieran por engañarla. Se moría, y nada le habría importado la muerte si no fuera por la pena de su mamá, por las lágrimas que lloraba a escondidas cuando creía que su hija no lo observaba, por aquel aspecto abatido y agotado que la pobre iba cobrando, como si ya no pudiera más con la cruz de sus males. Si le hubiera sido dado

llevársela consigo, no con resignación, sino llena de gozo, se habría acercado a la última jornada.

Total: morir, para ella, no sería más que sentir de pronto cómo se abrían las puertas de la cárcel de dolores en que tanto tiempo había penado; ingresar en un apaciguamiento sin límites; ser asumida, no sabía por quién, hacia desconocidas regiones llenas de suavidad y blandura, donde, poco a poco, sus pobres sentidos, aun embotados, comenzaran a gozar vagamente de delicias nunca experimentadas...; sentía como ráfagas de aromas, halagadores hálitos, músicas apacibles, tenues reflejos que acariciaban sus pupilas a través de sus párpados cerrados. No entendía lo que era aquello, pero se sentía tan feliz, tan feliz, que se deshacía en sonrisas su semblante.

Pero las inefables sensaciones ibanse poco a poco definiendo y organizando: ahora conocía cómo era transportada, no sabía hacia dónde, dentro del dulce anillo de unos brazos; sentía, contra el suyo, el tibio contacto de otro cuerpo; un aliento de flores le rozaba el oído; volanderos cabellos le cosquilleaban celestialmente en la mejilla; un batir de alas agitaba los aires, provocando placenteros remolinos que abanicaban todos sus miembros. Por no salir de su desmayo regalado, no hacía nada para averiguar lo que le pasaba. Mas la incierta música se concretaba en una voz

dulce y gustosa que murmuraba amorosamente a su oído:

—Vamos, Marianiña. Abre los ojos; no tengas miedo, que ya hemos llegado.

—No; si no tengo miedo—respondía ella en un suspiro, apelotonándose mimosamente entre los brazos que la estrechaban—. ¡Es que estoy tan bien así!... No quiero que se acabe nunca este instante.

—Pues abre los ojos, tontita, y serás aún más feliz con ellos abiertos.

Y ella los abría para descubrir ante sí un rostro incomparable, como de cristal y brasa, que le sonreía tiernamente, y unas miradas que la contemplaban con arrobó, como aquellas que Miguel le dirigía a Carmiña cuando pensaba que no era observado. (Porque nadie se lo había dicho, ni ella se lo diría tampoco a nadie; pero, allá en el fondo, sabía muy bien que su hermano, acaso sin conocerlo él mismo, andaba enamorado de la costurera, y aquello le infundía espanto y la encantaba, porque también ella tenía averiguado que en el mundo entero no podría encontrarse criatura más bonita, graciosa, buena ni simpática que la que la cuidaba.)

Cuando, por fin, la embriaguez provocada en ella por aquellos ojos le permitía arrancar de su pecho las palabras, preguntaba tiernamente:

—Pero ¿y tú? ¿Quién eres?

—¿Es posible que aún no me conozcas? Si soy

tu ángel, mujer; el ángel de tu guarda, que desde la hora de tu nacimiento no se apartó jamás de tu lado.

—Y ¿dónde estamos?—tornaba ella a interrogar, embelesada.

—En el Cielo. ¿Aun no lo habías notado?

Entonces ella, más allá del maravilloso rostro de su guía, bajo un cielo azul purísimo, descubría un cándido paisaje, como nevado. Era tan bonito, más bonito aún de lo que había estado el jardín de su casa la única vez que ella había visto caer una nevada. Todo blanco, blanco: un bosque con árboles de cristal y follaje de plata. Y en el suelo, inacabables praderas de florecitas albas que sólo con las estrellas podrían compararse. Entre las ramas revoloteaban gozosas unas aves deslumbrantes:

—¿Qué pájaros son esos?

—Si no son pájaros. Son las almas de las niñas buenas, que juegan con sus ángeles.

Entonces Marianiña, al habituar su vista al resplandor que todo lo circundaba, descubría que aquellos alegres voladores, que iban de árbol en árbol, tenían lindos cuerpos humanos envueltos en túnicas de luz a sombra de sus alas.

—Pero ¿y viven aquí?

—Claro. Este es el Cielo de las niñas buenas, donde tú también vivirás conmigo por toda la eternidad de eternidades. ¡Ya verás qué dicha!

Buscaremos el árbol que te parezca más bonito para hacer nuestro nido.

—¿Nuestro nido?—preguntaba ella como en éxtasis.

—Naturalmente... Nuestro nido... Como todas las otras parejas de niñas y de ángeles... ¿Quieres que te enseñe uno?

Y la internaba entre la argentada fronda de un árbol, y allí, en medio de flores mayores que magnolias y más fragantes que nardos, hallaban un redondo nido preciosísimo, como hecho de madejas de seda recién hiladas. Una niña, tendida sobre él con las alitas plegadas, recibíalos con benigna sonrisa.

—¿Es una nueva?—preguntábale al ángel.

—Sí. Déjale ver tu pollada.

Hacíase a un lado la celestial criatura, y entre los pliegues de su túnica aparecían media docena de querubines, mofletudos y rosados, recién salidos del huevo: no tenían cuerpo; su linda cabeza de bucles de oro y ojillos deslumbrantes aparecía en medio de dos niveas alitas de paloma.

—¡Huy, qué preciosos!—clamaba Mariana—. ¿Yo también, yo también he de tenerlos como estos?

—De fijo que los tendrás. ¿Por qué no habrías de tenerlos?

Marianiña, presa de la más grata emoción, creyendo sentir ya contra su pobre pecho los cálidos estremecimientos de la gentil nidada, llora

regaladamente durante largo tiempo, con un llanto manso y silencioso que humedece la almohada...

—¿No quieres despertar hoy, perezosuela?—
dícele entre besos su madre—. ¿Qué modo de dormir es ese? Tienes que tomar el desayuno. Es ya muy tarde.

AMOR Y MUERTE

Poco a poco, sin que él mismo pudiera saber cómo, la lozana figura de Carmiña iba posesionándose del ánimo de nuestro poco heroico héroe; llenaba los instantes en que permanecía consigo mismo, ya en la soledad de sus paseos, ya en el retiro de su cuarto; era perenne tema de sus meditaciones, causa de sus suspiros y protagonista de sus sueños. Proyectos literarios, ideas generales, reflexiones filosóficas o éticas, planes de porvenir, todo había pasado a segundo término: el escenario de la conciencia de Miguel estaba del todo lleno por los exuberantes hechizos de la costurera y por los trémulos anhelos, melancólicos y ardientes, provocados en él por su sola presencia.

Pero no consentiría que nadie sospechara lo que agitaba su pecho; aquella ternura era una vergüenza que había que ocultar de todas las miradas; de las de Carmen, como de las otras. A ningún precio quería que llegara a averiguar la rapaza las ansiosas emociones que experimentaba ante ella: burlaríase de él, ufanaríase con las

gentes de haber convertido al condesito en adorador suyo, y Miguel llegaría a ser chacota de toda la aldea. Por tal motivo, aunque sus pupilas estaban siempre sedientas de contemplarla, sólo a escondidas atreviase a hacerlo, apartando con recato su mirada no bien tropezaba con la de la muchacha, la cual, por el contrario, en vez de rechazarlo, más bien parecía darle ánimos con sus ojos, como si burlonamente le dijera:

—Bueno, pero ¿en qué quedamos? ¿Usted quiere algo de mí o no lo quiere? Rompa de una vez, que no le es cosa de muerte su secreto.

Como llaga bochornosa escondía Miguel su pasión naciente. Nada deseaba sino estarse el día entero en el cuarto de su hermana para gozar de la compañía de Carmiña; sin embargo, no entraba ahora allí sin justificar su visita con cualquier pretexto, y, por más que le doliera el estuerzo, procuraba retirarse pasado breve tiempo. El día entero andaba acechando por los pasillos las idas y venidas de la costurera; pero cuando conseguía topar con ella, pasaba por su lado sin pronunciar palabra ni mirarla siquiera, aunque sólo para verla hubiera salido de su encierro.

Al anoecer, cuando se retiraba a su casa, en vez de ir por fuera de la finca solía recorrer la moza, por abreviar camino, un trôzo de las emparradas carreras de la huerta, hasta una puercecilla que se abría frente a su aldeana vivienda.

Miguel, que lo sabía, aguardaba su paso agazapado entre dos camelios. A la luz crepuscular veía avanzar su ágil silueta bajo la penumbra del pampanaje. A punto estaba de salir de su escondrijo y plantársele al lado, pero los latidos de su corazón y los temblores de sus miembros dejábanlo como clavado al suelo, y después de haber estado tan próximo a ella que podría haberla tocado sólo con extender un brazo, quedábase oyendo bobamente cómo se alejaban sus pasos y contemplando cómo se diluía, hasta desaparecer, su blanca figura entre las cenicientas sombras vesperales.

Una y otra vez se lo decía: aquel empacho y timidez probaban que no era verdadero amor el sentimiento de su pecho. Si lo fuera, como su fuego eleva, purifica y extrae del fondo de cada cual lo mejor que en sí contiene, no se avergonzaría de querer a quien provocaba en su alma tan nobles reacciones, aunque su categoría social estuviera muy por debajo aún de la que le correspondía a la florida costurera. No, no era amor aquello. A pesar de que la imagen de la rapaza no se apartaba un punto de su imaginación y le hacía andar día y noche suspirando su nombre, nunca llegaba a concebirla como criatura ideal, dechado de espiritualidades; lo que le encantaba y enardecía eran sus hechizos corporales: la gracia densa de sus movimientos y la ópima plenitud de su reposo; los jugosos matices, rosa y nieve, de su ros-

tro; sus deslumbrantes rizos dorados en rebelión perpetua; la maliciosa lumbre verdosa de sus pupilas; su voz, sus risas, sus arrullos; el abrasador contacto de sus manos; un incierto vaho, sólo perceptible desde muy cerca, que al agitarse ella en sus faenas trascendía de su persona y ropas, viniendo a constituir para Miguel el más delicioso de los perfumes. Esto era cuanto el mancebo amaba en ella; nada sabía de su alma. Con ella no soñaba en realizar uno de esos sutiles idilios, llenos de refinamientos y delicadezas, tan puros que hasta las mismas caricias truécense en ellos en cosa del espíritu; a su lado sólo cabría abandonarse a los ardores de una calenturienta pasión en la que hasta los propios lazos de las almas tomaran turbadores aspectos livianos. A Carmiña nunca podría decirle: “¡Alma mía!”, como a una de las amadas de sus imaginarios devaneos, y no podría decírselo porque no era su alma: era su carne, la carne que anhelaba su carne. Y el horror que siempre le habían inspirado los pecados del sexo, venía ahora, en muchos momentos, a acrecentar las inquietudes de su reprimida inclinación hacia la campesina belleza.

Pero después de lentas y reiteradas lecturas del *Cantar* de Salomón, iba transformándose en el espíritu de Miguel su concepto del amor. Aquella excelsa poesía, impregnada de palpitante exaltación amorosa en cada una de sus frases, y que se le presentaba con el doble prestigio de su vetus-

tez y su carácter sagrado, lo que celebraba, en abrasadoras expresiones, era la hermosura y las gracias de los cuerpos. El amor que allí palpita-
ba era encendido y conservado por físicos atrac-
tivos: los personajes de la ardiente pastoral sólo
tenían alma en cuanto la necesitaban para con-
sumirse en anhelos por sus mutuos hechizos cor-
porales. De este modo, a ojos de Miguel, en aque-
llas horas de vehemente lirismo, la embriagadora
fruta paradisiaca de la carne iba cobrando no-
bleza y majestad, y el tembloroso impulso que
arrebataba hacia ella los corazones de los hom-
bres ostentaba un santo carácter de inocencia,
como fundamental instinto de vida.

En vano era que, a veces, procurara Miguel opo-
ner al nuevo rumbo báquico de sus sentimientos
la idea de la decadencia y muerte de la criatura
viviente. En nada resultaban menguados sus pres-
tigios con que lo que ahora es esplendor y her-
mosura llegue a ser después miseria y podredum-
bre. Su misma caducidad le presta encantos aún
más enajenadores. Besa con frenesí, poniendo tu
alma entera en el halago, las rosas que ya no
existirán mañana. Goza hasta el delirio con lo
presente. ¡Belleza fugitiva! ¡Dichas transitorias!
Pero más deliciosas por su propia fugacidad,
pues en el fondo de la dulzura de cada placer van
las hieles de una despedida. El tiempo es hura-
cán implacable que arrebató hombres y cosas.
Nunca volveremos a ser lo que ahora somos.

Cada minuto asesina algo en nosotros. No hay amante que pueda abrasar de nuevo con un beso la misma boca que agasajó una vez apasionado: ya es otra cuando de nuevo su ebriedad vuelve a lanzarlo hacia ella. Centuplica, por lo tanto, la violencia de tus caricias, ya que el ser a quien amas es llevado, como tú mismo, con vertiginosa rapidez hacia la muerte. En el bárbaro galopar de las horas, más raudas cuanto más dichosas, nadie hay que logre ser Josué de un solo instante de alegría. Pero ¿su propia condición de fugacidad no será la sal de los placeres del hombre? La delicada impresión que produce en nosotros la vista de las flores, ¿no irá impregnada de cierta indefinida lástima al considerar, oscuramente y sin conciencia de ello, el caduco destino de todo lo que es brillantez, frescura y fragancias?

Así pensaba Miguel en su cavilar solitario. Y la profunda hermandad del amor y la muerte presentóse con plástica fuerza ante su espíritu cierto anochecer, al regreso de una de sus caminatas. Marchaba sin compañía, entregado a la rumia de sus divagaciones. Roja luz de ocaso trocaba en fogatas de oro las redondas colinas, bajo el desmayado horizonte del oriente. Quietud y silencio, sólo interrumpidos por los inacabables quejidos de los carros aldeanos que rodaban, no se sabía dónde, por invisibles caminos perdidos entre la fronda de sotos y pinares. Sus ejes, al ludir, producían un sonido agrio y destemplado

que, oído desde lejos, semejaba el soledoso lamento de la naturaleza entera por la muerte del día. De todas las cosas exhalábase un aliento de tristeza. La senda por donde descendía Miguel, en rápidos giros bajo redondas copas de castaños, condújolo hasta la playa. Tiéndese ésta, frente a la boca de la ría, con pendiente suave, entre dos rocosos promontorios, cubiertos de arbolado que baña sus raíces en las marinas aguas. Es dilatada, ancha, de arena fina y limpia, a tal hora rosada. Es dulce caminar por aquel mul'ido suelo, y más aún, al bajar la marea, el ir por la parte de donde acaba de retirarse el agua. El húmedo piso es firme, llano, elástico y crujiente, y, con los resplandores del ocaso, reluce como dilatada pieza de tisú, bordada de perlas por las conchas de que el mar lo ha recamado. No es posible mejor pista para correr.

Miguel, con los codos pegados al cuerpo, recorrió de cabo a cabo, en una sola y dichosa carrera, toda la extensión del arenal, en la delicia de llenar sus pulmones con el salobre aire marineró. Bandadas de aves, posadas en la arena, alzaban, graznando, el vuelo cuando él se acercaba. El mar dormía y soñaba: apenas alguna perezosa onda dorada, bajo la guirnalda violeta de su espuma, venía a perderse, con rumor de suspiro, en la pendiente leve de la playa. El blando movimiento de las aguas semejaba alentar de cuerpo viviente.

Largo tiempo, al extremo de la solitaria playa, antes de ascender por los senderos que habían de llevarlo al pazo, permaneció inmóvil Miguel, al borde del festón de las olas, entregado a la serena contemplación del crepúsculo. En paz sus pensamientos, observaba cómo se diluían en frialdades de ceniza los cálidos tonos del paisaje. Borrábase la coloración de la tierra; sólo resplandecía la atmósfera con gigantescas llamaradas de carmín, tendidas en gentiles trazos inmóviles por el puro azul del aire, quebradas y confundidas en mil reflejos de fuego al copiarse en el tembloroso espejo de las ondas.

A pasos lentos, como de mala gana, arrancóse Miguel a aquel espectáculo; volvió la espalda al suave resplandor cabrilleante del agua y ascendió por la playa. Entre unas matas de taray, al pie de una duna, en la línea fronteriza entre las tierras cubiertas de vegetación y la aridez del arenal, alzábase un tosco chozo de piedra, tan bajo y rudo, que apenas se distinguía, a la incierta luz del crepúsculo, de los montículos que lo rodeaban. Habría sido construído como puesto para cazar patos. Al descubrirlo inesperadamente, el mancebo no pudo reprimir un sobresalto y estuvo a punto de salir huyendo. Pero reprimió aquel impulso y se acercó a la caseta. No había vuelto a pasar por ella desde que, un año antes, había sido escenario de un drama lúgubre y misterioso que había dado mucho que hablar por las aldeas.

Cierta campesina, sin hijos, de más de treinta años, con marido en América (una "viuda de vivo", que dijo Rosalía), había desaparecido una noche de su hogar sin que nadie pudiera decir su paradero. Había anochecido, pero no había amanecido. No faltó quien afirmara que la había visto alguna vez, a horas desusadas y en lugares poco frecuentados, conversando con un moctón de Seiroa, no bien afamado, holgazán y pendenciero, más conocido en farras y tabernas que donde pudiera ganarse un jornal. Como al mismo tiempo el mozallón había faltado también de su casa y hasta corrió la voz de que alguien lo había visto en el puerto de la Coruña a bordo de un vapor inglés que zarpaba para Buenos Aires, habíase dado ya por hecho que la mal aconsejada mujer, aburrida de la soledad de su alcoba y de tener que cuidar a su achacosa suegra, con la cual vivía, había acordado poner el mar por medio entre aquellos deberes y su persona, e irse a la Argentina a gozar libremente del cariño que con incitadora labia le prometía aquel galán liviano. La suposición resultaba tanto más verosímil, ya que, pocos días antes, la mujer había cobrado, en casa de Pastor, una letra que le mandaba su marido de la Habana, y, cuando ella faltó, la suegra no había encontrado de aquel dinero ni un ochavo. Con los cuartos trabajosamente ganados por el marido en los extenuantes campos cubanos, se había pagado ella

su pasaje a Buenos Aires, y lo mismo que el suyo el de su amante, pues aquel tabernario tagarote era imposible que jamás pudiera disponer de los fondos necesarios para el viaje. No hay que decir cómo se juzgó tal acción por todas aquellas aldeas; las maldiciones que se lanzaron sobre la casada disoluta y los augurios que se hicieron del castigo que la esperaba unida a un hombre que era un costal de vicios, incapaz de ganar ni una mota pequeña.

Pero semanas después, cuando ya todos iban olvidando la historia de la descabellada fuga, unos marineros, que tendían a secar sus redes en aquel arenal, advirtieron un olor pestilente que traía la brisa de hacia las dunas. Al principio no se le dió importancia: sería algún animal muerto, sepultado en la arena, que habrían desenterrado por la noche los canes. Pero como se acentuara el hedor en días sucesivos y llegara a ser insupportable, habían recorrido todos aquellos terrenos, en sus horas de forzada ociosidad, entre tender los mojados aparejos y recogerlos ya secos, sin hallar por parte alguna la causa de aquella peste. Por último, se les ocurrió llegarse a la caseta, cerrada desde muchos años antes, y notaron, con asombro, que los tremendos vahos de muerte brotaban de sus aspilleras. Empujaron la puerta, que siempre había estado cerrada con llave, y, llenos de espanto, tropezaron dentro con un cadáver de mujer, hirviente de larvas y de

moscas, que con zumbante avidez devoraban sus negras carnes. Era irreconocible aquella monstruosa cara, en la que asomaba ya la calavera bajo el verbeneo de gusanos; pero, por las ropas, vínose a saber que aquel cuerpo había pertenecido a la desaparecida casada.

Y habíase reconstruído entonces la tragedia. El mozallón, cuyos padres tenían la llave de la choza, por ser ésta propiedad del señor de quien eran caseros, debía haberse reunido allí más de una vez con la transitoria viuda, no resignada a serlo; recordábase ahora que alguna noche había sido encontrado el galán camino de la playa, y la suegra de la difunta también afirmaba que, en los últimos tiempos, sin explicar dónde se dirigía, había solido salir la nuera de su casa mucho después de puesto el sol; al cobrar ella su giro de América, el corrompido zagalón, a quien no tenía el diablo por dónde cogerlo, habríase propuesto apoderarse del dinero; habría enloquecido a la pobre mujer hasta que le confiara los cuartos, sabe Dios con qué promesas, y la había estrangulado, en el secreto asilo de sus amores, antes de tomar el barco de Ultramar, para disponer con toda libertad de aquel tesoro.

Miguel, mientras se aproximaba a la choza, recordaba rápidamente la lúgubre historia, y, con el sentido plástico de su fantasía, se imaginaba ver a la pecadora, camino de su aquellarre, temblando de miedo por los tenebrosos caminos al-

deanos donde las sombras fingen un fantasma en cada recodo. Rodeó Miguel la casuca y empujó con fuerza la puerta, saltándole el corazón en el pecho. Al tocar aquella carcomida madera, no pudo menos de pensar en las veces que la casada infiel, temblorosa de pasión, habría realizado aquel mismo acto que ahora él practicaba casi contra su voluntad, sin saber qué poder le arras-traba. No estaba cerrada la puerta, y su hoja, rozando reciamente contra el suelo, se entre-abrió lo bastante para dejar paso a Miguel. Todo era oscuridad allí dentro; sólo las livide-ces del crepúsculo se descubrían a través de las aspilleras traidoras. Miguel palpitaba con una mezcla de horror y delicias: quería huir a todo escape, pero una incomprensible curiosidad man-teníalo como clavado en aquellas tinieblas. Allí, en aquel exiguo recinto, donde de modo tan me-droso resonarían los temporales del invierno, en-trando sus espumarajos y ráfagas por los boque-tes de los muros, habíanse desarrollado las más intensas tempestades de la vida: los espasmos del amor y los de la muerte. Suspiros, ayes y ester-tores habían conmovido el espacio de aquel cu-chitril, ahora tan frígido y remoto de todo lo humano. Y Miguel palpaba las paredes, roídas de salitre, como buscando huellas de los enarde-cidos cuerpos que allí se habían apoyado, y as-piraba con ansia aquel salobre ambiente, querien-

do discernir, en medio de su olor a humedad, vahos de amor y soplos de muerte.

Un escalofrío de repugnancia y miedo arrancólo del estrecho escondrijo y al trepar por las sendas que llevaban hacia el pazo pensaba, agitadamente, que un amor como el que ardía en su pecho, el cual, de no perder y deshonar a la muchacha, sólo podía tener satisfacción rompiendo con todas las trabas y cadenas sociales, era en aquel nido de muerte donde podía encontrar satisfacción completa. Allí se reuniría con Carmiña, por las noches, sin que persona alguna lo supiera; en el arenoso lecho del suelo, impregnado de miasmas de corrupción, gozaría de los abrazos de la costurera, y allí, heridos por los gérmenes mortíferos que llenaban el ambiente, perecerían los dos en un transporte de insaciada voluptuosidad. Nadie descubriría sus cadáveres; sólo los murciélagos que anidaban entre las maderas del techo sabrían de su presencia. Irían deshaciéndose lentamente, en olvido y abandono, dando sus moléculas a los aires y a la arena. Al corromperse ambos cuerpos, fundiríase la carne con la carne; mezclaríanse músculos y entrañas de un modo cada vez más íntimo y perfecto; unos mismos serían los vapores que lanzaran a la atmósfera y los jugos cadavéricos de que impregnaran la tierra; idénticos ejércitos de gusanos, en delirantes festines, casarían en sus vientres nunca hartos las moléculas de uno y otro

amante, y un día, pasado tiempo y tiempo, bajo la furia de las tormentas del invierno y los ardores del sol de los estíos, sus restos, ya sin forma, compondrían un solo montón polvoriento en que nadie sería capaz de decidir lo que correspondía a cada uno de ellos.

Miguel experimentaba turbación febril con tales ideas. Y pensó de pronto, no sin temor, que si de tal modo le estremecían aquellos fúnebres anhelos, ello debía proceder de que en lo íntimo de su alma, como en la de aquellos parientes suyos cuyos corazones se habían consumido estérilmente, no había la salud y fuerza vital necesarias para perpetuar de ser en ser la existencia. ¡Qué lejos de aquello los benditos ardores de la eterna pareja del *Cantar!* La pasión que a ellos los agita es de las que crean; el pecho de los imperecederos amantes late con el propio ritmo universal con que palpitan todos los seres, en su ansia de eternizarse, desde el microorganismo hasta la estrella, y sus fecundas fiebres son las mismas en que la vida, para no extinguirse, todo lo inflama y conmueve.

Lleno de lírica exaltación, cruzaba las sombrías carreras emparradas de la huerta, cuando impensadamente tropezó con Carmiña.

—Pronto lo licencia hoy su moza, señorito. Aun no es hora de salir de ronda y usted está ya de vuelta.

—Yo no voy de ronda—respondió Miguel con

voz cortada, arrancándose trabajosamente las palabras del pecho.

Siempre le ocurría lo mismo cuando hablaba con la costurera, y mientras se enfurecía calladamente de su timidez, azorado como palomo, los ojos de la rapaza reían en silencio, refulgiendo malicias.

—¡Qué ha de ir de ronda!... ¡Si usted es un santiño!... ¡Si a usted no se le importa por ninguna rapaza!

—Alguna bien me importa... Ya iría yo esta noche a hablar con ella si supiera que no me había de dar con la puerta en las narices—balbucía el condesito, rojo de emoción y pasmado de oírse pronunciar tales palabras.

—¡Ca! No diga eso... ¡Qué ha de ir usted a la puerta de ninguna moza!

—A la tuya, Carmiña—pronunció Miguel forzadamente, casi con un grito.

—¡A la mía!... ¡Ay, Jesús!—repuso la zagala, soltando las musicales fuentes de su risa—. ¡Qué cosas se le ocurren! ¿Es que quiere hacer burla de mí?

Pero quedaba roto el dique de hielo, y cariños y ternezas se apretujaban en los labios del mancebo, anhelosos de brotar en catarata. Sus manos querían estrechar las de la moza. Pero no bien iniciaba él sus demandas de hablar con ella aquella noche, cuando la costurera le interrumpió, grave y mofadora:

—Vaya, adiós, señorito. Váyase a junto de su mamá, y que lo cuide, que esta tarde no sé qué hierba habrá pisado, que viene como loco.

—¡De cariño, mi vida!

—¡Ja, ja, ja! ¡Mi vida!—parodió ella al huir ligera bajo los emparrados tenebrosos.

NOCTURNO

Aquella noche, al retirarse a su cuarto, Miguel no llevaba intención de dormir. Se había despedido tímidamente de su hermana, recatando de las de ella sus miradas, para que no descubriera su íntima turbación. Ante otras gentes sabía disimular y ocultar sus fiebres y bochornos bajo un aire de frivolidad y petulancia, mirando cara a cara a su interlocutor; pero la niña le daba miedo: le parecía que, en medio de su candor, le llegaba con los ojos hasta el fondo de las entrañas, y creía leer en su semblante no sabía qué mudos reproches. Más de una vez los envolvía a Carmiña y a él en una mirada larga, clara y penetrante, que acongojaba a Miguel. ¡Oh! ¡Quién le devolviera su inocencia infantil para poder contemplarse de nuevo abiertamente en las pupilas de la niña como en aquella edad dichosa!

Cerró la puerta de su cuarto y se dejó caer en una silla. Por los cristales del balcón lanzaba la luna intensos resplandores que formaban como un azulado estanque de luz en las pulidas tablas del piso de castaño. Iluminada por aquel pálido

reflejo, que semejaba brotar del suelo, la estancia cobraba extraña vida. En la penumbra negreaban con fúnebre prestigio el sofá y los sillones; el reloj alzaba, como iglesia, las góticas cresterías de su torre; los largos anaqueles de la librería se tendían como las ringleras de nichos de un cementerio; los oscuros óleos que decoraban las paredes eran negras ventanas que se abrían hacia amedrentadores misterios. En el ceñudo silencio de la dilatada cámara, escandido por los secos golpes del reloj, todas las cosas habían adquirido una gravedad y foscura más intensas que la que tenían durante el día y que contrastaba violentamente con el ardoroso anhelo de Miguel de irse a la aldea a parolar con Carmiña, en vez de meterse con toda paz en su limpia cama.

—Lo que es de hoy, no pasa—repetíase en su embriaguez—. Esta noche la busco para hartarme de besos en su boca. No soy capaz de vivir sin ella.

Y el viejo reloj, en su pausado tic-tac, parecía comentar con desengaño:

—¿Para qué? ¿Para qué?

Sentado en su silla, esperaba Miguel hora apropiada para salir del pazo sin que fuera notada su escapatoria. El plan de fuga lo tenía perfectamente resuelto: saldría por una de las puertas de cristales que daban a la gran terraza, la de un gabinete, nunca habitado, situado al extremo más remoto del cuarto de Marianiña. Habíalo ensaya-

do al llegar a casa, y ya sabía que podría abrir sin ruido fallebas y cerrojos; desde fuera, dejaría entornada la ventana. Una vez en el jardín, ya no había dificultad alguna para llegar al hogar de la costurera por las carreras emparradas. Pero aunque todo se le presentara llano y hacedero, era tan intensa la lúgubre solemnidad en que lo envolvía el antiguo ambiente de la estancia, hacíanle tales callados reproches los muebles de su abuelo, que le costaba gran esfuerzo no renunciar a su proyectada aventura y acostarse mansamente como cualquier niño bueno. Para vencer el inerte influjo aquietador de todo lo que le rodeaba, se repetía a cada momento que le había anunciado a Carmiña que aquella noche había de ir a verla y tenía que cumplir su palabra. Y se inflamaba la sangre recitando trozos del *Cantar*:

—“Yo duermo y el mi corazón vela... En el mi lecho, por las noches, busqué a quien ama mi alma; busquéla y no la hallé... Levantarme he agora y cercaré por la ciudad; por las plazas y lugares anchos buscaré a quien yo amo...”

Pero el aire de glacial sensatez y desilusionado equilibrio que llenaba la cámara, apagaba en Miguel todo entusiasmo. Por librarse de tal atmósfera de muerte, alzóse de pronto y abrió de golpe la ventana, anegando su alma en las azuladas fragancias de la noche. Maravilla de dulzura y reposo. El mundo no parecía desnudo bajo el candor lunar, sino púdicamente envuelto en plateadas

gasas y neblinas, entre las cuales, como pedrería, en una y otra orilla del estero, amarilleaban débilmente las lucecitas de los caseríos aldeanos. Ráfagas inciertas susurraban entre las frondas del jardín con aleteo de amorosos suspiros. En las tinieblas, bajo los árboles, adivinábase la presencia de mil seres ardientes, de las más diversas formas y tamaños, que se buscaban febrilmente, se perseguían, se alcanzaban, combatían y se juntaban, inflamados en frenéticos afanes: todo eran murmullos, crujidos, pasos, roces, cuchicheos, estremecimientos, temblores, palpitar de hélitros, batir de alas, ahogadas voces y lamentos. Las luciérnagas, entre la hierba, encendían su humilde reclamo luminoso, y por todas partes, en la cálida tiniebla estival, grillos y chicharras lanzaban sus rítmicas llamadas, claras y ardientes: latidos del corazón de la noche que vibraban con idéntico compás al que hacía tremelucir a los luceros. El aire, denso y febril, saturado de fascinadora mollicie, llegaba cargado de excitantes perfumes y turbadores ecos. El campo entero, bajo el resplandor de la luna, era un violento carnaval de amor.

Y al tiempo de impregnarse el alma en los hechizos de la noche, iba Miguel imaginando la delicia de estrechar entre sus brazos a aquella a quien amaba, en medio de la ebriedad general de las cosas. Sus corazones palparían al encendido ritmo de toda la Naturaleza; sus pechos se fundirían y confundirían, arrebatados en el vertiginoso

so caudal de emociones que agitaba al universo entero. En la noche, borradas las mentiras de la luz que aprisionan al hombre en su cárcel terrestre y lo hacen esclavo de sus falsos afanes y trabajos, recobra el planeta su auténtica categoría cósmica, oscura partícula de polvo perdida en lo infinito, y entonces, apagados los ardores de la jornada solar, piérdese lo individual, que sólo se sustenta de las vanas fantasmagorías del día, y en las terrenas tinieblas reinan únicamente el sueño y el amor: el sueño, que aniquila temporalmente a los individuos sumiéndolos en una transitoria muerte, y el amor, que los arranca gloriosamente a su limitación, los depura, sublima y alquitara en su crisol ardiente, y los proyecta hacia la eternidad, en inefables delicias, en las que cada cual ya no es él mismo, sino la propia centella, trémula y abrasada, primitiva y perpetua, de la inextinguible existencia.

Con la que amaba su alma, sentaríase Miguel al pie de un árbol dentro de la huertecilla humilde de la madre de la costurera. El perro, familiar, vendría mansamente a lamer sus enlazadas manos, y, latiendo sus corazones en la dulcísima congoja de la hora indescriptible, ardiendo de la misma combustión que incendiaba al mundo entero, juntos sus rostros, enlazados sus brazos, en medio de los tiernos rumores campesinos y de las señas que cambiaban entre sí las estrellas de entre la hierba y las luciérnagas del firmamento, no

se dirían palabras, ya que ninguna había capaz de traducir la angustia celestial de sus pechos; sólo brotarían de sus labios suspiros y besos.

En breve encontraríase Miguel ante la casa de la moza. Murmuraba ya las frases del *Cantar*:

—“Levántate, amiga, galana mía, y vente.”

A través de su ventana, le rogaría como el amante bíblico:

—“Abre tu puerta, hermana mía, compañera mía, paloma mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche.”

Acaso también ella vacilara antes de abandonar el lecho, como la pastora de Salomón; pero acabaría por mitigar todo rigor ante sus ruegos, y a medio vestir le franquearía la entrada...

Tan violento llegó a ser el anhelo que agitaba tempestuosamente el pecho de Miguel, que, luego de haber entornado la ventana, abrió con mil cuidados la puerta del pasillo y tendió su rostro pesquisidor hacia las oscuridades de la casa. Percibíase el silencio, no como ausencia de ruido, sino como algo positivo, sólido, real, que llenara el oído. Y en medio de él, reforzando su densidad, aunque Miguel jamás hubiera sospechado que podrían llegar hasta tan lejos, escuchábanse los acompasados sonos de la péndola del reloj del comedor, que latía perceptiblemente, midiendo los segundos, como si fuera el propio corazón de la vivienda. Después de interrogar un instante a las mudas tinieblas, Miguel fué avanzando, con toda precau-

ción, a lo largo de las paredes. Sus manos, tendidas en lo oscuro, parecían ir apartando los densos cortinajes de las sombras, que se abrían un punto para darle paso y volvían a cerrarse a su espalda. Cualquier ruidillo entreoído en el cóncavo seno del silencio, crujidos de maderas fatigadas de la presión que venían sufriendo acaso desde siglos, trocitos de patitas diminutas, cauto roer de dientes, hacíanlo detener un momento con intranquila alerta. En un recodo, comenzó a escuchar la cristalina nota, casi musical, de una gota de agua que caía rítmicamente en la cocina de un grifo mal cerrado y parecía refrigerar el funesto recinto. Cada trozo de pasillo tenía un olor característico en medio del general ambiente de hipogeo que llenaba la casa. Junto a la escalinata del portal, al cruzar las gran antesala, dióle en rostro el aliento de humedad que exhalaban las inacabables bodegas del piso bajo.

Avanzaba con toda prudencia, puesta su atención, para no hacer ruido, en cada paso que daba. A veces, si alguna tabla crujía bajo su pie, parábase lleno de zozobra. Espantábale el rumor que al andar producían las piezas de su traje, rozándose unas con otras, aunque procurara moverse con toda lentitud. El micrófono de las sombras agigantaba hasta el escándalo el susurro más tenue. Lo peor de todo era que para llegar a la puerta del gabinete que buscaba érale forzoso pasar por delante del cuarto de la niña. Antes de

aventurarse en aquella zona de peligro, detúvose en el recodo del pasillo. Por debajo de la puerta de su hermana surtía un débil halo de luz que bañaba las tablas del suelo, produciendo un paisaje lunar en los nudos y altibajos de la madera. También el ojo de la cerradura se recortaba luminoso en la caleada pared frontera. Parecía que hablaban en voz baja al otro lado de la puerta. Sí: la voz de la mamá; la de la niña. Aguardó largo rato para ver si se apagaba la luz y restablecía el silencio.

Iba impacientándose de su inmóvil espera, cuando se abrió la puerta y apareció su madre con una vela en la mano. Por fortuna no se dirigió hacia donde acechaba Miguel, sino que tomó el rumbo opuesto. Pero al verla, tan abrumada, fatigada y deshecha, a la luz de la palmatoria, en medio de las hostiles sombras del pasillo, envuelta en su negra bata nocturna, como manto de Dolores, fué como un bofetón para Miguel: avergonzóse de querer salir de su casa, arrastrado por aquellos viles deseos que tanto habrían apenado a su infeliz mamá si llegara a sospecharlos siquiera. La pobre se pasaba en vela las noches cuidando a su enferma, y en tanto el hijo, en vez de ayudarla en su triste tarea, sólo pensaba en traer para casa nuevas penas. Lleno de bochorno, volvióse hacia su cuarto por los laberínticos pasillos, ya sin tanta precaución como había traído primero, y, cerrada la puerta y abierta de par en par la

ventana, desnudóse rápido y se acostó en su lecho. Sudaba y se asfixiaba. El cautivo corazón golpeaba rabioso contra la jaula del pecho.

Fuese serenando, pero con la calma no vino el sueño. La luna llena llegaba hasta su cama y se posaba en su almohada, como compañera de su descanso. El aposento estaba lleno de las fragancias y frescuras de la noche. En el azul cristal del cielo contemplaba Miguel el maravilloso disco de plata del satélite, cuyo esplendor apaciguaba la fiebre de sus nervios. Tornaba a musitar:

—“En el mi lecho, por las noches, busqué a quien ama mi alma; busquéla y no la hallé; llámela y no respondió... ¡Torna, torna, sunnamita; torna y nos veremos!”

¡Oh! ¡Si la tuviera allí a su lado sobre su propio cabezal! ¡Qué hechizo sería el de su carne, a la luz de la luna, entre la azulada blancura de las sábanas! ¡Qué destellos lanzarían sus sueltos cabellos al enhebrarse en ellos los rayos del astro de la noche! ¡Cómo brillarían los turgentes cervatillos mellizos de su pecho bañados por la luna y qué abismo de sombras se abriría entre ellos!... Susurraba, recordando siempre el *Cantar*:

—“Subiré a la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid y el aliento de tu boca como el olor de las manzanas.”

Tan intensa llegó a ser su evocación, que casi realizaba actos de presencia. Creía tenerla allí

consigo, sus brazos ceñían el tibio talle ausente, sus labios murmuraban ternezas en los fingidos oídos, y besaban en la solitaria almohada el hueco de la inexistente cabeza. A mitad del suave coloquio, entre dos caricias, la niña se le quedaba dormida en los brazos. “Su izquierda bajo mi cabeza y su derecha me abraza”, decía el *Cantar*.

Nada más delicioso que aquel sueño. Navegaba dulcemente por los ignotos mares del reposo y su pecho se alzaba y deprimía, en un manso susurro, con aquel mismo ritmo tranquilo que había observado aquella tarde en las ondas de la ría. Velada la pícara brasa de los ojos por las monjiles tocas de los párpados, el semblante entero cobraba una inocencia y paz desacostumbrados; la boca se entreabría en plácida sonrisa ante el desconocido panorama de visiones que en su interior contemplaba. Todo su cuerpo se tendía, con abandono y confianza, por la amplitud del lecho, junto al de su enamorado, como sobre la arena de una playa; busto, brazos, pies, eran dulce pareja de los de Miguel, en un ambiente tibio y regalado. Y el mancebo, en la fuerza de su evocación, se alzaba de la almohada para mirar con arrobo la parte de tálamo en que imaginaba tener la vecindad anhelada pareciéndole casi que la fantaseada escultura viva, abombaba, con la redonda plenitud de sus caderas, la colcha de la cama.

Pero ¿cómo no amar con pureza a quien con-

templamos en la indefensión del sueño? Quien duerme se torna niño y sólo como niño puede ser tratado. Ante la inocencia del reposo, toda fiebre carnal se purifica, todo afecto se serena, se eleva y convierte en fraternal. Y sólo de considerar en su fantasía aquel sopor quimérico, cuyos acompasados murmullos, leves e iguales, creía percibir como el más delicado eco de vida, el erótico fuego de Miguel se mundificaba y espiritualizaba, acendrándose su cariño.

—“Conjúroos, hija de Jerusalén—suspiraba al perderse en los confusos laberintos del sueño—, que no despertéis ni hagáis velar a mi amor hasta que ella quiera”.

FEALDAD DEL PECADO

Como gusano de seda en su capullo va envolviéndose Miguel, un día y otro día, en la inextricable maraña de sus devaneos amorosos. Según la impresión de cada instante, déjase llevar de su dulce proclividad hacia la costurera o se rebela, animoso, contra ella, procurando aprisionar su pasión en una interna celda de austeras determinaciones. La moza, en cuanto él puede apreciar, aunque concedora de los sentimientos que suscita, nada hace por fomentarlos ni por extinguirlos. En presencia de Marianiña, siempre sigue moviéndose de él y de sus taciturnidades; en cuanto se hallan solos, aparta sus miradas y evita dirigirle la palabra. Tampoco Miguel ha vuelto a hablarle después de la fugitiva beodez de aquel encuentro casual bajo las parras.

Pero, en su interior, el condesito tiene que confesarse que va encontrando encarnados en la rústica personilla de Carmiña todos sus ideales amorosos. Cierto que al principio le pareció que que-

daba muy por debajo y a lo lejos de las heroínas de sus sueños y consideraba como caída bochorrosa su entusiasmo por ella. —Es hermoso su cuerpo, eso no lo negaría nadie; pero ya sus movimientos y ademanes, su voz y su palabra van empapados en irremediable vulgaridad. ¿Cómo serán las ideas de su inculta cabeza y los sentimientos de su ordinario ánimo?— Mas, sin saber cómo, la criatura real, concreta y viviente, por las gracias y prestigios de su propia existencia, ha ido adueñándose paso a paso del alma del muchacho. Una fresca carcajada suya, una canción entonada en voz baja, una mirada burlona, un agudo dicharacho, una rauda carrera desde su sillita de labor al lecho de la enferma, valen más, a los ojos de Miguel, que todos los sentimentales refinamientos de sus Lauras y Beatrices fantaseadas. Y creciendo el amor, si llega primero a tolerar lo que antes le ha repelido como zafiedad y grosería, desde cierta hora, esas mismas exteriorizaciones no domadas de espontaneidad de la rapaza, en las que se derrama, cálido y chorreante, su tesoro vital, hechízanle como manifestación la más auténtica de la individualidad que idolatra. Ama-la hasta en sus faltas; más que nada, en sus faltas.

Y este amor, nacido del azar o del destino, se le presenta como algo inexorable, a lo cual no hay más remedio que entregarse, lleve hacia donde quiera. “Ponme como sello sobre tu corazón—dice

el *Cantar*, que ha llegado a saberse de memoria—, como sello sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte; muchas aguas no lo pueden apagar, ni los ríos anegarlo...” Abandonaráse, pues, a su pasión, sea feliz o desdichada. Claro que no va él a casarse con la costurera, como su primo Bernardo con aquella palurda a la que muele a palos. Lo que pasará después no lo sabe. Satisfará sus ansias de cariño y sea lo que Dios quiera. El es un artista, tiene una obra de belleza que realizar, no puede someterse a las cadenas de la moral corriente, ni debe privarse de ninguno de los medios que le ayudan a llevar su misión a cabo. Y Carmiña es una bella fuente de inspiración. Los versos de su enamorado lo proclaman bien alto. ¿Qué mejor destino podrá nunca soñar aquella pobre personilla sino ser eternizada por las obras de su amante? Canta Lope de Vega al principio de una epopeya, encontrada también por Miguel entre los libros de su abuelo:

Bellas armas de amor, estrellas puras,
divino resplandor de mi sentido,
que por mis versos viviréis seguras,
que vuestra clara luz sepulte olvido...

Las poesías y prosas de Miguel, según jactanciosamente se promete a sí mismo, asegurarán también a las fragantes gracias de la costurera perenne existencia literaria.

No obstante, si estas meditaciones arrastran a Miguel hasta el propio borde de la relajación, y sólo su timidez y la falta de oportunidad le impiden darse a ella, una visita que llega a su casa en uno de aquellos días vuelve a conducirlo hacia su acostumbrada severidad moral, haciéndole abominar de los pecados a que tan inclinado se sentía poco antes. Resurge en su mente la idea de la responsabilidad; por mucho que ello pudiera servir para el desenvolvimiento de su talento artístico, no quiere perder a la moza y hacer de ella una desventurada como la que conoció en la infame casuca de la Coruña, en una noche de la que no logra olvidarse.

Una tarde, las corajudas y cascabeleantes jaquitas del coche de don Ramón páranse sudorosas ante el portal del pazo. Además del médico amigo, desciende del carruaje un desconocido ya anciano. Es un famoso especialista de Madrid, de paso por Galicia, a quien don Ramón ha suplicado que venga a ver a la enfermita. Hácelo con gran gusto, ya que resulta antiguo correligionario y admirador del abuelo. Mucho tiempo, con la condesa, permanecen los dos encerrados en el cuarto de Mariana. Deliberan después en un gabinete. Salen con grave semblante.

Pero después de una merienda en la terraza, frente al sereno paisaje de la tarde, en la que se deja servir un par de copitas de añejo vino dulce, al recorrer con Miguel y don Ramón los jardines

y la huerta y admirar los melocotoneros y perales, cuyas ramas se doblan a tierra al peso de su madura carga, y los emparrados en que ya van queriendo pintar los abundantes racimos de uvas que penden bajo el pampanaje, el viejo forastero siéntese invadido por desusada alegría, dilátase en sonrisas su semblante y su lengua no se cansa de alabar cuanto ven sus ojos.

—Lo único que me apena, al contemplar la eterna juventud de la Naturaleza, es que nosotros no somos más que plantas anuas. Una sola primavera de esperanzas, un verano y un otoño de frutos, un invierno de muerte, y ya está completo el ciclo de cada vida humana. Mientras estas parras, si se desnudan de sus mustias hojas en noviembre, y son por muchos meses como leña seca, cúbrense no bien llega mayo de la milagrosa y fresca exuberancia de sus pámpanos, yo no puedo hacer que mi viejo esqueleto, torpe, fatigado y reumático, vuelva nunca a brotar con los bríos que posee ahora este mozo, para volver a exprimir a manos llenas los racimos de la vida.

—Pues usted—asevera con sorna don Ramón—, si hemos de creer a la fama, no dejó de vendimiar cuantos viñedos estuvieron a su alcance.

—Es verdad, y no me pesa. Si en mis años mozos no hubiera procurado disfrutar de cuantas dichas encontré a mi paso, tendría ahora una vejez saludable. Pero este es uno de tantos proble-

mas como nos plantea la existencia y que no hay modo de resolver. ¿Qué vale más? ¿Una segura alegría en los años de juventud, o una dudosa salud y fortaleza en una ancianidad no menos incierta? Sacrificamos el placer de hoy en aras del bienestar de mañana. ¿Y si ese mañana no llega nunca?

Es un hombre alto, moreno y encorvado, con crespas barbas blancas que le aureolan el semblante y ojillos marchitos detrás de sus gruesas gafas. Habla fatigoso y con voz cascada. A Miguel le repugnan sus manos temblonas, amarillas, nudosas, apergaminadas, manos de esqueleto obscuro, con vello sobre los dedos y unas anchas uñas, lívidas, de muerto.

El pródigo espectáculo de la huerta y los dos deditos de vino generoso han suscitado en el anciano afán de confidencias.

—Si viera usted, don Ramón—prosigue diciendo entre sonrisas—. Anteayer tuve que detenerme en Ponferrada para una consulta y me entró curiosidad de visitar la posada en que pasé una noche en mi primer viaje a Madrid cuando estudiante. Todo está como hace cincuenta años. También las cosas inertes duran más que nosotros. El medio siglo, que me convirtió a mí en un carcamal que no puede ya con sus piernas, apenas aumentó el cochambroso destartalamiento de aquel parador, que ya entonces parecía que iba a venirse abajo de puro arruinado. En su pajar

pasé una de las noches más agitadas de mi vida... En el pajar. Como usted lo oye. Iba yo a Madrid, a terminar la carrera; pero, en vez de hacer el viaje en la silla de postas o la diligencia, acordé, por razones crematísticas, marcharme en la galera de un maragato, conocido mío, a quien había curado ciertos alifafes, cogidos en los callejones de Santiago, y que iba a comprar vinos a Palencia. No íbamos solos en el perezoso y temblequeante carromato, tendidos sobre vacíos corambres: nos acompañaban cinco o seis rapazas que se iban a la corte a servir de criadas. Mozas resueltas y arriscadas, reidoras, pícaras y cosquillo-sas, decididas a no aburrirse por el camino y que de nada se espantaban. Bien pueden creer que no nos dedicamos a rezar el rosario al paso dormilón de la reata. El maragato, aunque odre de malicias, andaba ya por la edad madura. Yo tenía veintiún años... Jamás olvidaré la noche de Ponferrada. Hasta entonces todo habían sido veniales jugueteos, pero allí en la oscuridad de aquel almacén, sobre la crujiente y tibia palestra de la paja, después de una succulenta cena a que nos había convidado nuestro faetón, bien regada con raspante vinazo, ríase usted de las proezas del Gran Turco. Nunca supe cuál de aquellas damas fué la primera que se me derritió en suspiros entre los brazos, pero todas pasaron por ello. Y gracias a que la compañía quedó deshecha al llegar a Palencia y pude tomar el tren en Venta de

Baños, que si no, dejo la piel en los paradores del camino entre los ardores de mis odaliscas del estropajo.

Con ojos coruscantes, riése con floja y ahogada risa, como quien no tiene ya ánimos ni para una carcajada.

Miguel lo contempla pálido de indignación y repugnancia. Espántale el barboteo de tan viles confidencias en aquella inefable hora de la tarde en que todo el cielo es pureza de cristal y un ascua dorada la tierra. Desprecia a aquel innoble anciano, que a dos pasos del sepulcro todavía se regodea con la rememoración de miserias tasmañas, como si se tratara de algo grande y bello digno de ser conservado, de estrella en estrella, a través de mil existencias. Duélele la suerte de aquellas desdichadas que no han sabido guardar el templo de su cuerpo, y en vez de ser fecundas madres de familia en la honradez de su aldea habrán ido a perecer infamemente en Dios sabe qué antros, tristes y asquerosos, de vicio ciudadano.

Y avanzando detrás de los dos viejos por las carreras de parra, atravesadas de parte a parte por las rojas lanzadas de poniente, todas llenas de dorado trepidar de insectos, Miguel se promete que jamás Carmiña se corromperá por su culpa. No se dejará arrastrar de bajas tentaciones. Su amor es noble y digno, como el de la pareja del *Cantar*, y aunque no pueda presentarlo ante

los hombres, no tiene por qué avergonzarse de él ante la Naturaleza ni ante Dios. No hará caer a la moza ni pervertirá su propio corazón. Cuando llegue a viejo quiere recordar, como algo grande y hermoso, aquel su amor primero.

EL MUNDO

Faltaban cuatro o cinco días para la Virgen de Agosto, cuando una tarde las de Pérez Martínez se presentaron de visita en el pazo. Hubo necesidad de abrir el herrumbroso portón de las grandes dificultades. La madre y las dos niñas venían hechas unos brazos de mar, con llamativos vestidos y sombreros, cargados de encajes y lazadas. Hablaban las tres a un tiempo, con agudos chillidos, quitándose unas a otras la palabra.

El padre era riquísimo. Había salido descalzo de Brigancio, al partir para Cuba, y veinte años después desembarcaba en la Coruña con un tren de príncipe ruso que hacía palidecer de envidia a todos los señorones que mataban las horas tendidos en los sillones del Casino de la calle Real. No sabiendo cómo desahogar sus pocos piadosos sentimientos, los chafados ricachos de la localidad suponían no sé qué origen a la fortuna del americano de Brigancio e inventariaban y archivaban diligentes, entre grandes risotadas, sus errores de expresión, adornándolos con mil arrequives y atribuyéndole, de paso, lo que nunca ha-

bía soñado él en decir. Durante las obras de su casa de campo hablábase en el Casino, con universal choteo, de los muros "contenciosos" que sostenían el terreno de la posesión, de la robusta "vigamia" de la casa y de la escalera con luz "genital" que comunicaba entre sí los pisos. Pero, con disparates o sin disparates, don Manuel Pérez Martínez había sabido escoger la más linda altura sobre la ría de Brigancio, a dos pasos de Seiroa, para solar de su finca de recreo, y erigido una "villa" desde cuyas amplias terrazas y balconadas, por encima del arbolado del parque, se columbraban los más risueños panoramas terrestres y marítimos. Y como el buen señor era amable y obsequioso en su deseo de rodear a su familia de lo "más granado" de la capital; como era espléndida su mesa, soberbios sus cigarros y añejos sus vinos, aun sin dejar de burlarse de él, las gentes se despepitaban por concurrir a sus fiestas y tertulias.

A la gravedad del pazo, donde nada sabía reír sino los ojos de Carmiña, trajeron las tres damas un grato aire de frivolidad con su voluble charla, la atmósfera de perfumes que las envolvía, el áureo repiqueteo de sus pulseras y cadenitas, los crujidos de sus trajes de seda y el aleteo de sus abanicos. Cuando entraron en la capillita de pureza en que se iba extenuando la niña, parecían llevar consigo todos los pecaminosos hechizos del mundo. La enfermita no salía de su asombro.

En tantos meses de soledad, casi había olvidado la risueña gracia de los frescos vestidos claros de gasas y tules, con sus pomposas mangas de farol y calados entredoses, a través de los cuales se traslucía la nacarada carne del pecho y de la espalda; la alegría de los grandes sombreros de paja, con su cargamento de cintas y de flores; la ola de finos aromas de perfumería que, al menor movimiento, lanzaban de sí las visitantes.

Hablaban con animada versatilidad, disculpándose por no haber ido antes a ver a Mariana. Pero, hija, en aquel verano eran tantas las fiestas a que habían de acudir, que no quedaba ni una tarde libre a la semana. Nunca había pasado lo de entonces. Los lunes se reunían en casa de Quiroga y había *tennis* y baile hasta la noche; los martes en Anceis, los miércoles... Una agitada vida estival, de casa de campo en casa de campo, en la que sólo lo pasaba mal el tiro de jaquetas del coche. Y el cuarto de la enfermita, que sonreía maravillada, llenábase con la fantasmagórica visión de una fácil existencia, toda dichas y diversiones, llena de juegos, músicas y risas.

A Miguel casi le regañaron:

—Anda de ahí, soso, más que soso, que ni una vez has venido a vernos. Estás hecho un bicho raro. Todos los viernes nos quedamos en casa. Va siempre mucha gente: media Coruña. Un regimiento de muchachos y muchachas. Se baila, se juega al *croquet* y al *tennis*, se charla por los

codos; hasta una comedia pensamos hacer en septiembre, cuando anochezca ya temprano y no se pueda estar hasta tarde al aire libre, y entre tanto tú, aquí, como un ermitaño, sin ocurrírsete que a menos de una legua estamos nosotras, ansiando que vengas a reforzar nuestra *ménagerie*. Tenemos ejemplares de toda casta de alimañas: monos, papagayos, pájaros bobos, chorlitos, pavos reales... Pero nos falta un hurón como tú. Como tú no hay nadie.

Las dos niñas charlaban por los codos, entre nerviosas carcajadas, pero a Miguel no acababan de hacerle gracia sus cosas. Las encontraba vulgares y afectadas. Hasta llegó a pensar que lo que a veces le molestaba, por adocenado, en las conversaciones de Carmiña, no estaba muy lejos de lo que picoteaban ambas señoritas, si bien el tono de la aldeana era más atractivo por su fácil espontaneidad. Y en cuanto a belleza... Si por un momento apartaba Miguel los ojos de las recargadas galas de las visitantes y los dirigía hacia la figura de la costurera, que cosía al pie de la ventana, sin alzar la vista de su labor, como si nada oyera ni viera, tenía que confesarse que en ningún sentido eran comparables las artificiosas gracias de las recién llegadas con lo que la Naturaleza había vertido a chorros en la personilla de la rústica rapaza. Con lo que a ella le sobraba quedarían provistas con exceso diez damiselas como las de Pérez Martínez.

Y después de su marcha, no sin cierto rencor hacia la vida vana y frívola que la riqueza permitía llevar a aquellas muchachas, sentíase cada vez más enamorado de su artesana. Sabía que aquellas niñas y sus padres no desearían otra cosa sino que alguna vez se decidiera él a sobredorar las armas de su escudo con oro americano. Ya desde el año anterior habían tratado de acapararlo: lo invitaban sin cesar, y Regla, la más joven de las cubanitas, siempre procuraba pasear a solas con él por el jardín y le lanzaba sentimentales ojeadas. Pero contra tal idea revolvíase Miguel airado: jamás se casaría con una de aquellas huera y artificiales señoritas, incapaces, en bien y en mal, de toda vida verdadera; antes de ello, vulgaridad por vulgaridad, preferiría dejarse arrastrar de su inclinación hacia Carmiña. No sería el suyo el primer caso. El noble señor de Guitián, el primer hidalgo de toda la comarca y jefe del partido conservador en media provincia, había tenido varios hijos con una mercera, con la cual, en la vejez, había acabado por casarse.

Las de Pérez Martínez, a punto de marcharse, habían exigido a Miguelito que, si quería que le perdonaran sus faltas anteriores, había de ir a comer con ellas el día de la Virgen, para asistir después a la romería de Seiroa, la más famosa y concurrida de toda la Mariña. Fué preciso aceptar. Antes de las doce, el cascabelero coche de las americanas parábase ante el pazo. Miguel, allá en lo

profundo, llevaba consigo una secreta esperanza. Carmiña, como todas las mozas de aquellas aldeas, iría a la fiesta con sus mejores galas, y, aunque de lejos, le sería dado contemplarla.

El ricacho y sus hijas hicieron al invitado un recibimiento cordialísimo, si bien las niñas le gastaban grandes bromas acerca de su timidez y torpeza para la vida social.

—Vaya un señor conde—decíanle con sus agrios chillidos cotorriles, dulcificados por meloso dejo ultramarino—, que se pone colorado en cuanto tiene que saludar a media docena de personas reunidas en una sala. Eres como un ermitaño. Te estás quedando oxidado y casi hueles a humedad. No sé qué gusto sacas de estar siempre encerrado en el castillo encantado de tu casa.. Así andas por ahí con ese aire de durmiente, como si no nos vieras a los que te rodeamos.

Miguel se reía a carcajadas. Las dos hermanas estaban muy bonitas con sus vaporosos trajes claros, recostadas en mecedoras, en aquel vasto *hall* solado de azulejos de colores, con verdosa iluminación de acuario a través de sus cerradas persianas, lleno de la frescura de palmeras y begonias. A un lado y a otro, por anchas puertas de cristales, descubriáse la fila de habitaciones, todo penumbroso a aquella hora de calor, rico, nuevo, cómodo y alegre: flores de verdad en los jarrones de las mesas, flores estampadas en las cretonas de muebles y cortinajes. A ambos extremos de la casa

descubriáanse las terrazas, borrachas de sol. El condesito, columpiándose levemente en su mecedora, iba sintiéndose muy a gusto en aquel ambiente fácil y elegante, tan diverso de la solemne austeridad de su vieja morada.

Cierto que no ignoraba que había de cometer la inevitable tontería de cada una de sus salidas al mundo, y ya sentía leve bochorno anticipado. Era cosa sabida. Siempre que se encontraba en sociedad tenía que volcar una copa o una taza, salpicarse de almíbar o de salsa, pisar algún vestido de señora o decir, sin saber cómo, alguna inconveniencia de esas que hacen que todo el auditorio guarde unos segundos de silencio. Esperaba ese trance con fatal resignación, como el vencimiento de un giro, a cuyo pago no puede uno negarse.

Con todo, creció su bienestar al sentarse a comer. Encantábale el blanquísimo mantel adomado; la fina cristalería en cuyas tallas se quebraban los reflejos de luz de las entornadas ventanas; los pulidos cubiertos de plata; el argentino centro de mesa del cual brotaba, con airosa pompa, un inmóvil surtidor de rosas blancas, cuyos pétalos de nieve se tendían también sobre el brillante lienzo que cubría la mesa, en geométricos trazos. La comida fué selecta y sabrosa, servida por dos pizpiretas doncellitas, vestidas de blanco, con delicadezas desconocidas, en la sencilla mesa del pazo. Después del café, que tomaron en la entoldada terraza frente a la ría, la cual,

con la brisa marina, casi parecía la toldilla de un buque, encontrábase Miguel como en la gloria, tanto más que a la mesa había logrado no cometer ninguna de sus temidas torpezas. Parecíale imposible cómo hasta entonces había podido vivir privado de todos aquellos refinamientos. Envuelto en una atmósfera de lujo y riqueza, rodeado de gentes pulidas y mundanas; en una existencia regalada, toda llena de placenteras impresiones, es como únicamente lograría llevar a madurez los frutos espirituales cuyos gérmenes latían en el fondo de su ser, ansiosos de alcanzar un desarrollo que no conseguían en el deprimente encierro del pazo. Presentábasele ahora segura la victoria; aquél era su mundo y nunca más debía apartarse de él. Y en su interior más secreto, avergonzábale de haber caído tan abajo, por bochornoso influjo de la soledad de su casa, que hasta hubiera llegado a poner los ojos en una rapaza de la aldea. ¿Cómo había sido posible tamaña aberración? ¿Qué dirían aquellos amigos, que tanto lo obsequiaban, si pudieran leer los bajos sentimientos que ocultaba en su pecho?

ROMERÍA

Con sus amiguitas y los otros huéspedes, vagó gratamente Miguel por los enarenados paseos del parque, entre bien rapadas praderas y exuberantes planteles de flores; recibió después, con desmaña, su primera lección de *tennis*, y a las seis de la tarde, tras un goloso té servido en el jardín, decretaron a coro las muchachas:

—¡A la fiesta! ¡A la fiesta!

Desde temprano venía oyéndose el rodar de los coches por la vecina carretera y se percibía, más a lo lejos, como retumbar de oleaje, el zumbido de colmena de la muchedumbre congregada en el atrio de la iglesia.

Cuando la familia cubana y sus amigos salieron al camino, aun eran muchas las gentes que se dirigían a la romería: seguidas de sus rústicos galanes, grupos de frescotas aldeanas cogidas del brazo, con sus chambras blancas y pañuelos de colorines, rojos, amarillos o naranja, cubriendo su cabeza o cruzados sobre el pecho. Todos iban envueltos en la nube de polvo que flotaba sobre la carretera, levemente dorada por el sol en plena decadencia.

A ambos lados del camino, contrastando con la corriente de juventud, sanidad y alegría que circulaba por él bulliciosamente, había un lamentable museo de pordioseros: las más lastimeras y repulsivas miserias que pueden atormentar a la humanidad tendían sus dolorosos cuadros a lo largo de las cunetas, salmodiando patéticas imprecaciones.

—¡Nobles señores — imploraba campanuda voz—, haced un bien de caridad a este pobre impedido que no lo puede ganar!

En un carrillo, entre nauseabundos harapos, un paralítico exhibía descaradamente sus atrofiadas piernas, secas, negras y retorcidas como troncos de parra.

—¡Una limosna al pobre cieguecito! ¡No hay tesoro como la vista!—recitaba mecánicamente un barbudo anciano, de chambergo y capa, inmóvil como espantapájaros al borde de la carretera.

Entre los grupos de romeros, deteniéndolos con sus sarmentosas manos, se deslizaba silenciosamente el espectro de una vieja que, en vez de nariz, entre el negro pañuelo que le cubría la cabeza, ostentaba una profunda y negra sima en medio de su corroída cara; mancos que detenían a los pasajeros con sus sucios muñones descubiertos. Familias enteras mendicantes, acampadas en los inmediatos campos, con su infeliz borriquillo, estampa de la desventura más negra, azuzaban

contra la multitud sus innumerables chiquillos, escuálidos, sucios, barrigudos, con grandes ojos lucientes y dolientes bajo estoposas greñas, porfiados como tábanos; cojos con muletas que, en sus campaneantes zancadas, lanzaban sus cuerpos harapientos sobre los peatones, cortándoles el paso; un mozo sin piernas, listo y despierto, capaz de recorrer el mundo entero sobre sus manos y sus nalgas, circulaba ágilmente por el polvo de la calzada, entre patas de caballos y ruedas de coches, sin ser por nada dañado.

—¡Una limosniña por el alma de sus obligaciones, devotiños! ¡Una perrriña por las ánimas!

Todas las monstruosidades y tormentos de la pobre carne castigada, tumores, úlceras, heridas, postemas, llagas cubiertas de moscas, vertiendo pus y sangre, mostrábanse sin pudor en medio de inmundos guiñapos: un hombre, sentado al pie de un seto, ostentaba cínicamente entre sus abiertas piernas una disforme potra, grande y negra como zurrón de gaita.

—¡Socorran a estos desgraciados y en el Cielo habrán de hallarlo! ¡Así los libre Dios de una mala lengua! ¡Así aparte de sus pasos un testige falso!

Blandiendo un alto palo, en cuyo extremo iba otro atravesado en forma de breve cruz, un pobre idiota, vestido de talares hábitos, mugrientos y en jirones, cruzaba entre la gente cantando sin cesar a voz en cuello, con eclesiástica monodía:

—¡Santa María, ora por nobis! ¡Santa *dingé-nitri*, ora por nobis!

Cerca ya del atrio, en medio de un corro de reidores compadres, una moza que tañía un pandero, marchita ya por las vilezas de caminos y posadas, pero con claros ojos, pillos y despiertos, echaba maliciosas coplas a los concurrentes, adaptando con toda rapidez a las circunstancias de cada cual las que tenía archivadas en su cabeza, o acaso improvisándolas. Acompañábala un viejo, que hacía girar el manubrio de gangosa y balbuciente zanfonía, valetudinario instrumento que sonó orgulloso antaño, en cortesanas fiestas, bajo las bóvedas de los palacios, y acaba de extinguir ahora míseramente su milenaria existencia, entre ladrar de canes, pordioseando de puerta en puerta.

De allí en adelante era ya casi imposible dar un paso en medio de los estacionados coches y carros; ambulantes despachos de cerveza y *bo-liches*, de vino del país y de Castilla en pipas y corambres; puestos de pan, de tortas y rosquillas; una exótica churrería que impurificaba más aún el apestoso ambiente con los acres vapores de su aceite; rifas de cuchillos y navajas, para ser usados a la noche cuando la *caña* hubiera acabado de enardecer los ánimos; vociferantes vendedores de mil chucherías... Eran insoportables el polvo y el ruido.

La bulliciosa muchedumbre, no cabiendo en el

amurallado atrio de la iglesia, se derramaba, como espuma de gaseosa, por los vecinos campos. Sus heterogéneos gritos ahogaban por completo los trompetazos de la murga, a cuyo compás unas cuantas parejas, sin apenas poder revolverse entre las apreturas de la gente, danzaban una lenta habanera, con rostros severos, como si cumplieran algún rito grave.

Miguel, con las cubanitas, fué penetrando trabajosamente hasta el centro de todo aquel estrepitoso bureo, ya que las niñas no se contentaban con menos que con ir a rezar bajo el manto de la Virgen. Cada paso de avance era una lucha sin cuartel. Al caminar, Miguel sentía muy próximo a su costado el tibio cuerpo de Regla, casi desnudo bajo su veraniego traje; aspiraba el aroma de su juvenil carne sofocada, y en algún momento los volanderos pelillos escapados de su moño venían a rozarle las mejillas con grato cosquilleo. Y en aquella dulce y forzada intimidad, en que iba descubriendo, sin quererlo, las morbideces y turgencias de la cálida nubilidad de su compañera, llegaba a no parecerle un imposible elevarla algún día a condesa de la Gándara.

Lograron llegar hasta la sacristía y subir al camarín de la Virgen por la angosta escalera de piedra, labrada en el hueco del muro. No era fácil la empresa, ya que por aquellas lóbregas estrecheces ascendía y descendía al propio tiempo doble corriente de devotos, dando trompicones

en los gastados peldaños. Llegados arriba, Reglita agarró a Miguel por un brazo y le hizo que se postrara, junto con ella, al pie de la imagen; el sacristán dejó caer sobre sus inclinadas cabezas la orla del sagrado manto, y en aquella tiniebla, que olía a humedad, aislados de todos los otros, la niña, estrechándole la mano, musitó al oído del condesito:

—Recemos una salve, Miguel, para que la Virgen se apiade de tu pobre hermana.

A la salida de la iglesia acercóse a ellos el pollancón de Varela Silva, calavera brigantino famoso en toda la comarca, dicharachero, galanteador y simpático, que consumía los últimos restos de la fortuna familiar organizando timbas en todos los casinos de pueblos y villorrios durante las fiestas del verano. Las americanas lo llamaron.

—¡Hola, preciosas! ¿Dónde habéis cazado ese oseño que os acompaña? ¿Vais de gitanas y lo haréis bailar en redondo al son de algún pandero? Tú, Reglita, que pareces la principal domadora, ¿no le tienes miedo?

—¡Quia! ¡Si es muy mansito! ¿Verdad, monín, que no haces daño a nadie? Lo único difícil es hacerle salir de su madriguera.

—Sus razones tendrá—repuso con pésima intención el pollastre—. Estos osos tienen mucha malicia. ¿Lo ves así tan insulso y humildito que parece que jamás ha roto un plato? Pues no te fíes, no te fíes... Vaya, Miguel—añadió al estar seguro

de que no era de esperar ninguna reacción violenta en quien había elegido como blanco de sus pupilas—; vaya, Miguel, si no te pones colorado, te preguntaré dónde dejaste hoy a la costurerita.

—¿La costurerita?—exclamaron a una las niñas, encendidas en curiosidad.

Y el otro, que temía la ruinoso competencia del hidalgo en sus aspiraciones a la mano y la bolsa de la opulenta cubana, con cuyo padre le ligaba un remoto parentesco, aprovechó la ocasión para hincar más el cuchillo en la garganta de la víctima indefensa.

—Sí; él me entiende. Este oso, tan áspero por fuera, tiene un corazón todo mieles para cualquier rapaciña de aldea.

—¿Qué es eso? ¿Será posible, Miguelito?

—Son bromas de éste. Todos lo conocemos—logró arrancar el condesito del fondo de su pecho, con ahogada voz, ardiendo en sonrojos y deseando morir allí mismo de repente.

—¡Si sabré lo que me digo!—insitía el otro, gozándose en su fácil triunfo—. Cuidado, Reglita, que el oso tiene unas zarpas terribles.

Pero a las niñas les apenaba ya el azoramiento de Miguel y quisieron poner límite a su martirio.

—Cállate, Varelita, no digas más tonterías. No nos espantes a Miguel, que no tiene costumbre de tus bromas. No vaya después a no querer andar más con nosotras.

El otro acabó por marcharse.

Miguel se sentía lleno de amargura: espantábale que sus amiguitas pudieran dar por bueno lo que había dicho aquel botarate.

—Supongo que no creerás palabra de cuanto ha dicho ése—balbuceó al oído de Regla, al alejarse de la iglesia, sometidos otra vez a la asfixiante presión de las vertiginosas masas, plenamente convencido también él de que sólo era calumnia cuanto había brotado de labios del zascandil mancebo.

—¡Quién le hace caso!—respondió la niña con desprecio.

Pero ni aun aquellas palabras lograron serenarlo. Quería marcharse, verse solo, lejos de aquel círculo testigo de la befa. Toda risa cuyo motivo ignorara antojábasele dirigida a su persona. En la romería iban a quemar fuegos de artificio, y sus amigas querían detenerlo para que los viera con ellas; después, a la noche, iría el coche a llevarlo. No obstante, Miguel, pretextando que le dolía la cabeza, insistió en retirarse—daría paz a su ánimo en la solitaria caminata—, y tanta fué su insistencia que acabaron por acceder a su deseo, aunque no sin exigir promesa de que muy pronto había de volver a visitarlas.

REGRESO

Era esa hora indefinible en que el vago resplandor verdoso que se derrama por el cielo no se sabe si procede de un último destello del anochecer o del primer reflejo de la luna. Miguel comenzó a marchar lentamente por la gris carretera solitaria, en medio del campo, más sombrío a cada instante. Iban quedando remotos los chabacanos ruidos de la fiesta, y el bienestar del caminante crecía conforme aumentaba el pacífico silencio, que llegó a ser perturbado solamente por algún blando soplo de brisa que resbalaba con cautela por entre frondas invisibles. Allá abajo, como un cielo invertido con palpitar de luceros, clareaba a veces el espejo de la ría entre los borrosos perfiles de la costa. Y sobre la foscura de la tierra, tendía el firmamento la regia suntuosidad de su profundo terciopelo, hirviente de fulgores estelares.

Miguel avanzaba con toda calma, llenando deliciosamente su pecho con el aire nocturno, fresco y aromoso, mientras su espíritu, habituado a la soledad, iba poco a poco reponiéndose del can-

sancio de haber tenido que estar en conversaciones el día entero. Caminaba con prudentes pasos para no interrumpir ni con el rumor de su marcha el universal silencio. Además, érale delicia, en aquel mundo donde todas las cosas habían perdido su individualidad en la confusa indiferenciación de la noche, fundirse y desaparecer él también en el limbo de las tinieblas; deslizarse sin rumor, sombra entre sombras, como si no gravitara sobre el suelo, sino que flotara, sin materia ni cuerpo, pendiente de los hilos de luz de las estrellas. Avanzando de aquel modo, perdido en la oscuridad, tampoco experimentaba ni un atisbo de miedo: no imaginaba que pudiera acecharle ningún poder dañino, sino que, junto con todas las cosas, se sentía envuelto dulcemente en la maternal placenta de la noche, donde sólo reinaban la paz y el reposo.

Ahora desdeñaba los mundanos placeres que le habían encantado durante tantas horas y sólo ansiaba recluirse en el bendito refugio de su pazo para entregarse libremente a sus meditaciones, sus proyectos, sus lecturas y... sus afanes tiernos. Porque Carmiña, cuya imagen, durante la tarde, sólo había sido para él como un remordimiento y un bochorno, tanto que se había sentido muy contento de no tropezar con ella por la fiesta, ahora, al encontrarse otra vez consigo mismo en el blando nidal de las sombras, surgíale, cálida y radiante, de lo más íntimo del pecho e invadía su

conciencia entera. Al parangonarlas con ella, todo se le antojaba falso y fingido, artificial y huero, en las señoritas a quienes había acompañado con tan vano deleite. Recordando ahora, con hostil severidad, conversaciones y escenas, avergonzabase casi de no haber pregonado ante el mamaracho de Varela Silva y sus frívolas amigas que estaba enamorado de la costurera.

—Sí, sí, la quiero, la quiero—decíase ahora, casi en voz alta, con gran acaloramiento—; la quiero porque vale más que vosotras, mil veces más que vosotras.

Su soliloquio era a veces interrumpido por el resplandor de un cohete, que ascendía rápido al espacio, dejando tras sí un dorado reguero de fuego, estallaba en lo más alto de su carrera, esparcía por el cielo una lluvia de cegantes soles, blancos, rojos, verdes, que apagaban el fulgor de las estrellas y arrancaban del seno de las sombras, con su extraña claridad, los próximos términos del paisaje. Pero después caían lentamente y se extinguían uno a uno. Pasado aquel fugaz escándalo de luz, de nuevo recobraban su eterno dominio sobre el nocturno orbe los luceros del cielo y las tinieblas terrestres. Miguel, que se había detenido un momento para observar la brillante aparición, reanudaba deslumbrado su marcha.

Muy cerca ya de su aldea, los añosos pinos del pinar de Fruime, que alzaban hasta el cielo el negro fantasma de sus copas, zumbaban apaga-

damente, con tan dulce misterio, que Miguel no fué dueño de seguir su camino sin reposar un momento al pie de sus troncos para gozar de aquel encantado murmurio indefinible. No parecía rumor de frondas el apagado son: era como si la furia elemental de las tempestades de algún remoto océano primitivo hubiera quedado recogida en caracol gigante que, sin instante de reposo, reprodujera eternamente los ecos bramorosos.

Salióse del camino Miguel y anduvo algunos pasos por la tiniebla del pinar, toda llena de balsámicas fragancias, hasta dejarse caer al pie de un árbol. Al punto sintióse como transportado no sabía dónde por el hechizo de la uniforme canturía de los pinos; olvidó en breve tiempo cuanto le había ocurrido en aquel día, y hasta en todos los de su vida; quién era, adónde iba y qué móviles y pasiones lo impulsaban: sólo fué oídos para empapar su alma en el hechizado son del pinar, que abría borrosamente ante los ojos de su espíritu inacabables perspectivas de cenicientos mares agitados, florecidos de espuma. Y en su sopor pacífico, viendo aparecer y desaparecer en lo alto los luceros, entre las movedizas copas de los árboles, llegaba a imaginar, de modo vago, que estaba sumido en el fondo de un mar y que allá arriba, sobre su cabeza, rodaba el oleaje.

Pero de aquel sabroso aniquilamiento arrancábanlo a veces las manifestaciones de vida humana que llegaban desde la carretera: el trote de un

caballo, el rodar de un carro, rítmico batir de pasos sobre el duro suelo, fragmentos de conversaciones de transeúntes, o, brillando en las tinieblas, la diminuta estrella roja de un cigarro, al otro lado de los zarzales que cerraban el pinar. Después todo volvía a quedar mudo y solitario, sin otro rumor que la marina queja de los pinos.

De pronto, una inconfundible carcajada, fresca y musical, hízole levantarse de un salto. Su corazón se puso a palpitar violentamente. Era Carmiña quien reía de aquel modo de vuelta de la fiesta. Y lo grave era que su risa no había sonado en medio de un animado tropel de marcha de mozos y mozas, que regresaran juntos a la aldea, sino que la rapaza debía venir sola con alguien que la hacía reír de aquel ruidoso modo, al caminar muy despacio por la oscura carretera. Miguel, con repentino recelo, acercóse al zarzal del camino. En días anteriores ya le había martirizado la idea de que Carmiña, en el baile, había de ser estrechada por los brazos de todo el que quisiera danzar con ella: cualquier zafio mozo se ceñiría contra su ópimo busto, acariciaría su cintura con su grosera mano, bebería su aliento y aspiraría los vahos de su intimidad en los cálidos giros de la habanera, sintiendo en sus miembros el calor que emanaba de la persona de la costurera, en tanto que quien la adoraba calladamente, desde hacía tantas semanas, apenas otra cosa conocía de su exuberante naturaleza sino

algún rápido y casual contacto de manos que le dejaban crispado para días enteros. También había temido el regreso de la fiesta, cuando, con toda la excitación de la danza, el vino y la alegría, regresaran juntos, en retozonas bandas, zagales y rapazas por los caminos tenebrosos. Y había deseado ir a la romería, aunque después lo hubiera descuidado por completo, para vigilar a quien quería y procurar que su regreso coincidiera con el del grupo en que ella viniera.

Pero la realidad era mucho peor de lo que Miguel había imaginado. Carmiña no volvía con las gentes de su aldea, sino que, avanzando despacio por el dulce laberinto de las sombras, hecho para perderse enamorados, venía en la única compañía de un galán desconocido. El señorito, en su escondite, ahogábase de ira.

—Vaya, aquí te quedas, buen mozo—decía la adorada voz, con gracejo y desparpajo, al pasar con toda calma por delante de Miguel—, que no quiero que me vean llegar en tu compañía hasta mi puerta.

—Bueno. Me quedaré. Pero contigo.

—¿Conmigo? ¡Estate por ahí! Es ya muy tarde; mi madre se va a asustar de que no me presente en casa.

—¡Como que yo no sé cómo te deja salir sola! ¡Está lleno de lobos todo el campo!

—Gracias a que tú has hecho el sacrificio de venir guardándome.

—Pero ni siquiera pude empezar aún a decirte lo que tengo que hablarte.

—No habrás empezado, pero lo que es callado no lo estuviste ni un momento en todo el camino.

—¡Es que es tan corto! ¡Viniste tan de prisal. Mira, entremos un poco aquí en el pinar para que acabe de decirte cuantísimo te quiero.

—¡*Vaite*, mozo! Sé que loqueas. Estos *ches* se figuran que todas somos como las mulatas. No, que me da miedo lo oscuro.

—Anda, ven.

—Déjame marchar. Suéltame.

—Sólo un momentito y te vas en seguida.

—Te digo que me sueltas. ¿Quién te dió permiso para agarrarme así, si ya no estamos bailando? ¿Hacéis eso en América?

—¡Es que te quiero tanto!

—¡Ay, Jesús! ¡Te quiero tanto! Y hace dos horas ni siquiera sabías si existía yo en el mundo.

—Pero ahora no puedo vivir más que a tu lado. Anda, ven conmigo. Tu madre no va a decirte nada aunque llegues una vez un poco tarde.

—¡Vaya, eh, cuidadito! ¡Quietas las manos!... Ya te he dicho que aquí nos diríamos adiós. Ya volverás a verme en otra fiesta. Suéltame, no seas pesado.

—No te suelto sin que pagues el rescate.

—¿En qué moneda?

—Sólo una promesa.

—¿Una promesa?

—Poca cosa. Que esta noche, cuando esté dormida tu madre, has de salir a hablar conmigo en la era de tu casa.

—Prometer cuesta poco.

—Es que si no lo cumples echo la puerta abajo.

—Téñoche un can de palleiro
que de noite anda ceibado...

—Y yo una buena pistola para dejarlo patas arriba.

—¡Vaya, suéltame! No seas pesado.

—Pues promete.

—Prometido, hombre... Me tienes el brazo muerto de tanto apretarlo.

—Es que un trato es un trato y has de darme fianza de que has de cumplir tu palabra.

—¿Fianza y todo? ¡No eres tú poco exigente! ¿Qué quieres? ¿Mi pañuelo? Cosa mejor no la tengo a mano.

—El pañuelo, no. Un beso.

—¡Un beso! ¡Ja, ja, ja! ¡Estás fresco!

—Es que si no me lo das no te suelto hasta que sea día claro.

Miguel, trémulo y helado, cubierto de sudor, habría querido correr a libertar a la rapaza, por lo menos gritarles, pero estaba como paralizado de temor y ni la voz lograba arrancar de su garganta.

Por la carretera oyéronse entonces ruidosas conversaciones y recio taconeo. Un grupo numeroso

se acercaba. La rapaza, con grandes risotadas, aprovechó la ocasión para dar esquinazo a su acompañante y salir corriendo hacia su casa.

—Vaya, adiós, que no quiero que me vean contigo los de mi aldea.

—No olvides lo prometido.

—Ni tú que el perro anda *ceibado*.

CELOS

Miguel llegó deshecho a casa. Jamás impresión alguna le había abrumado como aquella, hasta el punto de no dejarle coordinar sus pensamientos ni saber apenas lo que le pasaba. Encerróse en su cuarto, a pretexto de un fuerte dolor de cabeza, y, sin desnudarse, se dejó caer sobre la cama. La rabia y la amargura producíanle un malestar que le apretaba la garganta y le ceñía como cingulo las sienes. Estuvo mucho tiempo inmóvil en lo oscuro, con los ojos abiertos, vacía de ideas la embotada cabeza, barbotando una y otra vez, colérico, una vil injuria, como si se la lanzara a Carmen:

—Sí, sí. Eso eres y nada más que eso: las cuatro letras, las cuatro letras.

Pasó tiempo indefinido hasta que un triste reflejo amarillento comenzó a pintarse en la pared sobre su lecho. —¿Qué es aquello?—, preguntóse Miguel con irreflexiva curiosidad. Levantóse con rapidez. Era la luna: una luna, ya casi en menguante, misteriosa y opaca, que surgía tristemente sobre las colinas de la otra orilla de la ría. Mi-

guel abrió la ventana. Un manso bienestar apoderóse de pronto de todo su ser: el fragante aire nocturno y la profunda melancolía del paisaje semitenebroso eran lenitivo a sus ardientes dolores. Estuvo largo tiempo apoyado en el antepecho de la ventana, contemplando la lenta ascensión de la luna, ya tan privada de esplendores, y las funestas masas sombrías de los montes, que dormían sosegadamente bajo ella como en un anticipo de muerte. Ni el más leve rumor turbaba la quietud de la noche. Allá en lo hondo, un sudario de niebla tendíase sobre las aguas del estero. Sin saber por qué, como si instintivamente quisiera huir de sí mismo, Miguel ponía toda la atención de sus sentidos en los fenómenos del mundo exterior, empapándose morosamente el alma en las plácidas tristuras nocturnas.

Una canción lejana interrumpió el silencio. Después fué aproximándose: sería algún caminante que avanzaba por la carretera y espantaba la soledad de aquel modo. No se percibía la letra de su canto, cuyos intermitentes sonos semejaban encarnación de la pesadumbre del ambiente nocturno. Llegó a oírse, ya próximo, el resonar de los pasos del cantor. Después de una pausa, la voz se alzó otra vez, con nuevo brío, ya delante del pazo:

—Una mujer fué la causa
de mi perdición primera...

Miguel no oyó el final de la copla. De repente habíase disipado la atmósfera de sedación en que poco a poco iba sintiéndose envuelto; desprendiéronse los vendajes de inconsciencia que la piadosa noche tendía sobre sus heridas recientes, y éstas, rápidamente enconadas, sangraron y le dolieron con renovada crudeza. Vió la liviandad de la moza, la vergüenza del cariño a que, poco a poco, había ido él entregándose y que había llegado a aposentarse en el centro de su ser; pensó que, a aquella hora, pasada la media noche, Carmiña estaría de palique con el galán que la había acompañado al volver de la romería, bien juntos los dos, cambiando en voz baja rústicos y maliciosos discreteos, interrumpidos por besos, en la húmeda oscuridad de la huerta de la moza, o quizá en un banco de su ahumada y tenebrosa cocina. Tan concreta llegaba a ser para Miguel la atormentadora idea, que casi le parecía oírlos y verlos. Pero, momentos después, cambiando el rumbo de sus pensamientos, decíase, por defenderse de las crueldades de aquella visión, que Carmiña nada le había prometido a su acompañante y que había sido pura broma todo aquello. Repetidas veces se esforzaba por recordar, una a una, las palabras cambiadas entre la rapaza y su galán, dándoles el tono con que habían sido pronunciadas; las pesaba, las medía, las analizaba, y a cada instante rehacía por completo sus jui-

cios, ya para decirse, con desesperación, que indudablemente su amada se hallaría a aquella hora entre los brazos del odiado cortejo, o que todo había sido un vano coqueteo y que estaría dormida en toda paz en la honesta soledad de su lecho. Sus sufrimientos venían aún a acrecerse con aquel caleidoscópico suplicio de vacilaciones e incertidumbres. La evidencia de la cita, por dolorosa que fuera, casi le habría atormentado menos. Recorría a grandes zancadas la habitación, deteniéndose a veces ante la ventana para mirar con ira las dulces tinieblas de la noche, que convertían todo el campo en propicio nido de amantes.

Poco a poco, sin embargo, fueron cobrando un carácter más general sus atormentadoras reflexiones. Concebía ahora el amor como una fuerza destructora. Su fogoso cariño hacia la costurera sólo había dado de sí el fiero martirio que lo atormentaba en aquel momento y el que hubiera quedado interrumpida, cegada, la obra de creación artística que se había propuesto desarrollar aquel verano. Las vehemencias de su pasión lo habían esterilizado para todo lo que no fuera ella. En la atmósfera que rodeaba a aquella hermosa criatura no había fuerza espiritual que no se agostara de no ser empleada en holocausto suyo. Proyectos literarios, reflexiones filosóficas, planes de estudios y trabajos, todo se le había ido como en humo; cuantas energías podía atesorar su espíritu habíalas empleado en acechar los pasos de

la muchacha, en observarla, en desear su presencia, en anhelar sus caricias, en suspirar por ella. A su lado no había lugar para otra cosa sino para quererla: latir violentamente por ella, estremecerse en tormentos crueles. Y Miguel, esclavo de la ley que emanaba de la moza, le había dado su alma y sus sueños, sus esperanzas y sus ilusiones: todo lo que era y lo que podría llegar a ser habíalo depositado a sus pies, calladamente, en un éxtasis de adoración.

Y la rapaza, sin sospechar la importancia de aquel mudo sacrificio, o acaso despreciándolo, entregábase a la aventura más trivial y plebeya, destrozándole a él el alma. Al día siguiente, presentaría como siempre en el pazo, zarandeando su cuerpo flexible, quizá diestro en lides de amor, sonriendo burlona con aquellos labios de rosa, acaso en aquella noche tan besados, y seguiría siendo para Miguel como una esfinge, florida y risueña, hipócrita y astuta, de impenetrables sentimientos, en cuyo rostro no se pintaba nada de lo que ocurría en su interior, sino sólo lo que le convenía a su dueña. Con aquel su aire ingenuo y gracioso, llena de actividad y afán de servir, sabe Dios las veces que se habría presentado de mañana en el pazo con el cuerpo estremecido de halagos impuros. Y al recordar los miramientos y respetos que él le había guardado, torcíase ahora el semblante de Miguel en una torva máscara de risa:

—¡Si no eres otra cosa más que lo que te tengo dicho—repetía como con pesadez de borracho—: las cuatro letras, las cuatro letras!

Y pensaba después, con sentimental regodeo y lástima de sí mismo:

—¡Cómo ha destrozado mi juventud!... Aunque, claro está—llegaba a decirse luego—, esa justicia hay que hacérsela: nunca se propuso hacerme el daño que me ha hecho. Al clavar en mí sus mudas miradas, brindándome el festín de su cuerpo como a cualquier rapaz aldeano, no se me presentaba como amada ideal, cuyas delicadezas y primores pudieran llenar de inacabable ilusión toda mi vida, sino como hechizo fugaz de unos momentos.

¿Por qué no la había tomado Miguel tal como ella era? ¿Por qué se había empeñado en forjar imposibles? El mismo se había hecho daño. A nadie sino a sí propio debía llamar culpable. La moza no era más que una bestia hermosa, rústico instrumento de voluptuosidades, madura fruta de árbol no cercado, dispuesta a conceder transitorias dichas a todo el que por los azares del camino pasara por su lado.

Y abandonándose a la amargura de tales pensamientos, que le estrujaban el alma, Miguel, sacudido de sollozos, dejóse caer sobre su lecho y humedeció de lágrimas la almohada.

LA OTRA MAÑANA

Al día siguiente, hacia las ocho, ya entraba Miguel en el cuarto de la enfermita, llevado del afán de contemplar el rostro de Carmiña y ver si, por su aspecto, le era dado averiguar lo que le hubiera ocurrido aquella noche, de tantas congojas para él. ¿Traería estampada la sonrisa, fresca, sencilla y saludable de todas las mañanas, rosa y dorada, por la cual no había jardín de flores, bajo el rocío del alba, comparable a su cara, o la fatiga, la desazón y el arrepentimiento envolverían en velo de ceniza sus antes puros párpados?

Aquella estancia, bañada en sol matinal, cruzada por la brisa que abanicaba mansamente las blancas cortinas de muselina de las abiertas ventanas, era como risueña antesala de un cándido paraíso. Marianiña, sentada en su camita, borrados de su rostro, por la caricia del agua con que acababan de lavotearla, los vestigios de la dolorosa brega nocturna, vestidita de limpio, cubierto el pobre cuerpecillo de escaroladas puntillas de entre cuyas alburas surgían las amarillas manos de esqueleto, y la cabeza, sólo fiebre de ojeras y

gruesas trenzas sombrías, atusadas y brillantes, acogió a Miguel con grandes exclamaciones de regocijo:

—¡Ay, Miguelillo! ¡Mira, por Dios, lo que tengo aquí! ¡Mira qué regalo más precioso acaban de hacerme!

Sobre el almidonado embozo de la sábana, apretujadas una contra otra en el exiguo regazo de la niña, una parejita de tórtolas abrían con espanto sus redondos ojillos y palpitaban azoradas al sentir la caricia de aquellos deditos huesudos.

—¡Mira qué lindas son!—seguía diciendo, embelesada, la niña—. ¡Qué plumaje tan bonito y suave! ¡Qué calor derraman estos cuerpos, que hasta pasa a través de las sábanas! ¡Cómo laten estos pechitos llenos de vida! ¡Mira, mira, tócalas! ¿A que nunca acariciaste nada tan dulce y blando? Estoy contentísima con ellas... ¿Sabes? Carmiña, que es tan buena, me las trajo esta mañana de regalo... Son nuevecitas... Crías de este año que aun no saben volar... Y mamá acaba de prometerme que me dejará que las tenga siempre conmigo, aquí, en el cuarto... Mira qué piquitos de rosa tienen... Y qué ojines más salados... Y estas alas tan grandes con estas plumas tan preciosas... Lo único malo es que me tienen miedo... No me tengáis miedo, ricas, que soy vuestra mamaíta... Os quiero cuanto se puede querer en este mundo... Nada deseaba yo tan-

to como criar una parejita de tórtolas... Así ya sabré lo que debo hacer con los hijitos que me nazcan en el Cielo.

La madre, que había entrado en silencio durante el monólogo de la niña, contemplaba con pálida sonrisa la alegría de la enferma, apoyando una mano en el hombro de Miguel. Lo atrajo a sí y lo besó:

—Y tú, ¿estás bien? ¿Ya se te pasó lo de anoche?

—Sí, por completo.

—Pues ven a tomar el desayuno—añadió la señora saliendo al pasillo.

Pero Marianiña detuvo a Miguel.

—¡Ay! ¡Es verdad! Cuéntame, cuéntame. ¿Qué tal ayer en casa de las cubanitas? ¿Quién había a comer? ¿Qué hicisteis? ¿Cómo estuvo la fiesta?

Miguel no tenía ganas de entrar en muchas explicaciones.

—¡Bah! Poca cosa... Unas gentes de la Coruña... Total, nada.

—¡Ay, qué soso! ¡Ni decir lo que vió sabe! Carmiña, mientras me lavaba, me contó una porción de cosas de la romería, que debió de estar como nunca de animada... Desde aquí estuvimos mamá y yo viendo los cohetes de luces... Y tú, como si ni en ella hubieras estado.

En aquel punto entraba Carmiña con la bandeja del desayuno de la enferma. Avanzaba len-

tamente, con solemne paso sacerdotal, por que no se vertiera el contenido de la taza, ojos deslumbradores de ingenua picardía, abiertas en sonrisas todas las flores del semblante.

—¿Qué le va a contar, señorita, si no tenía miradas más que para una sola persona?—dijo con sorna—. Iba por la fiesta sin ver nada más que la señorita que llevaba al lado. Mírelo, mírelo cómo se sofoca de que yo lo descubra.

Miguel ardía en silenciosa rabia. Si hubiera visto a la rapaza mustia y contrita, con dolorido aspecto, acaso la habría perdonado; pero la encontraba triunfal y radiante, toda fulgores de alegría: le resplandecían los ojos, las mejillas, los dientes, el cabello. Era como si su cabeza lanzara rayos de luz; también parecían brotar no se sabía qué aturdidores efluvios de su macizo cuerpo, fuerte y robusto, bajo la repleta blusa de percal y el delantal que se ceñía a la redondez del vientre y las caderas.

Por instantes crecía la ira de Miguel. Le horro-
rizaba como una profanación el que aquella indigna rapaza tratara con tal familiaridad a su hermana, hasta el punto de ir haciéndole tomar el desayuno, cucharada a cucharada, a fuerza de caricias, mimos y carantoñas. El contacto de aquellas manos innobles parecía que empañaba los fulgores de la santa inocencia de la moribunda. No debía consentirlo. Ahora, en el comedor, diríale a su madre lo que creía saber de Carmiña para

que la echara de casa. Eso es: echarla. Así la niña se libraría de aquel vil influjo, y él, aunque con el alma destrozada, recobraría la calma de que estaba tan necesitado. Sólo dejando de ver a la criatura turbadora podría ir recobrando él su equilibrio, descansar, dormir, gozar de la paz de su casa, volver a cultivar sus pensamientos y proyectos favoritos, que ahora eran espantados, como mariposas, por el revuelo de las faldas de aquella villana.

Temblando de ira, habíase acercado a la ventana, para que no se le leyeran en los ojos tales reflexiones.

—Pero ¿qué contemplas ahí, bobalicón?—díjole con risueña impaciencia su hermana—. Acércate a nosotras. Dinos algo.

—Díganos qué secretitos iba murmurando ayer en los oídos de aquella señorita que ponía una cara tan satisfecha de escucharlos—añadió zumbona la costurerilla.

—Le decía que erès una...—comenzó a barbotar Miguel fuera de sí.

Y para no acabar la frase, salió corriendo de la sala, en medio de las carcajadas de las dos muchachas.

Apenas un sorbo de café con leche tomó por desayuno, y aplazando para más tarde, en lucha su timidez con su furor, el revelar a su madre lo que creía saber de la conducta de Carmiña, descendió, en busca de paz, a los jardines, por la

gran escalinata de la terraza, cuyos sillares estaban ya templados por el jocundo sol de la mañana. Pero abajo, en la penumbra de las coníferas gigantes, reinaba todavía la nocturna frescura. En las aguas sombrías del estanque, transparentes y hondas, con fríos reflejos metálicos, flotaban, con tediosa indiferencia, varios peces dorados. Manteníanse largo tiempo inmóviles, como en éxtasis, apenas con un leve temblor en las flameantes gasas de sus aletas, al resbalar por ellas la caricia del agua. Miguel envidiaba la inmóvil felicidad de aquellos seres que, con ropajes de hoguera, llevaban en su pecho la calma glacial de las dormidas aguas, y tenía que confesarse que a él le ocurría justamente lo contrario.

Pasados los dieciochescos jardines geométricos, en un trozo de parque a la inglesa, de tiempo del abuelo, en medio de jugosa pradera cuajada de flores silvestres, alzábanse los restos de un arruinado cenador. Habíase hundido la techumbre, pero aun quedaban algunos pies derechos que sostenían una informe masa viciosísima de plantas trepadoras, rosales, jazmines, capuchinas, madre-selvas, clemátides, glicinas, pasionarias, campanillas, bignonias, encaramadas unas sobre otras en su ansia de conquistar la luz y el aire, dominando a sus compañeras en lucha terca y muda. Aquel viviente montón de vegetales, campo de batalla de lentas y despiadadas contiendas, que derramaba de sí raudales de aromas, parecía, bajo el sol

deslumbrante, pira gigantesca con llamaradas blancas, rojas, amarillas y azules, sobre la cual volaban vertiginosamente zumbadores torbellinos de insectos—afanosas abejas y frívolas mariposas—, chispas y humareda de aquel fingido incendio, entre el cálido temblor de la calina que lo envolvía todo.

Miguel, al descubrir como cosa nueva el cotidiano y vulgar espectáculo, dejóse caer en la linde de la soleada pradera, a la sombra de un árbol, y estuvo largo tiempo admirando el ardoroso surtidor de heterogéneos follajes y floraciones, luces, reflejos, colores, aromas—arroyo puesto en pie— que, chorreando densa vida, manaba como fuente en mitad del campo y se derramaba por todo él anegándolo en flores. Tan intensa energía vital parecía poseer la masa de plantas, que el zumbido de los millares de alas que palpitaban febrilmente en torno suyo semejaba ser el hervoroso fragor con que crecían y luchaban entre sí matas y frondas.

Aquella lozanía, aquella exuberancia, aquel mareante esplendor de vivientes energías, llevaron a Miguel, aunque procurara distraerse de ello, a volver a pensar en la costurerita. También Carmiña poseía la gallarda vitalidad embriagadora, el exceso de bríos, la avidez de gozar y expandirse, la regia suntuosidad de colores y formas de aquella maraña vegetal; también ella relucía, vibraba y palpitaba con la misma delirante fiebre

de vivir que entrelazaba, unas con otras, aquellas revueltas matas, hasta formar, con todas, aquella confusa colina de floridos afanes de eternización.

Y aun se le antojaba que la moza, por cuya sangre y nervios circulaban candentes estímulos iguales a los que cuajaban de flor aquellas matas, no era mucho más culpable que ellas si se dejaba llevar de tales impulsos. Anhelos de perpetuidad mugían en sus venas, centelleaban en sus ojos, trocaban en brasa su carne toda: las criaturas que podían llegar a existir merced a ella, clamaban impacientes por ser traídas a la vida, y el cuerpo de la moza se ofrecía a las caricias, derretido en dulzuras, como las nupciales fragancias, mieles y matices que atraían a los casamenteros insectos al cáliz de las flores.

Carmiña, pura naturaleza, quizás seguía sin reparo las leyes naturales; ebria de la plenitud de su propia pujanza, acaso abandonaba al amor sus hechizos, como las corolas se abrían a las mariposas. Pero, y aunque así fuera, ¿no residirá la verdadera dicha en esos rápidos instantes de loco embeleso, sin preparación ni consecuencias, sólo labrados por el providente azar que lleva de planta en planta el vuelo del abejorro? Si el americano de la noche había gozado de la rapaza—como se imaginaba el pobre Miguel con sospecha que le corroía el alma—, también él habría podido disfrutar secretamente de ella en la mohosa sole-

dad de alguna recatada estancia del pazo, o de noche, en la huerta, sobre el lecho de hierba de la madre tierra, cuando regresaba ella a su casa. Después, sin preocupación ni remordimientos, habría ido la zagala, si así se le antojaba, a repartir el pan de su cuerpo entre otros hambrientos, mientras él, feliz y satisfecho, claro y sereno el ánimo, apaciguadas las inquietudes de su carne, habría podido consagrarse a los estudios y trabajos que el turbio vaho de sus pasiones le había impedido realizar hasta entonces.

Y un vago proyecto de poema, lúgubre barca-rola que varias veces le había andado rondando por la cabeza, sin adquirir forma concreta, presentósele ahora con tal claridad, sonándole los versos al oído casi como si alguien se los cantara, que en un cuaderno que no había faltado en todo el verano de su bolsillo, aunque estuvieran casi por completo vírgenes sus páginas, fué anotando una serie de estrofas en las que muy poco tuvo que corregir y completar al llegar la hora de trasladarlas.

Por cenagosa laguna, al impulso de un remo que agita densas aguas sombrías en que jamás se espejaron arboles ni estrellas, avanza pausadamente la embarcación negra. Es de la muerte la disforme lancha, es la muerte el funesto remo. Al fondo de la barca, acongojados, trémulos, convulsos, temblando de frío y miedo, confusa

masa de lívidas carnes corrompidas y sudarios infectos—únicas claridades en aquel orbe de tinieblas—, se amontonan los muertos. Quéjense en voz baja, al lúgubre compás del remo, cantando su desilusión y desengaño: es un canto desesperado el suyo, cuyos sonos erizan los cabellos. Pero a veces lo interrumpen para suplicar con aullidos que cuajan la sangre en las venas:

—¡Devuélvenos a la vida que no hemos vivido y mátanos cuando estemos hartos de ella!

Y la cazorra sombra del barquero sonríe torvamente con su boca sin labios y sigue impulsando la barca por las glaciales y brumosas negras aguas sin término.

Son las sombras de los que fallecieron sin haber gozado de la vida; de los que, en aras de falsos y crueles principios éticos, renunciaron a las cálidas delicias que la tierra brinda a sus hijos; las vírgenes que yugularon con un voto la trémula fecundidad de sus entrañas; los que, por lograr abstractos e inalcanzables ideales, sacrificaron las embriagadoras alegrías que les había reservado la suerte... Ahora, en el confuso lago de nieblas y tinieblas por el que han de vagar eternamente, todos protestan con clamor desesperado, todos se arrepienten de su vana abstinencia, todos sienten la congojosa nostalgia de las risas no reídas, los labios no besados, el vino no bebido, las flores no deshojadas, la bendita porción de voluptuosidad—único consuelo a tanto

daño como lleva en sí la existencia—adjudicada a cada cual en su nacimiento y que han dejado mustiarse neciamente en el mísero rosal de su vida. Y considerada desde el glacial horror de las sombras eternas, no hay terrena dicha, por humilde que sea, que no adquiera incalculable valor y méritos. ¡Tanto goce perdido! ¡Tanta felicidad despreciada!

—¡Vuélvenos a la vida!—claman las muertas sombras, con lamentos que cuajan la sangre en las venas—, ¡vuélvenos a la vida y mátanos cuando estemos hartos de ella!

Y la cazorra sombra del barquero sonríe torvamente con su boca sin labios, y sigue impulsando la barca por glaciales y brumosas negras aguas sin término.

Echado bajo el árbol, como en un delirio, en medio de gorjeo de aves, chirriar de élitros, vuelos de mariposas, caricias de templada brisa y raudales de luz cegadora que convertía en deslumbradora gema cada una de las arenas del suelo y en minúsculos farolitos las florecillas de entre la hierba, Miguel fué anotando en el cuaderno, con febril escritura que ascendía por las páginas ansiosamente, los versos de su poema.

A mediodía, cuando entró en la alcoba de la enferma, iba aún como bajo el influjo de una embriaguez: ardía en el ansia de gozar de las más ardorosas dichas de la vida, y miraba a Carmi-

ña con aires de amo de serrallo, prometiéndose para muy pronto el festín de sus caricias... Quizá aquella noche misma... Y fuera de sí, respondía con petulante desparpajo a las bromas de la moza.

Pero poco le duró el arrebató. Durante la tarde, en busca de combustible para el incendio que le abrasaba el ánimo, acudió de nuevo al *Cantar* de Salomón y no tardó en comprender, en su lectura, que el espíritu que palpitaba en aquellos requiebros inmortales, que traspasaban el alma aun a través de los velos de varias sucesivas traducciones, no era el de unas torpes alegrías carnales, frívolas y fugaces, loco capricho de una hora, sino el del amor, grande, recio, indomable y eterno. "Yo para mi amado y el mi amado para mí", decía la Esposa: sólo para él, sólo para los deseos de uno solo, no como Carmiña, de quien Miguel había llegado a pensar que era para los deseos de todos.

Y aquel amor, único en sus fuegos, era lo que reclamaba con ansia el ánimo y el cuerpo de Miguel. Sus inquietudes no podían apaciguarse con adocenadas satisfacciones, como lo probaba aquella su vulgar aventura de una noche en la Coruña, que sólo amargura y desencanto había dejado en su espíritu. "Yo para mi amado y mi amado para mí." Sin aquel amor, total y permanente, toda relación entre los sexos es vileza y miseria. Que la carne sea sierva del amor, como

el cuerpo del espíritu, no ciega y arbitraria tirana que destruya a su antojo una vida entera; que la carne no apetezca otras alegrías sino las que broten de aquella pasión única y suprema. "Yo para mi amado y mi amado para mí." Algún día, en la vida de Miguel, habrá de llegar la fiesta de ese amor inmenso, sal de la tierra, consuelo de dolores, premio de afanes, corona de la existencia toda, y entonces, avergonzado y arrepentido, no querrá sentirse indigno de su compañera, elegida entre millares, por haber profanado bajamente, en viles satisfacciones, las augustas fuentes de la vida, sino merecer con su continencia aquel intacto tesoro de pureza que se le viene a los brazos, para perpetuar la humana prole.

INCIDENCIA. UNA VISITA

Ayer, al anochecer, pasado el día entero en brega con las cuartillas, cuando tenía ya la cabeza hecha un bombo, levantéme de la mesa de trabajo y salí de mi cuarto casi en sombras. Toda la tarde había estado solo en casa; habían salido todos.

Al volver a la habitación, andando sin ruido, con ese respeto que nos infunden la soledad y el crepúsculo, vílo de espaldas, inclinado sobre la mesa, leyendo ansiosamente mi manuscrito a la última luz violeta de la tarde.

—¡Ah! ¿Eres tú?—dijele desde la puerta, sin ningún asombro.

Volvióse trémulo y azorado, con ojos de espanto, buscando sitio por donde escapar.

—¡Ay! Usted perdone... No crea que soy un ladrón... Déjeme marchar... Creí que se había usted ido, como las otras tardes, y que no había nadie en casa.

—No te preocupes... Ya sé que otras veces has venido a curiosear en mis cuartillas porque, a mi regreso, las encontré puestas de otro modo

de como las había dejado, pero no te lo tomo a mal... Bien comprendo el interés que para ti tiene la historia de tu vida.

—¡Oh!, ¡tan grande!... Es preciso que usted lo sepa... Yo amaba con todo fervor la tras-vida. Soñaba con dejar, como reliquia de mi paso por la tierra, unas obras que llevaran memoria de mi nombre hasta las edades más remotas... Un cruel destino lo dispuso de otro modo, y ahora, prematuramente extinguido, la única esperanza de que no se pierda del todo mi recuerdo son estas páginas que usted escribe. ¡Gozo tanto con ellas! Páreceme que de nuevo se dilata mi pecho al aspirar las fragancias de aquel verano único y que el fuego de su sol templó mi pobre carne, haciendo circular por mis venas cálida corriente de oro.

—Sentirás con el libro lo que se te antoje, pero yo no estoy contento. ¡Es tan vulgar tu vida! ¡El señorito que se enamora de la criada guapa y frescachona! Esas aventuras ancilescas, más o menos decorosas, se dan todos los días sin que a nadie le importen. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Que te abarraganes con esa buena pájara de Carmiña? Y ¿para narrar un episodio tan ramplón y sin gracia me haces escribir todo un volumen?

—¡No se arrepienta, don Ramón, no se arrepienta! ¡Soy tan feliz al revivir las celestes congojas de entonces!

—Y por otra parte, como a ti, según dices, te divierte recordar esas cosas, que sólo para ti tie-

nen significación, ¡me haces llevar el relato a un paso tan monótono! ¡Con un ralenti tan intolerable! ¿Qué vale, para nadie, el consignar menudamente cada una de las dudas y vacilaciones, caídas y arrepentimientos que te llenaban el alma? ¡Al hecho, al hecho, sea el que fuere!

—¡Oh!, ¡por caridad! No me mande usted que acelere la marcha; déjeme que reviva todo morosamente y goce con el sabor de cada uno de los estados de mi conciencia de entonces, mordiendo la dorada pulpa del recuerdo, como aquel que, en vísperas de muerte, siente por última vez cómo se le funde entre el paladar y la lengua la fresca y fragante delicia de sazonada fruta del otoño.

—Pero ¿tú te imaginas que escribo para ti? ¿Tú crees que soy un servidor tuyo? ¿Supones que el gran esfuerzo de componer un libro se hace para regodeo del protagonista? Por mucho que te quiera, y no te negaré que en tantos meses de convivencia te he cobrado cariño, comprenderás que no voy a seguir sacrificándote mi tiempo. De modo que se acabaron las condescendencias: necesito que ocurran cosas. Sin perder momento, hay que modificar el ritmo de este relato, pues es imposible que siga siendo la crónica de tus vacilaciones.

—¡No vacilaré más, no vacilaré! ¡Ojalá no hubiera dejado de vacilar nunca, pues no me vería ahora donde me encuentro; gozaría de las incomparables dulzuras de la dulce vida y no tendría que contentarme con esas migajas de pseudoexistencia

que usted, a regañadientes, me otorga. Viviría ahora en la plena madurez de mis años y para nada necesitaría que me hiciera usted la limosna de prestarme un simulacro de realidad en las frías páginas de un libro.

Iba a contestarle airado, cuando sonó el timbre de la puerta. Salí a ver quién llamaba. Cuando volví a entrar en mi cuarto de trabajo, no estaba ya el visitante.

TONSURA

La niña perdía terreno a ojos vistas. Destrozada por insomnios y disnea, sudores y toses, apagados los ojos en el fondo de sus áridas cuencas, costábale ya trabajo alzarse de su cabezal y sólo hablaba con una cansada vocecilla, remota e indiferente. Apenas una piadosa broma de Carmiña conseguía provocar en sus amarillos labios la sombra de un destello de sonrisa; apenas el afanoso intento de las tortolicas, que abanicaban vanamente el aire, con sus alas cortadas, queriendo alzar el vuelo desde el regazo de su dueña, impulsábale a acariciarlas con sus deditos ya de puro hueso. Don Ramón, el médico, siempre que venía a verla partía con cada vez más dolorido semblante.

En toda la casa no se vivía ya más que para aquella lenta agonía. Amos y criados marchaban silenciosos por la melancolía de los vastos pasillos y salones, como si temieran tropezar a cada paso sabe Dios con qué funesta y despiadada potencia ultraterrena. Casi no había ya conversaciones a la mesa, como no fuera para hablar de la niña o instar al vecino a que comiera algo más. Los tres

comensales, la condesa, Miguel y el capellan, tenían siempre los ojos fijos en su plato, por no alzarlos al frontero semblante y descubrir en él las huellas del dolor. Si ya desde antes apenas se alimentaba la madre, también ahora don Juanito parecía sustentar del aire su corpachón gigante y casi nunca osaba soltar los robustos chorros de su vozarrón de órgano como por no quebrantar el fatídico silencio que iba apoderándose de la casa. Micaela, la oronda cocinera, no hacía ya el antiguo ruido, en su ajeteo de ir y venir por el comedor con fuentes y platos, como si hubiera perdido la rotunda seguridad de su marcha o si las tablas del piso se hubieran hecho menos sonoras.

También la furia de la pasión que combatía el pecho de Miguel había amainado: no andaba ya por el pazo buscando ocasión de tropezarse con Carmiña, ni cuando, sin proponérselo, la encontraba, se le iban ardientemente tras ella los ojos y el alma. La pena que le producía el estado de salud de su hermana llenaba el primer término de su conciencia y pareciale profanación abandonarse a devaneos eróticos cuando se consumía de aquel modo la inocente vida de la compañera de su infancia. Pero a veces, aun sin quererlo, se sorprendía murmurando en voz baja, con el más tierno acento, el nombre de la costurera: —¡Carmiña!, ¡mi Carmiña!—suspiraba. Y aunque en el cuarto de la enferma, al contrario de lo que había hecho en las semanas anteriores, apartando la vista de las

opulencias de la criatura rebotante de salud, sólo la fijaba en la demacración de la que se hallaba en la antesala de la muerte, después, a solas, tenía que confesarse que daría el alma por poder estrechar a su sabor entre los brazos aquel garrido cuerpo que, en su duelo, ni siquiera osaba mirar.

Marianiña se deshacía con acelerada prisa en aquellos sofocantes días de la segunda mitad de agosto. Una ahogada tosecilla (—Ni fuerzas para toser tiene—gemía su madre) sacudía sin cesar su pecho escuálido; fiebres y sudores alternaban para gastar hasta el agotamiento sus postreras fuerzas, y en torno a su semblante de cera, que se consumía y resecaba bajo la acción del mortal incendio interior, tendíase sobre la almohada la densa aureola de negros rizos, revueltos y rebeldes, única cosa que parecía conservar plena vida en su persona. La acaloraban, sofocaban y acongojaban, desprendidos a cada instante del peinado, cubriéndole medio rostro.

—Tanto pelo la mata—decía don Ramón, y varias veces había aconsejado que se lo cortaran.

Pero la condesa no se atrevía a privar a la pobre niña de aquel último encanto femenino.

Un ardiente día canicular llegó don Ramón a media tarde. A fuerza de calor, el cielo era una lámina de cristal esmerilado, pálido y neblinoso; los árboles del jardín alzaban sus ramas, fatigadas e inmóviles; en el silencio general, viento y pájaros

dormían la siesta entre las frondas. Y en la penumbra de su cuarto, entornadas las contraventanas y corridas las cortinas, la niña, bañada en sudor, respiraba anhelosamente en el perenne potro de su cama. A cada instante Carmiña tenía que enjugarle las gruesas gotas que le brotaban de entre el pelo y rodaban sobre la frente antes de ir a empapar camisa y almohada.

—¡Cómo suda, pobriña mía!—comentaba la moza, moviendo y aireando con piadosa mano aquella pesada corona de cabellos, enjugándole la transpiración y abanicándola—. ¡Si tiene la cabeza toda ensopada!

—Estás atormentando en vano a tu hija—comentó severamente el doctor—; no saldré hoy de aquí sin que se le haya cortado esa melena... Verás tú, Marianiña, te vamos a poner preciosa. Es lo más moderno. Ahora, en París, las más encoquetadas señoronas llevan el pelo rapado como chicos. Es el *dernier cri* del fin de *siècle*. Dicen que están como para comérselas. Y cuando te pongas buena vas a ser tú la que implante la moda en la Coruña. Vamos, vengan unas tijeras, y si me dejas, yo mismo te lo corto.

La niña sonreía pálidamente y no se opuso a ello. Entre su madre y Carmiña, armando un torreón de almohadas, la sentaron en la cama. Y el viejo médico, el fraternal amigo del abuelo, fué realizando la profanadora operación, con insegura mano. Deshechas las dos trenzas, largas y

gruesas, la masa sombría de cabellos se despararró sobre el lecho, envolviendo a la niña hasta hacerla invisible en medio de sus negras oleadas. Con unas tijeras de costura y un peine, don Ramón iba haciendo caer los densos bucles, que quedaban tendidos por la colcha o rodaban al suelo, de donde Carmiña los recogía religiosamente, colocándolos con todo esmero sobre un limpio paño.

—¡Qué pecado, qué pecado haber tenido tanto tiempo a esta criatura con esta carga de cabellos! ¡Si lo menos pesan media arroba!—comentaba el galeno, con los anteojos montados en la nariz, al tiempo de realizar su faena peluqueril, un poco torpemente, por la mala calidad de las tijeras—. Pareces Sansón en manos de una Dalila vieja y fea. Pareces un náufrago que ha pasado quince años en una isla desierta sin ir ni una sola vez a la barbería.

Así, entre bromas, fué dando cima a su tarea.

—Muy bien no quedan—dijo al terminar, alejándose un tanto para observar el conjunto de su obra—; ya traeré otro día unas tijeras de peluquero para quitar los escalones. Pero, así y todo, estás mucho más guapa que antes. Pareces una estudianta rusa. A tu madre, tan anticuada y reaccionaria la pobre, le salís los hijos modernistas. Tú, una revolucionaria de esas que llevan una bomba en la liga; y tu hermano, un poeta

lilial y lacrimoso, de los de melenas como ramas de sauce, que tañen su lira poniendo en blanco los ojos. Está usted servida, señorita. ¿No me das propina? Vaya por Dios, hija; haberme molestado tanto en hermosearte para que ni con un realillo me muestres tu agradecimiento.

Y desmintiendo con la acción su fingida alegría, clavó en la mejilla de la enferma un beso largo y apretado y salióse rápidamente del cuarto. Acompañólo la condesa.

Carmen arregló la cama de la enferma, púsole en orden almohadas y embozo y se sentó después junto al lecho, acariciando las manitas de la infeliz criatura. Como si el contacto con aquella cálida y palpitante robustez pudiera rehacer en algo sus fuerzas agotadas, gustábale a Mariana tener entre las suyas las manos sanas y fuertes, morenas y gordezuelas, de la costurera y trenzar entre sus dedos de muerta aquellos otros, vigorosos, que no se acobardaban ante ninguno de los trabajos del mundo.

—¿Está cansada, mi señoritiña?—inquiría Carmen con voz halagadora.

—No. Poca cosa...—musitaba la otra, derribada sobre la almohada y entornados los ojos. Pero no tardó en abrirlos, venciendo su fatiga—. Mira, hazme un favor, Carmiña... Tráeme el espejo. Quiero verme así, sin pelo.

—Ahora descanse y ya se verá después, mi señorita.

—No... Ahora... Anda...—suplicaba, impaciente, Marianiña.

Y la otra le llevó el espejo de mano, ante el cual, todos los días, la peinaba.

La niña se incorporó en la cama, y poniendo el cristal en sus rodillas se estuvo mirando largo rato volviendo la cabeza a uno y otro lado. Nada decía, pero hubo un momento en que los ojos se le llenaron de lágrimas. Después, consumidas sus fuerzas o abandonándose al destino, dejóse caer otra vez sobre la almohada. Carmiña, a punto de llorar también, no encontraba voz ni para balbucir una palabra. Por fin murmuró:

—No se gusta así, mi señoritiña; pues le está muy preciosa y ya verá cómo de ese modo no le sofocan las almohadas.

—¡Qué más da!... ¡Qué importa ya todo!—repuso la enferma con indiferencia letárgica.

Temblorosa la mano, luchando consigo misma para poder pronunciar unas animadoras frases, recogió el espejo Carmiña. Pero al hacerlo, fijos los ojos en el apagado semblante de la enferma, resbalóle el cristal de entre los dedos y fué a chocar contra el borde del asiento que solía ocupar ella junto a la cama, y se rompió en mil pedruzcos.

—¡Ay, Jesús! ¿Qué he hecho?—suspiró, angustiada, la costurera.

Pero la enfermita, alzando apenas sus densos y amoratados párpados, repuso heladamente:

—Nada te importe... ¡Para las veces que había de mirarme ya en él!

Y mientras Carmen apenas conseguía ahogar un sollozo, Marianiña, cerrados los ojos, alejada ya de todo, internábase lánguidamente por sus misteriosos palacios de quimera.

PRESAGIOS

Claro que delante de la condesa, y aun de su hijo, nadie osaba decir palabra de aquello. Los señores, ya se sabe, por tener dinero se figuran que entienden de todo y tratan de ignorantes a los que creen en lo que ellos desconocen. Pero en las conversaciones de la cocina, a solas Micaela, Colás y Carmiña, o con algún visitante de la aldea, poseídos los interlocutores de un sabroso espeluzno, no trataban de otro tema, con voz recelosa. La muerte andaba rondando en torno al pazo; era seguro.

De una parte, no era ya posible, por las noches, dejar sueltos a los perros, sino que había que encerrarlos en la bodega más remota: habían dado en irse a aullar en torno al palacio, con unos crispadores alaridos, lentos y lúgubres, que erizaban los cabellos del cuerpo del que los oyera y le dejaban sin aliento al tiempo que su corazón rompía a latir a todo galope.

Además, dentro de la casa también ocurrían fenómenos inexplicables. Aquel luctuoso lamento indefinible que Miguel había creído oír una no-

che, al entrar en su cuarto, en la parte más solitaria del caserón, también fué oído después por otras personas: cuajada de sudor angustioso, dando diente con diente entre las sábanas, por dos veces, desde su cama, habíalo escuchado Micaela. Era un quejido informe, que no tenía en sí nada de humano. Por otro lado, ¿cómo fué que una noche rompió a marchar solo el reloj de un gabinete donde no entraba alma viviente? Llevaba parado no se sabía cuántos años; nunca lo había visto andando nadie. La propia Micaela, que dormía en la guardilla, encima de aquel cuarto, fué quien oyó, con asombro, su nunca oído timbre, ingenuo y claro, batiendo las campanadas de las doce. No fué capaz de volver a dormirse y escuchó las doce y media, la una, las dos... Hasta le parecía percibir, a través del piso, los latidos de la péndola. Y que no había soñado probóselo, al día siguiente, el que aquel reloj, que siempre había marcado las once y media, señalaba ahora las dos y cuarto. Creyó morir de pánico. También había ruidos incomprensibles por la casa. En medio de las sombras, oíanse abrir las puertas de habitaciones donde nunca iba nadie; había algo como aleteos, soplos y murmullos por las tinieblas de antesalas y escaleras; en la soledad, crujían los asientos como si en ellos se sentara alguien y las tablas del piso como si alguien las pisara. Gentes de la aldea, al volver tarde a casa, creían haber visto una procesión de cirios

marchando lentamente de ventana en ventana por los no usados salones del pazo...

Una noche, Colás, que había bajado para encerrar las gallinas, cosa que había olvidado hacer antes, volvió a subir a la cocina, lívido y tembloroso. Por más que le preguntaran Micaela y Carmiña—que ya entonces se había quedado a vivir como criada en el pazo—, no confesaba que le hubiera ocurrido nada. Pero apenas tenía voz para negarlo, y no quiso cenar, ni encendió después su apestosa tagarnina de todas las sobremeras. Cuando ya nada le preguntaban las mujeres, acabó por confesarlo. También él había visto una luz extraña en la dilatada tiniebla de las bodegas. Amarilla y derecha como llama de vela, avanzaba despacio a media altura, como si un ser invisible la llevara en la mano.

—¡Ay, Sagrado Corazón!—gemían ahogadamente vieja y moza—. ¡Va a morir Marianiña y ya vienen las almas a buscarla!

Cortado en sollozos, los tres se enhebraron en los dieces de un rosario murmurando en voz baja. Allá en lo hondo, en la profunda entraña de los sótanos, parecían sonar los crispadores aúlos de los canes.

AGRAVACION

Era el anochecer y el cuarto estaba ya casi en sombras. Sólo del ocaso llegaban unos resplandores cárdenos que producían vagos reflejos dorados en las aristas de los muebles y derramaban por la estancia incierto y fosco vislumbre de fuego. La niña, con la mano de Carmen entre las suyas, oía plácidamente las historias aldeanas que, en voz baja, iba refiriéndole la rapaza. Pero de pronto se alzó con violencia de la almohada; llena de terror, llevóse las manos a la garganta, dilatados los ojos, rojo el semblante, abierta la boca como para lanzar un grito que no lograba arrancar de sus entrañas.

—¡Ay, Jesús! ¿Qué tiene?—clamó Carmiña, acudiendo presurosa a sostenerla.

Y de los labios de Marianiña, en medio de un convulsivo golpe de tos, brotó una bocanada de sangre roja, cálida, borbotante, que se derramó por la impoluta albura de la colcha y las sábanas. La costurerilla, aturdida y acongojada, toda ayes y sollozos, no sabiendo qué hacer, abrazaba y besaba a la enfermita, empapándose la blanca

blusa con el bermejo líquido, que, a cada golpe de tos, como de profunda herida, manaba de labios de la niña.

Llegó la condesa, y Micaela tras ella. La dama se hizo al instante dueña de la situación, y cortando con imperioso gesto las plañideras exclamaciones de ambas sirvientas dispuso en voz baja, con acento breve, cuanto se debía hacer. Carmiña, a mudarse a todo escape; Micaela y ella cambiarían las ropas del lecho de la enferma para que no se asustara ésta al ver la sangre. Acaso no la había visto todavía, pues cerrados los ojos, lívida y agotada, yacía sobre su cabezal, sin otro indicio de vida que el débil gorgoteo que sonaba en su pecho. Pero en un momento en que la madre se inclinó sobre ella para ponerle bien las almohadas, echóle los brazos al cuello con desusada fuerza, atrajo el rostro materno contra el suyo, y, deshecha en llanto, murmuró entre besos ardorosos:

—¡Quiero vivir, mamá, quiero vivir!... ¡No dejes que me muera!

Entonces no pudo ya dominarse la señora y rompió a llorar abrazada a su hija. Mas, aun entre sus congojas, encontraba fuerzas para procurar dar ánimos a la enfermita:

—Cálmate, hijiña mía...—decíale, en sus caricias—. ¿Quién habla de morirse? Si esto no vale nada.

Carmiña, con su blusa ensangrentada, trémula

de sollozos, tropezóse con Miguel en el pasillo tenebroso.

—¡Ay, Migueliño!—suspiró—. ¡Tu hermana se nos muere!

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?—interrogó Miguel con repentina ansiedad.

—Corre, corre... No sé si la encontrarás con vida... Le dió un grandísimo vómito de sangre...

Miguel voló hacia el dormitorio, sin que ninguno de los dos reparara en que la moza lo estaba tuteando.

Junto al lecho, entre las sombras vagamente doradas todavía por el incendio del ocaso, descubrió Miguel la figura de su madre, postrada en tierra, que apretaba contra su pecho una de las manos de la niña, y observaba, con su vida entera en ojos y oídos, aquel alentar, arduo y acongojado, que alzaba y deprimía con trabajoso esfuerzo el esqueletado pecho de la enfermita, surgiendo ruidosamente por los entreabiertos labios abrasados, con un tremendo silbo, como de serpiente. Era lo único que parecía vivir en aquella criatura ya deshecha, cuya cabeza y brazos yacían caídos sobre el lecho con inmovilidad y abandono de cadáver.

A Miguel, apoyado en un hombro de su madre para mirar ansiosamente, por encima de ella, a Marianiña, punzábale el alma el espectáculo de aquella rendida quietud casi inconsciente y aquel

violento respirar ahogado, cada uno de cuyos excesivos movimientos parecía nacer de dolorido impulso. Y el rostro semiadormecido, largo, afilado, contraído, sólo pliegues y ojeras, pálidamente modelado entre las sombras, era máscara de lastimero anhelo. Sólo vivía para respirar, y en hacerlo gastaba toda su energía.

Y poco a poco, Miguel, aunque procurara defenderse de tal idea, pero forzado, a su pesar, a abandonarse a ella, fué imaginando el instante en que se cortara para siempre el fluir de aquel desmayado aliento y en lo que vendría después: la nena inmóvil, con las manitas de cera cruzadas sobre el pecho, metida en su blanco ataúd rodeada de las primeras tristes flores del otoño; el féretro, cerrado y clavado, conducido al cementerio en medio de todas las gentes de la aldea; uno de los horribles nichos del panteón de familia famélicamente abierto para tragarse la cajita de nieve... Tales imágenes provocaban en su pecho un movimiento físico de repugnancia y horror. No, no... ¡Ay, Dios mío! ¡que no se muera! ¡que no se muera!

La niña abrió los párpados.

—¿Por qué no encendéis luz?

—Ahora mismo—dijo presurosa la madre, levantándose con rapidez como si se viera libre de una gran carga—. Temí que te molestara.

—No, no. Quiero veros.

Y de aquel modo quedó rota la cadena de fu-

nestos encantos con que la muerte los tenía a los tres aprisionados en lo hondo de las tinieblas vesperales.

Aquella noche sólo Miguel, Colás y don Juanito se acostaron en el pazo. La señora y Carmiña la pasaron entera al lado de la enferma, cogiéndole las manos, temerosas de que se repitiera el vómito. Pero la niña, aunque a cada rato despertara pidiendo ansiosamente de beber, al instante volvía a quedarse adormilada, y, en su sueño, respiraba con un aliento mucho más fácil y pacífico que el de la tarde. La condesa, aun sin querer abandonarse a ello, comenzaba a concebir cierta vaga esperanza. Acaso la pérdida de su hija no fuera tan inminente como lo había creído aquella tarde; acaso Dios le dejara el consuelo de seguir algún tiempo más cuidándola. Así lo pedía sin cesar en sus acongojadas plegarias. ¡Quién sabe si el Señor querría hacer un milagro!

Pero don Ramón, avisado por un propio y que llegó antes de las siete de la mañana, no le dejó terreno alguno en que pudiera plantar la ilusión más tenue y pálida. Marianiña estaba gravísima. Habíase llegado al desenlace que el facultativo estaba temiendo desde hacía varias semanas. No podría sobrevivir a otra hemoptisis, y, por desdicha, tendría que presentarse.

La dama, rígida, severa, grave, con rostro en que ni un solo temblor acusaba sus íntimos dolores, oyóle sin una exclamación ni una lágrima.

—Entonces no puedo retrasar el prepararla—
fué su solo comentario.

Don Ramón protestó airado. ¿A qué atormentar con esas horribles cosas lúgubres los últimos instantes de una pobre niña, más buena, limpia y pura que las rosas del jardín, que se iba del mundo sin haber encontrado en él más que dolores? Bastante la habían atormentado ya sus sufrimientos; ¿por qué no dejarla que se extinguiera en toda paz, ignorando el trance en que se hallaba?

La condesa, aunque él, rojo de furia, con vana cólera de anciano, le amenazara con marcharse y no volver jamás a su casa, mantuvo su determinación con inflexible fuerza.

—A usted, don Ramón—díjole gravemente—, lo quiero como a un padre y le respeto y obedezco como usted se merece; pero, desgraciadamente, en las cosas de Dios usted es más ciego que los paganos, y acerca de ellas no puedo hacerle caso. No pasa día sin que le pida al Señor, que ha querido concederle a usted tantas luces, que le dé también las de la fe para que sea usted perfecto y llegue a poseer también lo único que le falta.

Hablaban en el asoleado comedor, que abría sus ventanas hacia la ría, mientras el médico tomaba un sorbo de chocolate.

La señora, dejándole que desahogara con Miguel su vana cólera, fuese al cuarto de la niña,

y, antes de entrar, logró componer su rostro en forma que luciera en él una sonrisa ya olvidada.

—Nenita mía—díjole, entre besos, a la enferma—, ya sabes que hoy es la Virgen de Septiembre, la Natividad de Nuestra Señora, y yo quisiera que en este día tú y yo hiciéramos algo que fuera grato a nuestra Madre del Cielo. Si estuviéramos las dos buenas, iríamos a la iglesia, nos confesaríamos y recibiríamos al Señor. Ya que no puedes tú ir a su casa, ¿quieres que venga él a visitarte? ¿Quieres que don Juan te lo traiga a tu camita? Yo comulgaré también contigo y ambas pediremos a Dios que se apiade de tus males y te devuelva la salud.

La niña la escuchaba como esforzándose por comprender sus palabras. Replicó, por último, con acento alarmado:

—Pero ¿estoy tan enferma, mamá, estoy para morirme?

—¡Qué disparate, hijiña! ¿Quién piensa en tal cosa?—respondió la madre, acariciándole los tonsurados cabellos.

—Es que esta noche soñé que me moría... Y no quiero, ¿sabes, mamá? No quiero, no quiero...—y rompió a llorar con pacífico desconsuelo.

La madre, de rodillas al pie de la cama, atrajo al tibio nido de su pecho la pobre cabecita de la moribunda.

—Vamos, no has de ser bobiña, nena mía. ¿No

te acuerdas de que siempre comulgué el día de la Virgen? ¿No te acuerdas de que es el aniversario del abuelo? Pues este año quiero que comulgues tú conmigo, ya que estás lo bastante buena para poder hacerlo. Es eso; sólo eso... No llores más, tontaña mía rica. Ya verás cómo después que comulgues y le pidas conmigo a la Virgen que no te desampare, has de encontrarte mejor. Si casi no estás enferma más que de mimo. Don Ramón, que te quiere tanto, me lo decía ahora en el comedor. Vamos, decídetе, ¿quieres que don Juan te confiese y te traiga al Señor?

La niña, feliz del agasajo de los brazos maternos, sintiendo entre ellos todas las delicias de la vida, respondió como en sueños:

—Bueno, mamá, lo que tú quieras. ¡Si así he de sanar!

—Claro que has de sanar, hijiña de mi alma. Mira, fíjate bien: si estuvieras muy enferma, ¿te parece a ti que yo, que tanto te quiero, estaría tan tranquila y contenta como estoy? ¡Si hasta me río, mi tortolita adorada!

Y la infeliz señora, con fuerzas que encontraba no sabía dónde, se reía con cortas risadas, cuyo son le destrozaba el alma.

Pero surgió entonces una dificultad con que la condesa no había contado: era imposible que la confesión corriera a cargo del capellán. Descompuesto y bañado en lágrimas el rudo semblante, caído como materia inerte en un sillón del que

no lograba alzar su cuerpo desmesurado, lamentábase, entre balbuceos y sollozos, de no servir para nada en aquel trance. ¡No podía ser! No lograría pronunciar las palabras de la absolución sin romper a llorar con desesperado llanto, ni llevarle a la enfermita la Sagrada Forma con sus temblonas manos. ¿Cómo iba a prepararla para una resignada muerte, si a él le parecía el colmo de la monstruosidad, Dios se lo perdonara, que llegara a darse tal caso? Y era inútil que procurara copiar el ejemplo de fortaleza que daba la señora condesa, para quien aquel golpe cruelísimo tenía que ser mil veces más doloroso que para él, porque a los santos se les admira y venera, pero los pobres pecadores no logran imitarlos.

Hubo que ir a buscar al cura de la parroquia, y, como día de fiesta, eran casi las doce cuando pudo presentarse.

Entretanto, dirigidos por la condesa, que procuraba que todo fuera hecho con el mayor silencio, algunos servidores de la casa, que al punto se habían presentado al saber el inmediato peligro que corría la vida de la nena, traían de los salones consolas y mesas, para hacer mayor, por uno y otro lado, el altarcito del cuarto de la enferma. Micaela cubría el conjunto con antiguos damascos; Carmiña y otras mozas, armadas de tijeras y cestas, recorrían el jardín para cortar cuantas flores hubiera abiertas. No quería la condesa que quedara planta alguna que no rindiera

su tributo al Señor la última vez en que iba a ser recibido por su hijita.

Miguel acompañaba algunos ratos al médico, que, encerrado en el gabinete más remoto, fumando cigarro tras cigarro, protestaba, cada vez con mayor enojo, de la barbarie de martirizar de aquel modo a la niña. Pero después, en su impaciente aturdimiento, íbase el mozo de un lado a otro por la casa, queriendo ayudar en algo a su madre, que todo lo disponía y para todo tenía cabeza, a pesar de su aniquilador sufrimiento. En un pasillo tropezó Miguel con la procesión de Carmiña y las otras rapazas, que, tímidas, sofocadas, encendidas, presurosas, con cestas de flores en la cabeza y lleno de flores el enfaldo de sus sayas, al avanzar por la fúnebre casa, en que ya palpitaba la presencia de la inminente destructora, esparcían las fragancias de una tardía primavera.

—¿Vino ya el párroco?—preguntó Carmiña a Miguel cuando se cruzaron.

—Todavía no.

—¡Ah, aún tenemos tiempo entonces!

Depositaron en el suelo de la cocina su perfumado cargamento de rosas, magnolias, margaritas, ásteres, dalias, hortensias, azucenas de San Francisco, jazmines, madreselvas, formando una montaña, y, guiadas por Carmiña, para quien no había secretos en el pazo, fueron recogiendo, en gabinetes y salones, cuantos floreros de todo tamaño había en la casa para decorar con ellos el altar

improvisado. Agotada la existencia de jarrones, dispusieron en cestos y canastillas sus floridos haces.

Por fin llegó el señor cura, grueso, fofo y sudoroso, y fué conducido al cuarto de la enfermita. La condesa y Miguel esperaron impacientes, en el pasillo, junto a la entornada puerta. Oíase el grave mosconeo de la voz del eclesiástico, y a veces, entre su bronco barbotar, el hilo debilísimo de la de Marianiña. No tardó en salir el clérigo, más fatigoso aún que cuando había llegado, mezclándose sudor y lágrimas en los sebosos surcos de sus mejillas blandas.

—Es un ángel, señora condesa, un angelito que bien pronto estará pidiendo por todos nosotros junto al trono del Señor—balbucía el sacerdote, casi ahogándose de emoción, al ir hacia la escalera, por salas y pasillos, acompañado de la condesa y su hijo—. En vez de compadecerla, debemos envidiar su suerte, ya que se va de este vil mundo sin sospechar lo que sea pecado, tan pura como la más blanca mariposa.

La madre cortó tales reflexiones para volverse rápidamente al cuarto de la niña, dejando que el párroco, junto con don Juanito, que ya había logrado vencer un tanto su emoción, tomara las disposiciones necesarias para traer el Viático a la moribunda. La condesa encontróla serena y sonriente, con un aire de alegría que no había tenido desde muchos días antes.

—Ya te he dado gusto. Ya estarás contenta, mamá mía—pió la criaturita, tratando de tenderle los brazos.

—¿No he de estarlo? ¡Claro que lo estoy, mi hijita adorada!—respondió la madre estrechándose contra ella y acercando cuanto le fué dado su rostro al de la enferma, para que no viera cómo rodaba su llanto—. ¡Eres más rica! ¡Más buena!

Habíase borrado por completo la austera severidad de la condesa. Su alma entera no era más que un hervidero de amor y congojas, y sabía encontrar tiernas palabras infantiles para hablar con su hijita, que apenas se concebían en sus graves labios.

—Tenías razón, mamá, cuando me prometías que había de ponerme buena la Virgen. Ya estoy mucho mejor y estaré bien del todo después de comulgar. ¡Tengo una alegría, una alegría tan grande!... Pero mira, mamá, el señor cura me dijo que te pida perdón por las veces que he sido mala para ti, que me he puesto pesada y fastidiosa, que te he desobedecido...

—¡Mi gloria! ¡Hija del alma!—gemía la condesa entre ardorosas caricias.

—Di, mamá, ¿me perdonas?

—Pero ¿qué he de perdonarte yo a ti, santita mía?

—Los disgustos que te he dado, mamáña.

—¡Hija del alma! ¡Mi vida!

—También a Miguel y Carmiña, don Juanito, Colás y Micaela quiero pedirles perdón...

En toda la casa aumentaba por momentos el bureo. Tendían alfombras por la escalera, por las salas y pasillos por donde había de pasar la comitiva. El portal y el patio, desde la carretera, era tapizado con tallos de juncia e hinojo y flores deshojadas. Entre la condesa, Carmiña y Micaela, con grandes precauciones para no fatigar a la enferma, le mudaron la cama, poniéndole las sábanas y almohadas más lujosas, llenas de encajes y bordados, que pudieron hallar en los profundos y olorosos armarios de antigua ropa blanca; tendieron después sobre el lecho una pesada colcha de rojo brocado, que sólo en solemnes ocasiones, muertes o matrimonios, habría sido empleada.

La niña permanecía con cerrados ojos, para no marearse, y una sonrisa de felicidad estampada en sus labios exangües. Habíale pedido perdón a Carmen en medio de un diluvio de besos; había-selo pedido a Micaela, que nada logró responderle, ahogada en sollozos; a Colás, trémulo y confuso, a quien, de puro emocionado, al besar la mano de la niña por no osar hacerlo en el rostro con sus broncas barbazas, costóle gran esfuerzo no soltar una terrible palabrota...

Ya estaba todo preparado y sonaban a lo lejos, en el cálido mediodía de oro, las campanas de la iglesia anunciando que había salido el Viático.

El cuarto de la enfermita manteníase en dulce penumbra, saturado de fragancias de flores y lleno del rumor de las abejas que entraban por las entornadas ventanas al reclamo de los dulces aromas allí aprisionados. Y aquella suntuosidad florida, aquellos argentinos brillos de los encendidos candelabros, aquella riqueza de tapices y jarrones, damascos, encajes y bordados, chocaban rudamente con el aire cadavérico de la pobre inocente, lívida y amarilla, que respiraba con angustia moviendo ansiosamente sus resecos labios entreabiertos, en medio de la lujosa nevada de puntillas que le cubría la cama.

No tardaría el Señor. Carmiña, a solas con la enferma, sentada en su habitual sillita baja junto a la cama, acariciábale lentamente los dedos. Marianiña quería estar siempre teniendo entre las suyas alguna mano amada. El contacto con aquella carne, tibia y palpitante, parecía reanimar sus últimos bríos: era como si tuviera miedo a la gran tiniebla que la esperaba y quisiera penetrar en ella protegida y guiada por amigas caricias, o retrasar el tremendo instante, agarrándose a algún querido ser viviente.

Miguel entró de puntillas. Entreabrió los ojos la enfermita.

—Ven, Miguel. ¿Me perdonas todo lo malo que te he hecho?

—¡Si nunca me hiciste nada malo!

—Pero ¿me perdonas?

—Ya lo creo, nenita mía.

—Pues ponte aquí a mi lado. Dame un beso...
La mano...

Miguel se arrodilló junto a Carmiña, la cual hizo ademán de querer retirarse.

—No, no; no te vayas—dijo la niña, estrechándole los dedos—. Quiero teneros a los dos junto a mí. Así... agarrando vuestras manos... Y ahora, miraros como os miráis cuando creéis que no os ve nadie... Con todo cariño, con toda el alma... Pensáis que yo no lo sé, pero yo sé muchísimas cosas, muchas más de las que puede sospechar nadie, y yo sé que vosotros os queréis cuanto pueden quererse dos criaturas humanas.

—Por Dios, señoritiña—murmuró la moza sofocada, queriendo marcharse.

—¿Qué cosas se te ocurren?—balbució Miguel todo confuso.

—No me lo neguéis... A fuerza de cavilar en mis noches sin sueño llegué a verlo más claro que la luz de la mañana. Os queréis con todo cariño, y esa es mi única alegría. ¡Me hace tan feliz ver cómo os miráis!... Miraos ahora... Así... Mucho tiempo... Con los ojos en los ojos y apretándoos la mano.

Azorados los dos, sin saber lo que hacían, no apartaban una de otra sus miradas. Y la mano de la niña, glacial y flaca, mantenía unidos sus dedos, como el poder de un destino que viniera a decidir de sus vidas desde más allá del sepulcro.

Prosiguió la moribunda:

—Quereos así siempre... En memoria mía, que-
reos como os estáis queriendo en este instante.

Nada acertaban a replicar los aturdidos mozos, cuando se abrió la puerta y apareció la trágica figura de la madre. En lo profundo de la casa sonaba gozoso repiqueteo de clara campanilla y rumores de gentes que avanzaban arrastrando los pies y rezando en voz baja.

AGONÍA

La tarde, la noche, la mañana arrastraron pesadamente sus lentos minutos, medidos por el medroso reloj del acongojador aliento de la niña. Después de mediodía, a las cuarenta y dos horas del primer ataque, presentóse nueva hemoptisis que pareció agotar por completo los últimos chisporroteos de la llamita tenue de aquella existencia, pero quedó también cortado el derrame de sangre, ya no tan copioso, y la enfermita tornó a su respirar fatigado. No abría los ojos, ni después del vómito había vuelto a decir una palabra, limitada su vida a aquel angustioso resuello que parecía terminado a cada instante y que, sin embargo, siempre tornaba a lanzar de nuevo sus atormentadores soplos de fuelle descompuesto.

Fué avanzando la tercera noche después de la agravación, y, en previsión de próximo desenlace, nadie se había acostado en el pazo. La condesa y Carmiña permanecían junto al lecho de la agonizante, la cual, entre sus estertores, aun les estrechaba amorosamente las manos entre sus dedos gla-

ciales. Micaela y Colás, en la cocina con otros caseros y servidores; don Ramón y don Juan en una salita, en sendos sillones: la común pena creaba entre ellos lazos de simpatía y cambiaban breves palabras en voz baja, entre chupada y chupada a sus siempre renovados pitillos. A veces uno de ellos se levantaba para ver qué ocurría en el cuarto de la enferma. Era conmovedor observar los esfuerzos que hacía el gigantesco capellán para avanzar sin ruido por pasillos y salones; pero, por más que hiciera, siempre iba a asentar el pie en la tabla del piso que crujía más rudamente y no acertaba a entornar una puerta sin que resonara un portazo que pareciera sacudir toda la casa. Con religioso respeto se asomaba al cuarto de Marianiña, que estaba casi a oscuras, sólo alumbrado por una vacilante lamparilla, abiertas las ventanas para que no le faltara a la pobre niña el consuelo del fresco aire de la noche. La condesa, con aquella su serenidad y fortaleza que le permitía afrontar sin desmayo los más grandes dolores, permanecía al lado de la cama, sentada en una silla baja; estrechaba la mano de su hijita y, de cuando en cuando, dábale aire con un abanico y le limpiaba las gotas de sudor que resbalaban por su frente descarnada. Carmiña, con ojos soñolientos, envuelta en negro mantón, permanecía inmóvil a los pies de la cama.

—Ve a acostarte, hija mía—decíale alguna vez

la condesa—; no comprendo cómo tienes ya cuerpo para tanto.

—Perdóneme, señora—replicaba la moza—. Déjeme estar aquí acompañando a mi pobre Marianiña.

Miguel, algo más lejos, al otro lado de la cama, contemplaba desde su asiento, con ojos de pasmo, el uniforme y lento desarrollo del trágico espectáculo. En el universal silencio, la respiración de la moribunda semejaba aturdidor estruendo gigante. El tenue resplandor de la mariposa, estremecido a veces por una ráfaga de aire que agitaba las cortinas de las ventanas, hacía danzar lúgubrementemente sobre la pantalla del muro las borrosas sombras de la condesa y de Carmen, martirizándolas en contorsiones de mal sueño.

—¿Por qué no te vas a la cama, Miguel?—sugería la madre.

—No, mamá; déjame.

Contemplaba con angustia el perfil de la niña, recortado por los danzantes reflejos de la lamparilla sobre la general penumbra de la sala. Apenas quedaba nada ya de la criatura a quien él había acariciado tantas veces y con quien, en su niñez, había reído y jugado tanto. La nariz, entre las sumidas mejillas, era aguzado sable; los ojos habíanse perdido en la espelunca de las cuencas, bajo la frente de sienes tajantes; la entreabierta boca, con la reseca línea sutil de sus labios, no era más que dolorosa mueca de esfuerzo y de fatiga. En

toda la cara, en que ya estaba grabado el fosco sello de la muerte, pintábase el cansancio abrumador de la inmensa tarea de lograr que tras cada espiración volviera otra vez a llenarse de aire la caja del pecho. Miguel observaba aquel combate, con consciente dolor, y quería imprimir profundamente en su memoria la postrer imagen de su hermanita para que fuera eterna en él. Por verla mejor, alzóse de su silla y púsose a los pies de la cama, al lado de Carmiña. Bajo la colcha, apenas abultaban, en tenues ondulaciones, los descarnados miembros de la niña; sus manos angustiadas rechazaban el embozo de las sábanas, que parecían pesar sobre su busto, y, en medio de las puntillas de la entreabierta camisa de dormir, veíase el acongojante esfuerzo del pecho por renovar su provisión de aire, lo mismo que el acelerado palpitar de las arterias entre las lastimeras cuerdas del cuello.

—Vete a descansar, Miguel—suplica la madre.

—Déjame, mamá, déjame.

Llégase después a la ventana. En la dulce noche otoñal, el cielo todo es un ardoroso temblor de luceros. Las sombras fragantes del jardín estremécense, cargadas de susurros. Llega, no se sabe de dónde, la repetida queja doliente de un ave nocturna. Y el chorro de la fuente, que se oye desde allí con más fuerza que desde el cuarto de Miguel, suena en sus oídos como lamento de las cosas ante la rígida necesidad que gobierna su

suerte: sin instante de paz ni de reposo, arrebatadas por invencible destino, ruedan hasta el mar las aguas, desde las cimas de los lejanos montes. "Nuestras vidas son los ríos"—dícese Miguel—, y así como nuestro cuerpo marcha hacia la muerte, arrebatado por la necesidad, sin que en forma alguna podamos oponernos a su carrera, ¿no se despeñará también fatalmente nuestra alma, por la cascada de deseos y pasiones, aun en aquello en que creemos ser más libres?

Pasada la media noche, don Ramón viene a buscar a la condesa para obligarle a que tome una taza de café y algunos bizcochos. La señora se resiste; párecele un crimen ocuparse de su persona, apartarse un momento del lecho donde lidia su último combate su malograda niña. Pero tales cosas acierta a barbotar el anciano, hablándole al oído, que la dama acaba por levantarse, y, después de contemplar algún tiempo el semblante de su hija, sale de la habitación apoyada en el brazo de su paternal amigo.

Carmen y Miguel quedan solos en la penumbrosa estancia, que vibra toda con el fatídico alentar de la agonizante. Carmen ocupa el asiento de la madre, coge una de las glaciales manos de la niña, que aun oprime débilmente la suya, como en señal de adiós, desde las remotas regiones indecisas que recorre su espíritu. Miguel se queda a los pies del lecho, mirándolas a ambas. Pero, por más que procura huir de ello, sus ojos, en su cansancio,

tanto como a la moribunda contemplan a la viva. Del jardín ascienden fecundas oleadas aromáticas que le llenan el pecho de anhelos y suspiros; la blanda brisa nocturna del otoño acarícialo el ardoroso semblante. Todo soñ ternuras en el adormilado ambiente de las altas horas, y Carmiña está allí, a dos pasos del mancebo, acurrucada, encogida, envuelta en su mantón negro, como si, por respeto y temor a la muerte, quisiera esconder los suntuosos esplendores de su hermosura viva. Pero Miguel, aun sin quererlo, observa los reflejos que la incierta llama de la mariposa produce en la rizada corona de blondos cabellos de la moza; ve la suave redondez frutal de sus pulidas mejillas, el brillo esmeraldino en sus ojos a sombra del abanico de pestañas... Ya ha conseguido pasar toda una noche junto a ella, una bella noche cuajada de luceros, y en la que la tierra exhala sus vahos más turbadores; pero es acompañando la tremenda brega de una moribunda. Y dolor y languidez, espanto y voluptuosidad, fundense en el espíritu de Miguel en las más extrañas combinaciones, con esa arbitrariedad incoherente de la fatiga de las noches sin sueño.

No tarda en volver la madre, y ahora son Miguel y Carmiña los que deben tomar algo. La moza quiere irse a la cocina, y cuéستale trabajo a Miguel hacerla entrar en su compañía en el comedor solitario. Allí, bajo la lámpara de petróleo que arde toda la noche, aunque ella proteste, aco-

bardada de tener que usar la mesa de los señores, deslumbrada por el resplandor de la luz y abrumada por el cansancio de tres noches sin sueño, Miguel la obliga a sentarse a su lado, le sirve una humeante taza de café con leche, la fuerza a que tome con ella de cuantas cosas hay sobre la mesa. La aldeanita, cuajada de estupor, silenciosa y encogida, va vaciando con lentitud su taza. Miguel la mira ansioso, encantado de la novedad de comer con ella, de ver los rurales gestos con que parte pan, con que moja la bizcochada. Por momentos le parece suya; que los dos viven, uno para otro, en amorosas soledades, y hasta llega a suspirar en voz baja, con reprimido fuego:

—¡Mi Carmiña!

Y al punto se espanta del sonido de su voz y de que junto a la agonía de su hermana se deje arrastrar de tales impulsos tiernos.

Pero la moza, adormecida, pasmada, no oye sus palabras ni parece advertir su presencia, sino que, acabado el refrigerio, pónese en pie para reintegrarse a la alcoba de la enferma. Miguel va tras ella.

Vuelve a murmurar la condesa:

—Hijo mío, ¿por qué no vas a acostarte?

—Déjame, mamá, déjame.

Todo sigue como antes. El mismo estertor fatigoso agita el pecho de la niña mártir, estremeciendo las sombras de la estancia. Miguel va a sentarse hacia la ventana, a los pies de la cama;

Carmaña, no lejos de él, ocupa un asiento vecino a la pared.

En el ánimo de Miguel, el pensamiento de la inmediata muerte de la niña, que de modo tan cruel le había atormentado todos aquellos días, adquiere ahora un embotado tono de tranquilidad y reposo. —Después de todo—se dice—, para la infeliz será un descanso. —Y casi se sorprende deseando el momento en que cese el suplicio de la agonizante respiración de su hermana. No contempla ya, con el dolor de antes, las atormentadas facciones de la moribunda, angustiosa efigie de la asfixia. Su cerebro piérdese en laberínticas divagaciones; sigue con toda atención los vuelos de una mariposa que salta y bulle, va y viene, sobre la trémula lucecilla que quebranta las tinieblas de la sala; dícese después estrofas de su barca-rola de la muerte (su pobre hermana agoniza sin saber del amor); contempla a Carmen, que ya no es dueña de sí y deja caer su rubia testa en repetidas cabezadas.

—¡Ah! ¡Si pudiera dormirla sobre mi hombro! —gime Miguel, casi inconsciente.

Pasan horas. No quiere llegar la mañana. Desde su silla va viendo Miguel la lenta procesión de los luceros por el profundo terciopelo de los cielos. Más de una vez aparecen en la puerta las figuras del capellán, de Micaela o del médico, con interrogadores semblantes. La condesa sigue inmóvil y rígida al lado de la cama, acariciando la

mano de la enferma y enjugando su rostro. Carmiña ha acabado por dormirse con el brazo apoyado en el respaldo de su asiento y el rostro sobre el brazo. Y del seno de los escalofrantes estertores que vibran en la estancia, Miguel procura distinguir el blando aliento del sueño de la moza. A la vaga luz de la lamparilla considera con delicia el pacífico rostro durmiente, velados los ojos por la sombra de los párpados, palpitando las aletas de la nariz con la ondulante respiración del sueño. Y Miguel, medio adormilado también, olvidándose de dónde se encuentra, ansía beber aquel aliento tibio en la fuente palpitante de los amados labios. Una y otra vez murmura:

—¡Duerme, mi alma! ¡Duerme, mi reina!

Y se pierde blandamente por los dulces ámbitos de la inconsciencia.

De pronto, una voz desconocida y extraña salmodia en la terraza, junto a la abierta vidriera:

—¡Santa María, ora por nobis!

Todos se levantan con espanto, sin saber si están soñando. Miguel siente, en su carne, el sopló congelador de un espíritu maléfico.

Torna a sonar la voz:

—¡Santa *dingénitri*, ora por nobis!

No cabe duda. No han soñado. Pero al punto Carmiña comprende lo que es.

—¡Malos demos nunca lo lleven!—exclama sin

poder contenerse—. Si es el loco..., el loco de las romerías...

—¡Jesús bendito!—suspira con alivio la condesa.

El rezador mendigo, que, en su locura, vaga por los caminos noche y día, al encontrar abiertas las puertas de la finca y encerrados los canes, en aquella inacabable noche de agonía, ha tenido manera de llegar sin obstáculo hasta lo alto de la terraza.

Lívido resplandor comienza a pintarse sobre los montes del oriente. Hace casi frío y una tristeza sin límites oprime los corazones. En medio de la confusión de aquella inesperada visita, ha cesado el estertor de la niña.

DESPUÉS

Van pasando los días. El pazo parece sumergido en una ciénaga de estupor. Sus habitantes están como hechizados; realizan de modo maquinal y distraído los actos de su vida, cautivo el pensamiento en remotas regiones funestas. Es como si la misma casa hubiera perdido vida; todo en ella es opaco, todo se disuelve como en el vacío; no hay pasos ni voces que despierten ecos ni resonancias. Sólo por la mañana y a la caída de la tarde brotan largamente del oratorio ardorosos zumbidos de plegaria que se extienden por el pazo como rumor de colmena.

Diez años han caído de repente sobre la condesa, dejándola encorvada, mustia, de terroso semblante, llena de arrugas y de canas. Envuelta en un mantón negro, vaga el día entero, como una sombra, por la casa, incapaz de hacer cosa alguna ni de preocuparse del gobierno doméstico, en todo lo cual Micaela tiene ahora plena autonomía.

Nada más triste que las comidas del pazo. Dales como vergüenza sentarse a la mesa y tener que satisfacer aquella vil necesidad. La madre apenas

logra contener el llanto cuando surge Carmiña con las fuentes, y hasta don Juanito, que era antes quien animaba los ágapes con su charla y el que se servía las raciones más amplias, tiene ahora cercenadas sus facultades oratorias y manducatorias: apenas prueba los manjares que le ponen delante, y es la señora la que tiene que instarle a él para que coma. El capellán no sabe ya inventar consuelos con que distraer el dolor de la condesa, ya que también él anda desconsolado.

A Miguel, a la hora de la comida, como a otras muchas, asáltale la lúgubre idea de cómo se irá deshaciendo en el camposanto, dentro de su cajita blanca, el pobre cuerpecillo de la nena. Piensa, con horror, en los ojos de su hermana, tan lindos y dulces, convertidos en blanda podre en el fondo de sus cuencas desmesuradas; los labios roídos, dejando ver los dientes en espantosa carcajada; la piel ennegrecida, tumefacta, manando por todas partes líquidos infectos, en un hervidero de escalofriantes larvas. Y acongojado, cree acompañar, día por día, el proceso de aquella desintegración.

Muerta la niña, antes de cerrar el ataúd, hábale sido forzoso darle un beso. Todos se lo iban dando. La criatura iba a ser llevada al cementerio con un traje como de novia, envuelta la cabeza, entre nevadas flores, en un velo de gasa blanca, cruzadas las amarillas manitas sarmentosas sobre el enjuto pecho, por fin apaciguado. Incl-

nóse Miguel sobre el rígido rostro del cadáver, pero al acercar sus labios a la frente de cera parecíale como si una fuerza repulsiva, que brotara de allí dentro, le impidiera llegar a besarla: érale imposible posar sus labios en aquella carne muerta. Pero triunfó de su repugnancia y rozó con la boca el semblante antes tan amado. Frío, repulsión, espanto, agitaron por mucho tiempo sus entrañas, y las terribles sensaciones de entonces vuelven a representársele con frecuencia, principalmente en aquellos instantes, como el de la comida, en que, reunida la familia entera, sobre todos parece flotar, con mayor intensidad que cuando se hallan solos, el pobrecito espíritu de la desaparecida.

Llega el otoño con sus primeros temporales. Las ráfagas de viento arrastran ya, en sus torbellinos, marchito follaje de los árboles. Las secas hojas de los maizales, caídas espadas de guerreros ya sin ánimos, crujen al chocar unas con otras, con fúnebres rumores, si las azota la brisa. En los frutales, nada amarillea ya sino las hojas. Sólo los manzanos ostentan todavía gozosamente su ópimo cargamento de frutas de oro y llama, brillando deslumbrador entre el ramaje.

Mas todas las alegrías del otoño parecen concentradas en las parras. Los pámpanos van cayendo, ya sin vida; pero los grandes racimos oscuros, densos, apretados, chorreando mosto, que penden de los emparrados, convirtiéndolos en túnel tapizado de uvas, son maravilloso espectáculo

de fecundidad. Fiero pululeo de insectos zumbadores, avispas, abejas, moscardas, borrachas del dulce zumo cuyos vahos marean bajo los parralles, prestan un apasionado y enardecido aire frenético, bien distinto de la augusta calma con que la Naturaleza nos rinde en general sus frutos, a aquella postrer cosecha del año: ninguna se presenta bajo ese orgiástico aspecto. La madre tierra celebra con una bacanal el término de sus benditos trabajos del año, antes de sumirse en su sueño del invierno.

Don Juanito pasea, como siempre, por las carreras de parra, admirando la cosecha; pero en su corazón aldeano no brotan los ardientes himnos de otras veces al alabar aquella postrer generosidad de la madre tierra. En vano es que pronuncie sus usuales palabras de admiración: —¡Es un alabar a Dios! ¡Es una bendición del Cielo!— Para pronunciarlas sólo encuentra un frío acento en su dolor de abuelo, y hasta los racimos de las parras maduran para él con crespones de luto.

VENDIMIA

Cierto día díjole Colás al eclesiástico:

—Mire, señor, que no se le puede aplazar ya más el coger las uvas. Los racimos se desgranán de puro maduros, y si viene un cambio de tiempo, con viento y chubascos, media cosecha se va a quedar perdida en el suelo, debajo de las parras. Si le parece, avisaré gente para que principiemos el lunes.

Mostróse conforme el capellán, y la mañana dicha, poco después del desayuno, cuando salió Miguel a dar su habitual paseo por la huerta, ya andaban ocho o diez jornaleros y jornaleras por debajo de las parras, encaramados en cuantas escaleras de mano había en la casa, cortando los racimos y depositándolos en cestillos, que llevaban consigo y colgaban de la armazón del emparrado, para vaciarlos después, cuando estaban ya repletos, en las grandes canastas en que era transportada la uva al lagar. La tristeza de Miguel acrecentóse con aquel espectáculo.

Pensaba en el sentido de la postrer faena de la recolección anual y en la plenitud de dicha con

que debe ser realizada. Esta última solemnidad de la vida campesina no es fiesta de esperanzas, como la de San Juan, cuando la cosecha duerme aún en los sembrados y no es más que promesa; ésta es una fiesta de realidades. El pan de la añada queda ya encerrado en los graneros; todos los otros productos de la tierra han sido también cobrados; es cosa segura el sustento para los meses invernales, y entonces llega esta última recolección, la de la edad madura del año, la de los frutos que alegran, turban y embriagan, llenando de gozosos delirios las doradas postrimerías de la estación que acaba. Ahora no se auguran ya futuras dichas, como al nacer amores y esperanzas en las largas jornadas primaverales. Ahora, cuando la noche va ya venciendo al día, gózase ansiosamente, juntando el temor de perderlo con la alegría de disfrutarlo—como en los años de plenitud de nuestra vida—, de todos los bienes que la Naturaleza pone a nuestro alcance, y se besan los racimos, que se deshacen en el paladar con dulce fragancia, y se muerden las maduras bocas reidoras, de almíbar y de llama, en una febril borrachera de vino, sol y lascivos anhelos, bajo los propicios escondrijos de las parras.

Pero nada menos báquico que la vendimia del pazo. Apenas cambiaban entre sí algunas bromas mozos y rapazas. Las risas morían apenas brotadas, sin extender de boca en boca su contagio, y no había copla, comenzada en voz baja, que no se

malograra. La negra sotana de don Juanito, el aire apesadumbrado de Colás, que iba de grupo en grupo arrastrando los pies, hasta el aspecto pálido y espectral del condesito, cuando paseaba bajo los emparrados, cortaban todo conato de alegría. Los racimos caían lúgubrementemente en el fondo de las canastas, como cadáveres en la caja, y eran llevados al lagar como al camposanto. Y, sin embargo, aquellos últimos días de septiembre, soleados, pacíficos, sin un soplo de brisa, ascua de oro los campos entre las azules sombras de los árboles, eran una bendición del Cielo que hacía sentir con redoblada intensidad las dichas de la existencia.

Una de aquellas dulces y fragantes mañanas, cercano el mediodía, Miguel vagó largamente, entregado a inciertos pensamientos, por las largas carreras emparradas. En las unas pendían todavía los racimos de azabache, brillando al sol, entre un hervor de alas, en medio de las mustias guirnaldas de los pámpanos; otras parras, despojadas ya de sus frutos, sólo mostraban, entre sus marchitas hojas, las retorcidas sierpes reseca de las vides añosas, y habían pasado a ser, de repente, perfecta imagen de la desolación otoñal.

De vuelta del paseo, penetró Miguel en el lagar, situado en una de las innumerables y lóbregas bodegas del bajo del palacio. Apenas nada se veía al entrar, habituados los ojos a la tibia luz dorada con que el sol otoñal acariciaba el paisa-

je. Pero el frío resplandor verdoso que fluía con parsimonia por dos enrejados tragaluces, próximos a las ennegrecidas vigas del techo, permitía descubrir, en lo alto de aquella penumbra, que olía a mosto y a mohó, la negra fantasma de la disforme viga del lagar, que se tendía, paralela al techo, casi de pared a pared, por toda la anchura del antro tenebroso, pendiente de uno de sus cabos un gran tornillo de madera. que terminaba en rolliza pesa cilíndrica de piedra. Semejaba un arrumbado y temeroso instrumento de suplicios. A lo largo de los muros, alzábanse en pie gran cantidad de cubas y toneles, abierta su tapa, en los cuales, en medio de confusa masa, caldosa y repugnante, brillaban negros granos de racimos. Y en la oscura bodega, mal aireada, llena de humedad y de vinosos vahos, estremecida por los rumores de la fermentación y los crujidos del lagar que oprimía el bagazo de su pie, haciéndole derramar, en espumeante chorro, el último resto de zumo contenido en él, reinaba no se sabía qué vago ambiente de voluptuoso misterio, como si por los inciertos rincones, detrás de las cubas, hubiera un contrabando de clandestinas caricias, suspiros y retozos.

Miguel, cuya sensualidad habíase adormecido por completo en aquellas semanas de doliente depresión, sintió de pronto cómo, en las ahogadas tinieblas del lagar, resucitaban sus anhelos eróticos. Ahora experimentaba el afán de los goces de

la vendimia, pero no paganamente, a pleno sol, mordiendo los racimos rezumantes entre el deslumbrador pampanaje de la viña, sino cristianamente, con pudor y recato, buscando para la expansión de sus ardores el secreto y la oscuridad de la bodega.

Y en aquélla, con su ambiente de cueva y su aliento de vino, que tantos siglos llevaba acaso funcionando, por la cual habían pasado tantas generaciones de vendimiadores, ¿cuántas trémulas escenas de amorosa pasión no se habrían desarrollado? Y las espesas sombras convertíanse, a ojos de Miguel, en tapiz donde se pintaban ardorosos cuadros de ternura y lascivia.

Sonaron las campanadas del mediodía, y entraron en la bodega varios vendimiadores, mozos y zagalas, que derramaron el contenido de sus cestas en la cuba que tocaba llenar. Miguel les había oído bromear en patio y portal; pero, al topar con él allí dentro, quedáronse en silencio y salieron prestamente no bien terminada su tarea. De no hallarlo, ¿no habrían descansado un momento en la fresca sombra del lagar, no habrían mordisqueado algunos racimos con sabe Dios qué suerte de chanzas y expansiones? Y Miguel, encandilado el ánimo, lamentaba no haberse escondido en el más recatado rincón de la bodega para haber sido incógnito testigo de sus palabras y acciones.

Aturdido por los intensos vapores que llenaban el lagar, quedóse mucho tiempo sumido en

la contemplación del chorro de mosto que surtía del depósito de granito del lagar y se vertía en una tina puesta al pie de su caño de piedra. Era rojo y espumoso como sangre, y, como sangre, tenía no sabía qué bárbaros virus enardecedores.

Cuando menos podía pensar en ello, sintió en las losas de las sombrías bodegas que comunicaban el lagar con la entrada principal de la casa (cuyas puertas habían sido abiertas por mejor ventilar la cámara del vino) unos familiares pasos, inconfundibles, que le llenaron de emoción. En la puerta de la bodega, sobre la difusa luz que llegaba de los patios, recortóse la gallarda silueta de Carmiña, más linda que nunca con su ropa de luto, que diseñaba la flexible plenitud de su cuerpo de más de veinte años. Habíase quedado como sirviente en la casa para ayudar a Micaela, que ya iba estando algo cansada; además, la señora condesa no quería separarla de su lado, en memoria del cariño con que había cuidado a Mariana.

Prorrumpió en burlona carcajada al descubrir a Miguel, hecho un marmolillo, al pie de la prensa del lagar.

—¿Qué hace usted aquí, señorito, metido en esta cueva? ¡Ah, ya sé! Es la hora de la siesta, y estará citado con alguna de las jornaleras mientras duermen los otros en la cuadra.

Miguel no tenía voz para responder, pálido y

convulso, agitado por la intensidad de su secreta fiebre.

Ella prosiguió, con zumba:

—No se figure que le vengo a estorbar. Me iré ahora mismo, en cuanto recoja unos racimos para la mesa, que me dijo el señor Colás que quedaban aquí apartados.

Pero no se iba. Con risa maliciosa y pícaras miradas observaba la turbación del condesito. Inclínose junto a él sobre el chorro que brotaba del lagar, un ojo en la tina y otro en el azorado semblante del muchacho.

—¡María Santísima! ¡Cuánto vino! ¡Si parece el caño de una fuente!

—¿Quieres probarlo?—balbució ahogadamente el señorito.

—¡Uf! ¡Qué porquería! ¡Pisado por los pies del señor Colás!

—No lo pisa nadie. Mamá tiene dispuesto que se deshaga la uva con pisones de palo.

—Eso se piensan ustedes los amos. ¡Pero cualquier día deja el señor Colás de tomar sus bañitos de mosto! ¡Si eso le da salud para todo el año! Por la mañana temprano, antes de que se levante nadie, baja al lagar y se va metiendo en todas las cubas. Un día van a encontrarlo ahogado como a una rata.

—Se lavará los pies antes.

—¡Por mucho que se los lave!... Lo que usted

debía hacer era buscar unas muchachas bien bonitas para que pisaran la uva.

—Písala tú.

—¡Si no me diera usted otro trabajo!... Pero pisado por mí no bebería usted el vino: le daría asco.

—Al contrario; tanto me gustaría, que andaría siempre borracho.

—Entonces, ¿me descalzo y lo piso?

Miguel sentía un volcán en su cabeza. Mugía como torrente en sus oídos la sangre. Las palabras brotaban con violencia a través de sus resecos labios. Todo se borraba y desaparecía ante sus ojos, no siendo el sonriente rostro de la rapaza. Y ella, dueña de sí, serena, consciente de su poder, gozaba en hostigarlo y provocarlo.

—Bueno, ¿en qué quedamos? ¿Me convida o no me convida a mosto?

—¡Como tanto lo despreciabas!

—Pero ¿usted no sabe que las mujeres desprecian más lo que más están deseando? ¿Nunca le dió un besito a una señorita hasta que ella le permitiera dárselo?

Miguel, casi temblando, cogió un cuenco de madera de los que había al borde del lagar y púsolo al chorro hasta llenarlo. Presentóselo a la moza con trémula mano, vertiéndosele a tierra el sangriento caldo.

—¡Ay, Jesús! ¡Qué poco pulso tiene! Es como

si temblara de miedo. Beba, beba usted primero para que el vino le dé ánimos.

—Beberé si me das tú el vino con tus manos.

—¡Vaya, ahora mimitos!—replicó ella, gozosa, quitándole el cuenco y poniéndolo ante él, entre sus dos tendidos brazos.

Miguel inclinóse cuanto pudo para acercar sus labios al grueso borde negro del tosco recipiente sin que el líquido se le derramara por el traje. Y entre las manos de la moza bebió un largo trago de aquel líquido, tibio y burbujeante, que sabía a uva y a miel, y le clavaba sus finos alfileres en la lengua y gaxnate.

—Ahora me toca a mí—dijo risueña la rapaza, encorvándose también para beber sin peligro de mancharse—. Voy a saber todos sus secretitos.

—Y yo los tuyos—replicó Miguel, quitándole el cuenco de la mano, no bien ella lo hubo apartado de su boca; y aplicó con ansia los labios al punto mismo donde había visto posados los de la zagala.

—¿Qué secretos descubrió?—preguntó después Carmaña, con risueño rostro y ojos centelleantes.

—¡Son tantos, tantos!

—No le hay más que uno solo, y debía haberlo adivinado... En cambio, yo veo lo que pasa por su corazón como si lo tuviera en la mano. A ver, beba otro trago para que el vino le quite las telarañas de los ojos.

Aquel nuevo sorbo llenóle de atrevimiento el

ánimo. Sintióse de repente capaz de lo que nunca había osado, y miró a Carmiña con resuelta mirada, sin bajar la vista ante el brillo cegador de las pupilas de la muchacha. Estaba a un paso de ella, rostro frente a rostro, pecho frente a pecho, en situación de estrecharla contra su corazón sólo con tender los brazos. Posó el cuenco sobre el lagar, llegóse más aún a la muchacha, que permanecía inmóvil, con grave semblante y respiración levemente agitada. Al tiempo de dejarse ir hacia ella, como si perdiera el equilibrio y fuera aquél el centro hacia donde todo su ser gravitara, decía Miguel: —Ahora me dará un empujón y saldrá escapando—; pero, lejos de ello, la moza correspondió cálidamente a sus besos, mientras él le borraba con caricias el bigotito rojo que le había dejado el mosto sobre los labios, y, cerrando con fuerza la tenaza de sus brazos tras el cuello de Miguel, oprimiólo ansiosamente contra las maduras rotundidades de su pecho.

Miguel no sabía lo que le ocurría.

—¡Carmen!... ¡Carmiña!... ¡Mi Carmiña!... —suspiraba.

Estaba maravillado de que tan impensadamente, con tanta sencillez, se hubiera producido aquel hecho, para realizar el cual siempre le había parecido que habría que vencer obstáculos infranqueables.

—¡Carmen!... ¡Mi vida!... ¡Mi cielo!...

Prometíase locas delicias de la proximidad de

la muchacha, pero nunca habría imaginado que el aterciopelado contacto de aquellas mejillas fuera tamaña fiesta para su rostro y labios; que la ardorosa boca de la niña encerrara en sí mayores embriagueces que el vino más añejo; que produjera aquellas sensaciones de sobrehumana plenitud el sentir contra el propio pecho el cálido bulto del pecho adorado, y que la mórbida cintura femenina estuviera esculpida con tal arte que fuera como molde y medida para que en ella descansara el cinturón de los viriles brazos. Cuanto más de cerca la consideraba, todo en ella le parecía hecho para su hechizo y regalo; eran delicia para todos los sentidos cuantas impresiones de ella le llegaban: vista, oído, tacto, olfato, cuantas ventanas tenía su espíritu para apropiarse el mundo exterior, sentíanse inefablemente halagadas por la inmediata presencia de la amada. Y una voz, allá en el fondo del alma de Miguel, gemía como en éxtasis:

—¡Suavidad de suavidades y todo suavidad!

Besaba fieramente aquellos labios de fuego, y la moza correspondía a sus caricias con no menor arrebató.

—¡Mi Carmen!... ¡Mi Carmiña! ¡Cuántas noches pasé sin sueño deseando tenerte así entre mis brazos!

—¡Boh! Tanto no le sería, que si lo hubiera deseado de veras, lengua no le faltaba al niño para pedir lo que necesitaba.

—Es que no me atrevía... Es que creí que tú no me querías.

Y tornaba a besarla, cada vez con mayor ilusión y encendimiento.

Ella fué la primera en conocer lo peligroso de su situación: iba a dar la una, entraría la gente al trabajo y vendrían con nuevos cestos de uva a la bodega.

—Déjeme marchar, señorito, que puede venir alguien y encontrarnos.

—Dime de tú..., háblame de tú...

—¡Ay, qué cosa! Me va a dar mucha vergüenza.

—Háblame de tú.

—Ya le tengo cogido otro costumbre y me va a costar mucho trabajo.

—Anda... Hazlo.

—Bueno... (Bañado el rostro en risas.) Déjame marchar, Migueliño, que va a venir la gente.

Y a él le entró un ataque de loca adoración.

—¡Rica!... ¡Gloria!... ¡Cielo!...—balbucía entre un chaparrón de besos—. Dímelo otra vez... Dime si me quieres, mi Carmeliña adorada.

—Sí, te quiero; pero suéltame ahora, que van a venir.

—No, no te suelto, no te suelto. Quiero que nos vea abrazados así el mundo entero.

—Suéltame, que vienen.

—Y si te suelto, ¿dónde vamos a vernos?

—Donde quieras.

—Mira, escucha—sugirió él con misterio—;

hay que aprovechar el tiempo para que hablemos, que antes de ocho días tengo que irme a Santiago.

—¿Y qué quieres?—preguntó ella, grave y ansiosa.

Y él, en voz muy baja, pegada la boca contra los rubios rizos que cubrían la oreja de la moza, musitó, como con miedo de que las propias sombras de la bodega descubrieran su secreto:

—Esta noche, cuando todos duerman, voy a ir a tu cuarto.

—¡No, por Dios! Está allí al lado la vieja, y si nos oye y le va con el cuento a la condesa, me echa de la casa... ¡Jesús, qué vergüenza!

—Entonces... ¿dónde?

—No sé...

—No me atrevo a pedírtelo; pero ¡si vinieras tú al mío!...

—¡Ay, sí! Eso es:

*O cura cando vai fora
dêixalle dito a criada:
"Veña tarde, veña cedo,
dêitate na miña cama."*

—Anda, sé buena, que no puedo estar más tiempo sin tenerte toda la noche entre los brazos; sin que duermas sobre mi hombro como almohada.

—Estate por ahí...

—Anda, que si no vienes me voy a volver loco—imploraba él repetidamente, estrechándola y besándola cada vez con brío más delirante.

—¡Jesús! Pobriño—exclamó ella por fin, sonriente, cogiéndole la barbilla con cariñosa mano—. No pases penas, que yo he de consolarte, hijiño mío. Yo iré a junto de ti, a tu cuarto, si me prometes que no has de querer de mí nada malo.

Y él, en medio de una nube de besos:

—¿De veras, mi cielo? ¿Has de venir de veras?

—Sí, de veras; suéltame.

—No puedo. Mis brazos se quedaron así ya para siempre; no saben estar más que abrazándote.

—Yo me desprenderé. A ver. No aprietes las manos.

—Tampoco tú lo consigues... Están como soldadas... Tienes que venir adonde yo te lleve.

—Sí, sí... ¡Ay, que me llevan; ay, que me dejen ir!... Anda, suéltame—añadió entre nuevos besos—. Mira que van a cogernos aquí abrazados.

—Pues júrame que vendrás esta noche a visitarme.

—Jurado, hombre, jurado.

Y se arrancó con risas de los brazos del galán, aprovechándose de un descuido de éste, y con un cestillo de uvas que Colás le había preparado salió corriendo de la tenebrosa cámara.

Pero no estaba ya oscura para Miguel. Poblada de frenéticas fantasmas amorosas, toda ella centelleaba como llena de brasas.

ESPERA



Momentos después, cuando entró en el comedor, de tal modo ardía la cara de Miguel, estaba tan sofocado y descompuesto, que parecía como si viniera de apagar un incendio.

La condesa lo miró con aire preocupado.

—¿Qué te pasa, hijo mío? Va a hacerte daño tanto andar al sol en estas horas de calor.

Miguel, más abochornado aún con la observación materna, no supo responder más que con un vago monosílabo, bajando los ojos a su plato. Pero apenas le era posible pasar bocado. Cada vez que recordaba lo que le acababa de ocurrir, y lo recordaba a cada instante, poníasele a saltar, de palo en palo, el corazón, en la jaula del pecho, y amenazaba con ahogarlo.

Al pronto no se atrevía a alzar los ojos a Carmiña, que pajareaba en torno a la mesa, trayendo y llevando platos con su celeridad acostumbrada. Pero le pasmó la firmeza y aplomo con que sus manos gordezuelas realizaban las labores que le estaban encomendadas: sirvióle con seguro pulso un vaso de agua, sin que ni una gota se vertiera

por el mantel. Y después, cuando se atrevió por fin a mirarla a la cara, quedó Miguel deslumbrado del incremento que había adquirido la hermosura de la muchacha: arreboladas las mejillas, ardientes los ojos, esparcido por todo el rostro un aire de plenitud y alegría, aquella figura era como un escándalo en el entristecido ambiente del pazo. Miguel estaba a punto de perder el sentido si pensaba que la próxima noche todos aquellos hechizos habían de ser cautivos de sus brazos.

Con tales impresiones, ¿quién era el guapo capaz de comer normalmente y de sostener una conversación con quienes le acompañaban? No desplegó los labios ni para decir una palabra, y costábale gran trabajo consumir las pocas raciones que se servía en el plato, acreciéndose su malestar al advertir que su madre lo observaba con silencioso cuidado.

Por fin acabó la comida, que a Miguel se le antojaba eterna, y quiso correr al punto a encerrarse a solas con sus pensamientos en su cuarto. Pero la condesa le salió al paso, preguntándole, inquieta, si se encontraba enfermo, si le ocurría algo. Miguel procuraba zafarse con balbucir cualquier disculpa, pero la señora le tomaba el pulso, le acariciaba la frente para ver si tenía calentura, con lo cual creció desmesurada la agitación del mancebo, hasta el punto de que, barbotando hoscamamente que le dolía un poco la cabeza, salióse a escape del comedor y dejó a su madre dolida y

asombrada de aquel desusado arrebató. ¿Qué le pasaba al niño? Sólo faltaba ahora que también él fuera a ponerse enfermo. Y un cuarto de hora después, tras haber dado varias de sus vanas vueltas por la casa, la señora, con el termómetro clínico en la mano, abría quedamente la puerta de su hijo, no fuera a despertarlo si, por aliviar su dolor, se hubiera quedado dormido encima de la cama. Pero el cuarto estaba desierto y el lecho intacto.

Temiendo aquella visita, no se había detenido Miguel en su estancia. El no se lo confesaba, pero ni aun después de la muerte de la niña, pasado el efusivo dolor de los primeros días, era capaz de establecer una comunión espiritual con su madre. Dolíale su terrible pena, que parecía ir arrancándole a pedazos la carne del cuerpo, pero apenas conseguía hacer cosa alguna para consolarla. Un frío beso por la mañana, otro no menos glacial a la noche, y durante el día, si alguna vez le remordía la conciencia y se sentaba al lado de la condesa con propósito de acompañarla, no encontraba manera de iniciar una conversación que no quedara cortada a las dos palabras. Era duro para él no saber el modo de remediar aquel daño; pero la madre y el hijo vivían en climas espirituales tan opuestos, que cada cual se ahogaba en la atmósfera del otro. Miguel amaba a su madre, la veneraba, la tenía por santa; pero su cariño más era respeto que ternura; no tenía con ella la

menor confianza. Si con todo el mundo era tímido, lo era más con su madre, y en su presencia, erizaba todas las agujas de puercoespín de su carácter para que la señora no llegara a penetrar en ninguno de los cálidos recovecos, buenos y malos, de su alma. En el fondo, sin saber por qué, ya que jamás había recibido de ella ni la sombra de un castigo, era temor y vergüenza lo que experimentaba fundamentalmente Miguel entre las austeras virtudes de su madre.

Aquellos sentimientos habíanle hecho salir rápidamente de su cuarto: por nada del mundo quería quedarse a solas con ella aquella tarde, y que la señora adivinara acaso los turbios afanes que sacudían el pecho de su hijo con la penetrante lumbre de sus severos ojos graves. Vagó por la huerta buscando los más escondidos rincones de la robleda y de los prados; los sitios más remotos de donde andaban los jornaleros trabajando, y allí, sólo acompañado del rumor de la brisa entre los árboles y de los cantos de las aves, repetíase a cada instante, casi en voz alta:

—Esta noche, esta noche va a ser mía mi Carmiña adorada.

Y el pronunciar tales palabras, que siempre le sonaban a novedad, llenábale el pecho de alegría delirante. Hacíanle dichoso como si fueran un feliz descubrimiento que se renovara a cada paso.

Semejante idea iba labrando a fondo su ánimo en la soledad del campo, y provocaba, poco a poco,

en él, una situación de serenidad, de aplomo, de dominio de sí mismo, en medio de su felicidad radiosa, en forma que, por primera vez en la vida, le parecía sentirse plena y embriagadoramente hombre. Pero después se le ocurría que la tarde avanzaba con inacabable lentitud. El sol se quedaba perezosamente dormido en todas las copas de los árboles y no llegaba nunca al ocaso. Y tras su puesta, aun habría una velada sin fin, una fatigosa cena, una sobremesa a la que no se le vería término. Parecíale imposible llegar, sin abrasarse de impaciencia, hasta la hora en que la moza pudiera visitarlo. Pero ¿y si no iba? ¿Si todo cuanto había dicho y hecho fuera sólo para burlarse de él? ¡No! ¡Aquella duda no era soportable! Gesto a gesto, palabra a palabra, iba rememorando la escena del lagar, y el mismo detalle que en un momento semejava totalmente tranquilizador, segundos después se le antojaba prueba de que la rapaza lo había tratado en guasa.

Volvióse rápidamente al palacio con el deseo de hablarla. Encontróla sin compañía en el cuarto de costura, planchando; la tomó entre los brazos, miróle ansiosamente a los ojos, interrogó frenético:

—¡Por Dios!, dime, dime: lo que me has prometido, ¿piensas cumplirlo o todo fué para reírte del cariño que te tengo?

—¡Jesús. qué fuerte le ha dado! Claro que lo cumpliré. No tengo más que una palabra. En

cambio, usted no quiso prometerme lo que yo le suplicaba.

—¿Y qué me pedías tú, mi vida, mi cielo?

—Que si iba a su cuarto, no había de querer de mí nada malo.

—¿Qué malo voy a querer yo de ti, mi pobriña adorada? Ya verás, si me visitas, cómo he de estar tan formalito a tu lado como un niño de dos años.

Pero ella, con una sonrisa maliciosa, poniéndole las manos en los hombros para verle de lejos el semblante, mientras él seguía estrechándola por el talle, replicó con picardía:

—Bueno; tanto, no... Para eso no valdría la pena de que recorriera a oscuras todos los medrosos pasillos del pazo.

Y apretando sus brazos tras la nuca del mozo, clavóle ardientemente los labios en la boca, casi hasta ahogarlo.

Con cautelosos pasos fuése Miguel a su retiro, y estuvo largo tiempo tendido en el sofá, incapaz de leer ni de hacer cosa alguna, perdido en vagos pensamientos, que procuraba no se concretaran en el de la dicha que para la noche le esperaba, por no hacer la espera intolerable. Sus ojos distraídos iban observando, con falso interés, cómo la cenicienta penumbra del crepúsculo se convertía en plena oscuridad, en la que naufragaban por completo las formas de los muebles: sólo la vidriera recortaba sobre el azulado reflejo de los

cielos los negros trazos de sus travesaños. Pero Miguel no encendió luz; siguió tiempo y tiempo inspeccionando las dormidas tinieblas y oyendo, con oído fingidamente atento, los tenues ruidillos que resonaban en el cuarto: chasquidos, crujidos, soñolientos arrullos de palomas en sus alcobas del palomar, alguna pisada de sus patitas sutiles sobre las maderas del techo.

A las siete y media, la campanilla de plata del oratorio, repiqueteando en manos de don Juan, convocó a todos los habitantes de la casa al rosario, que era siempre rezado antes de la cena. El danzarín sonido, arrastrándose por los largos pasillos tenebrosos, llegó hasta los oídos de Miguel y lo sacó de su expectante amodorramiento. Alzóse del sofá el mancebo, dejó su habitación y, al llegar al oratorio, después de haber estado en la oscuridad tanto tiempo, quedóse deslumbrado por la luz de los cirios.

Su madre lo esperaba junto a la puerta; cogióle la mano y le preguntó ansiosamente:

—¿Qué tal te encuentras? ¿Estás mejor, Miguel?

—Sí, sí; por completo—murmuró entre dientes, molesto por el interés materno y enojado contra sí mismo por provocar aquella intranquilidad y preocupación con sus inconfesables fiebres.

Y por instintiva vergüenza, que le llevaba a esconder lo más posible de las luces del altar su rostro, encendido por impuros anhelos, y por que-

dar más cerca de Carmiña, en vez de ocupar un reclinatorio junto a su madre, en primer término, dejöse estar al lado de la puerta. Delante de él, junto a Micaela, hallábase postrada la costurera, cubierta por un mantón negro echado sobre la cabeza, que le envolvía toda la figura, dejando adivinar apenas las dulces redondeces de los hombros. Pero Miguel, clavados los ojos en el oscuro bulto, creía adivinar, a través de la pesada envoltura, el hechizo de oro de su rizado pelo; la marfileña redondez de la inclinada nuca, sobre la cual flotaban vedijas lucientes; el gracioso y firme modelado de la espalda, suave, fuerte y tierna, tal como sus maravilladas manos la habían descubierto a mediodía; la amplitud de las caderas; la rotunda robustez de las arrodilladas piernas...

El bronco vozarrón de don Juanito iba recitando solemnemente las sagradas preces: "Segundo misterio glorioso...", y toda la familia respondía a sus palabras con apagados murmullos bisbiseantes, que semejaban las rompientes de un dormido mar entre peñascos. Pero Miguel no oraba; no le era posible fijar su atención en la plegaria; todo su espíritu estaba consagrado a observar la persona de la moza, a distinguir el sonido de su voz entre el implorante coro de rezadres, a examinar cada uno de sus leves cambios de postura cuando se fatigaba de permanecer inmóvil demasiado tiempo.

Acabóse el rosario, pusiéronse en pie los asistentes, y, al tiempo de salir del oratorio, la moza, desde el fondo del negro cobijo que le cubría la figura, y que apenas dejaba adivinar su rostro, encontró manera de lanzar al galán una encendida mirada, que le hizo temblar como hoja de álamo, porque fué como renovación de todas sus promesas.

La cena. La sobremesa. Los minutos hacíanse siglos para Miguel, y le parecía que nunca llegaría el instante de retirarse a sus soledades. Por fin se levantó como un sonámbulo de su silla, cautivo en el orbe de sus ardorosos pensamientos; dióle un insípido beso a su madre, y se dirigió a su cuarto por los lóbregos pasillos desiertos. Abrió la ventana para que la fresca de la noche le orea las sienes, y, con asombro suyo, no tardó en sentirse en plena sedación y equilibrio.

—Antes de una hora—decíase—Carmita estará aquí conmigo, en mi cuarto.

Pero tal idea, que en otros tiempos le habría dado fiebre sólo de enunciarla, pareciéndole de tan imposible realización como los delirios de un sueño, presentábasele ahora como la cosa más simple, llana y hacedera, y en nada le turbaba el ánimo; por el contrario, dueño de sí y con toda lucidez, preparó la habitación para la dulce entrevista (que había de celebrarse a oscuras, sin otra luz que la de las estrellas), apartando las sillas en que pudieran tropezar los pies de la anhe-

lada visitante. Lavóse después, púsose su ropa de noche y se sentó delante de la ventana, en un sillón, contemplando los cielos mientras se deslizaban lentos los minutos.

Dieron las diez. Había entreabierto la puerta para escuchar, en la oscuridad, los rumores de la casa. Dormía lejos de todos y no había ruido alguno cerca de su cuarto; pero de la cocina llegaban los últimos ecos de la brega diaria: la recogida de la loza y los pucheros. Después oyó atrancar cerrajos y ventanas; los pasos de las dos criadas por las escaleras, al retirarse a sus cuartos de las guardillas; las densas pisadas de la vieja, las más rápidas de la moza... Arriba cerraron ventanas, entornaron puertas... Un silencio profundo se posesionó de la casa como señor único. Miguel esperó confiadamente. Aun era pronto para que pudiera bajar su Carmen. Tendría que esperar a que se durmiera su vecina.

Pero, al cabo de unos minutos, antojósele a la impaciencia de Miguel que debía estar a punto de llegar la visitante. Llegóse callandito a la puerta. Entre las sombras, en medio de los latidos del reloj de su cuarto, sonaban ampliamente los ruidillos, que le eran familiares, de sus noches sin sueño: esperezábanse, crujiendo, las maderas; se estremecían puertas y ventanas; había raudas carreras ratoniles por sobrados y desvanes, y la terca carcoma realizaba tenazmente su labor destructora. Las péndolas de los relojes medían el

transcurso del tiempo, indiferentes a toda humana impaciencia. Una gota de agua desprendida del grifo de la cocina, de momento en momento, producía un claro sonido musical al chocar contra la piedra del fregadero, que extendía a lo lejos un hálito de frescura por las tinieblas del pazo.

Miguel se asoma ansiosamente a su puerta e interroga a las sombras con palpitante pecho. En medio del apagado conjunto de rumores del sueño de la casa, parecele oír un lejano chasquido, como de una tabla del suelo que crujiera al ser pisada; escucha después otro estallido más próximo, y su corazón se pone a galopar frenéticamente. Deja de oír todo ruido externo, porque sus tímpanos redoblan como banda de tambores. No hay duda: ella se acerca. Hasta le parece descubrir una incierta forma blanca que avanza cautelosamente por la negrura del pasillo. Pero pasa el tiempo y la esperada visitante no llega. La sombra blanquecina se ha disuelto, como vapor, en las tinieblas.

La cándida musiquilla del reloj de su cuarto da la media. Después, con timbre más grave, respóndele el del comedor. Todo es paz en la casa. Y Miguel, acongojándose, comienza a pensar que acaso no venga Carmiña, que quizá sus promesas no hayan sido más que burla y engaño. E imagínase verla arrebujaada en la soledad de su cama, riéndose calladamente cada vez que piensa en el ansia con que el galán la estará esperando. Pero

¡que no se figure la moza que todo ha de quedar así! Irá él a su cuarto, aun a riesgo de que se entere Micaela, si ella no viene. Le sería imposible llegar, sin volverse loco, al día siguiente, si no lograra tenerla aquella noche en su compañía. Es cosa absolutamente precisa e inaplazable. Pero una vez tomada tal determinación, siéntese más sereno y decide esperar un rato más, para dar tiempo a que se apodere de todos el sueño antes de subir en busca de la burladora. Para eso siempre será tiempo.

Y más tranquilo, pero cansado de estar en pie, doliéndole los ojos de tanto mirar a las tinieblas, sintiendo casi frío, con la boca seca, fatigoso el aliento y un aro doloroso que le oprime las sienes, sigue en su puesto de acecho. Debe ser muy tarde. Tienen que haberse quedado sin son todos los relojes de la casa, aunque sus péndolas sigan escandiendo los segundos. Varias veces cree escuchar pasos por el pasillo y columbra figuras que se diluyen en la oscuridad antes de llegar a él; varias veces le dejan sin aliento los latidos de su corazón al pensar que ha llegado por fin el ansiado instante. Pero todas son ilusiones y delirios, y la caja de las sombras no se abre para dar paso a nadie.

Dudando si subir al cuarto de la moza, aunque allá arriba no podrán hablar con la libertad con que podrían hacerlo en la cámara de Miguel, avanza prudentemente por el pasillo. A cada recodo

cambian por completo los componentes de la sinfonía del silencio: oye a lo lejos el roncar de don Juanito, que hace crujir la puerta de su cuarto. Llega al pie de la escalera de las guardillas y escudriña sus tinieblas, agarrado al pasamanos. Todo es silencio arriba, como si sólo allí reinara el más perfecto sueño. Pero piensa entonces que si baja Carmiña y tropieza con él en los peldaños o por los pasillos se llevará un susto tremendo y es posible que salga dando gritos. Es preciso que se vuelva rápidamente a su cuarto.

Regresa trémulo, confuso y fatigado, sin saber qué pensar, y no tiene más remedio que dejarse caer por un instante en una silla próxima a la entrada. La gravedad del ambiente, junto con su cansancio, le hacen por un momento avergonzarse de los ardores que le encrespan cuerpo y alma. Allí, en aquella estancia, ennoblecida por los trabajos y las meditaciones de su abuelo; en aquella cámara donde soportó santamente su larga enfermedad postrera; en aquel ambiente sagrado como el de un templo, espera él la visita de una vulgar rapaza para gozar de ella en el mismo lecho en que el ilustre anciano entregó su espíritu, afrentando la memoria de su antepasado con los pecaminosos arrebatos de su pasión aburante...

Pero tal sentimiento se evapora con rapidez, y su alma no vuelve a ser más que ardorosa copa de donde se derrama a borbotones la espuma

de la ansiedad e impaciencia. Las once. De nuevo vuelve a asomarse a la puerta del pasillo, y entonces sí que escucha el apagado son de unos pasos que se acercan, el rumor de unas ropas movidas en la prudente marcha, un aliento corto y angustiado... Tiende los brazos hacia lo invisible, y trémula, ardorosa, palpitante, semidesnuda bajo su chambra y su saya, estrecha con delirio sobre su pecho a la rapaza al tiempo que con ahogado acento exclama:

—¡Mi Carmen!... ¡Mi Carmiña!... ¡Mi gloria!... ¡Mi cielo!... ¡Mi encanto!...

Y ella, estremecida de los temores del largo viaje, déjase abrazar mimosamente, todo su cuerpo contra el cuerpo del mancebo, y murmura entre dos besos:

—¡Ay, Migueliño!... ¡Creí que no llegaba a tu lado!... ¡Creí que moría de miedo por esos pasillos que nunca se acaban!

SERENATA

La oscura mole del pazo, en medio de sus sombrías arboledas, parece dormir calladamente envuelta en las tenues neblinas argentadas que ascienden de la ría. Húmeda noche de otoño en que los campos exhalan sus fragancias más puras y sutiles bajo el benévolo centelleo azul estelar. Ni una luz, ni un rumor entre las solitarias sombras. Si de cuando en cuando no zumbara en las frondas una ráfaga, diríase muerto el paisaje. Toda la energía vital del universo parece concentrada en el temblor de los luceros que refulgen regiamente en el soberano pabellón celeste.

Dentro del pazo todo es también quietud y silencio. Sus habitantes duermen en paz o velan sus duelos, sin sospechar los tiernos y frenéticos ardores amorosos que han venido a alojarse clandestinamente en una de las cámaras del viejo edificio en aquella noche de otoño en que la Naturaleza, desmayada y adormecida, parece querer abandonarse ya, suavemente, a su descanso anual. Todos duermen en el pazo, sin presentir lo que en él está

ocurriendo; pero el caserón mismo, con su larga experiencia de las cosas humanas, palpita agitado con la emoción del presente y los temores del porvenir. Como en noches de vendaval, crujen inexplicablemente puertas y ventanas, suelos y techos; vagos soplos ansiosos se extienden de estancia en estancia, estremeciendo las cortinas levemente. El pazo sabe, el pazo juzga, el pazo se duele. ¡Tantos casos como aquél llevan ocurridos entre sus paredes desde que fueron alzadas sobre la tierra! ¡Tantas enfebrecidas parejas se han buscado allí ansiosamente en el mudo secreto de la noche! Pero el pazo sabe (y eso le atormenta, ya que quiere al mancebo, su futuro señor, a quien ha visto nacer bajo sus techos), el pazo sabe de muchas pasiones desbordadas, entre las que se han desarrollado en su recinto, que han ido seguidas de desgracia. ¿Cuántos siglos habrán ya pasado desde que la blonda esposa de aquel anciano caballero íbase a buscar a un pajecillo entre las sombras? Una mañana apareció muerta al descorrer las cortinas de su lecho. —Mal de corazón—dijo el médico. Cierto, mal de corazón, pero que había actuado por medio de un veneno. Y ¿cuándo fué lo de aquella linda moza, aun no de quince años, que, por no haberse resistido a los halagos de su señor, pereció, bañada en su sangre, al dar a luz un niño muerto sin asistencia de nadie? Y aquel zagalón cuyo cadáver se encontró en una bodega con un cuchillo hincado en el corazón hasta el mango, ¿no

era amante de la hija del jardinero y no murió víctima de la paterna venganza? Y aquella otra vez que... A lo largo de tres o cuatro siglos son varios los casos dolorosos que recuerda el pazo. La vetusta edificación augura desdichas a toda pasión no domeñada, y en medio de la melancolía nocturna del otoño, cuando de todas las cosas naturales la vida se va retirando suavemente, por las entrañas del viejo caserón circulan indefinibles estremecimientos, hálitos agoreros, precursores de duelos...

Pero ninguno llega hasta Miguel, acaso el solo ser humano no entregado a aquella hora a la inconsciencia del sueño de cuantos habitan en el pazo. Su vigilia es una adoración sin término. Entre la molicie de dos besos, su compañera se le ha quedado dormida en los brazos. Y ahora él, como en éxtasis, va analizando cada una de las maravillas de la presencia amada: el noble modelado de los robustos miembros, cuya forma es encanto de su mano; la tibia dulzura de aquella fina piel, delicia del tacto; el blando ondular de pecho y vientre en los acompasados movimientos respiratorios; el delicado soplo del húmedo aliento susurrante, que suena celestialmente en los oídos de Miguel y le hace cosquillas en el cuello; la caricia en su rostro de los rizados bucles de la visitante; el peso de la dormida cabeza sobre su hombro y en su costado el del brazo con que ella lo abrazaba al sumirse en el sueño; la

cálida vecindad del puro y sano cuerpo femenino a lo largo del suyo, para terminar con el tierno contacto de los pies allá en las últimas profundidades de la cama.

Miguel, para no despertar a su pareja, hechizado por aquel cúmulo de nunca gozadas sensaciones, incomparablemente más plenas y complejas de las que jamás ha acertado él a imaginar en sus más ardientes devaneos eróticos, sólo logra murmurar beatamente en su embeleso una exclamación que ya a mediodía, no sabe desde dónde, se le vino al círculo de los labios:

—¡Suavidad de suavidades y todo suavidad!

Aparte de aquellas embriagadoras impresiones, gloria de sus sentidos, presta también cariñosa atención, en su clarividencia desvelada, a lo que le rodea y sirve de nido a su feliz delirio amoroso: nunca le parecieron más suaves y acogedoras las sombras de su cuarto, templada placenta de sus meditaciones y sus sueños; nunca amó como en este instante aquella casa en que ha nacido y donde se inicia en el amor. Su oído escucha con ternura el reposo de la vasta vivienda, y su vista, a través de los vidrios de la ventana, contempla el lento desfile de los astros, únicos fulgores que relucen en aquel paraíso de tinieblas.

Todo en su habitación, en el pazo, en el mundo que lo rodea, es paz, dulzura, delicia, mansedumbre, intimidad, reposo. En la tranquila noche las cosas duermen con la inocente beatitud

del sueño de un niño. Y el conjunto de los encantos nocturnos, sus blanduras, sus hechizos, sus fragancias turbadoras, hase encarnado misteriosamente en un cuerpo de mujer, haciéndose uno con él, y, para enloquecer de dicha al condesito, ha venido a quedársele dormido entre los brazos.

EL DESPERTAR

Aureas oleadas de sol inundan ya la estancia cuando Miguel entreabre los ojos y con incierta mano busca a su lado la regalada compañía nocturna. Despierta por completo al advertir que se halla solo. ¿Cómo? ¿Cuándo pudo irse Carmiña sin que él advirtiera su marcha? Y desvanecido tanto fuego, tanta caricia, tanta ternura con las dulces horas de sombras, no queda como testimonio de su pasada realidad más que el hueco de la desaparecida cabeza sobre la larga almohada. Miguel échase sobre él y lo besa apasionadamente, aspirando una vaga reminiscencia del olor de la ausente cabellera. Y antes de levantarse, con las manos cruzadas bajo la nuca, contemplando con rostro feliz las vigas del techo, va reviviendo, uno a uno, los episodios de la noche.

¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Cabe tamaña dicha en corazón humano? Y sin saber cómo, hácese presente el sentimiento de asco y disgusto que lo había hecho huir a todo escape en la Coruña del lecho mercenario donde por primera y única vez había estrechado las marchitas gracias de una

hembra venal. Aquello era repugnante, ¿quién lo duda? Pero ¿y esto?... ¿Qué dichas puede ofrecerle ya la vida que excedan de las que acaba de conocer? Y en su felicidad no se avergüenza de haberse entregado a tales expansiones pocas semanas después de la muerte de su hermanita, ella, tan pura, y que se habría muerto de horror si hubiera podido sospechar lo que había de ocurrir tan en breve entre las dos criaturas a quien ella más tiernamente amaba; no piensa tampoco en las complicaciones y desasosiegos que puede ocasionar su trato con Carmiña: en lo que ocurrirá si lo descubre la condesa; en la posibilidad de que no sean estériles sus delirantes abrazos. Nada de ello existe para él: sólo tiene realidad el placer gozado y se extasía rememorando la compañía de Carmiña, sus palabras, sus suspiros, sus caricias, su sueño.

Las siete y media. Si no se levanta en el momento mismo no va a llegar a la misa que todas las mañanas dice don Juanito en el oratorio. Salta de la cama, chapúzase con un jarro de agua fría en su baño redondo, vístese rápidamente. Cuando sale al comedor encuéntralo desierto. Acaban de barrerlo y limpiarlo; están abiertas las ventanas y una brisa fresca y tonificante agita las muselinas de los cortinajes. El canario trina cálidamente encerrado en su jaula. Asómase Miguel a la ventana para llenarse los pulmones de las limpias fragancias matinales. En el puro cris-

tal del aire relumbran serenamente los oros del otoño. Amarillean las hojas de unos árboles, rojean las de otros. Cada casa aldeana tiende sobre sí una pesada nube azul de humo que permanece inmóvil, sin disolverse en el aire. Azules son también, en el dorado tono general de los campos, las sombras de colinas, sotos, pinares. El dormido espejo de la ría reproduce la nimia quietud del paisaje abemolando hasta lo indecible la ya blanda suavidad, finamente matizada, de los colores de las cosas. Por la carretera, al otro lado de la ría, pasa, como carruaje de juguete, el amarillo coche correo del Ferrol bamboleando su gran baca. En el cristalino silencio de la mañana llegan con toda precisión hasta los oídos de Miguel los lejanos ruidos de su marcha; el cascabeleo de las colleras de las mulas, las patadas que da en el pescante el mayoral, sus gritos para animar al ganado:

—¡Anda ya!... ¡Anda ya!... ¡Polavieja!

Miguel no se harta de recoger en su alma las dulces maravillas del paisaje. Aquella salud, aquella alegría del radiante mundo matinal en que son puras y bellas todas las cosas, concuerdan totalmente con la interna animación de su pecho; dentro de él, como fuera, todo es equilibrio, viveza, brío, placentera y saludable plenitud gozosa. La vida se le aparece magnífica como un himno y fácil y grata como juego de niños. Ahora que sabe ya todas las dichas que el vivir trae con-

sigo, la existencia cobra redoblado valor ante sus ojos. El porvenir se le presenta como una larga perspectiva de triunfales arcos de laurel y mirto, bajo los cuales ha de pasar feliz y victorioso; a su término, en una atmósfera de oro, brilla algo tan soberanamente deslumbrante que ni siquiera puede decir en qué consiste.

Una caliente mano posándose en su hombro viene a arrebatarlo a su glorioso arrobó:

—¿Aun está adormiladillo mi condesito?—arrulla junto a su oído una voz dulce y grave—. Sé que ha soñado cosas que no le dejaron descansar bien esta noche.

Miguel gira rápidamente sobre sus talones, tiende los brazos a la cintura de la moza y, antes de estrecharla ansiosamente contra su pecho, aplastando boca con boca, observa un momento la gracia inefable de aquel rostro, ramillete de amorosas sonrisas, que a él se le antoja el colmo de las maravillas terrenas, y que, aquel día, atrae con doblado hechizo, ya que unas sombras en torno a sus ojos y cierto dulce aire de fatiga esparcido por todas sus facciones vienen a amortiguar el excesivo brillo de salud con que de ordinario deslumbra.

—¡Mi Carriña!... ¡Mi cielo!

—¿Es verdad que me quiere todavía? ¿No está arrepentido de lo de esta noche?—inquiere ella en sus cálidos gorjeos.

—¿Que si te quiero? ¡Como no se puede querer más en el mundo, alma mía!

AUSENCIA Y REGRESO

Pero el idilio oculto iba a durar muy pocos días: el 2 de octubre tenía que estar en Santiago el condesito. La última noche, entre los brazos de Carmiña, inicióse el mancebo en cómo acongojan los dolores de amor. La moza se deshacía en sollozos al pensar que era la vez postrera que en varios meses iba a tenerlo a su lado; besábanse inacabablemente, con besos que sabían a llanto, y por la mañana era ya día claro cuando consiguieron separarse, entre tempestades de lágrimas y suspiros, con riesgo de que alguien descubriera lo que entre los dos pasaba.

A las ocho salió Miguel para la Coruña, despedido a la puerta del pazo por todos sus habitantes, menos por Carmiña, que no habría podido resistir tal impresión con enjutos ojos. Miguel iba también muy apenado. —Ya se ve—se decían todos—, la primera vez que se separa de la señora condesa después de lo que ha pasado. —Y en efecto, en el abrazo de despedida dado a su madre, puso Miguel una ternura que la señora no ha-

bía conocido jamás en las esquivas caricias de su heredero.

Mas su dolor se fué disipando según el coche se alejaba del pazo, y cuando a las doce, en la Rua Nueva de la Coruña, ocupó su incómodo asiento de berlina en la diligencia de Santiago, toda su alma, como músico instrumento, vibraba ya de trémulas esperanzas. Ahora sí, ahora sí que iba a realizar, en la vetusta ciudad universitaria, los planes literarios que no había sido capaz de llevar a cabo aquel verano; ahora sí que sentía que en su alma palpitaban los bríos más auténticos. Y durante las siete horas largas de viaje, viendo el uniforme panorama de la yerma meseta montañesa por las ventanillas laterales, y por las del frente, bajo el piso del pescante, las grupas trotadoras del numeroso tiro de la "carrilana", su excitado espíritu, brizado por la ilusión y la confianza, era un hervidero de versos y de planes.

Desde el primer momento, y como en años anteriores, dejáronle mucho tiempo libre sus estudios oficiales, por los que no lograba interesarse; pero leía ferozmente, queriendo resarcirse del tiempo perdido en el verano; componía versos en los que cantaba las vacilaciones y alegrías de su rural amor, e iba avanzando con toda desenvoltura en la redacción de las escenas de su drama.

En la fiesta de los Santos, aprovechando tres días seguidos sin clase, intentó ir a su casa, pero la madre le prohibió que en modo alguno saliera

de Santiago. Resistióse, pues, a sus fogosos deseos de ver a la rapaza: allá en las inacabables noches, tormentosas y frías, de las Pascuas de Navidad, sería dulce refugio el nidal de sus brazos. Entretanto nada sabía de ella, pues Carmiña no estaba familiarizada con los secretos de la escritura, y, aunque lo estuviera, siempre le habría parecido peligrosa una correspondencia. Sólo por las cartas de su madre y de don Juanito sabía Miguel "que no había novedad en casa".

Contando los días que lo separaban aún de la renovación de aquellas ardientes entrevistas, cuyo recuerdo le inflamaba la sangre, Miguel vivía con intensidad nunca antes conocida su vida de estudiante. No era tan huraño como el año anterior en el trato con sus compañeros; su timidez estaba vencida en gran parte; se le otorgaba beligerancia en las discusiones escolares; se le oía, se le consideraba, y llegó a admirársele cuando, gracias a las incitaciones de algunos compañeros, comenzó a publicar sus versos en las columnas de un diario de Santiago. Tales poesías, hondamente sensuales, brillantes de forma, impregnadas en lo que se llamaba "modernismo" por aquellos años, llenas de imitaciones de los primeros versos de Rubén Darío, despertaban vivos ecos en el alma de los escolares. Eran recitadas con cariño en las reuniones de sus camaradas, circulaban copias manuscritas de las aun inéditas, y se animaba por todos al autor a que las coleccionara en un libro,

cosa que decidió hacer Miguel en cuanto regresara de su aldea. El drama mismo fué también leído y elogiado no bien se descubrió su existencia; y hubo mucho empeño en que Miguel lo entregara al director de una compañía de "verso" que actuaba en el teatro, confiando en que querría estrenarlo; pero Miguel se negó a ello, no teniéndolo aún por obra bastante madura para ascender a las tablas. Otras vendrían después que llevaran de boca en boca su nombre entre universales alabanzas.

En medio de estas gratas impresiones, llegó el anhelado momento de volverse a casa. En el coche de la madrugada salió Miguel para Curtis, pues así, por aquel camino, conseguía llegar el mismo día al pazo. Si fuera por la Coruña, habría tenido que quedarse a dormir allí, y era toda una noche que perdía para gozar de la compañía de su Carmen. Sólo ella llenaba su pensamiento en aquellas glaciales y tenebrosas horas de la mañana de diciembre en que el día, cobarde y atarido, no osaba dejar su lecho, y el coche rodaba cansadamente, entre llovizna y tinieblas, por las ásperas montañas de Arzúa. Un recio almuerzo de jamón y huevos fritos tomado al llegar a Curtis reintegró a Miguel en su natural calor. Desesperante espera en la estación, pues el tren mixto venía con retraso, viendo en su aburrimiento cómo caían infatigablemente las gotas de lluvia en el negro piso de carbonilla del andén. Era ya ano-

checido cuando se vió en Brigancio y pudo alquilar un cochecillo que lo llevara al pazo.

Lleno otra vez de frío, como por la mañana, rodó de nuevo en coche, en medio de la lluvia, por la oscuridad de la fangosa carretera. Pero nada le importaba el fosco ambiente exterior. Llevaba en el pecho el calor de cien estíos, y, a cada momento más clara y luminosa, la adorada imagen de su Carmen abrasábale el alma con el ansia de llegar junto a ella. Parecíale que no salían del sitio las pobres jacas del carricoche, y más de una vez suplicó al zagalón que servía de cochero que hostigara al ganado, prometiéndole buena recompensa. ¡Qué diferentes encontraba ahora las orillas de su ría natal de como las había admirado la última vez que había recorrido aquel camino, la víspera de San Juan, viniendo también de Santiago! Entonces todo era luz, alegría y deslumbrantes esplendores; ahora sólo frío y sombras mortales. Y sin embargo, si en su pecho ardía en aquella ocasión una gran esperanza de venturas, ahora todo son seguridades de felicidad. Espérale el amor en las regaladas tinieblas de su alcoba; más tarde, cuando pasen los años, la fama del artista, los triunfos literarios...

Llegado ante la finca, echa abajo a aldabonazos la puerta del camino, ya que hasta el día siguiente no es esperado por nadie. Apenas un saludo para el viejo Colás, que lo recibe tembloroso de puro emocionado; apenas un abrazo a don

Juanito, que brama sus más estrepitosas frases de saludo; apenas una mirada para la situación de su madre, que lo recibe como nunca soñó que pudiera llegar a verla: bañado en llanto el semblante y estrechándolo largo tiempo con brazos trémulos contra su pecho descarnado. Pero nada de todo ello interesa al ardiente egoísmo de Miguel: —¿Y mi Carmiña?— se dice—. ¿Cómo no sale a recibirme como los otros?

Y con el pretexto de que tiene frío y quiere calentarse en el hogar, corre a la cocina por ver si allí la encuentra. Allí está, cosiendo bajo la lámpara. Trabajo le cuesta dominarse para no correr hacia ella, en presencia de Micaela, y estrecharla entre los brazos. Pero aunque sean un volcán sus ojos, sólo le dirige un balbuciente saludo inexpressivo, en todo igual al que dedica a la cocinera. Y la rapaza, también cortada, contéstale con igual vacilación y azoramiento. Entre las mil escenas que en Santiago y por el camino ha imaginado como primera entrevista con Carmiña, jamás se le ocurrió que pudieran estar uno frente a otro sin osar mirarse, como si fueran cómplices de un crimen.

La moza no levanta los ojos de su labor, pero Miguel comienza a observarla detenidamente y va haciendo descubrimientos que le espantan. ¿Qué fué de aquella antigua gallardía, esplendor y frescura que la convertían en encarnación de la más galana y florida juventud? Está ahora

caída en su silla de labor como si no pudiera con su cuerpo; amarillo y terroso el semblante; hinchados los ojos y sin aquel brillo que cegaba. Por todo su rostro se tiende una ajada máscara de fatiga. Y hasta el busto no conserva ya la turgente pompa habitual, sino que su vestido parece colgar y sobrarle por todas partes. Miguel, con creciente preocupación, no consigue apartar los ojos de la rapaza.

—La encuentra muy cambiada, ¿no es cierto? —va diciendo Micaela, a quien no pasa inadvertido el pasmo del mancebo—. Le bajó mucho en estas últimas semanas. Claro; no sé qué le pasa que aborrece la comida, y cuanto come, con perdón, lo devuelve, sin que le pare nada en el estómago. Yo ya no sé qué discurrir para que se alimente. La señora condesa está muy disgustada y quiere que don Ramón la reconozca; pero esta tonta, aunque el médico es ya tan viejo, dice que antes de que la vea nadie prefiere marcharse de la casa.

Miguel, acongojado con la impresión inesperada, no sabe qué pensar. ¡Dios bendito! Será que se contagió del mal de Mariana. Nada tendría de particular, pues no se apartaba nunca de su lado.

—¿Tose?—pregunta con voz trémula.

—No. No le es nada de lo que usted se piensa —se apresuró a responderle Micaela—. Eso mismo le preocupa a la señora condesa. Si no fuera lo del estómago, estaría buena.

Carriña, con la vista fija en su regazo, permanece ajena a la conversación, como si no fuera de ella de quien se tratara.

¿Qué le pasa, cielo santo? Miguel, ardiendo en impaciencias que se suman a la nerviosidad que le produce la fatiga de tantas horas de viaje, decide averiguarlo en el momento mismo. No sería capaz de resistir su ansiedad hasta las altas horas de la noche, en que pudieran verse como antes.

¿Qué hacer? Necesita hablar al punto con la rapaza. Dice que quiere lavarse y quitarse la ropa de viaje y le pide a Carriña que le lleve una jarra de agua caliente a su cuarto.

Espérala lleno de inquietud, y no bien la oye venir por el pasillo, corre desalado a su encuentro. La coge de la mano, la lleva hasta el fondo de su alcoba, junto al lavabo, para hablar allí sin que puedan ser oídos desde el pasillo si viniera alguien.

No bien tiende los brazos, cuando la moza se deja caer en ellos deshecha en convulsivo llanto. En vano Miguel la cubre de besos, la oprime contra el pecho, con mil preguntas anhelantes. Ella no hace más que gemir y clamar:

—¡Ay, mi Miguel!... ¡Mi Miguel!... ¡Mi Migueliño!... ¡Cuánto deseé que vinieras!... ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande!

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?—interroga una y otra vez el mancebo, a cada instante más perplejo y asombrado.

Mas no hay modo de arrancar de labios de Carmiña otras palabras. Apriétase convulsamente contra el pecho del condesito, quien, a cada instante, teme que le dé un ataque.

—¡Por Dios, dímelo! ¿Qué pasa?—gime repetidamente el mancebo—. No me tengas en esta ansiedad. ¿Qué te ocurre para que te pongas de ese modo?

Por fin logra decir la rapaza:

—Pero ¿no lo has comprendido todavía? Que me tienes embarazada.

—¿Qué dices?—clama él como si viera caerse le todo el firmamento a sus plantas.

—Sí. Embarazada...—y roto el interno dique que detenía hasta entonces sus palabras, brotan ahora en confuso aluvión, turbias y encrespadas—. Aquellas noches que pasamos juntos... Ya lo ves... Yo ya quería que me prometieras ser formal... No me hiciste caso... Claro que a ti nada te ocurre y soy yo quien lo pasa... Tiemblo toda de miedo cada vez que Micaela pone en mí la mirada... Acabará por conocer mi situación y se lo dirá a tu madre... ¡Qué vergüenza, Dios mío! Me echarán de la casa... No tendré dónde meterme, porque no voy a ir a la mía en este estado... Tú verás lo que haces de mí..., lo que dispones... No vas a abandonarme ahora, si es que tienes conciencia... No vas a ser de los que huyen una vez hecho el daño... No abandonarás tampoco a mi hijiño, a nuestro hijiño, porque por

Lo más santo te juro que tú eres el padre... Dígante lo que te digan, no lo creas... Por la salud de mi madre te juro que, no siendo tú, ningún hombre me ha tocado... Así no vea el sol de mañana si no es cierto; así arda eternamente en los profundos si te engaño...

Sin apenas saber lo que le ocurre, Miguel va aflojando los lazos con que estrecha a la rapaza, y, como estatua de piedra, queda a su lado inmóvil sin acertar a decir una palabra.

CUERPO DE MUERTE

Chapúzase largo tiempo en la palangana, tratando de adormecer la excitación de su cerebro. ¡Calma! ¡Calma! Lo primero es cobrar tranquilidad, para enterarse de la índole del inesperado golpe que lo aturde y da vértigos. ¡Y aun dice Carmiña, en su ordinariez campesina, que el mal es sólo para ella!

Antes que nada, comprende que le sería absolutamente imposible presentarse a la mesa a la hora de la cena y sostener una conversación con los suyos. ¡No, no! ¡No quiere ver a nadie! Y como defensa se desnuda y se mete en el lecho. Dirá que le duele la cabeza cuando vengan a llamarlo.

La frialdad de la almohada, que trasciende a las amadas fragancias de los armarios maternos, sírvele para refrescar un tanto la fiebre de su ánimo. Pero aun es un torbellino su cabeza: brama la sangre en sus oídos, relampaguea en sus ojos, es un caos su pensamiento.

Es inevitable que la madre, llena de ansiedad, se presente en el cuarto, antes de sentarse a la

mesa, no bien le dicen que el señorito se ha acostado. A pretexto de que le molesta la luz, consi-gue Miguel que deje su palmatoria fuera de la alcoba y que sea la entrevista a oscuras. Contesta con foscos monosílabos a las angustiadas pregun-tas de la dama. No. No le pasa nada. Dolor de ca-beza del madrugón. Acaso también le haya caído pesado el almuerzo. No quiere tomar cosa algu-na, ni una taza de té o de manzanilla. Sólo que lo dejen descansar tranquilo y a la mañana si-guiente estará como si nada hubiera pasado. La madre, sobresaltada al notar algo extraño en el cortante tono de su voz, dícele si quiere que ven-ga a dormir ella a la sala, en un catre, por si ne-cesita algo por la noche; pero Miguel se enoja: —¿Qué va a necesitar? ¡Como si no se pasara solo los inviernos enteros en su cuarto de San-tiago!

Con gran alivio de Miguel vase la condesa; pero aun vuelve a presentarse otra vez, caminan-do de puntillas, al acabar la cena. Mas el hijo acu-de entonces al recurso de fingirse dormido. La se-ñora, inclinada sobre la almohada, escucha unos instantes el ritmo fingidamente tranquilo del alien-to juvenil, y se va con toda confianza, segura de que el niño reposa como un bienaventurado en las mansiones celestiales.

Miguel no puede más. No bien los pasos de su madre se pierden en el recodo del pasillo, arrójase lleno de furia de la cama y va a atrancar la puerta.

Sólo falta que también a la otra se le antoje ahora venir a fastidiarle. Y él quiere estar solo, solo, solo, para examinar bien lo que le ocurre y ver qué determinación debe tomarse.

No bien cierra la puerta y se tiende otra vez en su cama, parécete que su ánimo tiende a apaciguarse. ¡Serenidad, serenidad es lo que necesita! Abiertos los ojos, contemplando aún en el telón de las tinieblas los cambiantes cuadros que simula su retina excitada (guirnaldas de flores rojas, ramas cargadas de redondos frutos de fuego), comienza a hacerse cargo de las reales impresiones de lo que le rodea: oye el dulce golpear de la lluvia contra sus cristales, percibe los mil apagados susurros que pueblan normalmente el silencio de su cuarto. Aspira también, con inconsciente delicia, el ambiente característico del pazo: aquel añejo y vago olor a humedad, primera sensación que recibió al nacer su pituitaria y que siempre ha sido para él como un regalo.

Ahora que está ya más sereno, intenta pensar en su caso; pero no bien procura dirigir la luz de su conciencia hacia aquella realidad cruel que desde dos horas antes le viene destrozando el alma, cuando otra vez se encalabrinan sus nervios, agítase en el lecho, hácense más sangrientas las vertiginosas guirnaldas de las sombras: de nuevo es enfurecido torrente la sangre en sus oídos y galopa como potro bravo su corazón desbocado.

¡Calma! ¡Calma! ¡Calma! Hace ya mucho que

debe haberse ido todo el mundo a la cama, cuando logra por fin enfocar el conflicto con relativo aplomo. ¿Qué pasa aquí? ¡Veamos! ¿Qué es lo que le ha aturdido de aquel modo, poniendo todo en su cabeza de arriba para abajo? ¡Orden! ¡Orden! El caso es muy sencillo y fácil de comprender. Que Carmiña ha salido embarazada de sus brazos. Bueno. Lo único raro es que no haya pensado hasta aquel momento en que podía ocurrir lo que ha pasado. ¡Calma! Vamos a ver. ¿Qué debe hacerse ahora? Abandonarla y dejarla que se las arregle como pueda no se le ocurre ni por un instante. No, no. El tiene obligaciones que cumplir respecto a la futura madre y a su hijo, y por nada del mundo dejará de realizarlas. Pero ¿qué obligaciones? No imagina que tenga que casarse con Carmiña. La moza es deliciosa como aldeana, pero sería una ridícula condesa de la Gándara. No; ni soñarlo. Eso sería castigar la culpa de un momento con una pena que nunca terminara. Además, en el mundo de Carmiña no es ningún fenómeno desusado que una soltera sea madre. Vese casi a diario. Y aquel lance ni siquiera le impedirá a Carmiña que encuentre marido el día de mañana.

El deber del señorito queda reducido, como ya ella se lo ha dicho, a no abandonar a la rapaza. Darle medios para que pueda vivir en casa de su madre mientras no llega el parto; ocuparse después de que a la hora de éste nada falte para su

asistencia y cuidado; sostenerla durante la lactancia del hijo; dar su nombre al niño, costear todos sus gastos, llevarlo consigo y ocuparse de su educación, en cuanto pueda sustraerlo a la vulgar atmósfera de la madre. Y ya se imagina las dichas que gozará al ser el guía, maestro y protector de aquel mozalbete, pues ni por un instante supone que no sea varón, sólo dieciocho años más joven que él, en cuya vida han de realizarse todas las aspiraciones que el padre, falto de dirección en la suya propia, no ha sido capaz de llevar a cabo. Y tan fácil, llano y hacedero se le presenta el porvenir, que por un momento está a punto de quedarse plácidamente dormido.

Mas de pronto preséntasele una idea que le hace pegar un salto en la cama. Todo eso está muy bien, pero ¿y el dinero? ¿De dónde va a sacar los fondos para costear la subsistencia de la madre y del hijo? Todo ello significa un buen puñado de pesetas. ¿Dónde encontrarlas? No hay más que una manera de hacer frente a tales gastos: que sea su madre quien haya de costearlos. ¡La condesa! Por lo tanto, Miguel tendrá que hablar con ella; confesarle lo que le ha ocurrido con la rapaza a las pocas semanas de muerte Marianiña; suplicarle que le perdone aquel pecado y que ampare y proteja a su cómplice...

—¡No, no! ¡Imposible! ¡Imposible!—dícese Miguel, nuevamente agitado, alzándose frenético de su lecho para pasear a oscuras por la sala.

Por nada del mundo tendrá valor para acercarse a su madre y referirle lo que le pasa. Por nada quiere afrontar sus miradas cuando conozca su falta. Sabe bien lo que ha de ocurrir: no le reprenderá, no le dirá ni una palabra. Pero sentirá un desprecio tan definitivo hacia el manco que ha ido a caer en aquella vulgar falta, que al hijo no le será ya nunca dado ponerse sin rubor en presencia de la dama. Por mucho que dure su vida, siempre ha de sentirse en una bochornosa situación ante su madre.

Y de otra parte, la condesa, tan pura, fría, rígida y severa en sus principios morales, ¿querrá amparar a la pecadora? ¿Accederá a ocuparse, aunque sea niéto suyo, del fruto de aquel pecado? Sólo conseguirá Miguel la desestima materna, sin remediar en nada la situación de Carmiña y del hijo que lleva en sus entrañas.

¿Qué hacer, qué hacer entonces? Cualquier cosa menos que su madre sepa lo que pasa. Desaparecer con Carmiña, escaparse a muy lejos, embarcarse los dos para Cuba o Buenos Aires, ganarse allí la vida como escribiente o periodista, para sustentar la carga con que tan impensadamente se halla abrumado.

Paseando convulso por la habitación, sin sentir el frío, aunque está casi desnudo y descalzo, va edificando Miguel su alcázar de delirantes ideas, cada vez menos sensatas. Un país nuevo donde no haya la rígida estructuración social de la ca-

duca Europa... Un ambiente rústico y sencillo donde no extrañe la mala educación de su Carmen... Será tenedor de libros, maestro, secretario, cualquier cosa que les permita vivir oscuramente.

—¡Vivir oscuramente! Y ¿no sería mejor morirse?—llega a pensar en minutos de honda melancolía, en que su excitación va cediendo ante el cansancio y en que su falta de fuerzas le presenta la vida como empinada cuesta que nunca será capaz de subir hasta su término, bajo el agobiante peso que le oprime las espaldas. Parado en mitad de la tenebrosa sala y apoyándose en el respaldo de un sillón para no dar consigo en tierra, pues, en su agotamiento, le parece que ya no pueden sostenerlo sus pobres piernas, piensa con hechizo en las dulzuras de la muerte. Arrastrado acaso por letales influjos heredados, complácese con voluptuosidad en imaginar las dichas del eterno reposo. ¡Perecer! ¡Dejar de sufrir! ¡Librarse de todos aquellos problemas, preocupaciones y responsabilidades! Que resuelvan la situación del modo mejor posible los que están hechos para soportar las durezas de la vida. El no lo está. Por haber gozado de un breve soplo de alegría, lleva ahora sobre sí una cruz a cuyo peso nunca logrará acostumbrarse. Hablarle a su madre... Huir con Carmiña, que nada ya le importa... No, no. ¡La muerte antes!

Pero ¿va a morir abandonando cobardemente

en el mundo al hijo de su carne? ¿Va a infligirle a su pobre madre, por encima de todos sus sufrimientos, el martirio de saber que su hijo se ha suicidado? No puede ser. Necesita morir; no siente ni la menor apetencia para seguir en un mundo, cruel y despiadado, que a tan caro precio le cobra unas delicias fugaces, pero no puede desamparar al niño aun no nacido, ni desesperar a su propia madre.

¿De qué modo, Señor, de qué modo resolver tal cuestión? ¿Cómo morirse sin abandonar a la criatura y sin que nadie sospeche jamás que su desaparición ha sido buscada? Y otra vez pasea de punta a punta por la estancia, parándose a veces ante la ventana para escuchar, con vana atención, cómo golpea los vidrios la llovizna infatigable.

De pronto se detiene y casi lanza un grito. ¿Cómo no ha caído antes en ello? Si fallece de muerte natural, enfermo en su cama, como se ha muerto Mariana; si en el último momento le revela a su madre—¡entonces sí que será capaz de hacerlo!—que es suyo el niño que va a tener Carmiña y le pide que por Dios no lo desampare, de fijo que la condesa no desatenderá su ruego. El, inadaptado a la vida, iráse al eterno descanso, y la suerte de su hijo queda asegurada. ¡Justo! ¡Bien visto! Esa es la manera de armonizarlo todo.

Pero hay ahora un problema peliagudo. ¿Dón-

de hallar una muerte que pueda parecer natural? ¿Un veneno? Y ¿cómo va a procurárselo? Además, ¿qué veneno hay cuyos efectos puedan confundirse con una muerte ordinaria? No, no es ese el camino. Tiene que morir de enfermedad. Pero ¿qué enfermedad puede provocarse de un modo voluntario? ¿Una fiebre? ¿Un empacho? ¿Y si le diera una bronquitis, una pulmonía? Sabe que un enfriamiento intenso y prolongado puede acarrear la muerte, y esa manera de desaparecer está al alcance de su mano. La noche es glacial. Con exponerse, sin ropa, al frío nocturno, hasta que ya no pueda resistir más, es seguro que habrá de ponerse malo. El caso es que la enfermedad sea lo bastante intensa para matarlo. ¿Y si combinara el enfriamiento con un baño? Deben ser casi las cinco de la mañana, y a aquella hora, siendo como es dos días después de la luna llena, debe estar la marea muy alta. Si baja al muelle, se desnuda, se mete en el agua y se está quieto en ella hasta quedarse casi helado, y luego en casa, en vez de abrigarse para entrar en reacción, se expone otra vez al frío de la invernal madrugada; parecele que no podrá menos de ser su enfermedad muy grave.

Dicho y hecho. El haber llegado a encontrar, con toda perfección, el modo de satisfacer sus propósitos, dale nuevos bríos, cuando ya creía tenerlos todos agotados. El caso es salir de la casa sin que nunca pueda llegar a sospechar nadie que lo

ha hecho. Por el gabinete de la terraza, por donde ya otra vez intentó una escapatoria, le será fácil lograrlo. Pero también necesita ir vestido en forma que no pueda descubrirse después, por sus ropas, su excursión nocturna. ¿Calzado? Vuelve a ponerse los mismos zapatos, llenos de barro, que trajo de viaje. Sobre el traje de dormir pónese su empapado impermeable. Nadie sabrá después, al verlo mojado, si cayó sobre él la lluvia de la noche o si conserva aún la humedad de la anterior tarde.

Con perfecto aplomo, aléjase de su cuarto por los largos pasillos tenebrosos, recorriéndolos con la misma seguridad que si fuera día claro. Parece que, en lo oscuro, sus pies, sus brazos, su cuerpo todo, están dotados de vista que les permite sortear victoriosos todos los obstáculos. Entra en el gabinete, abre el balcón, sale a la terraza, sobre cuyas losas resuena en las tinieblas el golpear de la incansable lluvia. Si alguien hay despierto en la casa, aquel rumor natural cubrirá el ruido de sus pasos. Baja la escalinata. Atraviesa corriendo los jardines y la huerta. Sale al muelle, y dale en rostro el aliento fosco, húmedo y salobre, de las inmediatas y negras aguas. Nada se ve en la tempestuosa noche: ni montes, ni cielo, ni ría. Desnúdase del todo, prestamente, dejando envueltas sus escasas ropas en el impermeable, bajo el tejadillo de la puerta de la finca.

Trémulo y escalofriado, avanza por la húmeda

hierba hacia la rampa. Llegado a ella, clávansele en los pies las puntas de sus sillares de granito, corroídos por el salitre del mar. Va descendiendo, y, por mucho que sea el momentáneo poder de su voluntad, no puede evitar un espeluzno cuando por primera vez sus plantas perciben el helado contacto del agua. Pero vence el impulso de volverse atrás y sigue avanzando rampa abajo. El agua en los tobillos, en las rodillas, en los muslos, en el vientre. A cada instante es mayor su estremecimiento. En cuanto esté sumergido hasta la mitad del pecho, no avanzará más y esperará largo tiempo, sin moverse, a que el frío glacial de la ría se le introduzca en los tuétanos y en la sangre.

Un paso más... Otro... Pero de pronto pierde pie. Hay una corriente rápida y poderosa que amenaza apoderarse de él. ¿Qué es aquello, Dios santo? Ansiosamente buscan sus pies las piedras de la rampa; quiere nadar hacia tierra para no ser envuelto por las aguas. Pero aunque flota y se sostiene, no es él quien determina adónde ha de ir, sino que las aguas lo arrebatan.

No quiere ahora morir y bracea enérgicamente para salvarse. ¿Qué tontería le dió para haber deseado la muerte? ¿Estaba loco o borracho? Volverá a tierra. Entrará en calor bajo las mantas de su cama o despertará a todo el mundo, pidiendo que le den algo caliente que le haga reaccionar. Al otro día hablará con su madre y le descubrirá lo que le ocurre con Carmen. La madre

quizá le riña un poco, pero acabará por recibir con brazos abiertos a aquel temprano nieto que el cielo o el infierno le han dado.

Nada con todas sus fuerzas juveniles, cada vez más poseído de esperanza. ¡Con la gran maravilla que es la vida! Pero ¿hacia dónde cae la tierra en aquel espantable mundo de sombras, que aunque bratee y bratee nunca logra alcanzarla? ¡Si tiene que estar a dos pasos de la orilla! Con creciente espanto alza del agua la cabeza, bajo el azote de la lluvia, por ver si descubre algo. La infinita negrura helada lo envuelve por todas partes. Poseído de pánico, lanza estridentes gritos demandando socorro, hasta agotar la voz de su garganta. Loco ya de terror, nada con desesperación, sintiendo cómo menguan sus fuerzas y aumentan las de la riada. Al sentirse perdido, a punto ya de ser envuelto por los remolinos, aun lanza un último clamor que queda perdido entre las ondas y el viento:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Sálvame!

Pero ya no es capaz de sostenerse a flote; dominanlo las aguas; pierde del todo la conciencia, y las negras corrientes lo arrebatan, mar afuera, en su carrera desenfrenada.

FIN



ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	9
Panorama sintético	13
Panorama analítico	17
Incidencia	24
La llegada	25
Las hogueras de San Juan	34
Dríade	43
Retrato	50
<i>Incipit vita nuova</i>	61
Los orígenes:	
a) El pazo de Eirobre	69
b) El primo Bernardo	82
c) El tío Antonio	96
d) La muerte del padre	116
Incidencia.—Una carta. Del autor al héroe	126
Avidez	130
<i>Manos pulidas—mans fidalgueiras—teñen todñas—as costureiras</i>	136
Tarde de lluvia	144
Ensueños	155
Amor y muerte	162
Nocturno	178
Fealdad del pecado	189
El mundo	198
Romería	206
Regreso	214
Celos	223
La otra mañana	229

	Págs.
Incidencia.—Una visita	242
Tonsura	246
Presagios	254
Agravación	257
Agonía	273
Después	283
Vendimia	287
Espera	301
Serenata	315
El despertar	320
Ausencia y regreso	324
Cuerpo de muerte.....	334



Se acabó de imprimir esta obra el día 1.º de
octubre de 1930, en los talleres de la
Compañía General de Artes
Gráficas, Príncipe de
Vergara, 42 y 44,
M A D R I D



86-3.



C.I.A.P.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103248897

